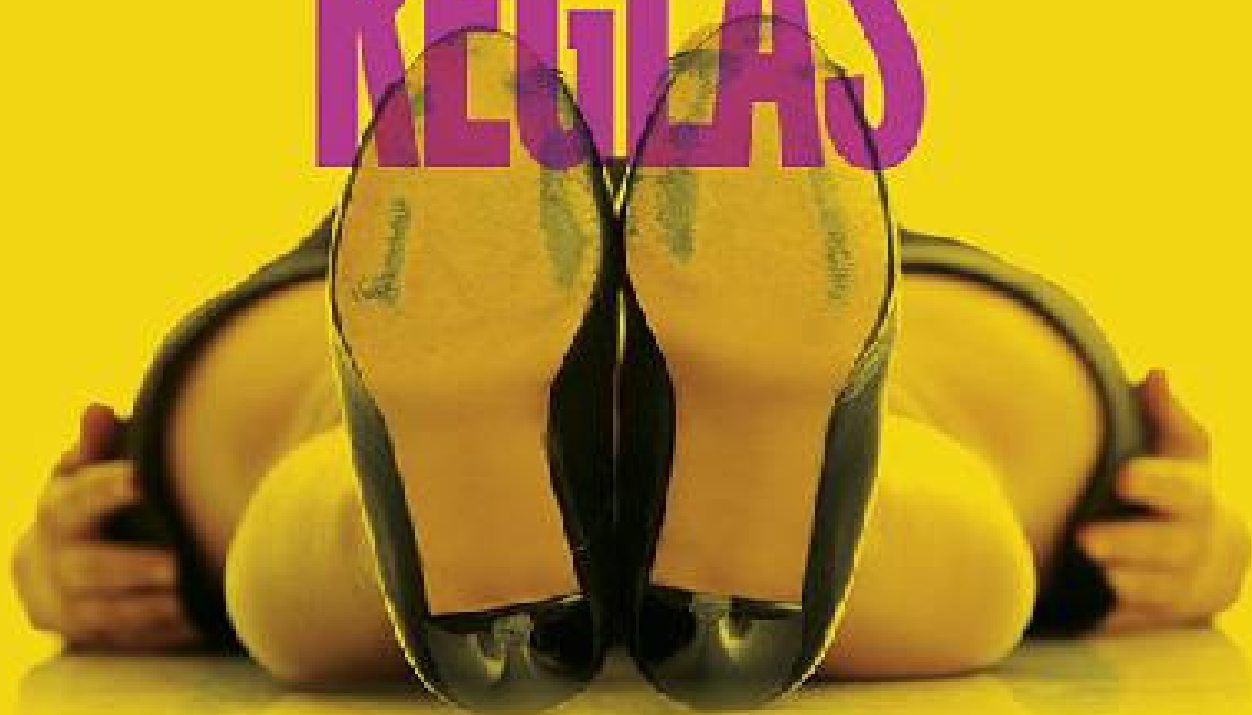


ISABEL ARRANZ

SIN REGLAS



«Un delirante crimen hormonal»

 Planeta



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1. DESPUÉS DE QUE TODO EMPEZARA
2. LA NOCHE EN QUE EMPEZÓ TODO
3. LAZOS DE SANGRE
4. LO DICHO, DICHO QUEDA
5. CUANDO NADA ES LO QUE PARECE
6. CUANDO LOS DEMÁS SE ENTERAN
7. HASTA LA MUERTE TIENE SECRETOS
8. LOS ENCUENTROS IMPREVISTOS
9. LAS AMISTADES DE CONVENIENCIA
10. HIJOS DE LA IRA
11. LA VERDAD NO TIENE REMEDIO
12. PUESTA EN ESCENA
13. LAS CONSECUENCIAS DE LAS DECISIONES
14. AJUSTES DE CUENTAS
15. NADA MÁS QUE RUIDO
16. GENTE INESPERADA
17. FAVORES QUE MATAN
18. PECADOS Y PENITENCIAS
19. TRATADO SOBRE LA TRAICIÓN
20. TODO SE COLOCA

Epílogo (un año después)

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Luz Pavones, una famosa presentadora de televisión, aparece brutalmente asesinada en su camerino del teatro donde representaba una exitosa obra. Lola Vergara es la inspectora jefa de la Brigada de Homicidios que está al cargo de una investigación con muchos sospechosos, dada la naturaleza desagradable, lenguaraz y soberbia de la víctima. Además Lola vive una situación familiar extenuante, una madre que pide constante atención, un hijo adolescente y un marido con el que solo coincide en la cama (y durmiendo). Sin embargo, ella puede con eso y más gracias a su válvula de escape: el humor y sus cuatro amigas. Pero... ¿cómo sobrevivir cuando todo se complica y su vida privada salta por los aires?

Sin reglas mezcla secretos y mentiras, amor y humor, traición y lealtad, intriga y emoción, barbarie y humanidad, codicia y generosidad. ¿Acaso la vida no es eso?

SIN REGLAS

Isabel Arranz



Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y circunstancias, aunque no sean por completo fruto de la imaginación, se utilizan con fines narrativos. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, con acontecimientos o espacios reales debe ser considerado pura coincidencia.

Para Carmen y Alberto, las olas que siempre me devuelven a tierra

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

ANTONIO MACHADO,
«A un olmo seco», *Campos de Castilla*

DESPUÉS DE QUE TODO EMPEZARA

Luz está en su camerino. A diferencia de otras noches, hoy tiene los ojos secos. Tanto que cada vez que parpadea le raspan como si se los estuvieran frotando con el cepillito del rímel. Como cuando la maquillan antes del programa.

—Perdona, cariño —dice Marisa, la maquilladora.

—De perdona nada, maja. Me has hecho polvo. Estate a lo que tienes que estar, que no paras de rajar —contesta Luz de mal humor.

Siempre le habla así, cortante, con mala baba, con altanería. Marisa aguanta sus coces verbales y Luz disfruta machacándola. Para sus adentros, piensa que a esta mujer le falta un hervor. No entiende por qué no la han puesto de patitas en la calle hace tiempo. Seguro que de joven se la chupó a alguien y aquí sigue, para los restos, piensa. Da igual. ¿Por qué me acuerdo ahora de esa imbécil? ¿Y por qué tengo los ojos tan secos?

—¿Dónde está mi colirio? —balbucea.

Como respuesta, recibe un tirón de pelo tan brutal que le pone la cabeza mirando hacia el techo. Un tirón que la obliga a arquear la espalda. Está a cuatro patas, como un perro. Apoyada sobre los codos y con el culo en pompa. Los puños cerrados, agarrados uno a otro. Las muñecas pegadas con cinta americana. Aún lleva la ropa de la escena final. Sus pensamientos son vagos e inconexos. Se fija en la mancha oscura que hay en el techo. El café que lanzó en uno de sus ataques de ira.

—Hay que pintar este techo. ¿Sabes que fue el camerino de Lina Morgan? El mejor camerino es ahora ¡mi camerino! Algún día compraré este teatro y la gente lo llamará el Luz Pavones, como el María Guerrero.

Otro tirón de pelo. No le duele, aunque debería. Hace apenas unos instantes le ha pegado una patada en la boca. Un golpe seco que le ha arrancado de cuajo uno de los implantes. Con la lengua hurga en el agujero de la encía y nota el perno metálico arrancado del hueso. Lo escupe y queda en el suelo, delante de su cara. Un colmillo de porcelana enroscado en un tornillo de titanio, rodeado de un amasijo de encía y sangre. Una sonrisa perfecta que ya no lo es. Mañana tengo que pedir hora a Rafa, el dentista, para que me lo arregle, anota mentalmente. Hace años, cuando se miraba al espejo, tenía una sonrisa deslavazada. Un diente

aquí y otro allá. Un esmalte teñido de tabaco y café. Y alguna caries. Boca de pobre, que dice su madre. Ahora su dentadura es perfecta. Carísima y perfecta. Primero tuvo que sacarse todas las piezas. Dejar cicatrizar las encías. Anclar los pernos en el maxilar y enroscar cada diente, cada colmillo, cada muela. Más de cuarenta mil euros para sonreír con la boca abierta de par en par. Sin taparse con disimulo. Sin dar palmaditas de foca al reír para que el sonido llamara la atención del espectador y no se fijase en esa dentadura horrenda. Un truco de mago. Desviar la atención...

Otra patada en la cara. Ahora sí que la ha notado. Por la comisura derecha la sangre chorrea hasta el suelo. Tiene la mejilla apoyada en la madera. Huele a productos de limpieza mezclados con un leve y lejano aroma de champán agrio. Champán francés derramado en tantos brindis de tantas noches de éxito de tantos actores en tantas obras. Una patada en el costado deja a Luz tumbada de lado, en posición fetal. El corazón empieza a latirle más deprisa. No sabe si es miedo. ¿Miedo? ¿Por qué?, se dice. Seguro que esto acaba pronto. Respira hondo para recuperar el control. Parece como si le doliera en cada bocanada. La sensación le hace pensar que el último golpe le ha partido algo por dentro. Una costilla.

Como en un sueño, oye su voz, pero no entiende qué le dice. Luz alza los ojos secos para mirar a quien la agrede. Otra patada en la cara.

—No me mires. Ni se te ocurra mirarme—le dice con aspereza.

Luz baja los ojos. Obedece a todas sus órdenes sin rechistar. Se está sintiendo mal, revuelta, mareada. Nota la cara ardiendo, la piel ardiendo, la vejiga llena a reventar. Como esto dure mucho, me voy a hacer pis encima, piensa. Le sobreviene un retortijón, un dolor profundo en el bajo vientre que le da ganas de apretar. Como cuando parió a Fidel hace veinticinco años. Varios espasmos más y defeca.

—Me he hecho caca—a Luz le cuesta pronunciar cada sílaba. Lo dice como una niña con miedo a que la regañen—. Ha sido sin querer.

—¡Cerde! ¡Asquerosa!—le da un tirón de pelo—. Aunque... es un final cojonudo para la gran Luz Pavones. La prensa se va a poner las botas contigo. Y la cadena ni te cuento. Van a estar hablando de esto durante meses. «La querida y popular presentadora Luz Pavones ha sido encontrada muerta en medio de un charco de mierda en su camerino del teatro La Latina, donde triunfaba con la obra Sin reglas. No dirán «mierda», en todo caso «excrementos», que queda mejor si se habla de un cadáver.

Ríe a carcajadas. Le hace mucha gracia.

—Una mierda rodeada de más mierda. ¿Sabes que a Judy Garland la encontraron muerta sentada en el váter? Claro que no es lo mismo. Aquella pobre se metía de todo porque no aguantaba su vida. Aquí es a ti a quien no hay quien la aguante.

—Dame un vasito de agua—interrumpe Luz indiferente a ese monólogo venenoso.

Pero ya no le contesta. Con unas tijeras le rasga la ropa, le corta las bragas y las deja, con asco, en la papelera.

—¿Qué haces? ¿Por qué me estás...? —No termina la frase. Se acaba de dar cuenta de que empieza a ver borroso. Borroso y oscuro. Está quedándose ciega poco a poco—. No te veo. Enciende la luz que no te veo —lloriquea.

Percibe solo bultos, el burro con sus cambios de vestuario, el sofá, las luces del tocador. Su pregunta queda sin respuesta, pero, frente a ella, puede distinguir que se está bajando la cremallera de la bragueta. ¿Qué va a hacer? Pero se detiene.

—Estaba pensando en mearte. Pero sería una gilipollez dejar mi ADN en tu cuerpo. Con que te encuentren muerta y rebozada en mierda me conformo. —Vuelve a subirse la cremallera.

—¿Muerta? ¿Me vas a matar?

Empieza a comprender que todo es real. Creía que estaba viviendo una pesadilla horrible, de esas que cuando te despiertas te dejan tocada toda la mañana. Una pesadilla que recuerdas con nitidez, pero que pierde intensidad cuando la cuentas. Parecía eso, un mal sueño, porque, a pesar de los golpes, no ha sentido ningún dolor. Cuando aún no se había dado cuenta de que la estaba torturando hasta la muerte, pensaba que le había sentado mal algo que había comido y que esa pesadez de estómago la estaba llevando por ese camino de los sueños retorcidos. Ha tenido que ser la puta empanada de Juanita, se decía a sí misma, que me ha sentado como el culo.

El bulto oscuro se coloca delante de ella y le da otra patada para que se calle. ¿Cuántas van ya?, piensa. De pronto, Luz estalla en una carcajada, como si estuviera enloqueciendo.

—En la cuarta escena le he soltado un eructo de atún en toda su cara y se lo ha tragado enterito.

Le cuesta hablar. Tiene la boca seca como un estropajo.

Juanita Fernández Romero, su compañera de reparto, había traído una empanada gallega y un par de botellas de Rioja para invitar a la compañía porque hoy cumplía cincuenta y cinco años. No le apetecía celebrar nada, mucho menos con Luz, posiblemente la peor persona con la que ha trabajado en su vida, pero no quiere líos con ella. Luz es un mal bicho, con mucho veneno en la lengua y demasiado poder en Telemedia, un canal que ve toda España. Bastaría un mal gesto en su programa en cuanto alguien nombrase a Juanita Fernández Romero para echar por tierra su buena reputación ganada a fuerza de trabajo, talento y saber estar durante muchos años de profesión. Antiguamente, cuando sus padres trabajaban en el teatro —dos grandes de la escena, Guillermo Fernández y Juana Romero—, todo era distinto. A los artistas se los consideraba. Se los llamaba por su nombre con el «don» o el «doña» por delante. Se les hablaba de usted. Con admiración. Con respeto. Incluso con veneración. Hoy eso ha cambiado. La televisión ha igualado a todos. Los verdaderos actores se mezclan con famosos de medio pelo a los que les basta salir en un programa de gran audiencia para que todo el mundo les baile el agua. Como Luz, una mujer guapa, con unos ojos enormes del color de la miel, un cuerpo de escándalo y un cerebro de pollo, que, después de hacer la vida imposible durante tres meses a sus compañeros en la casa de Gran cuñado, en Telefive, pasó de ser una completa

desconocida a ser el personaje por el que todas las cadenas se daban de bofetadas a golpe de talonario. Telemidia, para convertirla en su presentadora estrella, puso sobre la mesa una cifra casi obscena que no pudo ni quiso rechazar. Luz, a pesar de la hambruna de su niñez, definitivamente había nacido con una flor en el culo.

Siente que algo está atravesándole el ano. Ya no piensa en Juanita ni en nada. Su corazón se acelera más y más. Le sobreviene una náusea. Vomita. Está empezando a respirar con dificultad. El bulto se agacha y le toma el pulso. El corazón le late a ciento noventa y siete pulsaciones por minuto. Está a punto de fibrilar. Después le sobrevendrá el infarto. Le toca la frente. Está ardiendo.

—Tengo miedo. Ayúdame. No quiero morir. Te pagaré lo que quieras, lo que quieras — balbucea con un pequeño hilo de consciencia.

El bulto se pone de pie sin contestar, se acerca al sofá y coge el móvil de Luz. Va hacia la puerta del camerino, descorre el cerrojo, sale y cierra. Antes de perder la consciencia para siempre, Luz oye cómo se aleja. Ahora todo es silencio y oscuridad.

—¡Infumable! —Tomo un trago de café y descanso los ojos mirando por la ventana del salón. Los primeros brotes verdes se han apoderado del jardín. Estoy sentada delante del ordenador, sin apartar los ojos de la pantalla desde que desperté, nada más amanecer. Cuanto más leo lo que he escrito, peor me parece. Normal, porque no soy escritora, sino poli. Sé calar a la gente. Es una especie de don que tengo desde pequeña. Un gesto leve, una inflexión de voz casi inapreciable y sé si me están mintiendo o si me dicen la verdad. Una lata, porque me pone de muy mala leche que la gente intente colármela. Por eso el comisario Belmonte me endosa los casos en los que nada es lo que parece. Como este, el asesinato de Luz Pavones, una estrella mediática que apareció muerta en su camerino. Yo, en mi cabeza, con los datos que tengo hasta el momento, me he montado la película de cómo debió de ser su martirio. Porque fue torturada hasta la muerte. Una venganza, un acto inhumano que rezuma un odio infinito. Morir debió de ser para ella una liberación.

Tengo que reconocer que en este caso estoy más implicada emocionalmente de lo que debería. Dicen que las casualidades no existen. Sin embargo, aunque parezca de película, yo estaba en el teatro La Latina viéndola actuar la misma noche en que la mataron y me revienta pensar que pude cruzarme con su asesino y que no fui capaz de reconocer a un psicópata entre la gente. No es que me sienta culpable. Si me tomara cada caso como algo personal, ya me habría tirado de un puente hace muchos años. Pero este es especial para mí.

Lo de escribir una novela es otro tema. Mi terapeuta se ha empeñado en que me mime y me regale momentos placenteros, como darme un masaje, pero no tengo tiempo. Hacer un pequeño viaje de fin de semana con mi marido; imposible dejar a nuestro hijo a cargo de nadie, y mucho menos de mi madre. Escuchar música; eso sí, menos mal que tengo la tarifa *premium* de Spotify, porque, si no, me arruinaría comprando cedés. ¿O ya nadie compra cedés? A veces me siento tan mayor... O que haga algo artístico que me llene el alma, como pintar —que se me da fatal— o

escribir —que se me da peor. Por lo menos lo de escribir no ocupa espacio. Si montara un caballete con un lienzo en medio de mi salón, tendríamos que ver la tele en casa de mi vecina. Vivo en un piso de setenta metros cuadrados con mi marido, mi hijo adolescente, mi madre octogenaria, dos gatas y una perra. No tengo claro que la Agencia Tributaria considere un caballete parte integrante de la unidad familiar con derecho a desgravación.

Suena el móvil. Odio este politono. Se empeñó en ponérmelo mi hijo, y por no llevarle la contraria, no fuera a ponerse como una bestia parda, lo he dejado. Pero odio con toda mi alma el reguetón. Me asquean sus letras vejatorias con las mujeres. Algún día alguien del Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social se dará cuenta de que los mensajes denigrantes que lanza esta mierda importada están calando hondo entre los adolescentes. Y todavía se preguntan qué estamos haciendo mal ante el aumento de actitudes machistas entre los más jóvenes. «Menéate así, mami...». Me cago en todo lo que se menea. Toco la pantalla y me pongo el teléfono en la oreja.

—¿Diga? —El teléfono sigue sonando. Nada de ring, ring. Reguetón. Me pongo más nerviosa —. ¡Qué mierda de teléfono! Con lo que me gustaban los de teclas —protesto en voz alta mientras mi dedo golpea la pantalla como una taladradora profesional.

Sí, hablo en voz alta. Como mi madre. Como la madre de mi madre y como la mayoría de las mujeres de más de cincuenta que nos pasamos por el forro lo que piensen de nosotras por hablar solas.

Sigo restregando el dedo índice una y otra vez, pero el teléfono se ha bloqueado.

—Esto es un virus o un troyano o un... ¡asco de chisme! —refunfuño. Desisto y lo tiro sobre la encimera el tiempo suficiente como para que se recupere. Pero sigue sonando y, desesperada, lo cojo de nuevo, me limpio el dedo en el vaquero y, deslizándolo más despacio, consigo contestar a la llamada.

—¡Dime!

—Lola, ¿qué pasa? Que ese «dime» casi me perfora el tímpano. —Suena la voz de Verónica entre un estruendo de bocinas.

—Que tengo un zapatófono por móvil. ¿Tú dónde andas, que hay un ruido del infierno? —grito como si fuera yo la que estuviera en medio de ese guirigay.

—En Atocha, en la parada del Ave. La cosa está calentita. Hay unos listos de una *vtc* dando vueltas por aquí como buitres y recogen a la gente sin que los hayan llamado por la aplicación. Claro, los compañeros están que trinan y se han liado a puñetazos con el coche de uno, y él, en vez de largarse, se ha bajado en plan chulo y le han atizado también. Total, que han venido dos *lecheras* y se están llevando a la gente detenida. ¿Tú puedes hacer algo? Porque uno de ellos es mi amigo Damián. —Verónica se desgañita y yo la oigo a duras penas.

—¿Qué voy a hacer yo? Si el agredido lo denuncia, tu amigo y los otros tendrán un juicio rápido y les meterán, como mucho, doscientos euros.

—O sea, que te hacen la competencia y encima ¿tienes que quedarte de brazos cruzados o, si no, te denuncian? ¡Hay que joderse! —Parece molesta conmigo, cosa rara, porque Verónica es la

persona más afable, paciente y risueña del mundo.

—A ver, Vero, es que os creéis que las cosas se arreglan a leches y no es así. Hay instrumentos legales...

—¡Y una mierda! —No me deja acabar la frase—. No me sueltes el rollo de poli. ¿Sabes cuánto me costó la licencia del taxi? —Callo y espero—. ¡Ciento cuarenta mil euros! ¡Veintitrés millones, doscientas noventa y cuatro mil cuarenta de las antiguas pesetas! ¡Que ya son pesetas! —Está muy cabreada—. Y ¿sabes cuánto les cuesta a estos de las *vtc*? —Callo porque me lo va a decir de todas formas—. ¡Treinta euros! Y si yo dejo de trabajar el taxi antes de la jubilación, tengo que pagar al Ayuntamiento de Madrid setenta mil euros. ¿Y encima tenemos que quedarnos de brazos cruzados si se ponen cerca de las paradas oficiales para coger pasajeros? —vocifera.

—Vale, vale. Entiendo que estés enfadada, pero no lo pagues conmigo, coño.

Resopla para tranquilizarse. Como la conozco desde que teníamos cuatro años y siempre ha sido igual, guardo silencio esperando que vuelva a su ser.

—Tienes razón, cariño, perdona. —Es la mujer sifón, tan pronto explota como se queda sin gas—. Es que llevo una mañana horrorosa. Y a todo esto, yo te llamaba para contarte un cotilleo que a lo mejor te viene bien para lo de la Pavones.

—Dime que has llevado al asesino en tu taxi y que ha confesado el crimen a su acompañante mientras tú simulabas oír la COPE —bromeo.

—No seas idiota. Ya sabes que ni me va la COPE ni pongo la oreja para escuchar las conversaciones privadas de mis clientes —se ríe sabiendo que la tengo calada—. Lo que iba a decirte es que esta mañana he llevado a Lulú Prados...

—¿A quién? —pregunto porque por un momento se ha cortado la comunicación.

—Lulú Prados, la tertuliana de Telefive. ¿Sabes quién digo? —Permanezco callada pensando en que esa mujer y yo tuvimos que luchar una vez contra el mismo enemigo. Verónica interpreta mi silencio como otro de mis despistes—. Hija, es que no estás nada puesta en famosos —me reprocha—. Bueno, es igual. La he llevado a un café monísimo de la plaza de La Moraleja. Iba hablando por teléfono con alguien que le ha dicho que en Telemedia corre el rumor de que a Luz Pavones se la ha cargado su representante.

—¡Anda ya! —le digo—. Primero, Luz conocía a muchísima gente y eso hace que los sospechosos nos salgan por las orejas. Segundo, ¿cómo iba a saber eso Lulú si trabaja en Telefive y Luz era de Telemedia?

—Porque todos los que salen en la tele se conocen. ¿No ves que van de una cadena a otra?

—Y tercero... ¿Por qué la representante?

—Pues porque habían salido tarifando hace poco. Parece que Luz había decidido que la representara su hermana. Así todo queda en casa. A esa mujer le debió de sentar como un tiro. Normal, porque se estaría llevando un pastizal de comisión. Total, que se la ha cargado.

—Ja, ja, ja —me río porque me encanta esa inocencia casi infantil de Verónica, que piensa que una investigación es como en las películas malas, que se resuelve por un golpe de azar.

—Hija, si lo que te cuento te parece una chorrada, para otra vez me callo y listo —protesta susceptible, aunque esta vez el sifón que lleva dentro no va a estallar.

—Perdona, perdona. No me río de ti. Me río por lo que le gusta especular a la gente en este país. Sin tener idea de lo que dicen, por cierto —le digo mientras escribo en el ordenador «¿Representante?».

—Pero dime si no es un móvil cojonudo para matarla. —Ya se le ha pasado el mosqueo.

—Desde luego, como en la mayoría de los crímenes. Ya sabes lo que digo siempre... En España, y en el mundo entero, la gente mata por las dos «bes»: el bolsillo y la bragueta.

Apunto en el ordenador «¿Situación económica de la representante?».

—Pues vas a tener razón —dice—, porque puede que tenga las dos «bes». Le oí decir a Lulú: «¡Qué tontería es esa de que Teo estaba enamorada de Luz!». Pero así, con estas palabras, ¿eh? Y a mí, si te digo la verdad, me cuadra, porque en la tele seguro que todo el mundo se lía con todo el mundo. Les da lo mismo carne que pescado. Como son artistas... Oye, que a mí me parece muy bien, que solo se vive una vez. Además, Luz era guapísima. De hecho, si no fuera porque a mí me gustan los hombres más que a un tonto un lápiz, me habría puesto como una moto.

—Bueno, moto, ya hablaremos, que tengo que arreglarme para ir a currar. —En solo un minuto me acaba de poner la cabeza como un bombo—. Por cierto, ¿cómo se llama esa mujer? La representante, digo. Porque seguro que se lo has preguntado.

—¡Toma, claro! Teodosia López Pollo. Pero todo el mundo la llama Teo. La he buscado en Google y tiene una web y todo. Métete y verás...

—Voy a tener que pedirle al comisario que te dé una asignación como confidente. —Tecleo en el ordenador el nombre y enseguida sale una página con su nombre en letras grandes y compactas.

—Ah, ¿pero la poli paga los chivatazos? Porque tengo unos cotilleos de unos cuantos famosos a los que he llevado en mi taxi que, como se los venda a cualquier programa del *cuore*, me pagan los plazos que me quedan de la licencia.

—No nos pagan casi ni las nóminas, imagínate eso... —me río, aunque no tiene maldita gracia.

—Bueno, tú sigue investigando y me cuentas con pelos y señales. Ya sabes que siempre digo que esto parece una novela de Agatha Christie. Y hablando de libros, ¿has empezado a escribir tu novelón policiaco? No será porque no tienes nada que contar... Que solo con lo de la Pavones...

—Sí. —Me callo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y?

—Una mierda como un piano. —Verónica se troncha—. Va a ser mejor que nos cambiemos de casa y me dedique a pintar, porque lo que es escribir se me da como el culo.

—Anda, anda. Eso habrá que verlo, que te valoras muy poco.

—Si tú lo dices...

Empieza a enrollarse como las persianas y yo ya voy pillada de tiempo.

—Tú mándamelo por *email* —me dice muy convencida de que voy a hacerlo—. Me lo leo y te digo si eres una Isabel Allende o si mejor te dedicas a otra cosa.

—Estás tú lista si crees que vas a leer ni una coma. Además, he usado datos de la investigación que no están ni confirmados. Ni hablar. —Verónica va a protestar, pero zanja el tema—. Y te recuerdo que el caso está bajo secreto de sumario.

—¿Pero a quién crees que se lo voy a contar, boba?

—A tu madre, a tu hija, a media España y a Lulú Prados en cuanto vuelva a subirse a tu taxi.

—Pues que sepas que es encantadora, educadísima y en persona mucho más guapa y delgada que en televisión. Te digo yo que es verdad que la tele engorda.

Verónica conoce a todo quisque. Está enganchada a la programación de todas las cadenas públicas y privadas del país, especialmente a la de Telemedia, por eso se empeñó en ir a ver a la Pavones al teatro.

—O sea, que el espejo de mi cuarto de baño es en realidad una cámara de televisión — contesto.

Nos tronchamos de risa. Siempre nos pasa. Debe de ser cosa de los años, pero no paramos de reírnos de nosotras mismas. Dicen que los cincuenta de ahora son los cuarenta de antes. Yo no estoy de acuerdo. Mis cincuenta son los treinta y cuatro. Cada día, cuando abro los ojos, creo que tengo justo treinta y cuatro años. Hasta que me miro en un espejo. A veces no me reconozco. Desde la quimio no soy yo. No estoy diciendo que esté horrorosa. Me alegro de haber tomado la decisión de no teñirme, raparme el pelo y lucir canas. Me siento bien conmigo misma. Pero la cara me ha cambiado, sobre todo la expresión de los ojos. No somos conscientes de lo importantes que son las cejas para comunicarnos. Si las subes, muestras sorpresa o interés. Si las juntas, enfado o concentración. Si subes una, ironía. Y si desaparecen, desapareces tú con ellas. Con el tiempo, después de darme el alta, me han ido creciendo un poco, pero mi expresión facial no ha llegado a ser la misma. He tenido que aprender a pintármelas para parecerme a como era antes. Y del cuerpo ni hablamos. Vestida me siento segura, pero cuando voy a ducharme, el espejo me devuelve una cicatriz del esternón al costado izquierdo donde antes había un pecho. Fernando dice que no me meta en líos de hacerme la reconstrucción, que a él no le importa. A mí sí, pero tengo miedo de volver a entrar en un quirófano. ¡Qué jodido es el cáncer! Se me va el pensamiento a Lulú. ¡Qué valiente ha sido y qué mal lo ha tenido que pasar, la pobre! Enferma y saliendo en la tele. Exponiéndose a las miradas de todo el mundo... Yo no tuve más remedio que dejar mi trabajo un año, porque la quimio casi acaba conmigo.

—¿Estás ahí, pedorrina? —Verónica ha estado hablando y yo, mientras, he dejado volar la cabeza.

—Sí, claro que sigo aquí, pero debería estar saliendo por la puerta hace rato. ¿Qué me decías?

—Que voy a ver si coincido otra vez con Lulú para preguntarle qué más se dice de la Pavones.

—A ti te lo va a contar... —Ella sigue erre que erre. La veo capaz de hacer guardia con el taxi en la puerta de Telefive. Y ahora entiendo por qué se ha cruzado Lulú en mi ida de olla.

—Si te dijera las cosas que me cuenta la gente... —No se ha dado cuenta de que ha estado hablando sola—. Por cierto, ¿te apetece que quedemos con las chicas al salir de currar?

—¡Pero si nos vimos ayer!

—¡Pues otra vez!

—Bueno, a ver cómo se nos da el día. Nos wasapeamos y vemos. Ah, y gracias por pegar la oreja —le digo deseando despedirme ya.

Afortunadamente se corta. O se ha quedado sin batería o ha colgado sin querer. A mí también me pasa cuando sujeto el teléfono entre la mejilla y el hombro.

Me concentro en la página de Teo López Pollo de aspecto moderno y minimalista. Una foto suya de estudio con una buena sesión de Photoshop ocupa casi toda la página principal.

—Ególatra.

Vende su imagen como garantía de éxito. Es una mujer madura —¿cincuenta y muchos?—, murmuro. De rasgos duros y angulosos. Pelo negro —con algunas canas—, corto y cuidadosamente alborotado para proyectar una imagen aún juvenil y desenfadada. Tiene la cara girada de medio perfil y apoya la barbilla sobre la palma de la mano izquierda. En el dedo índice destaca un sello de oro macizo con sus iniciales entrelazadas: TLP. Que lo lleve en el índice y no en el anular es lo que me hace intuir que tiene un carácter autoritario. De esas personas que alzan la voz sobre la tuya y te señalan cuando quieren imponer su opinión. Las iniciales trenzadas, compactas, estandarte de su propio ser, confirman su egolatría. Su mano es grande, con venas marcadas, casi viril. Desdoble la pestaña «Actores» y veo que representa a varios de los chulazos jóvenes que trabajan en casi todas las series y películas españolas. Con las actrices, más de lo mismo. Nombres y rostros de mujeres que te restriegan su juventud desde las marquesinas de los autobuses, los anuncios de la tele y las revistas del corazón o de moda. Mujeres guapas que marcan tendencia. ¿Cómo las llaman ahora? ¿*It girls*? No me parece que esta señora tenga necesidad de matar a nadie por dinero. Aunque de ser cierto el rumor de sus sentimientos hacia Luz, los celos o el despecho serían un buen motivo. Tiene pinta de ser una de esas personas que no aceptan un no por respuesta. Grabo el número de su oficina en mi agenda. Tengo que hablar con ella sin falta. Bajo la página con el ratón y me topo con Luz Pavones. Aunque a estas horas la pobre lleva varios días bajo tierra, todavía no han quitado su foto. Puede que le dijera que su relación profesional había acabado. O que conserve su foto por motivos sentimentales, no necesariamente románticos. Puede que no le haya dado tiempo a quitarla. O que sean falsos los rumores de que iba a cambiar de representante. No puedo dejar de mirarla. Realmente era una mujer preciosa. Luz parece mirarme, con una sonrisa espléndida y viva. Nada que ver con esos ojos vidriosos y opacos que no puedo olvidar desde que la vi, irremediabilmente muerta, en el suelo de su camerino.

—¿Quién te ha matado y por qué, Luz Pavones?

LA NOCHE EN QUE EMPEZÓ TODO

La sala estaba completamente llena. No cabía ni un alfiler. De no haber sido por Verónica, que se empeñó en sacar las entradas por internet semanas antes, aquella noche no habríamos estado mis amigas y yo en el teatro La Latina viendo *Sin reglas*, la comedia de la que todo el mundo hablaba desde que se había estrenado unos meses atrás. En mi opinión, gran parte de su éxito se debía a que Luz Pavones la promocionaba todos los días en el concurso que presentaba en Telemidia. La obra en sí no valía nada, aunque debo reconocer que tenía ciertos golpes de humor.

Pasaban las once de la noche cuando las puertas del teatro se abrieron de par en par y salimos, sudorosas, después del apogeo final en el que Luz bajó del escenario para sacar a bailar a señoras del público mientras sus compañeras cantaban a ritmo de pasodoble una oda a la menopausia: «Somos señoras de mediana edad, ¿y quééé? / Nunca estaremos mejor que ahora y eso se veee. / ¡Fuera la faja, fuera el sostén! / ¡La vida pasa en un santiamén! / Por fin es hora, / ¿verdad, señora? / por fin de haceer, / lo que jamás nos han dejado, / la dictadura ya se ha acabado / y ahora nos toca vivir sin reglas que es un placeer... / Víviiiir sin reeeeglas es uuun plaaceeer». Surrealista el momento en que mis amigas, por iniciativa de Verónica, que siempre la lía, acabaron haciendo la conga por el pasillo central con otras señoras igual de locas. Yo me libré fingiendo que se me caía algo al suelo justo un instante antes de que Rosa me arrastrara al delirio musical.

Para despejarnos y bajar la adrenalina, fuimos dando un paseo hasta el callejón del Gato —en realidad se llama calle de Álvarez Gato, pero en Madrid todo el mundo lo llama así— para tomarnos unas patatas bravas y unas cañas en un bar de toda la vida: Las Bravas. Hay otro en la esquina de la calle de la Cruz con Espoz y Mina, pero a mí desde pequeña siempre me ha gustado este. Y eso que ya no están los espejos que te deforman que mencionaba Valle Inclán en *Luces de bohemia*, una obra de teatro que nos obligaban a estudiar en COU y con la que empezó el género del esperpento.

Sí, sé un poquito de teatro. Me encanta. Puedo asegurar que ir al teatro me ha salvado en muchos momentos oscuros de mi vida. En los minutos previos a que empiece la representación, me entra un cosquilleo en el estómago, mitad miedo a que los actores se equivoquen, mitad emoción por descubrir una historia viva con personajes que respiran en ese momento el mismo

aire que yo. Imagino a los actores antes de salir al escenario. Sus nervios, sus rituales. ¿Qué hacen? ¿Se santiguan? ¿Hacen ejercicios de respiración? ¿Meditan? ¿En qué piensan antes de enfrentarse a una sala oscura llena de ojos pendientes de ellos? ¿Qué hicieron Luz Pavones, Juanita Fernández Romero y Andrea Fullnes antes de salir a escena?

Llegamos al bar y ahí estaban los espejos, aunque no los originales. Alguien me comentó que un hijo de puta los rompió una noche de borrachera. Anda que no nos reíamos la abuela Manolita, mi hermano y yo cuando nos poníamos delante del que nos hacía gordos. Luego, del que nos ponía cabeza abajo, y después, del que adelgazaba. En mi adolescencia regordeta, procuraba pasar por allí y pararme ante este último para verme estilizada. Esa noche, las cuatro nos pusimos delante del mismo espejo y nos partimos de risa conscientes de que nuestras cinturas de avispa se habían convertido, sin remedio, en cinturas de obispo.

Después de un buen rato en el que hasta los camareros, con sus polos naranjas y azules, se echaron unas risas a nuestra costa, entramos y nos pusimos ciegas de bravas, oreja a la plancha y cerveza. Brindamos una y otra vez. Por nosotras, por nuestras lorzas y por la función con la que acabábamos de liberar tensiones a carcajadas. Sobre todo con Luz Pavones, que a las cuatro nos pareció todavía más guapa que en la tele y divertidísima.

—Es que lo clava. La escena en la que está tumbada en la camilla del ginecólogo le sale bordada —dijo Marga muerta de risa—. A mí me pasa lo mismo, me contraigo y no hay manera de hacerme la citología.

—¿Y en la que le da un sofoco mientras habla por teléfono? Ja, ja, ja. Es que casi todo lo que decía me recordaba a mí. —Rosa ya llevaba una merluza interesante.

Entre tantas risas no nos dimos cuenta de que los camareros estaban deseando marcharse a su casa. Pagamos y les dejamos una buena propina que todos corearon con un ¡gracias! y una sonrisa de oreja a oreja. Uno de ellos nos acompañó a la puerta para que no nos tropezáramos, ¡cómo nos vería! Nada más salir, a nuestras espaldas oímos el estruendo metálico del cierre. Hacía tiempo que no éramos las últimas en salir de un bar. Estaba claro que a las cuatro nos hacía falta echar una *caña* al aire.

—Tengo el coche en el aparcamiento de la plaza de Jacinto Benavente —dijo Rosa, que no iba precisamente sobria.

—¿Vas a coger el coche así? ¡Ni hablar! ¡Estás tonta! —Verónica, como profesional del volante, le puso las pilas. Ella no había bebido más que refrescos de naranja. Sabía que si la pillaban conduciendo aunque fuera con la mínima tasa de alcohol, además de ponerle un multazo, podían retirarle la licencia—. Vamos, te llevo a casa, que tengo el taxi aparcado aquí cerca.

—¡Que no! Que mañana tengo que llevar a la niña a un cumpleaños. —Rosa se zafó de Verónica, que la cogió por el brazo.

—La niña, como tú dices, ya tiene diecisiete años y puede ir solita en el metro. Venga, tira para casa. Vero —apelé a ella porque en ese momento era la más sensata—, que ni se le ocurra

acercarse al coche. —Me puse seria, aunque tenía la sensación de que yo también estaba un poco piripi, como dice mi madre.

Rosa se deshizo otra vez de ellas e intentó ir hacia el aparcamiento. No había bebido mucho, pero siempre ha sido de poco aguante. Marga, que también había bebido lo suyo aunque apenas se le notara, se puso delante de ella.

—Te cojo las llaves y te las tiro por la alcantarilla, no te digo más —la amenazó mientras le tiraba del bolso.

Los camareros de Las Bravas pasaron por nuestro lado y se quedaron mirándonos; como siempre que salíamos, estábamos montando uno de nuestros numeritos.

—Buenas noches, señoras —dijeron a una voz.

Tan concentradas estábamos en Rosa que no les contestamos. Ellos siguieron su camino riendo. Debíamos de parecer cuatro absurdas en medio de un cruce haciendo un mundo de una tontería.

Marga consiguió arrancarle el bolso a Rosa.

—Pesadas, sois un coñazo de tías. —Nos miraba, se reía, nos abrazaba y volvía a troncharse —. Pero os quiero, cabronas... —¡Dos tacos casi seguidos! Definitivamente, Rosa no estaba en condiciones de conducir.

Por fin, entre todas conseguimos convencerla y las tres se fueron agarradas del brazo. Las vi alejarse impidiendo el paso a la gente.

—Señoras, que la calle es de todos —las increpó un señor maduro y con buena pinta al que casi aplastan contra el escaparate de una tienda de pinturas.

Mientras se perdían entre grupos de jóvenes que iban camino de algún local de copas de moda, yo, sin ser muy consciente de la hora, me quedé esperando en la esquina de Cruz con Espoz y Mina a que pasara un taxi. Habría preferido llamar a un *vtc* a través de la aplicación, que me salía mucho más barato y, aunque me consta que en el gremio del taxi también hay algunos profesionales estupendos, era una manera de asegurarme un conductor aseado y calladito. Pero me habría costado mi amistad con Verónica, así que intenté distinguir algún pilotito verde. Imposible. Era viernes y todos llevaban pasajeros. Procuré fijarme solo en los coches, evitando mirar a la casa del chaflán. Al final alcé la mirada hasta el tercer piso y el alma me dio un vuelco. La casa de mi tía Lola —me llamo así por ella— tenía los cinco balcones sellados con ladrillos. Allí pasé las navidades más felices de mi infancia. Desde el balcón del esquinazo se veía uno de los cuatro relojes de la torre de Telefónica. Cuando mi abuela Manolita quería saber la hora, me pedía que me asomara. Y ahí estaba, siempre encendido, marcando el tiempo a los madrileños con sus luces de color rojo. En ese balcón mis primos y yo pasábamos las horas muertas viendo el ir y venir de la gente. Sobre todo de las prostitutas de la calle de la Cruz. Mujeres con aspecto de amas de casa que, a fuerza de hacer la esquina año tras año, acababan saludándose con los vecinos —para disgusto de las vecinas—. Ya adolescentes, cuando supimos de su oficio, observábamos sus negociaciones con los abuelos jubilados que llenaban las horas libres que les daban las monjitas del asilo retozando, o vete tú a saber qué hacían con aquellas mujeres. A todas les poníamos

nombres: la Vaivenes, porque la pobre tenía polio y renqueaba al caminar; la Alegría, una andaluza morena y reseca que para atraer a la clientela les canturreaba al pasar: «¡Ay, qué alegría, señores! ¡Ay, qué alegría!»; y nuestra favorita: la Albondiguilla, pequeña, rechoncha, con unas tetas como panes y cara coloradota. Algún don debía de tener oculto, a juzgar por su éxito entre el personal masculino, que la reclamaba en cuanto se quedaba libre. Las meretrices, madres solteras o mujeres unidas por amor a hombres vagos que las explotaban, se vendían con disimulo en unos tiempos en que la prostitución no solo se pagaba con pena de cárcel, sino que, más cruel si cabe, estaba condenada al desprecio social. Porque esas pobres mujeres eran vistas como una lacra, en lugar de como criaturas a las que la vida les había hecho una putada de proporciones imprevisibles. La mayoría acababan sus días más solas que la una en casas de caridad, cuajadas de sífilis u otras enfermedades venéreas, y mal cuidadas hasta la muerte por unas monjas que, sin el menor remordimiento cristiano, les recordaban que ellas se lo habían buscado.

Empecé a ver borroso. Se me habían llenado los ojos de lágrimas.

—¡Joder!

Me limpié deprisa y corriendo con la manga del abrigo y miré al reloj de Telefónica. No me acordaba de que llevaba rímel —porque no suelo maquillarme— y me había dejado los ojos como los de un mapache.

—¡Coño! ¡Si es casi la una!

Rebusqué en mi bolso el teléfono para mandar un wasap a casa avisando de que estaba de camino. Elevé de nuevo los ojos hacia el reloj y caí en la cuenta de que la luz ya no era roja, sino azul. La habían cambiado por cuestiones comerciales en julio del 2013. Mi tía Lola no llegó a verlo. Le habría dado un patatús.

Por fin pasó un taxi y alcé la mano. Paró y subí.

—Buenas noches. A la calle Duque de Alba, por favor.

Al taxista, que me había hecho un escáner completo antes de subir, pareció molestarle una carrera tan corta. La verdad es que estaba a menos de diez minutos a pie de mi casa, pero no podía más con los tacones. Me estaba bien empleado por ser tan antigua y seguir creyendo que al teatro siempre hay que ir de punta en blanco.

—A ver por dónde nos metemos, que la calle Atocha está cortada —masculló.

Lo ignoré y comprobé si mi mensaje había llegado. Sí, tenía dos uves azules. El sujeto siguió hablando, aunque me importaba una mierda lo que decía. Era de ese tipo de taxistas que benefician a los *vtc*: el coche estaba viejo, olía a tabaco y él conducía a volantazos e insultaba a todo el que se le ponía por delante. Entre el bamboleo, la peste y el alcohol, empecé a sentir náuseas.

—Le agradecería que fuera un poco más despacio. —Reprimí una arcada.

—Me ha salido usted muy delicada —contestó el patán.

Estaba a punto de cagarme en todos sus muertos cuando sonó el teléfono. Era el comisario Belmonte.

—Vergara, perdona que te moleste. He visto que acabas de conectarte a WhatsApp, así que he pensado que estarías despierta todavía.

¡Mierda!, pensé. A ver cuándo me acuerdo de quitar esa opción en la que pueden ver la hora de mi última conexión. Presentí que ese olvido iba a suponer llegar más tarde a casa. Pero es que, si no avisaba, mi madre no se dormiría; nunca lo hacía hasta tenernos a todos bajo control.

—Sí..., bueno... Me pillas en un taxi. Dime, comisario. —Aunque somos amigos, siempre le llamo así, comisario. Y de usted si estamos en un acto oficial. Pero no era el caso. El patán miró por el retrovisor. La palabra «comisario» le había hecho dar un leve respingo. No me quitaba ojo. Se le había quedado cara de gilipollas. Le sostuve la mirada a través del espejo.

—Sé que es muy tarde y que no estás de servicio, pero te necesito urgentemente en la plaza de la Cebada, en el teatro La Latina.

—¿Qué ha pasado? —Me sobresalté—. He estado ahí esta misma noche viendo una obra...

—Una de las actrices ha muerto. Todo apunta a que la han matado. Esto tiene muy mala pinta, así que quiero que te hagas cargo del caso.

—¿Quién es? —Se me puso mal cuerpo.

—Luz Pavones. Es muy importante que no se filtre nada a la prensa hasta que tengamos alguna pista fiable. Que luego empiezan los de la tele a darnos por saco con especulaciones y al final nos ponen las cosas más difíciles. Cuento contigo.

—A tus órdenes, comisario —contesté.

—Y dame un toque cuando sepas algo. Buenas noches.

Colgó sin darme tiempo a despedirme. Lo primero que me vino a la cabeza fue que ya había hecho planes para el día siguiente, que era sábado: ir a Mercadona, poner lavadoras, planchar un cerro de ropa...

—Al teatro La Latina. Deprisa —apremié al patán con una autoridad impostada, a lo poli de película americana. Yo no soy así, jamás tiro de placa, pero me apetecía que ese idiota sufriera un rato. Me habría gustado poder añadir: «Siga a ese coche», pero no venía al caso.

—Sí, señora. —Y no dijo una palabra más.

Apuesto a que tenía el ojete del tamaño de la cabeza de un alfiler y que estaba pensando en que ojalá se hubiera mordido la lengua en el mismo momento en que yo me había subido a su taxi cochambroso.

Luz Pavones, muerta... Estoy curtida en enfrentarme a muertes violentas, pero nunca a la de alguien que hubiese estado tan cerca. Me volvió a la retina la última escena con las tres actrices cantando y bailando. Muy cómicas. Y ella tan viva...

En pocos minutos ya le estaba pagando al cretino. Le exigí el recibo. Me lo dio. Ni un céntimo de propina. A cambio, me devolvió una sonrisa dócil —qué ascazo de individuo— y se despidió con un «que tenga buen servicio». Anda y piérdete, pensé mientras cerraba la portezuela y soltaba un seco «buenas noches».

Me dirigí a la puerta principal y entré en el vestíbulo. Estaba tal y como lo acababa de dejar

hacía un rato, completamente encendido, pero, en lugar de señoras comentando la obra entre risas, había varios patrulleros. Uno de ellos se acercó, supuse que para impedirme el paso. No me extrañó: tenía toda la pinta de ser una de esas señoras, con mis taconazos, mi abrigo y mis pantalones negros, unos pendientes de aro más grandes que mi cabeza y el fular de *brilli brilli* que me había regalado Fernando por mi cumpleaños.

Busqué en el bolso y encontré de todo menos lo que me hacía falta. Por fin, saqué la placa, se la enseñé y me la colgué con una cadena, como si fuera un collar.

—Inspectora jefa Vergara —le informé.

—Pase, jefa. —Se apartó mientras me saludaba al estilo militar.

El inspector Belmonte salió a mi encuentro. Se notaba que también venía directo de algún sarao. Tenía los ojillos achispados y el pelo, negro y ensortijado, revuelto.

—¿Y esos pelos?

—¿Y esos ojos? —contraatacó para evitar entrar en detalles.

—¿Qué les pasa a mis ojos? —le pregunté extrañada mientras buscaba un espejo en el que mirarme.

Belmonte, muy práctico, me hizo una foto con el móvil y me la enseñó. ¡Horror! El rímel se había convertido en dos manchas abstractas de las que utilizan los psiquiatras para analizar tu grado de locura. Busqué un pañuelo de papel. Mi compañero, que siempre está en todo, me tendió uno. Intenté difuminar el desastre a la vez que se difuminaba también en mi cabeza, por un instante, la idea de encontrarme con el cadáver de Luz.

—Por cierto, cuando veas lo que hay en ese camerino, vas a flipar —me advirtió mientras subíamos las escaleras de acceso al primer piso. Arriba, a la izquierda, había un pasillo largo que recorrimos con paso ligero. Según avanzábamos, me fijé en que a la derecha había una pared decorada con carteles de diversos estrenos. A la izquierda, dos puertas abiertas de par en par. Por la primera se accedía a las butacas del anfiteatro. Por la segunda, a los palcos. Al fondo, otra puerta abierta.

Belmonte es el inspector más joven de la brigada; algunos le llaman el Niño y algunas el Bombón, seguramente porque siempre está bronceado. O por su sonrisa de malote y el cuerpo proporcionado que causa estragos entre la mayoría de las compañeras. Es hijo del comisario Belmonte. Una saga de policías, cuatro generaciones —su bisabuelo ya fue guardia de asalto en la Segunda República. Cuando estaba en la escala básica, recién salido de la academia de Ávila, el comisario me pidió como favor personal que lo aceptara como compañero; entonces ya estaba lo suficientemente curtido como para no ponernos a ambos en peligro. Quería que le enseñara los trucos del oficio, que aprendiera mi intuición —como si eso se pudiera enseñar— y, sobre todo, cerciorarse de que no iba a echarse a perder en una época en la que la corrupción había salpicado hasta al director general de la Guardia Civil. No es que en la actualidad todo el mundo tenga las manos limpias; hay garbanzos negros, naturalmente, pero en cuanto se detectan se quitan de la circulación. No obstante, el comisario me confió a su hijo y yo ni pude ni quise negarme. Y no me

he arrepentido ni un solo día. Belmonte hijo ha hecho un carrerón por méritos propios y ha resultado ser tan honesto y sagaz como su padre. Nos entendemos por un extraño efecto de telepatía que resulta muy cómodo a la hora de acometer una investigación. Y, además, tiene un sentido del humor parecido al mío. O sea, todo un regalo de mi comisario. Otro, porque hace más de veinte años, cuando yo era una pipiola y las pocas mujeres policía que había estábamos destinadas a labores administrativas, Belmonte padre —que entonces era inspector de segunda— me rescató de detrás de una máquina de escribir y me llevó con él como compañera. Mano a mano, resolvimos casos que salieron en la prensa firmados por otros que se llevaron las medallas y los reconocimientos públicos. No quiero dar nombres, pero, en el famoso caso del Dioni y el robo del furgón con los doscientos noventa y ocho millones de pesetas —casi un millón ochocientos mil euros—, nuestra línea de investigación fue determinante para que la Interpol lo detuviera en Brasil, con su peluquín rubio y su ojo de visión panorámica. A nosotros, aunque no nos dieron ni una palmadita en la espalda, aquello nos proporcionó dos cosas muy importantes: saber que juntos éramos casi infalibles y, sobre todo, una complicidad y una amistad que todavía perduran.

Al pasar por delante de la segunda puerta vimos a una mujer sentada en uno de los palcos llorando amargamente abrazada a un anciano que le acariciaba la cabeza con delicadeza paternal.

—Socorro, la hermana de Luz. Ella la encontró muerta —me informó.

—¿A qué hora fue eso?

—Hace aproximadamente media hora. Nos llamaron enseguida. Nada más llegar los del SAMUR, han tenido que atenderla porque le ha dado un chungo —dijo.

—No me extraña, pobre... —Sí, soy dura, pero el dolor ajeno nunca me deja indiferente—. Hablaremos mañana con ella. Cerciórate de que no se vaya sin concretar a qué hora le viene bien. —En ese momento, mi comentario me pareció incluso obsceno.

Me fijé en Socorro. Tenía los ojos hinchados de llorar, la nariz roja como un pimiento de destilar mocos y la mirada atontada por la benzodiazepina que un paramédico le metió bajo la lengua. A pesar de su gesto desencajado, era un calco de su hermana, como la marca blanca de Luz Pavones. Seguramente si la hubiera visto en otras circunstancias, las habría confundido.

—¿Y el señor? ¿Quién es?

—Avelino, encargado del teatro. Dice que estaba detrás del escenario comprobando que había apagado todas las luces cuando oyó el grito de Socorro. De la hermana de la víctima, quiero decir, no que gritara «socorro» —me aclaró.

—Ya lo había entendido. —Me hizo gracia, aunque no intentara hacer un chiste—. ¿Qué más?

—Salió corriendo y encontró a Socorro de rodillas delante del cadáver en pleno ataque de ansiedad. —Belmonte iba delante de mí marcándome el camino.

—Espero que no haya tocado nadie nada, que luego salen las pruebas contaminadas y, según qué juez lleve la instrucción, nos las tumba. Aparte de ellos, ¿había alguien más?

—En principio, no. Por cierto, ten paciencia, que esta noche ha venido fino.

—¿Quién? ¿El Gordo? —resoplé mientras el inspector asentía con un gesto de resignación.

Llegamos a la puerta del fondo del pasillo, la del camerino de Luz. Dentro estaban los subinspectores de la Científica, el Gordo y Delmor, tomando muestras. Iban vestidos de arriba abajo con un mono blanco para no contaminar el escenario. Cuando me asomé, no más allá del quicio de la puerta, el Gordo estaba sacando de una papelera un trozo de tela hecho jirones y manchado con algo que parecían excrementos. El hedor que salía de la habitación, mezcla de vómitos y mierda, tiraba de espaldas. Recién cenada, era lo que menos me apetecía. Tragué saliva para evitar las arcadas.

—Aquí están las bragas. —El Gordo se las mostró con cara de asco a Delmor mientras las metía en una bolsa de plástico con zip—. Pero ¿qué coño le han hecho a esta mujer que hasta se ha cagado encima? —Miró hacia la puerta—. ¡Jefa!, has llegado a tiempo para echarme una mano. Dime, ¿estas bragas son de las caras o de los chinos? —me dijo con sorna y a voz en grito para que todo el mundo degustara su humor *inteligente*.

—Pregúntaselo a tu madre, que se las va dejando por las esquinas —contesté sin inmutarme.

Lejos de ofenderse, lanzó una estruendosa carcajada. Delmor lo miró, luego me miró a mí e intentó echar un capote a su compañero haciéndome un gesto para que lo ignorara. Le devolví una mirada que lo decía todo: lo que diga este gilipollas me trae al paio. Pero a la próxima le abro un expediente disciplinario que él sí que se va a cagar, pensé. Hace muchos años, los comentarios fuera de lugar que algunos compañeros trogloditas nos decían me afectaban. Ya no. Entre otras cosas porque hay un código de conducta interno para evitar este tipo de situaciones. Código que este capullo suele pasarse por el forro. Luis Sanz, el Gordo, como le llaman en la Científica, es ese tipo de policía al que no han echado a patadas del cuerpo porque sabe a quién lamerle el culo. En el pasado tuvo algún problema por sus continuas alusiones de tipo sexual a una compañera. Cuando su comisario tuvo una charla con él para evitar abrir una investigación interna, la respuesta más suave fue: «Ya quisiera esta que alguien la acosara. ¡Pero si es más fea que pegar a un padre!». Se lo quitaron de en medio destinándolo a la UFAM, Unidad de Familia y Mujer, una decisión con vistas a limpiar su imagen y, de paso, sensibilizarlo con la vulnerabilidad de las mujeres ante tipos como él. Pero el Gordo no tenía la más mínima empatía con las mujeres víctimas de la violencia machista. Al contrario, estaba jodido y no paraba de quejarse a sus compañeros por lo que él consideraba un destino menor. Fue llamando a puertas, desgranando sonrisas, acariciando lomos y convenciendo a quien tenía su destino en la mano de que solo era un buen tipo con un pésimo sentido del humor. Y así acabó en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. O sea, en mi brigada.

Me olvidé del Gordo y empecé a observar el camerino. Paredes de terciopelo rojo, un tocador y una silla de estilo imperio... El espacio no era muy grande. En el suelo yacía Luz. Lo primero que me llamó la atención fue algo que le salía del ano, una especie de cilindro blanco.

—¿Qué es eso? —señalé.

—Vamos a esperar a que se lo saque el forense, pero parece que la han enculado con un rollo

de folios —dijo el Gordo.

Ni lo miré; me fijé más detenidamente en el rulo. Sí, parecían folios enrollados cubiertos con un plástico transparente, como encuadernados.

—Delmor, mira a ver qué pone ahí... —A partir de ese momento, Delmor iba a ser mi único interlocutor en esa sala. Lo que más jode al Gordo es que lo ignoren. Sobre todo que lo ignore una mujer.

—Pone... sin... reee... —Delmor estaba de rodillas, con la cabeza torcida, leyendo—, no sé qué más. Tendría que girarlo un poco.

—Pues hazlo —le dije.

Con mucho cuidado, Delmor rotó lentamente el cilindro.

—... Ree... glas. «Sin reglas». Eso pone...

—¡Joder! Es el título de la obra que estaba representando. *Sin reglas*. Le han metido el libreto por el ano —exclamé contrariada.

—Para que veáis que no es la única que está del trabajo hasta el culo. —El Gordo se partió de risa.

Si mis ojos hubieran sido un lanzallamas, a estas horas estaría como un churrasco. Ninguno de los otros dos le jalearon el chiste. Decidió seguir recogiendo muestras como si nada. Esos cambios de actitud siempre me han hecho sospechar que, en realidad, no es que sea malo, es que es tonto.

Seguí observando a Luz. Estaba tumbada de lado, en posición fetal, con la cabeza apoyada en el suelo sobre un charco de vómito y mirando hacia la puerta. Los ojos abiertos de par en par, con una mirada de pánico que parecía lanzarme directamente a mí.

—¡Mierda! —Me di la vuelta para que mis compañeros no vieran que me sobrevenía una náusea. Caminé por un pasillo que había a la izquierda del camerino intentando disimular que me estaba mareando. Abrí la primera puerta que encontré y entré. La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por una pequeña luz de seguridad. No me dio tiempo a más. Me doblé por la cintura y vomité: una de bravas, oreja a la plancha y cuatro cañas. Me senté en el suelo. Tenía la frente empapada en sudor frío, la boca agria y la respiración agitada. Belmonte se había quedado afuera. Le acababa de dar con la puerta en las narices. Oí dos golpecitos en la puerta.

—Jefa, ¿estás bien?

—Como una rosa. Ahora salgo.

Pero no pude salir. Tenía el estómago en pie de guerra. Respiré hondo varias veces. Mi malestar oscilaba entre un corte de digestión en toda regla y la hiperosmia que se me había disparado por culpa de la peste que había en el camerino. Con la pubertad, además de las caderas «y otras cosas», desarrollé una alteración del sistema nervioso que me hace percibir los olores de forma exagerada. Una especie de olfato de perro, lo que no deja de tener gracia en una policía.

Me tumbé en el suelo y subí las piernas para que la sangre llegara más fácilmente al cerebro confiando en que nadie abriera la puerta y me encontrara así. Mucho menos el Gordo. Tendríamos

pitorreo para rato. Poco a poco, me fui sintiendo mejor. El sudor frío había desaparecido. Me incorporé hasta quedarme sentada. Me di cuenta de que estaba en otro camerino. Me levanté y busqué el interruptor de la luz. Al pulsarlo se encendieron las bombillas que rodeaban el espejo del tocador. Me miré. Estaba patética. A pesar de que iba un poco maquillada, tenía la cara blanca como la cera y algunos restos de rímel que no había conseguido eliminar. Busqué en el bolso unos clínex con los que arreglar el desaguisado. Nada. Ni siquiera usados. Soy de las que utiliza el bolso como papelera. Abrí los cajones del tocador por si había alguna esponjita desmaquilladora. Tampoco. Estaba claro que las actrices se habían llevado todas sus cosas al acabar la función. Eché un vistazo a la estancia, que tenía un tamaño parecido al camerino de Luz, quizá un poco más pequeño. Delante del tocador había una silla. Detrás y contra la pared, un sofá y una mesita baja. En las paredes colgaban un par de fotografías enmarcadas de Lina Morgan en el escenario. En una de ellas, llevaba un gorro de punto y retorció la pierna en un gesto suyo muy característico. Reconocí una escena de la obra *¡Vaya par de gemelas!* Había ido a verla con mi tía Lola, que no se perdía una. *Sí al amor, Celeste no es un color, El último tranvía...* Obra que estrenaba Lina, obra que se empeñaba en que la acompañara. Así empezó mi afición al teatro, al olor del tapizado de las butacas, al crujir de la madera bajo los pies de los actores... Mi tía Lola me contaba que se había hecho medio amiga de Lina —a la que en el barrio llamaban Angelines— porque jugaban a la comba con otras crías en la plaza de la Cebada.

—Lola, ¿estás bien? —insistió Belmonte susurrando al otro lado de la puerta.

—Que sí, que ahora salgo. Hazme un favor. Cerciórate de que no se vaya Avelino. Quiero tomarle declaración.

—De acuerdo —contestó, y lo oí alejarse.

Miré al suelo.

—Qué desastre. Tengo que limpiar esta porquería.

Rebusqué en los bolsillos del abrigo y encontré un par de bolsas de plástico de color negro con el escudo del Ayuntamiento de Madrid. Tener perro y llevar bolsas en todos los bolsillos de todos los abrigos es todo uno.

Puse la bolsa del revés y metí la mano como si fuera un guante. Soy experta en recoger inmundicias sin mancharme las manos. Limpié lo mejor que pude, le hice un nudo a la bolsa y la tiré en una papelera. Dentro había una revista del corazón. La cogí para rebañar el suelo y dejarlo medio decente. Odio que otros tengan que recoger mi mugre.

Desenrollé la revista y la portada me llamó la atención. Luz y sus dos compañeras aparecían abrazadas y muy sonrientes. Daba la sensación de que el buen rollo que irradiaban en el escenario lo había también en la vida real.

El titular destacaba: «Luz Pavones, la querida presentadora de Telemedia, triunfa también en el teatro». Debajo aparecían unas declaraciones de la actriz: «Un productor me ha ofrecido trabajar en un musical en Broadway».

Hojeé la revista buscando el reportaje en las páginas interiores. Luz ocupaba prácticamente

toda la página. Estaba apoyada en un árbol y miraba a la cámara con un gesto divertido. Qué bien me caía esta mujer, pensé. En un lado y un poco más atrás, sus dos compañeras la miraban a ella, también riendo. Aunque sin las gafas veo regular, algo me llamó la atención... ¡Coño!, pensé. Los dientes de Luz habían desaparecido. Era como si los hubieran pinchado una y otra vez con algo punzante y muy fino, puede que un alfiler. Los ojos también habían sido arrancados de la misma forma.

Salí del camerino en busca de Avelino. Lo encontré en el vestíbulo. Estaba sentado en un pequeño sofá, el mismo en el que me había sentado yo unas horas antes porque los zapatos me estaban haciendo polvo. Belmonte, de pie, le tomaba declaración apuntando en una libretita negra, como le había enseñado su padre. Como me había enseñado a mí también. Socorro Pavones ya se había ido a casa.

—¿De quién es el camerino que está justo al lado del de Luz? —le pregunté al pobre hombre sin presentarme, lo que lo apabulló un poco.

—De Juanita Fernández Romero.

LAZOS DE SANGRE

Fernando respira profunda y lentamente a mi lado. Un compás que siempre me ha llenado de paz y seguridad. No soy el prototipo de mujer que necesita un hombre en quien resguardarse de los azotes del día a día, pero la presencia de Fernando en mi vida, desde que nos conocimos hace más de treinta años, me hace sentir que todo va bien. O casi todo. Su proceder tranquilo ante los contratiempos contrasta con la furia con que acometo yo la resolución de los problemas. Nos complementamos, aunque a mí a veces me saque de quicio esa diferencia en el *tempo* vital. Mientras él se mueve a ritmo de vals, yo lo hago al de *rock and roll*. Dos vaivenes diferentes que se equilibran y se complementan. Por eso seguimos casados después de veintiséis años. Por eso y porque Fernando, a sus cincuenta y cinco, sigue estando para mojar pan. Mis amigas, que desde que se lo presenté lo tienen por el hombre ideal, me dicen siempre que les recuerda a Rock Hudson. A mí no, pero ahora madurito sí que se da un aire con John Hamm, el protagonista de *Mad Men*, pero con el pelo canoso. Yo sé que tiene su club de fans entre sus compañeras; es traumatólogo en el Hospital Universitario La Paz. No soy celosa. Si lo fuera, ya estaría cantando como Shakira, «loca, loca, loca».

Me noto destemplada y aprieto mi cuerpo contra el suyo. Le paso el brazo por la cintura y pego la cara a su espalda. No comprendo cómo, después de tantos años juntos, lo sigo sintiendo. No es deseo como al principio, esas ganas de estar pegada a su piel, de comerme sus labios, de notarlo dentro. Es algo... espiritual. Si es verdad que las almas gemelas existen, Fernando es la mía. Lo que no tengo claro es si yo soy la suya. Como hombre que es, se muestra reacio a hablar de estas cosas. Cuando le pregunto si me sigue queriendo, él me dice que claro. Y ahí se acaba toda posibilidad de asegurarme de que lo nuestro es mutuo. No debería meterme en estos jardines mentales. Para salir del bucle me concentro en su respiración. Está como un tronco. Me maravilla la capacidad que tiene para dormir, al margen de lo que pase a su alrededor. Anoche llegué pasadas las cuatro de la madrugada y ni se enteró. Es verdad que soy silenciosa como un gato, pero aunque hubiera entrado al son de una banda tocando *Paquito el Chocolatero*, él habría seguido en el nirvana. Admirable. Y envidiable. Cojo el móvil de la mesilla de noche para mirar la hora. El fogonazo de luz me obliga a mirar la pantalla con un solo ojo a medio abrir; aun así, consigo distinguir los dígitos —completamente desenfocados— sobre el fondo de pantalla

primaveral. ¡Las siete menos cuarto! Dejo el teléfono y me froto los ojos. El fogonazo me ha *regalado* una mancha negra que juega al ping-pong en mi retina. Me gustaría dormir un ratito más, pero da lo mismo que sea sábado que fiesta de guardar, mi reloj biológico me pone en marcha sin compasión todos los días a la misma hora. En mi vida hay además otros dos factores que me roban el sueño: mi hijo y los sofocos. Y anoche se sumó uno más: el asesinato de Luz Pavones.

Mis chicos de la Científica rebañaron el camerino. Tomaron muestras de fluidos del suelo y huellas dactilares a gogó —allí debe de entrar media España—, etiquetaron y clasificaron cuidadosamente cada objeto y fotografiaron el cadáver y la escena del crimen desde diversos ángulos. A esas pruebas yo añadí la revista que encontré en el camerino de Juanita Fernández Romero y que la coloca, de momento, en el top de la lista de sospechosos. En algún momento tendré que ponerme en contacto con ella para tomarle declaración. El día se presenta calentito... Pero antes de nada, Belmonte y yo tenemos que pasarnos por casa de Luz para entrevistarnos con su hermana. Anoche, entre el *shock* y el pastillazo que le metieron los del SAMUR, su testimonio no fue de mucha ayuda.

En cuanto al levantamiento del cadáver, se hizo según el procedimiento habitual: en presencia de Huerta, el médico forense, que envolvió las manos de la víctima en film transparente para que no se perdieran posibles restos de ADN del asesino, y cubrió el perineo con el mismo material para evitar que se derramaran fluidos por si hubiera habido abuso sexual. Todo muy desagradable. A pesar de los años que llevo en activo, no me acostumbro. De hecho, cuando me quito la placa y me pongo el delantal, solo envuelvo los alimentos con papel de aluminio. Una rémora profesional. Después de la intervención del forense, la jueza Estébanez dio la autorización para el traslado. Me alegra que sea ella quien lleve la instrucción. Carmen y yo nos entendemos bien. Yo le doy toda la información que necesita para hacer su trabajo y, a cambio, ella me facilita todas las órdenes judiciales que yo necesito para el mío. Ese toma y daca nos funciona como un reloj suizo desde hace años. Nos llevamos tan bien que hasta se podría decir que entre nosotras hay un cierto grado de amistad. Y bastante complicidad. Las dos hemos tenido que dejarnos la piel para conseguir el respeto y el reconocimiento de nuestros compañeros. Las dos hemos tenido que conciliar los horarios excesivos de nuestro trabajo con la vida familiar; una vida familiar especialmente complicada. En su caso, porque se quedó viuda muy joven y tuvo que criar sola a tres niños. En el mío, por Diego, a quien nos hemos dedicado en cuerpo y alma su padre y yo desde que llegó a nuestra vida, en la medida en que nuestros trabajos nos lo han permitido, y con quien apenas disfrutamos de pequeños destellos de felicidad.

El caso Pavones me da vueltas en la cabeza como un tiovivo. Me pone tan nerviosa no poder dormir que acabo levantándome. Enseguida oigo los pasos alegres y saltarines de Lacuqui sobre el parqué del pasillo. Golpecitos ligeros, como gotas de lluvia sobre un cristal. Lacuqui es la perra de mi madre. Ambas vinieron a vivir con nosotros hace cuatro años, cuando mi padre murió. Mis padres la rescataron de un vecino, un cabrón indecente que primero la molió a palos para después intentar deshacerse de ella ahorcándola. Entonces se llamaba solo Cuqui, o así

constaba en su cartilla veterinaria. Las vecinas de mis padres, conmovidas por ese salvamento *in extremis*, les preguntaban cuando se los cruzaban en sus paseos: «¿Cómo está la Cuqui?». Y el artículo se quedó para siempre unido a su nombre. Lacuqui tiene quince años, pero sigue casi tan activa como un cachorro. Su tamaño mediano, el pelaje blanco y marrón, largo y desmelenado, y los ojos de color miel ligeramente velados por unas cataratas incipientes la convierten en el centro de las caricias durante nuestros paseos mañaneros. Paseos demasiado breves para ella, que se entretiene olisqueando cada culo perruno que se le acerca desde la plaza de Tirso de Molina — donde nos juntamos con los otros perros del barrio— hasta nuestro portal, y excesivamente largos para mí, que voy con el tiempo justo para prepararle el desayuno a mi hijo y salir corriendo a comisaría.

Le acaricio la cabeza mientras ella golpea con el rabo la puerta de mi dormitorio.

—Chist... Que vas a despertar a toda la casa...

La sigo acariciando y lanza unos gemiditos con los que me da a elegir entre bajarla ahora mismo o encontrarme un campo de minas en el salón si opto por meterme antes en la ducha.

—Vale. Nos vamos a la calle —le digo.

Lacuqui entiende perfectamente las palabras «calle», «comer», «cuna» y «chuche»; y muchas otras, pero son estas bisílabas las que provocan en ella el mismo efecto: corretear como una loca por el pasillo. Me pongo unos vaqueros, una sudadera y unas deportivas a toda prisa. Cierro la puerta de la habitación para que Fernando no se despierte. Luego paso por el dormitorio de mi madre, que duerme a pierna suelta. Textualmente: tiene una pierna colgando fuera de la cama. A su edad, esa simple postura puede costarle diez sesiones con el fisioterapeuta, cuatrocientos cincuenta euros, que se llevarían casi la pensión de un mes. Le subo la pierna con cuidado y la tapo. Error.

—Nena, ¿a qué hora llegaste anoche, que me quedé dormida?

—Muy tarde. Anda, duérmete, mamá. Que todavía es temprano —susurro mientras enfatizo la sugerencia-orden tapándola hasta la nariz.

—¿Y qué haces levantada si es sábado?

—Voy a bajar a Lacuqui y luego tengo que ir a trabajar.

—¿Otra vez en fin de semana? —protesta según se incorpora dispuesta a levantarse por una simple cuestión de solidaridad maternal.

La empujo con suavidad para que se tumbe de nuevo y ella se deja caer rezongando.

—¿Es que no hay más policías que tú? Porque, vamos, lo que hacen contigo no tiene nombre...

Mi madre nos llama a todos así: «policías», sin importarle la graduación ni el destino. Y si dependiera de ella ajustar los cuadrantes, yo trabajaría un fin de semana al año —el que a mí me viniera mejor— y ninguna noche.

—Tengo que hacer un par de cosas y te prometo que vengo a comer con vosotros.

—¿Qué quieres que prepare? Ay, hija mía, esta casa es un desastre.

—Mamá, a dormir.

Doy por zanjado el tema entornando la puerta. Si no lo hago así, me expongo a una retahíla de lamentos sobre lo cansada que estoy, la mala vida que llevo y lo preocupada que está ella porque yo ya no tengo salud para esto. Y eso sí que no. Mis revisiones cada seis meses demuestran que el cáncer está superado. Punto.

Lacuqui, resignada a mi ronda matinal previa a su paseo, se ha tumbado en medio del pasillo con el hocico apuntando hacia la puerta.

Entro en la habitación de Diego. Me tropiezo con el cuarenta y cinco de sus deportivas.

—Me cago en...

Le tengo dicho que las deje a los pies de la cama, pero le entra por un oído y le sale por el otro. Como también le he dicho miles de veces que no amontone camisetas sucias sobre la silla, que no deje tirada en el suelo la toalla después de ducharse, que meta la ropa interior en la lavadora, que... que... que...

Diego duerme como un bebé. Me pongo a su lado. Al verle así, tranquilo y relajado, me viene a la cabeza la primera vez que lo tuve entre mis brazos y me produce una ternura infinita. Solo cuando duerme recupero a mi niño, al que quiero con toda mi alma. Al hijo que, a pesar de todo, siempre quise tener. No al adolescente violento y feroz en que se ha convertido. Le doy un beso en la cabeza, echa un tufo que tira para atrás. ¿Cuántos días lleva sin ducharse? Va a tener razón mi madre cuando dice que esta casa es un desastre. Fernando y sus guardias. Yo y las mías. Y mi madre, que la pobre no puede con este cafre. Vamos a tener que tomar una decisión drástica su padre y yo. Pero ahora no tengo tiempo. Belmonte ha quedado en pasarse a recogerme a las nueve.

A las nueve menos diez me manda un wasap: «Estoy abajo. Tranquila, que me he adelantado».

Hago otra ronda por la casa para ver si está todo en orden. Siguen durmiendo. Compruebo que he apagado la cafetera, meto la taza sucia de café en el lavavajillas y voy a abrir la puerta cuando pego un respingo.

—Al final no me has dicho qué hago para comer.

—¡Joder, mamá! Un día me va a dar un infarto.

—Eso no lo digas ni en broma. Y no hables mal, que no hace falta. ¿Qué hago de comida?

—Ay, Dios... Haz lo que quieras. O no, mejor que se acerque Fernando a Casa Mingo y compre dos pollos asados y unas patatas.

—¿Dos pollos? ¿No es mucho? —dice mi madre, a quien le encanta montar un debate por cualquier nimiedad—. Bueno, si sobra, hago croquetas. —Ella sola se contesta.

—Pues ya está —zanjo la discusión—. Hale, hasta luego.

Le doy un beso en la cabeza como a una niña y me marchó pitando mientras cierro la puerta tras de mí. ¡Bien! He logrado salir de casa sin revisar tres veces la presión de la caldera, sin asegurarme otras tres de que la vitro está apagada y que las dos gatas no se han quedado encerradas en un armario. La terapia está empezando a hacerme efecto.

—Vete, vete, que yo echo la llave —oigo decir a mi madre mientras gira enérgicamente el cerrojo de nuestra puerta blindada.

A la vez, Milagros, mi vecina, Mila, como le gusta que la llamen, está abriendo el suyo. ¡Horror de los horrores!

—Buenos días, Lola.

Mila tiene una edad indefinida, entre los cuarenta y muchos y los sesenta y pocos. Bajita y regordeta. El pelo demasiado negro —teñido— y la piel demasiado blanca —se esconde del sol como si fuera un vampiro. Lleva abierta la bata de pirineos de color rosa, dejando asomar el pijama, también rosa. Zapatillas de paño rosas rematadas por un pompón rosa. En Mila todo es de color rosa, menos su vida. Vive más sola que la una y se aburre como una mona; por eso cuando se mudó, hace cinco años, nos adoptó como familia. Sujeta una taza de café con leche con una frase motivadora: «Soy la leche». Estoy convencida de que ha estado montando guardia tras la puerta para pillarme al salir.

—Que acaban de decir en la tele que Luz Pavones ha aparecido muerta. Pero ¿no ibas tú a verla al teatro ayer? —dice abriendo los ojos tanto que parece que se le van a dar la vuelta. Mila es muy aspaventosa.

Lo que nos faltaba. Lo sabe la tele, lo sabe toda España, pienso.

—Sí, hija, una pena.

—¿Y cómo ha sido? —Bebe un trago y se apoya en el quicio de la puerta dispuesta a montar la tertulia allí mismo.

Aprieto varias veces el botón del ascensor, como si así fuera a venir más rápido.

—Bueno, de momento... Lo estamos investigando...

—¿Vas a llevarlo tú?! ¡Qué emoción enterarte de todo antes que nadie! Seguro que te vas a codear con los famosos de la tele. ¡Menuda suerte!

—No veas...

Presiento que hasta que se cierre el caso entrar y salir de mi casa va a ser un suplicio. Mila sigue con su interrogatorio. Saca una galleta María del bolsillo de la bata y la moja en el café. Confirmado, estaba al acecho para retenerme contra mi voluntad durante horas. Si no, ¿para qué iba a llevar en los bolsillos el kit de supervivencia?

—Pero ¿ha sido un asesinato o se ha muerto ella sola? —dice torciendo la boca para evitar que el café le chorree por la barbilla.

Mi vecina es Miss Empatía. Por suerte, la puerta del ascensor se abre. Entro y aprieto el botón del cero.

—Bueno, a ver qué dice la autopsia. Oye, te dejo que me están esperando.

Se cierra la puerta del ascensor. ¡Salvada! Resoplo mientras me miro en el espejo. Las ojeras me llegan hasta los pies. Hoy no me quito las gafas de sol ni en un sótano.

Al salir, siento una brisa agradable en la cara. Hace un día precioso, de esas mañanas de mediados de marzo que hacen presentir la primavera. El cielo está despejado, con el azul madrileño que hace que las fotografías parezcan postales. Llevo una gabardina sobre un jersey de punto fino. Tengo frío. Debería haberme traído el abrigo de entretiempo, como dice mi madre. A

estas horas aún no hay mucho tráfico en el centro y el inspector me espera con su Audi TT subido a la acera. Abro la puerta del copiloto y me siento.

—Tengo una noticia —me dice a modo de saludo.

—Me temo lo peor. Suéltalo. —Cuando Belmonte pone esa cara, significa que nos vamos a comer un marrón.

—Ya se ha filtrado a la prensa y está saliendo en todas las televisiones.

—Lo sé. Una jodienda para nosotros y, sobre todo, para tu padre, que va a tener que bregar con los periodistas.

Cuando llegamos a casa de Luz, hay por lo menos diez personas en la puerta. La mitad, con cámara al hombro. La otra mitad, metiendo el micrófono en las narices a todo el que intenta acceder a la vivienda. Mi compañero aparca a una distancia suficiente como para observar la escena con comodidad. Es un edificio de lujo de cuatro plantas en una zona residencial de Majadahonda, a unos veinte kilómetros de Madrid saliendo por la N-VI.

—La de pasta que se debe de ganar en la tele. Tú y yo nos hemos equivocado de profesión —le digo.

—Pues ya sabes... Ahí tienes las cámaras. *The show must go on.*

—¿Cómo? —No lo estaba escuchando. Mi cabeza se estaba imaginando a Luz comprando esta casa, decorándola...

—Que el show debe continuar. ¿Vamos? —me dice mientras salimos del coche.

Nos colgamos las placas al cuello y, unos instantes después, el grupo de los micrófonos intenta metérselos por las orejas.

—¿Qué puedes decirnos sobre la muerte de Luz Pavones? ¿Ya sabéis de qué ha muerto? —Acaba de hacerme la pregunta una jovencita pizpireta con más ganas de comerse el mundo que experiencia para saber cómo.

—Escúcheme, joven... —se me contrae el entrecejo—, le voy a dar un consejo que le va a venir muy bien para su profesión y, sobre todo, para la vida. —Mi actitud prepotente ha hundido de un zarpazo la autoestima de la periodista—. Cuando se dirija a un policía o a cualquier persona de cierta edad, como yo en ambos casos, háblele de usted. En cuanto a sus preguntas, de momento no puedo contestarle. Muchas gracias y buenos días.

Sigo mi camino con Belmonte trotando detrás de mí.

—¿De verdad era necesario ponerse tan borde? —me pregunta sorprendido porque sabe que soy una persona amable por naturaleza. ¿O no?

—Acabo de hacerle un favor —le contesto manteniendo la misma actitud pedante—. Si no sabe dirigirse a sus entrevistados con educación, jamás conseguirá un puesto en una corresponsalía en el extranjero.

—¿Y quién te ha dicho que la pobre chica quiere vivir fuera de España?

—Ay, cariño —digo con sorna y un poco molesta por su insistencia—, todos nuestros jóvenes con talento acabarán por esos mundos de Dios.

Para mis adentros, reconozco que me he pasado. La pobre cría acaba de pagar los platos rotos de que yo lleve encima menos de cuatro horas de sueño y de que tenga que trabajar en sábado.

Antes de meternos en el portal, veo a un periodista que avanza decidido hacia nosotros con una grabadora en la mano. Destaca sobre el resto del grupo; debe de ser de mi quinta y tiene una melena medio plateada. Se gusta a sí mismo, si no, no llevaría esas ondas al viento. Es alto, fibroso y viste de forma casual, pero con estilo. En la tez morena —este hace deporte al aire libre, pienso— le destacan unos bonitos ojos verdes y una sonrisa blanca de las de visita periódica al dentista. Es un tío atractivo, desde luego. Y él lo sabe. Con los años, he cultivado la capacidad de hacer un escáner a cualquiera con un solo golpe de vista. Apenas ha tenido tiempo de decir buenos días cuando el vigilante de la finca, que se ha dado cuenta de la jugada, nos abre la puerta para dejarnos entrar y la cierra inmediatamente después en sus narices.

—Llevan así desde las ocho de la mañana, molestando a los vecinos —protesta—. ¡Panda de buitres! —grita hacia la calle.

Belmonte le da las gracias y nos metemos en el ascensor.

El ático de Pavones debe rondar los ciento cincuenta metros cuadrados. Un espacio diáfano, con grandes cristaleras que lo inundan de luz y que comparten un salón, un comedor, una cocina americana y una especie de despacho. Lo que en los programas de reformas que veo en televisión llaman *open concept*. Al fondo se aprecia una especie de muro, de lado a lado, en el que hay cinco puertas. Cuatro están abiertas y una, cerrada. Dos parecen dormitorios. Otras dos, cuartos de baño. La quinta no tengo ni idea. ¿Una habitación de invitados? ¿El cuarto de la plancha? A saber. Es una pena que la decoración sea tan recargada y tan hortera, lo hace parecer más pequeño. También porque está lleno de gente por todas partes. Me llaman la atención los colores oscuros de las paredes —miro por encima de las gafas de sol; ¡ah!, si no son tan oscuros— y los muebles excesivos. Las cristaleras —la de la derecha da a una terraza esquinada desde la que se ve la sierra— evitan que me dé aquí mismo un ataque de claustrofobia. En un rincón descubro lo único que merece la pena: un sofá blanco, mi sueño inalcanzable con tanto animalito y un adolescente aficionado al ketchup. En la zona del salón, delante de la chimenea, hay colgado un enorme retrato de Luz iluminado por un foco, no vaya a ser que pase desapercibido. Luz aparece cubierta por una especie de túnica griega de color púrpura y lleva un seno al aire. Feo de cojones. Belmonte parece leerme el pensamiento.

—Deberían haber asesinado al pintor y no a ella.

Le voy a contestar cuando se acerca a nosotros Socorro. Parece que se ha echado diez años encima desde anoche. Tiene, si cabe, los ojos más hinchados. Va con la cara lavada, sin pizca de maquillaje que tape una manchita de nacimiento que tiene en la mejilla izquierda. Se ha puesto de luto de arriba abajo —a mí me parece un poco antiguo, pero debe de ser costumbre en esta familia, porque todos van por el estilo— y se ha recogido el pelo en una coleta.

—Lo siento mucho —le digo, y le estrecho la mano.

—La inspectora jefa Vergara es quien se ha hecho cargo del caso de su hermana —dice

Belmonte como presentación.

—Anoche no quise molestarla. Si pudiéramos hablar un momento con tranquilidad...

—Claro, vengan conmigo, por favor.

Socorro echa a andar recibiendo una caricia aquí, un abrazo un poco más allá. Gestos de cariño en un momento de dolor colectivo. Con solo una mirada mía, mi compañero entiende que le toca preguntar a todos dónde estaban ayer a partir de las once de la noche, hora en que acabó la función. Si están aquí es porque pertenecen al entorno más cercano de la víctima y son, de momento, sospechosos de su asesinato.

Pasamos por delante del sofá blanco en el que una anciana llora sin lágrimas. Eleva los brazos mirando al cielo para después abrazarse a sí misma mientras repite como un mantra: «¿Qué le han hecho a mi Mariluz? ¿Qué le han hecho a mi Mariluz?».

—Es nuestra madre. Lleva así desde anoche cuando llamé al pueblo para darles la noticia. Los hermanos estamos muy preocupados por ella. Es muy mayor y no sabemos si va a poder soportarlo.

La pobre mujer cabecea mientras un chaval de veintitantos que está sentado a su lado llora a moco tendido a la vez que la abraza y le besa la cabeza. Siento una pena infinita por ella. Ninguna madre debería enterrar a una hija.

—Fidel es el hijo de mi hermana. Pobrecito mío. Está destrozado —dice refiriéndose al chico—. Se ha quedado solito sin su madre. Ay, Dios mío, ¡qué desgracia!

Socorro, a sus cuarenta y pocos años, se expresa como si tuviera ochenta. En efecto, es una mujer un poco rancia.

—¿Y el padre?

Socorro se para en seco.

—A saber... Dejó a mi hermana embarazada y desapareció. Era de esos que van de feria en feria montando los cachivaches de las atracciones. Le echó el ojo nada más verla. Normal, siempre se los ha llevado de calle. —Calla de repente.

Noto cierto resquemor en lo que dice y en ese breve silencio final que no llego a descifrar.

—El caso es que se dejó liar por el más golfo —continúa—. No le quiero contar cómo se lo tomaron mis padres. Fatal. Y en el pueblo, las cotillas no paraban de traer y llevar. Que si el padre era este o era aquel, que si se veía venir... Con decirle que a mi hermana le pusieron un mote con cuatro letras... Ya me entiende.

—Me lo imagino.

Me callo. Intuyo que Socorro es de ese tipo de personas que cuentan hasta de qué color llevan la ropa interior a quien esté dispuesto a escucharla. Esta mujer debe de sentirse muy sola. Seguimos andando mientras continúa con su relato.

—Ella se quedó en el pueblo tan pancha. Le importaba tres narices lo que pensara la gente. Las malas lenguas se callaron en cuanto empezó a triunfar en la televisión. Siento recibirla en mi dormitorio, pero aquí estaremos tranquilas.

Para mi sorpresa, Socorro abre la única puerta que permanecía cerrada. Entramos y la cierra de nuevo tras ella. Es la antítesis de Luz. Dos gemelas casi iguales por fuera y tan diferentes por dentro. Luz eligió vivir expuesta a los ojos de todo el mundo, Socorro prefiere ocultarse de las miradas, incluso de las de los más cercanos.

Su dormitorio es sencillo, decorado con muebles de Ikea. Absolutamente nada que ver con el resto de la vivienda. En el centro, una cama de matrimonio con un nórdico de flores discretas. Como cabecero, la enorme cristalera por donde se filtra la luz de la mañana. A la derecha de la cama, junto a una lamparita de pie, destaca un sillón sobre el que hay un libro de autoayuda: *Cree en ti. Descubre el poder de transformar tu vida*. En el lado izquierdo, un pequeño buró antiguo; encima, un portátil. Me sorprende que tenga ordenador; hasta ahora pensaba que esta mujer vivía anclada en el pasado. Parece que no. En cualquier caso, si tengo que definir a Socorro, diría que es una mujer austera y de gustos más sencillos que su hermana. Quita el libro del sillón y lo deja sobre la cama.

—Siéntese, por favor.

—Gracias, pero estoy bien así. No la voy a entretener mucho.

—Se lo agradezco. Ya ve cómo está la casa de gente. Todos son de la familia —aclara—. Es que somos una piña, ¿sabe? Han venido del pueblo esta mañana. Mi madre quería estar cerca de su Mariluz, como ella la llama. Aunque no nos vayan a entregar el cuerpo hasta sabe Dios cuándo...

Socorro calla esperando que yo rellene sus puntos suspensivos. Yo saco del bolso mi libreta para tomar notas.

—¿De dónde son ustedes? —pregunto.

—De Orgaz. Un pueblo al pie de los montes de Toledo. Es muy bonito. Tiene una iglesia preciosa y un castillo pequeñito pero muy majo. Vienen muchos forasteros a visitarlo.

«Forasteros», pienso. ¿Quién habla así hoy en día? Pero ella sigue ametrallándome con información sobre su pueblo, ajena al impacto que me produce su forma de expresarse. Conclusión: o es una pesada de cuidado o está nerviosa, lo que me parece lógico en sus circunstancias.

—Cuando «la gente guapa», como se llamaba a los ricos en los años noventa —aclara Socorro— iba de caza a su coto privado, siempre se acercaba a comprar dulces a la panadería de Santos, un primo nuestro. Y eso que antes Orgaz estaba mucho más aislado. Ahora, con la autovía de los Olivos, desde aquí se llega en hora y pico.

Socorro habla y habla sin parar. Definitivamente, la pobre es una pesada.

—Hábleme sobre la situación sentimental de su hermana. ¿Tenía pareja?

—Ella siempre tenía a alguien. Como le he dicho, los hombres revoloteaban a su alrededor como moscas. Y a ella le encantaba. Le daba lo mismo que fueran solteros, casados o curas.

Otra vez ese resquemor al hablar de su hermana y de sus amantes. ¿Se volvía Socorro invisible para los hombres cuando estaba Luz y le duele recordarlo? ¿O buscaba esa invisibilidad de forma

consciente? Porque no hay más que ver cómo viste, con ropa que la favorece poco y la tapa mucho. Anoto en mi libreta: «¿Rivalidad?».

—¿Ustedes... se llevaban bien? —me aventuro a preguntar.

—Sí. —Suenan poco convincentes y ella lo nota—. Bueno, todo lo bien que se puedan llevar dos hermanas que están todo el santo día juntas —aclara.

Lo anoto. Cada vez que escribo, Socorro mira disimuladamente para intentar descifrar mis apuntes. Me doy cuenta y, sin levantar la cabeza del cuadernillo, le lanzo la siguiente pregunta.

—¿Dónde estaba usted después de la función?

—En LaLina —responde sin dudar.

—¿LaLina es el bar que hay junto al teatro?

—Sí, todos los días, después de la representación, a mi hermana le gusta... —hace una pausa para cerrar los ojos y respirar hondo— le gustaba quedarse sola para relajarse. Yo me iba a tomar algo y hacía tiempo hasta que me llamaba para que fuera a recoger sus cosas para marcharnos.

—¿Usted la acompañaba siempre al teatro?

—No es que la acompañara, trabajaba para ella.

Su tono suena un poco áspero, como si mi pregunta la hubiera molestado. La miro por encima de las gafas de sol para verle mejor la cara. Con ellas no veo un pijo porque está oscuro. Sin ellas tampoco porque son graduadas y todo se desenfoca. Socorro cree que le estoy poniendo cara de poli mala y se amansa.

—Luz era un poco especial, ¿sabe? No le gustaba que cualquiera tocara sus cosas, así que me contrató como asistente personal.

—¿Con sueldo? Quiero decir que si era un acuerdo verbal entre hermanas o...

—Sí, sí, me hizo un contrato y me pagaba un sueldo. Bueno, ella no, la empresa que montó, Lupa Producciones. «Lu» por Luz y «Pa» por Pavones. Lupa. Se lo inventó mi sobrino Fidel, que es muy creativo.

—Entiendo... —De todo lo que ha dicho, solo me quedo con el nombre y con que tengo que comprobar la relación laboral de las hermanas—. ¿Y cuáles eran sus funciones exactamente?

—Supervisar que todo estuviera a su gusto. En Telemedia, por ejemplo, debía asegurarme de que en el camerino hubiera todo lo que necesitaba: botellas de agua, colines, pechuga de pavo y fruta fresca. O que la maquillara siempre Marisa. —Anoto el nombre de la maquilladora y añado que Luz se portaba como una diva—. Y ahora, en el teatro, la ayudaba en los cambios de ropa entre escenas o a ponerse las pelucas; la maquillaba, repasaba con ella los diálogos antes de salir, le pedía el café, recibía a sus visitas y después recogía el camerino y llamaba a un taxi para venir a casa.

—Ya veo. Y... ¿vive usted aquí?

—Sí, claro. Ah, y también me encargo de la organización de la casa, bancos... Ya sabe.

—Era su mano derecha. Una persona imprescindible.

—Así es.

Asiento mientras apunto en mi libreta: «Socorro, chica para todo. ¿La explotaba?». Repaso mis notas.

—¿Alguien puede corroborar que estuvo usted en LaLina anoche?

—¡Claro! Avelino estaba conmigo.

—Hábleme de Avelino.

—¿Qué quiere que le diga? Es un hombre encantador. Siempre atento con nosotras. Bueno, con nosotras y con todo el mundo.

—¿Qué hace exactamente en el teatro? —le pregunto, aunque conozco la respuesta. Me lo explicó él mismo anoche, pero me gusta contrastar la información.

—¡Uy! De todo. Avelino es una institución en La Latina. Hace las hojas de taquilla, está pendiente de que no les falte de nada a los actores, supervisa que todo esté en orden para la función... Lo que le digo, una institución.

—Pero es muy mayor para tanto lío. ¿Qué edad tiene? ¿Setenta y...?

—Dos. Setenta y dos, pero está en plenas facultades, no crea. Siempre dice que quiere morir en ese teatro. Si es que es su vida. Me contó que entró a trabajar allí siendo casi un crío, cuando el propietario era el empresario de revistas Matías Colsada. Lina Morgan, que era muy jovencita, trabajaba en ese momento en una revista. Así se conocieron. Luego, ¡lo que es la vida!, Lina triunfó y acabó comprando el teatro, y Avelino, a quien tenía mucho cariño, se quedó haciendo un poco de todo.

Dejo de tomar notas y presto toda mi atención. Todo lo que tiene que ver con ese teatro y con Lina me interesa. Socorro ha cogido carrerilla.

—Total, que al cabo de los años, un empresario joven y con ganas de devolverle su esplendor a La Latina le propone a Lina comprar el teatro. Y ella que ni hablar. Pero después de mucho insistir, muchos ramos de flores y de pagar un porrón de dinero, no puedo decirle cuánto, porque no lo sé, Lina accedió a vendérselo con tres condiciones: que le dejara un despacho en la planta de oficinas, que le reservara un palco, el más cercano al escenario, a la izquierda según se entra por el pasillo principal, y, lo más importante para ella, que Avelino conservara su puesto de trabajo hasta que él decidiera jubilarse.

—¿Y lo ha cumplido? El nuevo propietario, me refiero.

—Al pie de la letra, como un caballero. Fíjese que, cuando falleció Lina, él mismo se encargó de que se instalara su capilla ardiente en el escenario del teatro. Pasó por allí todo el mundo. Fueron hasta altos cargos de la Comunidad de Madrid. —Se queda callada un instante, pensativa —. ¿Dónde vamos a poner la capilla ardiente de Luz? ¡Ay, Señor!

—Lo que no entiendo es que anoche no hubiera nadie en el teatro aparte de Avelino y usted. ¿Y el resto de la compañía?

—Como le he dicho, yo estaba en LaLina. Por lo general, Juanita se desmaquilla mientras Pepito pide el taxi, así que son de los primeros en marcharse.

—¿Quién es Pepito? —pregunto, y anoto el nombre del ayudante.

—Pepito Alhaja. Bueno, «Alhaja» no es su apellido, sino una especie de sobrenombre, porque llama así a todo el mundo, «alhaja». Un mariquita muy salado que fue secretario personal de doña Juana Romero, la madre de Juanita, ya sabe. En realidad, es como yo: secretario, ayudante, confidente, maquillador, peluquero... Un miembro más de la familia. Cuida a Juanita como si fuera carne de su carne.

¡Pero qué rancia es esta mujer, por favor!, digo para mis adentros.

—¿Y Andrea Fullnes? ¿Qué puede decirme de ella?

—Poca cosa. Es muy profesional en su trabajo.

Me da la sensación de que no quiere explayarse.

—¿También se va corriendo? —me intereso.

—Ella ni siquiera se desmaquilla. Es que vive lejísimos y no quiere perder el cercanías, la pobre. El productor no le paga el taxi como a Juanita o a nosotras —aclara.

—¿Por qué?

—En este negocio, o eres famoso o tienes un representante que se pelee por tus intereses, porque, si no, te racanean hasta las botellas de agua. Y no es que me queje de Mendizábal, que los hay peores.

—Mendizábal es...

—El productor de la obra. El que arriesga el dinero de su bolsillo, para entendernos —contesta.

—Ya —digo anotando su nombre—. ¿Y los demás?

—Todos acaban su trabajo y se van. Marisa, la maquilladora, se fue antes de acabar la función porque Luz siempre se quita ella el maquillaje al llegar a casa.

—Una cosa... —la interrumpo—. ¿No me ha dicho que en el teatro la maquillaba usted?

—Sí, pero ayer mi hermana se emperró en que lo hiciera Marisa. Ella era así de caprichosa.

Asiento mientras escribo. Socorro continúa su explicación.

—En cuanto al resto, Avelino se empeña en cerrar, así que se pone en plan jefe y los manda a todos a casa. —La cara de Socorro refleja la ternura que siente por ese anciano—. Aunque, entre nosotras, ya no se ocupa de tantas cosas. El nuevo propietario es quien gestiona el teatro y se ha rodeado de un equipo de gente muy eficiente. Y muy buenas personas, que le hacen creer a Avelino que sigue siendo imprescindible, porque es lo que le hace feliz. Muy buenas personas, ya le digo.

—¿Sabe si su hermana tenía enemigos? ¿Algún problema con alguien?

Socorro se queda pensativa.

—Enemigos... no... —No parece muy convencida—. Mi hermana es... era una mujer de mucho carácter y, claro, tenía roces con la gente. —Calla mientras le viene una idea a la cabeza—. De hecho, ayer, antes de la función, tuvo sus más y sus menos con Villafañe.

—¿El autor de la obra? —digo recordando ver su nombre en el cartel de la fachada del teatro.

—Sí, autor y director. Arnaldo Villafañe es un señor de la cabeza a los pies, pero ayer perdió los papeles. —Se lo piensa—. En realidad, se puso como una fiera con ella.

—¿Por qué?

—Ni idea. Yo salí un momento a hacer un recado y luego mi hermana no me comentó nada, pero Pepito me dijo que los gritos se oían desde el vestíbulo.

—O sea, que Villafañe estaba anoche en el teatro durante la función.

Socorro frunce el ceño como si se acabara de instalar en su cabeza la sombra de una duda.

LO DICHO, DICHO QUEDA

Nada más abrir la puerta de la pequeña tienda de flores, el tintineo de la campanilla, la explosión de colores de las innumerables variedades florales repartidas por todos los rincones y esa mezcla de aromas, mitad dulces, mitad frescos, atacaron los sentidos de Arnaldo Villafañe hasta el punto de que su vida se detuvo en seco y retrocedió hasta un día de primavera de mediados de los años sesenta. La primera vez que entró en Flores Manolita, en la calle Cádiz esquina con Espoz y Mina, fue acompañando a su padre a comprar dos ramos de rosas. Uno blanco, como la pureza y el amor que sentía hacia su esposa, que le había dado siete hijos sanos; y otro rojo, como la pasión desbocada que le despertaba el cuerpo de Amparito, una chica muy mona y alegre a la que había puesto un pisito discreto en la plaza de Santa Ana y con la que hacía vida marital dos veces por semana: los martes y los viernes. Aquel día también era viernes y don Cosme Villafañe había decidido que lo de llamar a su hijo menor Arnaldito se había acabado; había llegado la hora de convertirlo en un hombre.

—Mira, hijo, lo que distingue a un caballero de un tipo vulgar son los pequeños detalles —le dijo al adolescente, que todavía no acertaba a comprender por qué estaban allí—. Cuando quieras que una mujer se sienta como una reina, cómprale flores. Pero ten cuidado al elegir las, porque cada una tiene su significado, ¿verdad, Manolita?

—Desde luego, don Cosme —contestó la florista cuya discreción era reconocida por sus clientes, altas personalidades de la época que le encargaban ramos para entregar en los domicilios de sus queridas, que era como se llamaba entonces a las amantes.

—Con las rosas siempre quedarás estupendamente. Nunca regales una docena, es poco elegante. Diez es un número redondo para no parecer ni ostentoso ni cicatero y además significa que sientes un amor perfecto por quien las recibe —continuó don Cosme—. También has de ser cuidadoso eligiendo el color. El amarillo es un arma de doble filo. Significa éxito si se regala por amistad, pero para la pareja quiere decir infidelidad.

El chico anotaba mentalmente cada palabra del padre, preguntándose si alguna vez en su vida tendría ocasión de poner en práctica sus consejos con una mujer.

—El blanco es perfecto para una madre, una novia o una esposa —siguió explicando—, porque demuestra la pureza de tus sentimientos hacia ella.

—¿Entonces para quién son las rosas rojas? —lo interrumpió Arnaldo, viendo que la florista estaba preparando para su padre un segundo ramo de ese color.

La florista se alejó cuanto pudo dentro del escaso espacio que quedaba entre los múltiples jarrones y las coronas de difuntos. Por la sonrisa pícaro de don Cosme, entendió que iban a hablar de asuntos que no eran de su incumbencia.

—Este ramo es para una amiga mía. Alguien muy especial que quiero que te conozca —dijo bajando la voz.

—Pero si ya tienes a mamá, ¿por qué tienes una amiga? —preguntó Arnaldo, que a sus trece años apenas sabía nada de la vida en ese sentido. Educado desde los cuatro años por los curas, ignoraba todo lo concerniente a los placeres del mundo y de la carne. Solo sabía del demonio, con cuya omnipresencia lo amenazaban los clérigos si caía en la tentación de probarlos. Por eso no acertaba a entender la dimensión de lo que estaba a punto de descubrir por boca de su propio padre.

—Hijo... Hay cosas que un hombre necesita y que su santa esposa no le puede dar. ¿Me entiendes?

—No.

Don Cosme, perplejo por la ignorancia de su hijo, a quien suponía más despierto, «porque él a su edad ya se había estrenado con una señorita de vida disipada», respiró hondo y se acercó hasta casi meter su bien recortado bigote en el oído de Arnaldo.

—A ver, Arnaldo. Cuando te casas, la esposa es lo más sagrado de tu vida. Es la mujer que cuida de tu hogar y la madre de tus hijos. Con ella yaces para procrear y nada más. Ahí reside la santidad del vínculo matrimonial. Pero los hombres necesitamos desahogarnos a menudo. —El padre mira de soslayo su bragueta y continúa su explicación—. Si no, acabaríamos con un dolor de huevos de padre y muy señor mío. Y para eso están las... *amigas*. ¿Lo entiendes ahora?

—Creo que sí —balbuceó el chaval, al que se le acababan de helar las entrañas.

—Me alegro. Y seguro que también te ha quedado claro que esto es una conversación de hombre a hombre de la que no debe enterarse tu madre jamás.

Pero lo único que le había quedado claro a Arnaldo era que su padre, a quien había tenido desde pequeño en un pedestal, acababa de caerse y romperse en mil pedazos. A partir de ese momento, dejó de escuchar su clase magistral sobre mujeres y flores y se quedó flotando en un mar de dudas sin saber qué lugar ocupaban su madre, sus hermanos y él mismo en el corazón de ese hombre.

El siguiente paso para que Arnaldo dejara definitivamente la infancia era, según su padre, vestir un buen traje a medida. Por eso, después de visitar a Amparito, fueron a la plaza del Ángel, al taller de Fulgencio Rodríguez, uno de los mejores sastres de Madrid. Allí tomaba las medidas a nobles, toreros, algún que otro político y hombres de negocios de posición holgada como Villafañe.

—¿Usted hacia dónde carga? —preguntó Fulgencio con mucha educación a Arnaldo, en cuyos

oídos solo resonaba la voz de su padre preguntándole a Amparito si no tenía una amiga que pudiera espabilar a su chaval.

Don Cosme, impaciente por el silencio de su hijo, le agarró la entrepierna. No era la primera vez que sentía la mano de un hombre ahí. Don Cesáreo, un cura que les daba clase de gimnasia y que corría por el patio remangándose la sotana, le solía toquetear en los vestuarios con la excusa de comprobar si el ejercicio estaba beneficiando al desarrollo de su masculinidad.

—A la derecha. Como su padre y como Dios manda. Siempre a la derecha, ¿verdad, Fulgencio? —sentenció don Cosme investido de razón.

El sastre disimuló su desagrado por la referencia a una posición política que no compartía, pero que ocultaba para sobrevivir, y asintió levemente mientras anotaba las medidas del chico en un cuadernillo. Aquello duró aún unos minutos más. Arnaldo solo quería acabar cuanto antes para volver a casa, a pesar de que le desagradaba la idea de ser testigo mudo de cómo recibía su madre el ramo blanco de cada día, al que ya solo de pureza le quedaba el color.

* * *

Nacho Mendizábal, productor de *Sin reglas* —el que pone el dinero y cuya opinión predomina sobre cualquier otra—, había tenido la idea peregrina de que el papel principal debía ser para Luz Pavones. No por su talento como actriz y cantante, prácticamente nulos, sino por la capacidad de convocar a un numeroso público que la veía a diario en Telemedia. La mayoría, señoras que acudirían al teatro atraídas como las polillas por la luz.

—Nunca mejor dicho en este caso —remató Mendizábal—. Además, ¿tú qué prefieres? ¿Buenas críticas o llenar la sala? Porque te recuerdo que el diez por ciento va directamente a tu bolsillo.

—Tú siempre tan pragmático. ¿Y el arte? ¿Qué me dices del arte?

—Helarte es morirte de frío —apostilló Mendizábal posando la mano sobre el hombro de Arnaldo, un gesto que intentaba poner punto final a un debate que no llevaba a ningún lado. El productor no quería cortar la discusión de manera tajante por respeto a la amistad que los unía desde los Salesianos. Con el resto del mundo, si decía no, era no. Y punto—. Esto es un negocio —siguió argumentando— y, si no viene gente a ver tu obra, perdemos dinero los dos. Ya sé que a ti te importa tres cojones porque eres rico de familia, pero yo... ¡qué quieres que te diga! Nunca he pasado hambre, pero jamás estrené un abrigo hasta que me fui de casa de mis padres porque, como sabes, soy el pequeño y heredaba de mis hermanos hasta los gayumbos. Así que, por lo que a mí respecta, ganar un céntimo significa amasar una fortuna, y perderlo, la ruina.

—¡Pero es que esta mujer no me vale! ¡Ni siquiera da el tipo! —protestó el autor con denuedo viendo que estaba perdiendo la batalla.

—Te equivocas. Tiene justo la guinda para que tu obra se convierta en un éxito: fama y belleza.

—¡Vamos, Nacho! ¡No me líes! Lo de la fama te lo compro. Pero ¿belleza? ¿Para qué? ¡Si la

historia va de menopáusicas, caramba!

—¿Y? ¡Anda que no hay señoras con más de cincuenta que están para ponerlas mirando a Cuenca! ¿Cómo les gusta llamarse ahora? ¿*Cincuentañeras*? Da lo mismo. Lo importante es que muchas irán al teatro y querrán verse reflejadas en alguien que no sea una cacatúa.

—Nacho, dime la verdad —Arnaldo frunció el entrecejo como siempre que empezaba a cabrearse—. ¿Tú qué quieres de esa tía? Porque, si es sexo, me lo dices: «Arnaldo, quiero llevarme a la Pavones a la cama». Yo te seguiré diciendo que no me gusta, pero por lo menos sabremos que tenemos intereses encontrados. Yo mi obra y tú, tu bragueta.

—¡Coño, Arnaldo! —exclamó Mendizábal intentando no perder la paciencia—. Me parece que no nos estamos entendiendo y, sinceramente, me molesta; es la primera vez que nos pasa. Lo que quiero que te quede muy claro es que estoy pensando en tu obra, en que hablen de ella por todas partes, empezando por Telemedia. Si fichamos a su presentadora estrella, nos van a mencionar hasta en los informativos. Y eso es publicidad gratis.

—Tonterías. ¿Sabes lo que funciona de verdad? —Mendizábal se calló esperando oír una genialidad—. El boca a boca. Eso es lo que atrae a la gente.

—Y el boca a boca se pone en marcha si tenemos un buen cartel. Escúchame, el número de personajes es perfecto para que sea rentable: tres. De esas tres, una tiene que ser una gran actriz, con una buena trayectoria y con nombre, como Juanita Fernández Romero, que además canta como los ángeles. Y la has elegido tú. Otra, que actúe bien y sea barata, como Andrea Fullnes, a la que también has elegido tú. Ya tienes dos buenas actrices sobre el escenario. Por lo menos, déjame que elija a la tercera. Es imprescindible que esté buena, aunque lo haga como el culo. O sea, la Pavones.

Villafañe siguió negándose rotundamente y al productor no le quedó más remedio que sacar toda su artillería.

—Vamos a hacer una cosa, porque cuando te cierras no ves más allá de tus narices. Reservo una mesa en Ramses, os conocéis, le cuentas de qué va tu obra y vemos cómo respira. Te advierto que, según parece, ella tampoco está por la labor de trabajar todos los días después de salir de la tele.

—¡Pues ya está! Además, ¿tú sabes qué ha hecho en teatro? ¡Nada! Su carrerón se resume en salir en un *reality* y presentar un concursito —dijo Arnaldo de carrerilla mientras Mendizábal aguantaba el chaparrón consciente de que él tenía la última palabra—. ¿Y quieres que esa sea mi primera actriz? ¡No y no!

Tras una larga e infructuosa discusión, el productor reservó la mesa para la noche siguiente, seguro de que acabaría llevándose el gato al agua. Como siempre.

La cita era a las nueve y media. Un cuarto de hora antes, los dos amigos, vestidos de punta en blanco, se dirigían a su mesa en el Suria, uno de los elitistas restaurantes del Ramses. El ambiente no podía ser más agradable. Su mesa, junto a una de las ventanas, tenía una vista espectacular de la iluminada Puerta de Alcalá.

—¿Cinco comensales? —preguntó Arnaldo extrañado al ver el número de servicios. Como cortesía, se sentó de espaldas a la ventana para dejar a Luz disfrutar de la vista—. Pavones, tú, yo... ¿y quién más?

—Su hermana, que la acompaña a todas partes.

—¿En plan madre de Estrellita Castro? —ironizó Arnaldo.

—Más o menos... Y su representante, López Pollo —añadió el productor, que empezaba a sentirse pillado.

—¿Su representante? ¿Para qué?

Mendizábal, para evitar contestar, miró hacia la puerta esperando la aparición de sus invitadas.

—O sea, que ya lo tienes todo cerrado y yo estoy aquí de convidado de piedra. —Arnaldo se levantó dispuesto a irse, pero Mendizábal lo agarró por la manga y, suavemente, lo obligó a sentarse de nuevo.

—Tú estás aquí como autor, como director y, sobre todo, como amigo. Como un profesional con el que quiero seguir trabajando muchos años. Pero sin perder dinero. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—¿Los señores quieren tomar algo mientras esperan? —interrumpió el camarero.

Dos cervezas después, aparecieron las tres mujeres, justo treinta minutos más tarde de la hora de la cita, algo que a Villafañe le pareció de una pésima educación y que al anfitrión le hizo presagiar que la cena iba a ser más desagradable de lo previsto.

La presentadora, vestida como para que la desnudaran con los ojos al pasar, entró la primera, erguida y convencida de que todas las miradas eran para ella. Y así era, aunque no por el motivo que ella creía. No era admiración, sino la profunda indiferencia, cuando no desprecio, que provocaba en unos comensales acostumbrados a viajar en jet privado y a moverse entre auténticos vips. A su lado iba Teo López Pollo, vestida como un patriarca gitano, traje negro impecable con chaleco de corte masculino, camisa negra y fular blanco al cuello. Solo le faltaba «una varita de mimbre en la mano», como «Antonio Vargas Heredia, flor de la raza calé», que cantaba Imperio Argentina. Guiaba a su representada hacia la mesa con una mano depositada levemente en la cintura y una actitud viril que oscilaba entre la protección y la posesión. Cerraba el cortejo Socorro, vestida de oscuro, sin pretensiones, caminando casi de puntillas para que ni siquiera sonaran sus pasos.

De la extraña terna, a Villafañe solo le cayó bien la hermana, con la que estuvo hablando casi toda la noche porque le recordaba, en cierta manera, a su madre, por su sensatez y discreción.

Durante la cena se habló de todo menos de teatro. Luz no tuvo reparo en criticar a sus compañeros de la tele, airear los trapos sucios de todos y evidenciar que era tan ignorante como descarada. Socorro echaba capotes a su hermana en un intento de disimular la vergüenza ajena que le producía la situación. Por el contrario, la representante reía las gracias de Luz como se ríen las de alguien que te está llenando el bolsillo o alegrando la entepierna.

A los postres, cuando el vino les había soltado la lengua a todos menos a Socorro, que solo

bebió agua, la conversación viró al objetivo que los había reunido aquella noche: *Sin reglas*.

—A ver, me he leído tu guion... —empezó a decir Luz, pero no pudo seguir.

—Libreto, no guion —la cortó Arnaldo—. El guion se escribe para cine o televisión. En teatro, una obra para ser interpretada con música se llama «libreto». Como en este caso. Si no llevara música, se llamaría «texto dramático». Sigue, por favor...

Aquella puntualización fue lo más parecido a una declaración de guerra. Los otros tres miraron a Luz, a la espera de su reacción. Ella prefirió recurrir al desdén como arma de destrucción masiva.

—Te decía que me lo he leído porque me lo ha pedido mi repre, pero no me veo en ese papel; es una obra para viejas, ¿verdad, Teo? —soltó esperando el beneplácito de López Pollo, a quien no le dio tiempo a contestar.

—Depende de a qué llames tú «viejas» —saltó el autor, que ya estaba harto de verla quitarse los restos de comida de entre los dientes con la uña del dedo meñique—. En mi familia, viejas son las cosas. Las mujeres, a partir de cierta edad, son maduras. Y si acumulan muchos años, ancianas. Pero no viejas. En cualquier caso, las mujeres que ven tu concurso tienen más de cincuenta años y, si es a eso a lo que tú llamas «viejas», entonces la que presenta un programa para «viejas» eres tú. Yo escribo para señoras.

Arnaldo apuró de un trago su copa de vino para enjuagar una ristra de groserías que, por su exquisita educación, decidió reprimir.

—Este vino no puede echarse a perder. O te lo tomas tú o me lo bebo yo, y a mí no me conviene, que ya tengo el hígado como un paté. —López Pollo le rellenó de nuevo la copa para quitar hierro a una situación que se tensaba por momentos.

A Socorro el comentario de Luz también le había parecido tan fuera de lugar como casi todo lo que decía e intentó mediar.

—Yo creo que lo que ha querido decir mi hermana es que ella pensaba que la obra hablaba de mujeres de nuestra edad, de temas de nuestra edad. Los hijos, los hombres, el trabajo, el gimnasio, los cuernos, los divorcios... En fin, esas cosas. No de la menopausia, que nos queda todavía bastante lejos, la verdad.

—No —dijo Luz cortante—. Lo que quería decir es lo que he dicho: que es una obra sobre viejas y para viejas. Y encima triste, que mi personaje ha tenido cáncer de mama. ¡Joder! Pues qué alegría. A ver si me encasillo en el personaje y me acaban conociendo como la Peluquitas. —Rompió a reír con un chiste que el resto de los comensales, excepto su representante, evitó jalearse.

—Mi madre superó un cáncer de mama con cincuenta años —le espetó Villafaña, que se había puesto rojo de ira—. Ese personaje que te hace tanta gracia y que lleva *peluquitas* lo he escrito como homenaje a ella y a todas las mujeres que han luchado, luchan, lucharán o se han ido por culpa del puto cáncer. O sea, que tienes razón. No debes hacerlo; yo tampoco te veo en el personaje.

Se levantó, tiró la servilleta con rabia sobre la mesa y se fue camino del cuarto de baño. Había

bebido tanto que, si se marchaba sin vaciar la vejiga, tendría que parar en el primer árbol que se encontrara frente a la Puerta de Alcalá. Acabó de desaguar, se lavó pulcramente las manos y envió un wasap; después de aquello, no le apetecía pasar la noche solo.

Fuera del baño lo estaba esperando Mendizábal.

—Sé lo que vas a decirme: esta tía es una gilipollas. Y te doy la razón. Una gilipollas de manual. —Mendizábal intentaba ganarse a su amigo sin darle opción a rechazar a la actriz—. Por eso sé que no va a ser fácil trabajar con ella, pero...

—¿Quién te ha dicho que vayamos a trabajar juntos? Yo me niego a trabajar con semejante... cacho de carne con ojos —contestó Villafañe muy cabreado.

El productor tomó aire a sabiendas de que estaba a punto de soltar algo que podía costarle, si no su amistad, al menos distanciarse durante el tiempo que estuviera la obra en cartel.

—Verás, Arnaldo. Ya está hecho.

—¿Qué está hecho? ¿Me estás diciendo que has llegado a un acuerdo con su representante?

—Algo así.

—¡Pero si no ha hecho más que poner pegas! ¡No entiendo nada! Además, ¿para qué has montado esta pantomima de cena? —bramó el autor.

—Para que todo fluya, para empezar bien. Porque ya sabes que lo que mal empieza mal acaba.

—¿Tú llamas «empezar bien» a pasarte mi opinión por los cojones? —preguntó Villafañe con un volumen tan excesivo que hizo que uno de los camareros se asomara para ver si todo iba bien.

—Baja la voz —le instó Mendizábal mientras se lo llevaba a un rincón discreto—. En el fondo, lo tuyo es pura inseguridad. Estaba haciéndose la interesante. Has estado toda la cena hablando con su hermana y pasando de ella como de la mierda. Y luego la has dejado como una ignorante.

—Como lo que es.

—Lo que tú digas, pero que sepas que lleva toda la noche intentando llamar tu atención. Te aseguro que le encanta tu obra y, según López Pollo, está deseando ponerse en tus manos. Solo necesita que la mimes. Nada más.

—Y que le enseñe interpretación, ¿no crees? —insistió Villafañe enroscado en su negativa.

—Sí. Y ahora te pido, por favor, que subamos, nos sentemos y, como si no hubiera pasado nada, saques a ese Arnaldo encantador al que todo el mundo quiere adoptar como mascota.

—Eres un cabrón —dijo Arnaldo disimulando que le había hecho gracia el símil.

—Por mi parte, te prometo que si, pasado un tiempo, sigues estando incómodo, la sustituimos. ¿Trato hecho? —Mendizábal le tendió la mano. Villafañe supo que había perdido la guerra y se la estrechó convencido de que, si llenaban el teatro, Nacho nunca cumpliría su promesa.

Tras la tempestad, llegó la calma. Mendizábal, un auténtico malabarista de las relaciones públicas, había reservado la planta baja del Ramses para tomar unas copas. Debió de costarle una pasta, pero el productor nunca soltaba un céntimo si no estaba absolutamente seguro de que lo iba a recuperar con creces. Esa noche, aquel espacio con alfombra de cristal retro iluminada y

paredes llenas de espejos se convirtió en un club privado para ese extravagante quinteto. Arnaldo Villafañe firmó allí las capitulaciones con una Luz Pavones más amable, incluso divertida, entre abrazos de una frágil amistad recién nacida entre vapores de alcohol.

—Tengo que decirte que cuando llegamos me pareciste un pedante estirado con un palo metido en el culo. Pero, ahora que te conozco, pienso que eres un tío cojonudo —dijo Luz levantando la copa de balón que contenía su tercer *gin- tonic*.

—Y yo tengo que decirte que pensaba que eras una cateta con más suerte que talento, pero voy a hacer de ti una gran actriz. ¡Salud! —Nadie, salvo Mendizábal, captó que aquel piropo era, en realidad, un dardo envenenado.

Todos alzaron las copas y brindaron.

—Y ya que nos queremos todos tanto, vamos a bailar, ¿no? —la representante dejó su copa, se levantó y agarró de la mano a Luz, que se dejó llevar con su ebriedad, sin oponer resistencia, hasta el centro de la sala. La agarró por la cintura y empezaron a simular que bailaban un pasodoble, sin seguir el ritmo, haciendo el tonto. Poco después, continuando con la broma, la representante se apretó contra Luz. Ambas se contoneaban en un juego de seducción lésbico que la actitud dominante de López Pollo estaba convirtiendo en una exhibición obscena de sometimiento. Mientras, Socorro les lanzaba miradas furibundas que no le pasaron inadvertidas a Villafañe.

—¿Quieres algo? —le ofreció el autor intentando que se relajara. La respuesta no fue la esperada.

—Sí, que deje de sobar a mi hermana.

La pareja continuaba contoneándose y la situación estaba empezando a enrarecerse. La representante, pasada de copas, miraba a Socorro con media sonrisa, como retándola, mientras se pegaba cada vez más al cuerpo de Luz, que se reía de la seriedad de su hermana.

—Así que ¿es cierto eso que dicen de que tu hermana y López Pollo son pareja? —preguntó Mendizábal excitado con el espectáculo.

—No —le cortó Socorro con sequedad.

Mendizábal, sorprendido porque no esperaba una respuesta tan escueta y cortante, miró a Villafañe, que le recriminó el comentario con la mirada. Era obvio que a Socorro le desagradaba profundamente la escena. Lo que no estaba tan claro era si le molestaba por motivos morales, porque rechazaba la homosexualidad, algo posible a juzgar por sus ademanes mojigatos; porque no le gustaba la actitud de López Pollo, que empezaba a rozar el acoso; o por el comportamiento de su propia hermana, que estaba dejándose querer sin filtrar cómo y por quién, como había hecho siempre desde que ambas tenían uso de razón.

De repente, la representante besó a Luz en la boca. Los tres espectadores enmudecieron cuando esta le soltó una bofetada que la dejó tan dolorida como anonadada.

—Yo soy tu representada y tú lo que tienes que hacer es buscarme trabajo bien pagado y cuidarme, no montar este numerito. Solo falta que salgamos en las revistas.

Luz miró a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie ajeno al grupo que pudiera

sacarles una foto comprometida antes de seguir increpando a una López Pollo que no se atrevía ni a respirar.

—Si estás salida, te pagas una puta, que con lo que me sacas en comisiones te la puedes permitir.

Acto seguido, le dio la espalda y avanzó hacia el grupo con gesto iracundo.

—Soco, vámonos a casa que estoy cansada. —La cordialidad reinante durante las últimas copas se acababa de desvanecer.

—Perdona, coño. Que era un juego, tonta. Una broma —se disculpaba la representante intentando cerrar el paso a las hermanas, que ya estaban camino de la salida—. No te lo tomes así, joder.

—Que te apartes o te meto otra hostia —la amenazó Luz. Después se volvió hacia los dos hombres—: Me lo he pasado muy bien hasta que esta ha metido la pata. Ya me diréis cuándo empiezan los ensayos. Adiós. —Y se fue.

Socorro lanzó una mirada asesina a Teo, le dio otro tortazo y luego dulcificó el gesto con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza para despedirse de los otros dos.

—¡Coño, qué mala leche tienen las gemelas! Será mejor que vaya a pedirles un taxi —dijo López Pollo intentando disimular su contrariedad mientras se despedía con un apretón de manos—. Por cierto —añadió sacando unos folios doblados del bolsillo interior de la chaqueta—, el contrato firmado por Luz. Échale un garabato y me llevo una copia. No vaya a ser que después de esto se arrepienta.

Mendizábal, con gesto satisfecho, buscó en su americana la pluma Montblanc que reservaba para los grandes negocios. Se cercioró de que todo estaba correcto, firmó, le entregó una copia a López Pollo y se guardó la otra. Inmediatamente después, la representante se marchó.

—¡Menuda noche! Y te la querías perder —dijo Mendizábal dejándose caer, con cierto alivio, en el sillón.

—Esto me va a dar para escribir una novela.

—O dos. ¿Nos tomamos la última?

—Por mí, no —contestó Villafañe ajustándose el fular al cuello—. Y por ti, tampoco. Paga y vámonos.

Unos minutos después, los dos amigos recorrían en taxi el último tramo de la Gran Vía camino de la plaza de España. Madrid es, como ese *New York, New York* de Sinatra, «the city that never sleeps» —la ciudad que nunca duerme—. Eran las cuatro de la madrugada de un jueves cualquiera y todavía se veía el ir y venir de quienes estaban apurando la noche hasta el último trago. Al llegar a la plaza de España esquina con calle Princesa, Villafañe pidió al conductor que parara y se bajó del taxi.

—Yo me quedo aquí —dijo.

—Sabes que eres un golfo, ¿verdad? —rio Mendizábal al ver que un tipo moreno y musculado que esperaba en el semáforo le hacía un gesto a Arnaldo para anunciar su presencia—. Tranquilo,

ya sabes que yo... —añadió mientras simulaba sellarse la boca con una cremallera imaginaria.

Villafañe asintió. Sabía de la discreción de su amigo. En su amistad no había espacio para las críticas. Cada uno conocía el talón de Aquiles del otro: a ambos les costaba dinero tener sexo de vez en cuando. A Mendizábal, porque le gustaban treinta años más jóvenes que su mujer. A Villafañe, porque era la única manera de poseer a un hombre y garantizarse su silencio. Los dos se justificaban mutuamente sin palabras; además del afecto recíproco, ese era el nudo inquebrantable que los mantenía unidos, más de lo que lo estaban a sus propias familias. Arnaldo le sonrió, cerró la portezuela del taxi y lo vio alejarse camino de una cama que no era la suya.

* * *

Parecía un viernes como otro cualquiera. Nada hacía presagiar que la muerte iba a darse una vuelta por el teatro. Villafañe salió a la calle cerrando tras de sí la puerta de Flores Manolita y, con ella, su baúl de los recuerdos. Había comprado diez rosas blancas para su madre y una orquídea preciosa para Juanita; como le había enseñado su padre, esta significaba, en todas sus variedades, admiración. Hacía una tarde espléndida, así que decidió ir caminando hasta La Latina. Subió por la calle Carretas hasta la plaza de Jacinto Benavente. Tomó Doctor Cortezo y en la plaza de Tirso de Molina giró a la derecha para seguir por las calles Duque de Alba y San Millán hasta llegar, por fin, a la plaza de la Cebada.

Quedaban un par de horas para la función y la puerta principal del teatro estaba cerrada. Fue hacia la taquilla, enfrente de la cual estaba el timbre que conectaba con las oficinas. Llamó y, tras identificarse, entró. Atravesó el vestíbulo y subió las escaleras rumbo al camerino de Juanita. Al pasar por delante de la puerta número 2, se detuvo para saludar a Luz, pero miró la orquídea y se arrepintió. No quería por nada del mundo que la Pavones creyera que era para ella, así que giró a la derecha y continuó por el pasillo hasta el siguiente camerino. Se ajustó el nudo de la corbata, como le había visto hacer tantas veces a Cary Grant en esas maravillosas películas en blanco y negro que veía de crío, cuando su madre lo llevaba, cada martes, al cine Salamanca. Dio dos golpecitos leves en la puerta. Iba tan impecable como siempre. Con traje y corbata. Tirantes en lugar de cinturón y gemelos en vez de botones. Era de esos hombres que, tras todo el día fuera de casa, daban la sensación de estar recién salidos de la ducha.

—Juanita, querida, ¿puedo pasar? —preguntó mientras daba otros dos golpecitos y pegaba la oreja para escuchar si había alguien dentro.

Un segundo después la puerta se abrió y apareció Pepito con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, alhaja, esto sí que no me lo esperaba —dijo con ademanes de gran dama—. No me digas que toda esta floristería es para mí. Si llego a saber que ibas a llevarme al baile, me habría puesto el traje de noche.

A Villafañe no le gustó ni el comentario ni el tono indiscreto y juguetón de Pepito. Le lanzó una breve sonrisa de compromiso que se contradujo con la severidad de su mirada y avanzó hasta

Juanita, que estaba maquillándose frente al espejo de su tocador.

—Es para la mujer más guapa y la mejor actriz con la que he tenido el honor de trabajar. —Le entregó la orquídea a Juanita al tiempo que le tomaba la mano entre las suyas para besársela—. Te deseo un feliz cumpleaños.

Juanita recogió la orquídea y sonrió agradeciendo lo que era para ella mucho más que un simple regalo de cumpleaños. Era una inyección de autoestima, muy necesaria para salir a un escenario junto a Luz Pavones.

—¿Cómo sabes que es mi cumpleaños?

—Un caballero jamás revela sus fuentes —dijo el director mirando de reojo a Pepito para que no metiera la pata. Pero ya era tarde.

—Se lo he dicho yo —soltó Pepito.

—Gracias de todos modos —dijo Juanita—. Esta noche, si te parece bien, me la pondré para salir a escena. Me dará fuerza para aguantar a quien tú sabes...

—Tú no necesitas fuerza, con tu presencia ya se llena el escenario. La otra lo sabe y por eso hace todo lo posible para llamar la atención. Pero aquí la gran dama de las tablas eres tú.

—¿A que sí? —Pepito se apuntó enseguida al panegírico—. Se lo digo todos los días: tú, a lo tuyo, que la vida acaba poniendo a cada uno en su sitio. Y esa es una palurda que la acabará cagando —remató con intención—. Literalmente, porque le voy a poner unas gotitas de laxante en la empanada que ha traído Juanita y...

—¡Ni se te ocurra! ¿Me has oído? —bramó el director con una vehemencia desmedida. Su reacción pilló desprevenidos a sus interlocutores—. Cuando acabe la función, por mí como si le metes el libreto por el culo, pero el público es sagrado y paga por ver una representación en condiciones, no una oda a la escatología.

—Tranquilo, chico. Perdona. Solo estaba bromeando —se defendió Pepito molesto por la reacción, aunque decidido a seguir adelante con su plan.

Juanita, para aliviar la tensión, y aprovechando la oportunidad de poder hablar a solas, cogió a Villafañe del brazo.

—Te prometo que tu obra se va a representar esta noche, y todas las demás, tal y como tú la has escrito. Pero te voy a pedir un favor: pon a la Pavones en su sitio y que deje de improvisar porque, de lo contrario, una noche de estas la vamos a pifiar.

—Y que deje de putear a Juanita. Que ya está bien —apostilló Pepito.

Arnaldo besó de nuevo la mano de Juanita asegurándole que había venido para poner orden. Unos minutos después, estaba a solas con Luz en su camerino. Por experiencia, sabía de la cautela con la que se debe hablar a una actriz. Así que se armó de grandes dosis de paciencia y diplomacia e intentó explicarle que debía repetir exactamente lo que ponía en el libreto y no moverse de las posiciones que habían fijado en los ensayos o la representación acabaría siendo un caos. Pero la soberbia de la Pavones no aceptaba consejos ni reprimendas.

—Yo ya sé lo que tengo que decir y cómo decirlo. Y si no, mira cómo se descojona el público

cada vez que abro la boca.

—Tal vez no me he explicado bien, querida Luz. Necesito que entiendas que es mejor para todos no improvisar tanto.

—¿Quiénes son todos? —dijo Luz alzando la voz más de lo necesario—. ¿La Juanita esa? ¿Es que se ha quejado?

—No, ella no me ha dicho nada —mintió el director intentando aplacar la ira de la actriz—. Es cosa mía. Por favor, comprende que, si improvisas, las demás no pueden seguir el texto y...

—Pues que no abran el pico; total, ninguna de las dos tiene ni puta gracia —le cortó ella con una ira desmesurada—. En cuanto a ti, deja de darme lecciones de teatro ni de nada. Tu obra es un mojón y si la gente se «desgüeva» es porque soy yo la que les hace gracia. Así que, venga, que corra el aire que me tengo que preparar. En cuanto a las rosas —dijo mirando el ramo que llevaba Villafañe en la mano—, ponlas en un jarrón, pero para la próxima vez prefiero otro color menos soso.

—Son para mi madre —respondió Arnaldo con aspereza, harto de las impertinencias de la actriz—. Y te lo repito: o te ciñes al texto o le digo a Mendizábal que vaya buscándote sustituta.

—¿Cómo has dicho, maricón? —le espetó.

—¿Qué me has llamado?

—¡Maricón! ¿O es que ahora me vas a decir que no lo eres? —lo provocó Luz.

Villafañe notó que le faltaba el aire y que un sudor frío le recorría la espalda. Era la primera vez, desde los tiempos del colegio, que alguien le escupía a la cara esa palabra con ganas de hacerle daño.

—Lo que voy a decirte es algo que no te ha debido de decir nadie hasta ahora. —Arnaldo le hablaba con todo el desprecio acumulado desde la noche en que la conoció—. ¡Eres una analfabeta! ¡Y una mala persona! ¡Y una actriz de medio pelo!

A cada frase del director, Luz disfrutaba respondiendo con una sonrisa y una sola palabra: «Maricón».

—Ojalá te mueras. ¿Me has oído? ¡O-ja-lá te mue-ras! —gritó desencajado antes de salir del camerino dando un portazo tras de sí.

CUANDO NADA ES LO QUE PARECE

Llevo un buen rato a solas en el dormitorio de Socorro. Ella ha tenido que salir a atender a su madre. Agotada tras una larga noche de llanto y suspiros, la anciana necesitaba de los brazos de la gemela para sentirse un poco reconfortada. Abrazarla es como abrazar a su Mariluz, la oigo decir mientras Socorro la consuela con palabras de un cariño infinito. Yo aprovecho para repasar mis notas y echar un vistazo. Abro el cajón de la mesilla de noche. Una cajita de vaselina, un termómetro digital, un frasco de Vicks Vaporub. ¡Vaya! Esta mujer debe constiparse a menudo, pienso. También hay unos pequeños auriculares. Al fondo encuentro lo que parece una bombonera antigua de porcelana marrón, rematada en las cuatro esquinas con brocados dorados. La tapa, muy delicada, tiene un asa también dorada. La extraigo con cuidado. Debe de tratarse de una pieza antigua, de cierto valor, porque en su base está marcada con el número de pieza: 303. La abro. En su interior guarda una pequeña medalla de oro con la imagen de una Virgen que no llego a reconocer. En el reverso aparece grabada una fecha: 13 de mayo 1984. Por la edad de Socorro, intuyo que debe de ser la de la Primera Comunión. Lo demás son baratijas; pendientes de bisutería, un par de anillos típicos de mercadillo y un sobre en cuyo interior encuentro algo que llama poderosamente mi atención: un capullo seco de rosa roja y un trozo de papel cuidadosamente doblado. Lo despliego; tiene una nota manuscrita con una letra deslavazada: «Sabes que es a ti a quien quiero». Sin fecha y sin firma. Saco el móvil y hago una foto. Esto sí que es una sorpresa. ¿Socorro tiene o ha tenido un amante? ¿Una relación marcada por los celos en la que él le deja claro que ella es la única mujer? ¿Una relación importante que mantiene en secreto, puesto que lo guarda como algo de valor en el fondo de una bombonera reconvertida en joyero? Estos interrogantes me dan una perspectiva nueva de esta mujer. Me reconforta descubrir que posiblemente no sea la persona solitaria que yo pensaba. Lo pongo todo de nuevo en su sitio y cierro el cajón justo un segundo antes de que Socorro entre en el dormitorio.

—Perdóneme, inspectora. ¿De qué estábamos hablando?

—Hablabamos de Villafañe. Me ha dado la sensación de que usted..., bueno, de que tal vez sepa si tenía motivos para matar a su hermana.

—No, que yo sepa..., no. ¿Por qué piensa eso? —su respuesta no suena muy firme.

—No me haga caso. Me habré equivocado —le digo para hacerle sentir que soy de carne y

hueso y que puede confiar en mí—. ¿Y Avelino? ¿Lo cree capaz de matarla?

—¡En absoluto! —dice Socorro muy convencida—. Si es un pedazo de pan. No. Rotundamente no. Imposible, vamos.

Anoche, interrogando a Avelino, Belmonte le hizo la misma pregunta: «¿Cree que Socorro pudo haber matado a su hermana?». La respuesta fue también tajante y negativa. La tenía por una mujer buenísima, con una paciencia de santa para aguantar a su hermana, que era insoportable, «y que Dios me perdone por hablar mal de la difunta, pero es que se portaba como una déspota con ella», le había dicho literalmente y de carrerilla. En mi cabeza quedan registrados dos nombres para los primeros puestos en la clasificación de sospechosos: Villafañe y Juanita Fernández Romero.

—¿Y usted?

—¿Yo... qué? —pregunta desconcertada.

—¿Tenía algún motivo para desear su muerte? —Sé que es un golpe bajo, pero no me apetece andarme con más rodeos.

—¡No! ¡Por Dios! ¡No! Es mi hermana —se derrumba mientras sigue hablando de ella en presente; luego, no ha asimilado su muerte—, mi gemela, mi otra mitad. A veces discutimos, como todos los hermanos, pero siempre acabamos pidiéndonos perdón. Ya le he dicho que en mi familia somos una piña. Ella y yo sobre todo. ¡No! ¡Cómo voy a desear su muerte! ¡Por Dios bendito!

Socorro se tapa la cara con las manos. Está al borde del llanto. Después me mira como un cachorro desvalido. Tendría que ser una gran actriz para reaccionar así habiendo asesinado a su gemela apenas unas horas antes.

—Tranquilícese. —Tengo que disminuir la presión o le va a dar algo.

Guardo silencio unos instantes para que se recupere. Afuera, tras la puerta, se oye el rumor de una familia que habla a media voz, ahogada por la pena. ¿Se portaba la víctima como una tirana solo con su gemela? De pronto, la madre grita su mantra: «¿Qué le han hecho a mi Mariluz?». Socorro me mira con los ojos llenos de lágrimas. Me doy cuenta de que debo dar por terminada la visita.

—Es posible que tenga que volver a hablar con usted. ¿Cómo la puedo localizar? —pregunto guardando la libreta en el bolso.

Me da su número de teléfono y lo grabo en la memoria del móvil. Veo que tengo más de diez wasaps del grupo de Las inmaculadas, el de mis amigas. Nos llamamos así porque nos conocimos en párvulos, en un colegio de monjas del barrio de Chamberí. Más de cuarenta y cinco años de amistad. Ya contestaré. A ver qué quieren estas locas...

—Por cierto, me ha dicho, o le he entendido, que solía esperar a que su hermana la llamara por teléfono para ir a ayudarla. ¿Anoche la llamó?

—No. Por eso cuando me acabé el café volví al teatro. Se estaba haciendo demasiado tarde para el pobre Avelino. Entonces la encontré...

Socorro calla y ahoga un gemido. Me temo que la he dejado hundida en la miseria. Tendrá que recurrir a su libro de autoayuda en cuanto nos vayamos. Sigue gimiendo hasta que rompe a llorar.

En ese instante, mi humanidad se impone a mi profesionalidad y le pongo la mano en el hombro para consolarla. Acabo de abrir la compuerta. Socorro se abraza a mí. Siento no devolverle el abrazo. Aunque soy de achuchón fácil con los míos, no me siento cómoda con la proximidad excesiva de los desconocidos. Esta mujer es tan vulnerable que no sabe gestionar las muestras de afecto. Me quedo rígida mientras mi cabeza vuela a la llamada que Luz nunca llegó a hacer. Espero que el Gordo se haya molestado en pedir la orden judicial para revisar el registro de llamadas y los wasaps de su móvil. De pronto, Socorro se da cuenta de mi incomodidad y se separa sin saber qué decir.

Rompo el silencio —y el hielo— recuperando el tono profesional previo al abrazo.

—¿Le importaría enseñarme el dormitorio de Luz? —Se me acaba de ocurrir una idea peregrina.

Socorro, a pesar de su desconcierto, accede.

—Claro, venga conmigo, por favor.

Sale de la habitación sonándose los mocos y con paso ligero en una reacción inconsciente para poner distancia entre nosotras. Voy tras ella. Atravesamos el salón en el que cada vez hay más gente. Veo a Belmonte hablando con Fidel. Señalo la puerta de la calle para indicarle que ya casi he acabado. Él asiente. Entramos en el dormitorio de Luz y mi hiperosmia detecta la misma fragancia que lleva Socorro.

—¿Huele a One, de Calvin Klein? —pregunto olisqueando las sábanas de Luz. Conozco bien ese olor. Es la colonia que le compro a mi marido y, por qué no decirlo, se la robo de vez en cuando. Socorro me mira intentando disimular su incredulidad.

—Así es. Tiene usted un olfato envidiable.

—No crea. Usted también la usa, ¿verdad?

—Sí.

Asiento. Las gemelas comparten el mismo código genético, porque el perfume huele igual en ambas. Me lo anoto. Miro alrededor. Tal y como esperaba, el dormitorio es un horror ornamental. La cama *king size* está coronada por un dosel de terciopelo rojo a prueba de claustrofóbicos. A ambos lados, dos mesillas de diseño setentero, imposibles de combinar con el dosel. Las paredes están plagadas de fotografías enmarcadas en las que aparece Luz posando en distintos actos sociales. Entre todas destaca una en la que está haciendo una reverencia a los reyes. Cualquiera otra persona tendría fotos familiares para ver la sonrisa dulce de los suyos antes de quedarse dormida; solo alguien cuya vanidad es más grande que su amor empapela las paredes con imágenes de sí misma. Estoy empezando a descubrir una cara del personaje que me deja desconcertada. En una de las mesillas tiene una foto con aspecto de recién parida; pálida, abotargada, con los pelos de aquella manera y una sonrisa que la hace parecer entre bobalicona y dolorida. Tiene un bebé en sus brazos. Aun así, está guapa.

—Si me dice qué busca exactamente, a lo mejor la puedo ayudar —me dice Socorro expectante e incómoda por mi silencio.

No sé lo que busco, pero sí sé lo que quiero encontrar: una pista que me acerque a la identidad del asesino. A un posible amante despechado. Alguien que haya compartido su intimidad hasta el punto de querer matarla por celos o por despecho.

—¿Le importa si echo un vistazo en los cajones de las mesillas? —le digo, consciente de que para un registro necesitaría una orden judicial que no tengo.

Es la segunda vez en menos de diez minutos que voy a saltarme la ley a la torera. Pero las mesillas suelen ser escaparates de la personalidad, los gustos o las manías de quienes las usan. En la mía, por ejemplo, y entre otras cosas, atesoro las últimas gafas que usó mi padre, un Nuevo Testamento de bolsillo que acompañó a mi abuela Manolita a lo largo de toda una vida de infortunios, un cochecito de Diego o el envoltorio del chicle de fresa que llevaba en la boca cuando Fernando me dio el primer beso —me pilló tan de improviso que casi me lo trago—. Quien mire en mi mesilla se dará cuenta de que mi familia es mi talón de Aquiles.

Afortunadamente, Socorro no me pone pegas.

—Claro. Mire lo que necesite. Pero me gustaría saber qué está buscando.

Abro el cajón de la mesilla de la derecha. Es la que debía de usar más. Lo sé porque encima hay unos auriculares y varias marcas de vasos. Solo encuentro un par de paquetes de pañuelos de papel, una caja de preservativos —puede que trajera aquí a su amante o amantes— y un consolador.

Nota mental: preguntarle a Verónica cómo le va con *Manolito*, el que le regalamos por su cumpleaños. Cierro el cajón y bordeo la cama para mirar en la otra mesilla.

—Tengo que hacerle una pregunta delicada. ¿Sabe si a su hermana le gustaba practicar sexo duro?

Socorro pone cara de sorpresa.

—No, que yo sepa.

Luz, además de asesinada, fue sodomizada. Eso abre una línea de investigación extravagante pero posible. ¿Y si no fue una venganza y solo estaba teniendo sexo salvaje con alguien y se les fue de las manos? Hay indicios suficientes para seguir en esa dirección: los excrementos —recuerdo a un tipo que apareció muerto en un hotel, en medio de un charco de mierda, porque se había puesto varias lavativas antes de ser sodomizado—, los golpes, la ropa interior rasgada, el rulo de papel en el ano... —¿sadomasoquismo?—. Cuántas veces Huerta, el forense, ha tenido que extraer todo tipo de objetos de todo tipo de orificios.

—¿Me puede decir qué pasa? —insiste Socorro.

—Simple rutina —miento.

En la otra mesilla solamente hay extractos del banco. El saldo de la cuenta corriente de la Pavones asciende a doscientos cuarenta y tres mil doscientos euros con nueve céntimos. Una pasta que no lograría reunir yo ni aunque trabajase hasta los ochenta años, pero una miseria en comparación con lo que debía de ganar ella. Deduzco que esta es su cuenta personal. Lo demás

estará en la cuenta de la empresa. Socorro aún espera que le responda. Cierro el cajón y avanzo hacia ella.

—Ya no la molesto más. —Extiendo la mano para despedirme y nos damos un leve apretón—. Gracias por su colaboración.

—No hay por qué darlas —me dice con gesto de no entender nada.

Voy a salir cuando escucho la voz de Socorro.

—Inspectora —me giro—, haga todo lo posible para pillar al canalla que le ha hecho esto a mi hermana. Se lo pido por mi madre.

Socorro se limpia una lágrima improvisada al pensar en la pobre mujer que gime afuera llamando a su hija muerta.

Asiento y me voy.

En el ascensor, mi compañero me pone al corriente.

—El chaval estaba hecho una mierda. Me ha contado que tenía una relación extraordinaria con su madre —dice Belmonte leyendo sus notas—. Trabaja de guionista en Telemedia, en el programa que presentaba ella. O sea, que se rasca los cojones a dos manos, porque ya me dirás qué hace un guionista de televisión.

—¡Ah! ¿Pero hay guionistas en la tele? —Me quedo de una pieza—. Como no sea en las series... Vamos, que los presentadores ya saben perfectamente lo que tienen que decir, ¿no?

Belmonte se encoge de hombros. No es algo que le preocupe. A mí tampoco.

—En resumen —prosigue—, este chico debía de vivir a costa de su madre, porque o le pagan una fortuna por escribir, que lo dudo, o tú me dirás de dónde sacó el dinero para comprarse un Mercedes Clase E Coupé de más de cincuenta mil euros.

—¿Se han cargado a su madre y él se pone a hablar de coches? No estará tan hecho polvo —digo afectada desde mi perspectiva de madre que a veces lo invade todo.

—No, no. Me lo ha contado uno de sus tíos; para mí que le tiene una envidia que te cagas. Y otra cosa —dice—. Según parece, el chico tuvo hace poco una bronca de narices con su madre porque él salía con una chavala china, creo que una maquilladora de Telemedia. La madre le dijo que o la dejaba o no le daba pasta ni para pipas. Me lo ha contado el mismo tío.

—Entonces, el hijo te ha mentado diciendo que se llevaba muy bien con su madre. ¿Cabría la posibilidad de que la haya matado para heredar y seguir con su novia? —pregunto en voz alta, más como una reflexión que esperando la respuesta de Belmonte—. Hay que ver qué dice el testamento, si es que tenía.

—Seguro que sí. Esta gente se asegura las herencias.

—Pues eso —confirmo—. De todas maneras, al ser hijo único, se lo lleva todo. Y del resto de la familia ¿qué sabemos?

—Son doce hermanos, contando a las gemelas. Luego, entre primos, tíos y demás, en una boda deben de juntar más gente que un Real Madrid-Barça. Pero, de momento, quedan todos descartados porque estaban en el pueblo. Bueno, menos un primo y su mujer que fueron anoche a

ver la función, pero que volvieron a Orgaz nada más acabar —dice el inspector—. Les he pedido el número de teléfono para comprobar su ubicación a la hora del crimen.

Al salir del portal de la víctima, Belmonte y yo tenemos que esquivar una nube de periodistas ávidos de cualquier detalle, por nimio que sea, que les sirva de carnaza para alimentar los programas de televisión que dedican unos minutos a la muerte de Luz Pavones. Definitivamente, no comprendo el empeño de algunas personas por alcanzar la fama, ni la proliferación de esta nueva generación de jóvenes que buscan a toda costa entrar en un *reality* para mostrar, sin el menor pudor, su intimidad. La suya y la de todo su entorno. Novias, novios, ex, ex de ex, amigos de ex, ex amigos de ex... Una corte de satélites parásitos que orbitan alrededor de un personaje, por lo general de escasa entidad moral, y que se multiplican de manera exponencial en virtud de las barbaridades que vayan soltando por la boca todos y cada uno de ellos. O sea, televisión basura, un género en expansión que todos criticamos, pero que todos, en alguna ocasión, consumimos. Así, llego a la conclusión de que no son las cadenas las responsables de esa degradación de los programas, sino nosotros, los que encendemos la pecera e invitamos a instalarse en nuestro salón a personajes deleznable que nos sirven de rasero para medir nuestra propia decencia y convencernos de que nosotros sí que somos unos seres humanos intachables.

Algo apartado de la maraña vuelvo a ver al periodista madurito e interesantorro. Está entrevistando a uno de los primos de Luz que también estaba hasta hace un momento en el ático. Se da cuenta de que lo he visto, se despide de su interlocutor y avanza hacia nosotros con la melena al viento.

—Perdonen. ¿Podría hacerles unas preguntas?

—Ahora no —le corta mi compañero mano en alto y sin dejar de caminar.

—¿Saben la causa del fallecimiento? ¿Pueden avanzarme algo, por favor? —El periodista no se da por vencido.

—Escuche... —contesto mientras me paro. Él me mira y siento como si lo conociera de antes. Pero no, de qué voy a conocer yo a un periodista—. El caso está bajo secreto de sumario. Cuando estemos autorizados para hablar con la prensa, lo haremos. Muchas gracias.

—Gracias a ustedes. —Nos deja ir. Debe de ser de la antigua escuela. De los que entiende que «no» significa «no».

Noto que me sigue mirando mientras me alejo. Finjo que se me ha desatado la bota, un recurso de primero de adolescencia, y miro disimuladamente hacia atrás. En efecto, me estaba mirando, pero ahora hace que consulta algo en su móvil. Siento una especie de súbita e inesperada bocanada de buen humor. ¡Pero qué me pasa! ¿Estoy idiota o qué? ¿Un desconocido me mira y me hace ilusión? ¿A estas alturas del partido? Lola, tú estás muy mal, me digo.

—Estoy más harto de los periodistas que si me los hubiera comido —protesta Belmonte sacándome de un bucle mental que estaba empezando a resultar preocupante.

—Pues toma bicarbonato —le digo intentando que mi tono suene natural—. Y dame a mí otro poco.

No sé si por el ataque absurdo de adolescencia, por el cansancio o por el ambiente claustrofóbico del piso de la víctima, pero me noto un poco mareada.

—Creo que tengo un bajón de azúcar. Necesito tomar algo para animarme.

—Allí hay una cafetería. ¿Vamos? —dice indicando el camino con la mano.

Entramos en la única cafetería que debe de haber de aquí a Madrid, porque parece el metro en hora punta. Nos instalamos en un rincón de la barra que acaba de dejar libre un matrimonio de mediana edad. ¿Mediana edad? ¡Como si Fernando y yo fuéramos dos chavales!, pienso. Me sobreviene una sensación incómoda al recordar a mi marido, como si le hubiera puesto los cuernos al intercambiar una simple mirada con un desconocido. Decido olvidarme del tema de la manera más rápida posible: comiendo. Miro en las vitrinas de la barra buscando algo apetecible. Al fondo, en una mesa, está la periodista pizpireta con un chico. Él parece consolarla; le acaricia una mano mientras ella, con la otra, se suena la nariz con una servilleta. Me viene a la cabeza el numerito que le he montado hace un rato.

—Pídemme una Coca-Cola Light y una pulga de jamón —le digo a Alberto antes de abrirme paso como puedo entre la gente.

Me planto delante de la chica. El joven que está con ella debe de ser operador, porque tiene la cámara sobre la mesa. Él me mira y se queda a cuadros. Ella sigue sonándose la nariz. Está llorando. A lo mejor ha estado llorando por mi culpa. Soy una bocachancla *cum laude*.

—Hola. Normalmente no suelo ser tan borde.

La chica deja de sonarse, levanta la cabeza y, al verme, se pone de pie como impulsada por un resorte.

—Lo siento. Yo no quería ser maleducada con usted. Ni me he dado cuenta de que la tuteaba. De verdad.

—Estaba nerviosa. Es su primer día en la calle y usted la ha dejado en ridículo delante de los demás compañeros —me recrimina él.

Empujo a la chica con suavidad para que vuelva a sentarse. A él lo ignoro.

—Fui yo la que no reaccionó bien.

La chica asiente. Aún le resbala una lágrima por la mejilla.

—En cuanto a ti, don Quijote —le digo al joven señalándolo con el dedo índice—, insolencias conmigo, las justas, ¿estamos?

Le sostengo la mirada por encima de las gafas de sol hasta que consigo que mire hacia otro lado. Estoy muy acostumbrada a este tipo de combates visuales. Tengo al mejor entrenador personal del mundo: mi hijo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto a la periodista dándome cuenta de que es mucho más cría de lo que me había parecido.

—María —contesta un poco más tranquila.

—María ¿qué más?

—María Otero.

—Vamos a hacer una cosa, María Otero. Tengo la sensación de que nos vamos a ver muchas veces, así que cuando estemos fuera del trabajo, como ahora, nos tuteamos. Y cuando tú lleves el micrófono en la mano y yo la placa, nos hablamos de usted. Te parecerá una tontería, pero, créeme, no lo es.

—Gracias, inspectora —responde la pobre, un poco acojonada aún.

—Inspectora jefa Vergara. Pero todos me llaman jefa —aclaro.

—Todo eso está muy bien, pero cuando volvamos a la redacción le va a caer la peta porque no lleva ni un total —vuelve a meter baza el chico, con tono de reproche.

Es el típico joven que piensa que ser moderno es ir contra el sistema por norma y creer sin lugar a dudas que la policía siempre es la mala de la película. De nuevo lo miro a los ojos fijamente sin decirle nada. María se agarra a su brazo y él recula.

—Vale... Perdón —se disculpa no muy convencido.

—¿Qué es eso de «un total»? —le pregunto a María.

—Es como llamamos en televisión a algo curioso o interesante que una persona cuenta a la cámara —contesta.

Pienso durante unos instantes que lo que ellos llaman «total» es lo que se ha llamado toda la vida «declaración».

Me pongo la placa para hacer oficial que vamos a hablar en términos profesionales.

—María, le voy a dar un dato para que usted lo difunda como considere. A cambio, confío en que no va a manipular ni a exagerar la información. ¿De acuerdo?

—¡Por supuesto, jefa! —me dice con los ojos como platos.

—Hasta ahora solo se ha publicado que Luz apareció muerta en el teatro, lo que es absolutamente cierto. Pero lo que no se ha filtrado aún es que tenemos muchos indicios para sospechar que murió de forma violenta.

Me quito la placa y me la guardo en el bolsillo. María me mira como si le hubiera tocado el cuponazo. Pobrecita, es una cría. ¿Cuántos años tiene? Seguro que es su primer empleo.

—Ahora tenéis que jurarme los dos que no vais a revelar la fuente.

—Se lo juro, jefa —dice María besándose los dedos índices unidos en cruz, como hacen los niños, sin atreverse a tutearme.

Miro a su compañero, que asiente sin decir palabra.

—Bien, pues nos vemos.

Me doy media vuelta y me marcho, segura de que ambos se han quedado con cara de no entender nada. Tengo una norma: si alguien mete la pata conmigo, se la arranco. Si la meto yo, me disculpo. En cuanto a la información que le acabo de soltar, se sabría tarde o temprano. Entre otras cosas, porque de esa casa no para de entrar y salir gente y seguro que alguno busca su minuto de gloria delante de las cámaras. Si se da prisa, María puede apuntarse el tanto.

—¿Ve a los jóvenes de aquella mesa? —le digo al camarero, que asiente—. Cóbreme a mí lo que hayan tomado.

—Sí, señora —dice, y se va a atender a otro cliente que no para de hacerle señas.

—Tiene razón mi padre cuando dice que debajo de esa fachada de tía dura hay un pedazo de pan.

—Pídeme otra pulga de jamón, que con esta no tengo ni para un colmillo. Y por listo, pagas tú.

* * *

Volvemos por la N-VI dirección Madrid. Al fondo a la izquierda se ven, nítidas, las Cuatro Torres. Es uno de esos días raros en los que Madrid no luce su boina de contaminación. Belmonte conduce en silencio mientras yo, acusando el cansancio por la falta de sueño, me acomodo en el asiento y me abandono a unos minutos ajenos a la investigación. Abro el grupo de WhatsApp de Las inmaculadas: ¡veinticinco mensajes ya! ¡Están locas! Veo que el último es de Verónica y dice: «Lola paso de tu culo. Cuando te dé la gana de leer esto, me llamas. Besos». Todo esto escrito, en realidad, sin comas, ni tildes, ni nada de nada, claro. Voy hacia atrás para ver de qué va la conversación. Marga y Verónica están dándole vueltas a la muerte de Luz Pavones. Rosa todavía no se ha conectado.

—¿Te importa que haga una llamada personal? —le pregunto a Alberto por cortesía. Me parece de pésima educación, cuando alguien te lleva en su coche, ponerte a rajar, a lo tuyo, como si el otro fuera tu chófer.

—Y dos.

Busco a Verónica entre mis contactos y pulso la tecla de llamada. Suenan varios tonos, pero no contesta. Abro el WhatsApp y escribo: «Holaaa!!! Estoy currando. Anoche tuve que volver al teatro porque la Pavones apareció muerta, como ya sabéis. Pero no os puedo contar más. Oído, Vero? Pues, hale, ya hablaremos guapasss!!!». Añado varios emoticonos de una carita guiñando el ojo y otro con la boca fruncida en un beso. Lo leo por si el autocorrector ha escrito alguna palabra rara. Todo bien. Pulso «Enviar».

Al instante empiezan a entrar mensajes en ristra:

Marga: Pero q la pasao??? No nos dejes a medias cabrona!!!!!!!

Rosa: Tengo un resacon que me cago toa y no parais de rajar... Q pasaaaaaa?????????

Marga: Q se ha muerto Luz Pavones!!!!!!!

Rosa: Como se va a morir si anoche la vimos y estuvimos bailando con ella????

Marga: Q se ha muerto coño!!! Lola diseloooooo

Lola: Q si Rosa que se puede hacer la conga con unas ridiculas y

morirte esa misma noche... de hecho a mi me dieron ganas de
palmarla de la vergüenza q me hicisteis pasar

Rosa: Joder!!!!!! Y de q ha muerto la pobre??? 🤔

Marga: Tan joven...

Lola: No se sabe

Rosa: Q pena

Lola: No se q decir...

Marga: Comorrrrrrrr?????

Lola: Q no era lo q parecía...

Rosa: Tan joven???????

Lola: Q no coño. Q t contesto a lo de la pena

Rosa: Q no t da pena???????

Lola: Q si pero q no es lo q pareciaaaaaaaaaa!!! Joder a ver si nos
centramos

Rosa: Debe ser la resaca pq no entiendo nada

Lola: Q debía ser un poco brujilla!!!

Verónica sigue sin meter baza. Debe de estar llevando a un cliente. Trabaja catorce horas diarias en su taxi —excepto el día de descanso que marca la ley— para pagar la licencia, el taxi, la hipoteca y la carrera de sus dos hijos: Carlota, una chica preciosa y muy inteligente que algún día acabará como jefa de Cardiología del Hospital Monte Sinaí; y Pancho, un deportista nato que, si no se gradúa en Derecho Internacional, le ganará a Rafa Nadal en el Roland Garros. O eso dice su madre entre carcajadas. Verónica siempre se ríe. Siempre. A pesar de que ha estado más sola que la una desde el día en que el sinvergüenza del padre de sus hijos —el Fugitivo, le llama— quedó en ir a recogerla con el coche al mercado y la dejó allí plantada, con las bolsas llenas de comida y los dos niños pequeños. Mientras tanto, él estaba de camino a Zaragoza con una fulana para no volver jamás. A partir de ese día, Verónica se partió el lomo y, con algo de ayuda de sus padres, fue quitándose pufos; ahora, por fin, se siente segura de sí misma y, sobre todo, fuerte. O como ella dice, más feliz que una perdiz.

Vero: Por fiiiiiiiiin. Q coñazo de pasajero me ha tocaoooooooo lola
cuentaaaaaa

Lola: No puedo

Vero: Pues stan dando el coñazo en la radio toda la mañana. Stoy de la Pavones hasta los coj...

Lola: Ordinaria!!!!!!

Vero: Jjjjjjj...

El soniquete del teléfono me está poniendo de los nervios. Me despido.

Lola: Chicas stoy d servicio. Hablamos vale??? Bssssss

Silencio el grupo. Resoplo. Belmonte, que me ha estado mirando de reojo, se ríe.

—Te faltan dedos para hablar por WhatsApp. ¡Joder, qué velocidad!

—Y eso que hoy me pillas lenta. Si me ves a pleno rendimiento... Sale humo de la pantalla.

Voy a guardar el teléfono en el bolso cuando llega otro mensaje.

—Hola. Ya tengo el despiece. Pasaos por aquí que hay algunas cosas interesantes —leo en voz alta—. De verdad que nunca entenderé el sentido del humor forense. ¿Es necesario decir «despiece»? —me quejo.

—¡Qué quieres! Huerta está todo el día entre fiambres —lo justifica mi compañero.

—Pues a ver si entre lo que diga la autopsia y lo que encontremos en el teléfono de la víctima nos sacudimos este asunto cuanto antes —digo mientras busco a Sanz en mi lista de contactos—. Espero que el Gordo haya hecho su trabajo.

Tras un par de tonos, escucho la voz del Gordo imitando el mensaje de un contestador automático.

—Está usted llamando al subinspector Sanz. Si es para invitarlo a café, pulse uno.

Pongo el teléfono en manos libres para que mi compañero lo escuche. Su gesto lo dice todo: este tío no tiene remedio.

—Si es para darle el día libre, pulse dos —continúa—. Si es para ascenderlo, pulse...

—... Si es para mandarlo a tomar por saco, pulse cuatro —digo antes de que siga con su retahíla de gracietas.

El Gordo se troncha.

—¡Vergara! ¿Es que no puedes prescindir de mí ni en sábado? —me suelta en su tono chabacano habitual.

—Primero, me llamas jefa, no Vergara. Segundo, no estoy para chorradas y, tercero, ¿habéis mandado ya al laboratorio las muestras de Pavones? —digo con autoridad porque no hay nada que le fastidie más.

—Ya está todo en marcha, jefa. Esta misma mañana —contesta muy serio. Se nota que le ha molestado. ¡Bingo!

—Perfecto. ¿Y cuándo tendremos el registro de las llamadas del móvil?

—¿Qué móvil? Allí no había ningún teléfono. —Su tono suena como si lo hubiera pillado en una falta.

—¡Imposible! En su casa no estaba, me lo habría dado la hermana. Y me ha venido a decir, más o menos, que no se despegaba de él ni para cagar. —No sé qué tiene este tipo que con él me cambia hasta la forma de hablar.

—Entonces se le habrá caído al váter, porque en ese camerino no estaba y nosotros no lo tenemos.

Me quedo callada, jurando en arameo. ¿Dónde demonios está el puñetero móvil?

—¿Jefa? ¿Sigues ahí? —El Gordo debe de pensar que se ha cortado. O que le he colgado. No sería la primera vez.

—Estamos aquí —dice Belmonte—. Suelta lo que tengas que soltar, que vamos a entrar en un túnel.

A mi compañero también le hartan las tonterías de este tipo.

—A ver... Como el móvil no estaba, he llamado a la jueza Estébanez, que se ha enrollado y nos ha mandado la orden para triangularlo, y... ¡tachááán! ¡Lo hemos localizado!

—¿Dónde? —pregunto mientras, sorprendida por la eficiencia inusual del Gordo, le hago a mi compañero una señal de aprobación con el dedo pulgar hacia arriba.

—En la plaza de Tirso de Molina. A seis minutos del teatro La Latina.

—¡Al lado de mi casa! —le digo a Belmonte.

—Ya hemos detenido a un tipo. Lo están trayendo. En cuanto llegue, se ponen con él Morales y Valdés —se explaya el Gordo—. Con suerte, libramos el fin de semana.

—No cantes victoria tan pronto. ¡Ah! Y buen trabajo, Sanz —le digo para darle un poco de jabón, y cuelgo.

—¿De verdad crees que el asesino va a ser tan idiota de quedarse con el móvil de la víctima? —me dice Belmonte.

—¿Y si se la cargó un fan pirado? —reflexiono.

—¿Como a John Lennon?

Nos miramos y asentimos. Hay tanto chalado suelto que no conviene descartar ninguna hipótesis.

—Un mitómano que se guardó el teléfono como recuerdo. —Enseguida me doy cuenta de mi error—. No. Un admirador no la hubiera torturado.

—Salvo que sea un psicópata. Imagínate que estaba enamorado de ella y que, al no sentirse correspondido, la mató.

CUANDO LOS DEMÁS SE ENTERAN

Aunque ya es media mañana, Juanita permanece en ese duermevela en el que la realidad se confunde con el mundo de los sueños. Dicen que por la noche, cuando bajan los biorritmos y el cuerpo está más cansado, es cuando el subconsciente se hace más fuerte y nos juega malas pasadas. Mientras dormimos, o creemos estar dormidos, nos asaltan las inseguridades y los miedos. Juanita tiene miedo. Miedo al ridículo. Miedo a volverse transparente ante los ojos de un público que siempre la ha seguido con admiración y cariño. Pero, sobre todo, tiene miedo a Luz Pavones, esa mujer que no conoce el significado de la palabra «respeto» y que se ha dedicado a ningunearla desde el día en que se conocieron. Ya la habían alertado sobre ella. Luz no era muy querida en el mundillo, pero Juanita pensaba que solo eran habladurías. Nunca en su vida ha dado crédito a los rumores. Jamás ha difundido una calumnia. Jamás, porque así se lo enseñaron sus padres, que también tuvieron que navegar en las aguas turbias de las malas lenguas. Sin embargo, con Luz se habían cumplido los peores pronósticos. Ahora Juanita está entre la espada y la pared. Una pared de deudas acumuladas por su cuarto exmarido, un vividor sin escrúpulos que se lo pulió todo en mil noches en el casino de Torrelodones, dejándola con un roto en el bolsillo y otro en el corazón. Para remendar el bolsillo no le quedó más remedio que matarse a trabajar, aceptando todo lo que le ofrecían, que no era mucho últimamente; reparar el corazón era más complicado. Era como coserlo con un parche de tela ajada, tan frágil que lo imposibilita para volver a latir de nuevo, con ilusión, por otro hombre. En cuanto a la espada, es larga como la maldad de Luz y afilada como su lengua. Una espada que esgrime en el escenario contra Juanita, que, indefensa, solo puede intentar esquivar los envites. Una espada cuyo filo le lacera la dignidad en cada escena en que la otra hace lo posible por opacarla, en cada diálogo que la otra destroza para anularla, en cada saludo final que la otra acapara para humillarla. Esta tensión que soporta Juanita de miércoles a viernes, multiplicada por dos los fines de semana, se ha convertido en un miedo que va mermando su autoestima, la cual intenta reparar a fuerza de ansiolíticos antes de salir a escena. Cada noche, cuando su cerebro baja la guardia, Luz se apodera de sus sueños y hace que Juanita reviva, una y otra vez, los espadazos de su lengua viperina. Su presencia se hace tan real y tan palpable que Juanita ya no sabe si está despierta o dormida; lo que sí sabe es que,

cuando cierra los ojos, ahí está ella escupiendo sin piedad todo el rencor que le tiene y cuyo origen Juanita no llega a descifrar.

—Te crees con derecho a juzgarme porque tú siempre has vivido rodeada de gente importante y de lujos. Restaurantes caros, viajes en primera clase, hoteles de cinco estrellas... —Luz acusa a una Juanita que no comprende qué está pasando—. Tú no tienes ni puta idea de lo que es pasar hambre todos los días. Tener un agujero en el estómago que duele hasta hacerte llorar.

—Déjame, Luz, te lo pido por favor. Yo no te he hecho nada para que me trates así —lloriquea Juanita con angustia mientras se revuelve en su cama.

—¿Y el frío? ¿Sabes lo que es pasar frío a todas horas? ¿Meterte en una cama helada, con las sábanas húmedas? ¿Apretarte contra el cuerpo de tus hermanas para entrar en calor y aun así tener los pies tan fríos que amaneces con sabañones? —La voz de esa mujer suena hueca en su cerebro, con reverberación, como si estuvieran en una iglesia—. No tienes ni puta idea, Juanita Fernández Romero. Ni idea, porque has vivido entre algodones desde que viniste al mundo.

Juanita sabe que es un sueño. Tiene que serlo. Intenta despertarse, pero no puede.

—Yo no tengo la culpa... —gimotea—. Ni de mi suerte ni de la tuya. Si te he contado algo de mi vida, jamás ha sido para presumir ni para darte envidia. Yo creía que eran charlas entre compañeras que toman un café. Tú me contabas tus cosas y yo, las mías. Luz, por favor, déjame ya en paz. ¿Por qué disfrutas humillándome si siempre te he tratado bien y con cariño?

—¿Qué cariño ni qué cariño? ¡Gilipollas! Tú no me tienes que tratar con cariño, sino con respeto. Yo soy la actriz principal. Andrea y tú sois las putas segundonas. ¿Sabes por qué te contrataron? Por tus apellidos. ¿Y a Andrea? Porque es barata. Que lo sé de buena tinta. Pero la gente viene al teatro a verme a mí, ¿lo entiendes? Vienen a ver a Luz Pavones.

Juanita, empapada en sudor y con el corazón latiendo a tal velocidad que parece que le va a estallar, consigue despertar. Abre los ojos y solo entonces es consciente de que está en su habitación. El sueño ha sido tan real que su cerebro lo registra como un recuerdo. Pero no lo es. Necesita quitarse el mal sabor de boca que le ha dejado esa pesadilla que se repite a menudo con diálogos similares e igual angustia. De niña, cuando se despertaba sobresaltada en mitad de la noche, se inventó un truco para neutralizar los malos sueños: pensaba cómo serían con final feliz. Pensaba y pensaba hasta que conseguía quedarse dormida. Entonces pasaba algo mágico: su cerebro repetía el mismo sueño, pero reconduciéndolo para que todo acabara bien. Casi siempre funcionaba. Por eso ahora también intenta pensar en un final alternativo en el que Luz le dice que ha estado extraordinaria y le aplaude delante de todo el mundo al final de la representación. Lo piensa... Y lo piensa... Y lo piensa... Entorna los ojos... Pero no logra dormirse. Lo que sí consigue imaginar es un diálogo que jamás podrá mantener con esa mujer.

—Me das mucha pena, Luz, porque eres lo peor que se puede ser en esta vida: una miserable. Lo tienes todo: belleza, dinero, éxito, popularidad, y lo estás tirando por la borda, porque dentro de ti solo hay rencor y amargura. Te dedicas a destrozar a todo el que está a tu lado y que te ha

ayudado a estar donde estás. Como tu hermana. O Villafañe. O yo. Me has estado machacando en cada representación, pisando mis diálogos, quitándome protagonismo en mis escenas.

—¿Ah, sí? ¡¿Cuándo te he quitado yo protagonismo a ti?! —le grita Luz.

—Pues, por ejemplo, en la escena en la que cantamos las dos solas. Yo me retiro cuando cantas tu parte para darte tu espacio y dejarte brillar. Y eso que cantas como un perro. Sin embargo, cuando me toca a mí, tú te pones detrás a hacer chorradas para robarme las carcajadas y la atención del público. Y no lo digo yo, se da cuenta toda la compañía.

—Pues te jodes si yo les hago más gracia. ¿Me has oído, Juanita? ¡Te jo-des!

La maldad de la Pavones es tal que Juanita no puede evitar reproducir las mismas respuestas llenas de crueldad que le daría en la vida real. Ella no está aquí, se dice a sí misma con angustia e impotencia. No puede dejarle ganar esta batalla dialéctica en su propia cama.

—Que sepas, Luz Pavones, que algún día todo el mal que estás haciendo te volverá multiplicado por cien. No sé si será el universo, el karma o Dios Padre Todopoderoso, pero algún día recogerás los frutos de tu maldad —dice en voz alta.

—Menuda parrafada has soltado —imagina que le contesta—. Lástima que no haya público para aplaudirte. ¡Ay, no! Que me aplaudirían solo a mí. —Luz la mira con esa mueca que pretende ser una sonrisa, pero que es un gesto de prepotencia y desprecio.

Juanita no puede más. Tiene que dejar de pensar en esa mujer. Abre los ojos y se abandona al cansancio de otra noche sin un sueño profundo. No le queda más remedio que asumir que esa hija de la gran puta le va a seguir haciendo la vida imposible. La va a seguir obligando a salir al escenario hasta las trancas de ansiolíticos para no llorar mientras el público ríe cada morcilla, cada taco, cada chiste copiado de Twitter por esa descarada con mucha suerte y nullos escrúpulos. Nunca, en sus cuarenta años de profesión, se había cruzado con alguien tan mezquino, tan egoísta y tan mala persona.

Suenan golpes y un zumbido. Juanita, aunque aturdida, cae en la cuenta de que es el timbre de la puerta y de que alguien la está aporreando como si quisiera tirarla abajo.

—¡Ya va! ¡Ya va! Qué prisas, coño.

Mira el reloj luminoso de la mesilla de noche. Aún no son ni las doce de la mañana. ¿Quién será a estas horas? Los chicos no deben de estar en casa; si no, ya habrían abierto, piensa mientras se levanta y se pone la bata. Se mira en el espejo de la cómoda y pone una mueca de fastidio. Tiene que hacer algo con esas ojeras; la hacen parecer enferma y mayor de lo que es. Aún resuena en sus oídos el cumpleaños feliz que toda la compañía le cantó ayer en el teatro... De nuevo viene a su mente, como una obsesión, la función de anoche. Luz improvisó lo que le dio la gana y Juanita tuvo que reconducir, a duras penas, los diálogos; y como fin de fiesta, bajó a bailar con el público y las dejó a Andrea y a ella, como dos idiotas, cantando en el escenario en plan feria de pueblo. Un espectáculo vergonzoso en un teatro con la solera y tradición de La Latina. Pero el público ni se dio cuenta. Tanto es así que unas señoras montaron una conga a lo largo del pasillo. ¡Vivir para ver! Eso jamás habría pasado con sus padres en el escenario.

—Los tiempos cambian. Y, desde luego, a peor —dice en voz alta.

Juanita baja las escaleras del chalé unifamiliar en el que vive con sus tres hijos. Dos chicos — el mayor ya hace sus pinitos en una serie de televisión, el mediano estudia una ingeniería— y una niña, su niña, que está a punto de acabar el bachillerato y es un calco de ella cuando tenía diecisiete años. La misma mirada, la misma alegría que ella tenía entonces. Juanita pasa por delante de un retrato de su madre, la gran Juana Romero, que preside el recibidor y, como un ritual de cada mañana, se besa la palma de la mano y sopla para lanzarle el beso.

—Buenos días, mamá.

El timbre vuelve a sonar y los golpes arrecian en la puerta. Cree oír la voz de Pepito que no para de gritar: «¡Juanita! ¡Alhaja! ¡Ábreme, por tus niños! ¿Estás bien?».

Juanita abre. Al otro lado de la puerta está Pepito, con la cara roja como un tomate y chorreando de sudor. El pelo blanco y recogido en una coleta también está empapado. La túnica negra de inspiración arabesca con brocados dorados alrededor del cuello se le pega al cuerpo. Está hecho un cromo. Normalmente viste que da gusto verlo. Solo repite modelo si no ha dormido en casa. Juanita lo mira de arriba abajo. Es obvio que ha pasado la noche fuera. Pepito entra gesticulando sin saludarla siquiera y va directamente al salón. A Juanita le extraña que no le plante varios besos en la cara.

—Alhaja, pon la tele que te vas a quedar muerta.

—Ya estoy muerta. Anoche me dormí a las mil, he tenido una de mis pesadillas y, para rematar, apareces tú montando un escándalo.

—¿Escándalo dices? —Pepito se pone, muy afectado, la mano en el pecho, como si le hubiera clavado un puñal en el corazón. Es muy dramático—. Pon Telemedia, te digo. Lo que ha pasado es una bendición, pero nos va a hacer la puñeta.

Juanita agarra el mando, pulsa el botón «On» y se sienta en el sofá.

—Necesito un café. Y un paracetamol. Me va a estallar la cabeza —se queja la actriz masajeándose las sienes.

Enciende la televisión, una enorme *smart TV* incrustada en la pared. El volumen está tan bajo que apenas se oye nada de lo que dice la joven periodista rotulada como María Otero. Pero Juanita abre los ojos como platos: en la parte de abajo de la pantalla pasa de forma continua y de izquierda a derecha una banda blanca con letras rojas en la que se lee: «Última hora. La presentadora de televisión y actriz teatral Luz Pavones ha fallecido la pasada noche. Presuntamente de muerte violenta». Juanita se tapa la boca con la mano. Pepito la mira mientras asiente con la cabeza.

—Llevan toda la mañana hablando de lo mismo. Yo me he enterado porque... —dice Pepito.

—Chist, que no oigo —le corta Juanita subiendo el volumen.

—De momento, solo se sabe que anoche, después de la última función, Luz apareció muerta en su camerino del teatro La Latina, donde estaba representando con gran éxito una comedia sobre la

menopausia. Fuentes cercanas a la familia nos han confirmado que la policía sospecha que puede tratarse de un homicidio... —retransmite la periodista.

—¡Ay, Dios! —Juanita se lleva las manos a la cabeza.

—Muerto el perro, se acabó la rabia. ¿O me vas a decir que te parte el corazón que se hayan cargado a esa hijaputa?

—Tanto como eso, no, pero de ahí a dar palmas...

—Yo descorcharía una botella de champán para celebrarlo. ¡Si lo que sobra en este mundo es mala gente!

—No digas eso, que el que se alegra del mal del vecino el suyo le viene en camino.

—Poco mal me toca. A ver si te crees que soy el único que no soportaba a esa zarrapastrosa. Ay, alhaja, quita esa cara. Te voy a hacer un cafelito de esos que levantan a un muerto —dice Pepito mirando al cielo y juntando las manos en actitud orante mientras camina hacia la cocina—. Y, por favor, por favor, que se levanten todos los muertos que quieran menos esa.

—¿Y ahora qué va a pasar con la función? Otra vez a esperar a que salga algo. ¡Qué desesperación! —dice Juanita angustiada ante el panorama de tener que volver a hacer números cada mes.

—Dios proveerá —le contesta su ayudante desde la cocina—. ¿No lo decía siempre tu madre, que en paz descansa?

—Eso y que para que provea hay que trabajar.

—Pues ya está —se desgañita Pepito—. A ti no te va a faltar trabajo porque tienes talento para dar y regalar. Lo llevas en la sangre y los empresarios lo saben; por eso te respetan. Te van a llamar tanto que el teléfono va a echar humo. Y el público... ¡Ay el público, lo que te quiere!

—El público siempre ha sido maravilloso conmigo, pero esta mujer estaba convencida de que iban al teatro solo para verla a ella.

Pepito regresa al salón, muy ofendido, con los brazos en jarras.

—¡Por ahí no, alhaja! Eso es lo que decía esa ignorante. ¿Y sabes por qué? Porque era una analfabeta que no sabía hacer la «o» con un canuto. Y un piojo resucitado que se comportaba como una nueva rica. —Pepito acaba de coger carrerilla—. Y no respetaba nada ni a nadie porque no le habían dado principios ni educación.

—Eso no es verdad. Mira Soco, es una mujer maravillosa. Considerada, amable, educada... Y las dos nacidas de la misma madre —dice Juanita sin quitar los ojos de la pantalla, intentando comprender lo incomprensible.

—No le demos más vueltas. Hay gente que nace mala y esta vino con el equipamiento completo de serie: putón, desagradable, egoísta, descarada... ¡Hasta guarra! Que a veces le olía el chumino cuando se cambiaba entre escenas.

—¡No seas asqueroso, Pepe! —le recrimina Juanita con cara de asco—. ¿Y ese cafelito?

—¡Anda y que se pudra en el infierno! —continúa Pepito, erre que erre, de vuelta a la cocina—. Si el vudú funcionara, le hubiera arrancado los ojos el mismo día del estreno.

A Juanita ese comentario le provoca un pensamiento incómodo.

—Pepito, ¿dónde está la revista de cotilleo?

—¿Qué revista? —grita el ayudante.

—La de esta semana. La que te pusiste a pinchar con un imperdible como si te hubiera dado un ataque de... yo qué sé.

Pepito regresa con una bandeja con un tazón de café del tamaño de un barreño, el paracetamol, una servilleta de papel doblada en forma de rosa —es muy de pequeños detalles y la papiroflexia no tiene secretos para él— y un azucarero. Lo deja en la mesita delante de Juanita y abre los ojos exageradamente.

—¿A qué viene esa cara? —pregunta la actriz preocupada.

—La tiré en la papelera de tu camerino.

—¡No, coño! ¡No! ¿Será posible? ¿Y si lo encuentra ahí cualquiera y ven la cara de Luz como un acerico? ¿Qué van a pensar?

—Que piensen lo que les dé la gana. ¿Que he pinchado la foto de una víbora y le he arrancado los ojos y esa boca que no paraba de soltar veneno? ¡Pues sí, lo he hecho yo! ¿Qué pasa? —se reafirma Pepito mientras pone dos terrones de azúcar en el café y lo remueve con energía.

—Nada, no pasa nada, claro —dice Juanita con ironía—. Sobre todo si la «víbora» aparece muerta en el camerino de al lado. ¡Joder, Pepito! Verás en qué lío nos hemos metido por tus tonterías.

—¡Que no, boba! —dice intentando tranquilizarla mientras le entrega la taza de café y la pastilla—. Fue una broma. Como lo de la empanada.

—¿Lo de la empanada? ¿Es lo que yo creo que es lo de la empanada? —Juanita articula cada sílaba.

—Pues sí. Le puse un poquitín de laxante en su trozo —dice Pepito riéndose—. Lo justo para que le hiciera efecto al acabar la función y se quedara sentada en el trono toda la noche. —Pepito se troncha—. Y ya viste cómo se la comió...

—¡Eres idiota, Pepe! ¡Pero idiota sin remedio! ¿Al final lo hiciste? ¡Que te la has cargado! —Juanita le grita muy nerviosa.

—¡Qué coño me la voy a cargar! —grita Pepito contagiado por el estado emocional de ella—. Yo tomo esas gotas cada dos por tres y aquí estoy. ¡No me digas eso, alhaja, ¿eh?! ¡No me digas eso!

—¿Y si le dio reacción? ¿Y si te pasaste con la dosis sin querer? ¡Que le van a hacer la autopsia, joder!

Juanita y Pepito se quedan unos instantes mirándose en silencio. Con los ojos como platos. Con una angustia alimentada por la preocupación y el miedo. Pepito por fin rompe el silencio con la voz entrecortada y temblándole la barbilla. Está a punto de echarse a llorar.

—Vamos a tranquilizarnos, ¿eh? La tele ha dicho que ha sido una muerte violenta, así que no me digas eso más. Que yo no he hecho nada. Vamos. Sería la primera vez en mi vida que yo le

hiciera mal a alguien.

A Pepito le asoman las lágrimas a los ojos. Juanita se levanta y lo abraza.

—Tienes razón, perdona. Me ha pillado tan de sorpresa que estoy un poco nerviosa.

—Pues no tenemos por qué estar nerviosos ninguno de los dos, porque no tenemos motivos — dice Pepito secándose los ojos y tirando de ella para sentarse ambos en el sofá—. ¿Tú la has matado?

—¿Yo?! —contesta Juanita—. ¡Cómo voy a matarla, por Dios! Otra cosa es que me entraran ganas cada vez que me subía al escenario con ella. Pero no, no la he matado. ¡Y lo sabes!

Juanita coge la pastilla y se la traga con un largo sorbo de café.

—¡Claro que lo sé! ¡Pero yo tampoco, coño! Que una cosa es que quiera que se cague encima y otra muy distinta que se muera. ¡Que no y que no! Así que, como tenemos la conciencia muy tranquila, nosotros a lo nuestro. —Pepito se queda pensativo—. Pero ¿quién habrá tenido las santas narices de cargársela?

—Vete a saber... Si era igual de hija de puta con todo el mundo que conmigo, han debido de hacer cola en la puerta del teatro.

—Tienes razón. ¿Y si ha sido la Fullnes?

—¡Pobre Andrea! No —asegura Juanita negando con la cabeza—. ¿Por qué la iba a matar?

—Por el putadón que le hizo al marido. Y porque también a ella le hacía la puñeta en cada escena. Aunque con ella era un poquito menos cabrona que contigo. Sería porque no la veía una rival fuerte como a ti.

—¿Rival yo? ¿En qué? ¡Si era ella la que hacía lo que le daba la gana! Hasta exigió a Villafañe que reescribiera varias escenas para ganar protagonismo. Lo que no comprendo es que Arnaldo, siendo como es, tragara —dice Juanita extrañada.

—Porque lo chantajeaba con contar lo suyo —contesta Pepito en un susurro, como si pudiera oírlo alguien más en la casa vacía.

—¿Qué es «lo suyo»?

—Pues que es mariquita, alhaja. Pero de esto ni media palabra a nadie, que no ha salido del armario aún. Ni piensa.

—¿Y qué más da con quien se acueste? ¡A estas alturas de la vida, por favor! —contesta Juanita, a quien, en realidad, no la pilla de sorpresa.

—A su madre, que es una mujer tradicional. Y a su familia. Lo siento por él, porque debe de ser una tristura vivir apolillándose uno.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —pregunta Juanita imaginándose la respuesta.

—Cosas que se oyen...

Juanita se queda mirándolo a la espera de una explicación convincente. Conoce a Pepito como la palma de su mano y sabe que no soporta el silencio.

—Y porque tenemos una aventura. ¡Ya está! ¡Ya lo he dicho! Pero de esto ni mu a nadie.

—¡Por eso llevas la misma ropa de anoche! —Pepito pone cara de póker y calla—. Pero, si es

tan secreto —empieza a decir Juanita pensativa—, ¿cómo se enteró ella?

—Porque nos pilló un día entre bambalinas, al poco de empezar los ensayos. Culpa mía, ¿eh? Tenía que haberme estado quietecito, pero...

—Desde luego estáis tontos los dos —le reprende Juanita.

—Ya te digo que fue una tontería. Un toqueteo de *na*. El caso es que Arnaldo se puso nerviosísimo y la muy lagarta enseguida se dio cuenta de lo que estaba pasando. Por eso hacía y deshacía a su antojo. Hasta ayer, que fue a ponerle las pilas y ya oíste los gritos.

—Desde luego que era para matarla —piensa Juanita en voz alta.

—Eso sí, que conste que Arnaldo no lo hizo porque es un pedazo de pan. —Juanita se estremece ante la posibilidad de que el director, un ser adorable, la haya asesinado—. ¡Anda que no pasa gente por ese teatro! Pudo ser desde un espectador chiflado hasta la chiquita que vino anoche a maquillarla.

—¿Quién? —pregunta Juanita abandonando sus pensamientos.

—La que la maquilla en la tele. Me contó Soco que a ella también le hace la vida imposible —le aclara el ayudante.

—¡Pero qué le pasaba a esa mujer, que no trataba bien a nadie!

—Que era una cabrona. Y encima azuzada por su representante, que le hacía creer que era la reina de Saba. Vete tú a saber si no ha sido la López Pollo, que también es más mala que un dolor de muelas. ¿Quién no te dice que le dio un ataque de cuernos y...? —Pepito junta los índices para indicar que estaban liadas.

Suena el telefonillo.

—¿Quién será a estas horas? —se extraña Juanita—. Si los chicos se han llevado su llave. Anda, Pepito, ve a ver.

Juanita acaba su café y mira la tele. Casi se atraganta cuando ve a Andrea Fullnes contestando a una reportera. Están delante del chalé de la actriz. Se nota que la ha pillado desprevenida porque lleva un chándal y está fatigada y sudorosa, como si volviera de hacer deporte.

—Es muy triste. Luz era maravillosa. Como actriz y como persona. Y una gran compañera. Nos divertíamos muchísimo trabajando. La vamos a echar tanto de menos... —dice Andrea con semblante serio.

—¡Lo veo y no lo creo! —exclama Juanita en voz alta.

—¿Ha hablado ya con la familia? —pregunta la reportera.

—Por supuesto. De hecho, ha sido su hermana Socorro la que me ha llamado esta mañana a primera hora para darme la noticia. Apenas podía hablar. Estaba muy afectada, la pobre. Bueno, todos los que la conocimos lo estamos. —Andrea se seca una lágrima.

—¡Será falsa! —protesta Juanita, que no sale de su asombro.

—¿Se sabe algo más sobre la causa de la muerte? —continúa la periodista.

—De momento, la familia está esperando los resultados de la autopsia. No puedo decirle más, lo siento —contesta Andrea con la voz entrecortada.

—¿Y ahora esta de qué va? —Juanita no da crédito a lo que ve.

—Ay, alhaja, está la prensa en la puerta y quieren hablar contigo. —Pepito entra agitando las manos en alto, muy exagerado.

—Mira quién está en la tele —le dice Juanita, que ni siquiera lo ha escuchado.

—¡Uy, la Fullnes! ¿En chándal y con esos pelos? Esta no le hace ascos a un minutito de gloria aunque vaya hecha un asco. A ver qué dice.

Pero Andrea ya no dice nada, solo se enjuga las lágrimas mientras la reportera despide la conexión.

—¿Y este numerazo? —pregunta extrañado.

—Si la llegas a oír... Parecía que se le había muerto su amiga del alma.

—Da igual. —Pepito apaga la tele—. Tú arréglate y atiende a los periodistas. Esto es publicidad para ti.

—No pienso aprovecharme de la muerte de Luz aunque se haya portado como un bicho conmigo. A los muertos hay que respetarlos. Eso es lo que me enseñaron. Y ya está —replica Juanita muy convencida.

—Déjate de enseñanzas. El muerto al hoyo y el vivo al bollo. ¿No te ha hecho la vida imposible? Pues ahora te lo cobras —contesta Pepito sin mostrar ninguna compasión—. Venga, a ponerte monísima.

Pepito agarra la mano de Juanita y tira de ella para levantarla del sofá. Suena el móvil de la actriz. Es Mendizábal.

—Buenos días. ¿Ya te has enterado?

—Sí, una tragedia —contesta el productor—. Más bien, dos —se autocorrige—. Una para la familia y otra para mí. Voy a tener que suspender. Te llamaba precisamente por eso.

—¿No hay nadie que pueda sustituirla? ¿Alguien que se sepa su texto? —pregunta Juanita decepcionada, aunque sabe que no hay más remedio.

Pepito se pone a gesticular y a señalarse con las dos manos para asignarse el papel. Juanita se ríe de la ocurrencia y se da la vuelta para que deje de distraerla.

—Si tú conoces a esa persona, te escucho. Otra cosa es lo que diga Arnaldo, que ya sabes que en lo que concierne a su obra es un pijotero. Pero, de momento, hay que cancelar. Una ruina —se lamenta Mendizábal.

—Te voy a decir un nombre. Te va a parecer surrealista, pero... ¿Y si, de momento, mientras buscas a alguien de peso, la sustituye Socorro? —se atreve a sugerir Juanita.

—¡Olvídate! Ya se lo he propuesto y se ha medio cabreado conmigo. Por respeto a su hermana, «cuyo cadáver todavía está caliente», cito palabras textuales. Porque no tiene ánimo para nada; normal, con lo que ha pasado. Y porque dice que ella no es actriz.

—Y tiene razón, pero si vamos a eso, Luz tampoco.

—Ya. —Se nota que al productor le ha hecho gracia el comentario de Juanita.

—Es una pena —continúa Juanita—, porque se sabe el texto al dedillo. Como lo repasaba a

diario con su hermana...

—Total, *pa na*, porque luego ella decía lo que le salía de la pepitilla —añade Pepito.

—Y físicamente son clavadas —dice Mendizábal de acuerdo con Juanita—. En cuanto a Arnaldo, no tendría ningún problema, Socorro le cae estupendamente. Pero con este panorama, te confirmo que no tengo más remedio que suspender *sine die*.

—Lo entiendo —dice Juanita intentando disimular la angustia que siente ante la idea de quedarse sin ingresos.

—De todas formas, déjame pensar algunos nombres por si podemos reanudar la función en un par de meses.

—¡Qué mala suerte! ¿A quién se le ocurre matarla en plena temporada? —dice Juanita pensando en voz alta.

—A alguien a quien su muerte no le afecta al bolsillo —contesta Mendizábal.

HASTA LA MUERTE TIENE SECRETOS

La comisaría está situada en medio de un solar, en un barrio nuevo pegado a la M-40 cuyas construcciones son, en su mayoría, chalés unifamiliares. El edificio tiene un diseño futurista e impersonal, tan de moda en las últimas obras pagadas con fondos públicos. Un cubo casi perfecto de solo tres plantas de altura. Todo acristalado. Parece como si los de arriba quisieran que la transparencia de la labor policial empezara por las paredes de sus edificios; de noche y con las luces encendidas, puede verse al Gordo sacándose un moco desde la calle. Hoy, como es sábado, podemos aparcar en la misma puerta. Las plazas suelen estar ocupadas por ciudadanos que se acercan a interponer todo tipo de denuncias, por lo general, hurtos de móviles y carteras en las inmediaciones de un centro comercial cercano.

—Buenos días —nos saluda un patrullero llevándose la mano a la visera de la gorra y poniéndose firme.

Le devolvemos el saludo y vamos directos a la primera planta, una superficie diáfana, salvo por la sala de reuniones, donde están nuestros puestos de trabajo. La mesa de Belmonte y la mía están junto al ventanal que da a la calle, una frente a la otra. Cuando ascendí a inspectora jefa me dieron la posibilidad de poner paneles en una de las esquinas y así tener mi propio despacho, pero preferí quedarme en mi mesa de siempre. Estar en el meollo me permite enterarme de todo sin que mi gente tenga que venir expresamente a informarme. Si alguna vez tengo una visita que requiere cierta reserva, nos metemos en la sala de reuniones y listo.

—Hola a todos. Valdés, ¿ha llegado ya el detenido? —le digo a mi subinspectora nada más entrar.

—Sí, jefa. Está abajo con Morales —contesta.

—¿Y su abogado? —pregunta Belmonte.

—De camino. Hemos tenido que llamar a uno de oficio.

—Pues vamos a aprovechar antes de que llegue, que luego no le deja abrir el pico —le digo a Belmonte, y me dirijo al pasillo, camino de las escaleras—. Infórmanos.

Valdés también viene con nosotros.

—Es un indigente. Está acojonado. A mí me parece un pobre hombre que estaba en el lugar equivocado en el momento más inoportuno. Pero ahora lo veréis vosotros.

—¿Por qué tiene el móvil de la víctima? —pregunto.

—Dice que se lo encontró en una papelería —contesta Valdés.

Cassandra Valdés lleva pocos meses en la brigada y, a pesar de que no llega a la treintena, su manera de entender la labor policial y la mía son tan similares que cuento con ella para todas las operaciones. Además, me aporta el extra de conservar la ilusión intacta, algo que se va perdiendo con los años, a fuerza de trabajar con pocos medios materiales, mucha presión y nulo respaldo de algunos sectores de la opinión pública y de ciertos políticos de nuevo cuño. Por lo demás, es la alegría de la comisaría. Especialmente de algunos compañeros a los que se les pone cara de bobos cuando hablan con ella. Normal, porque tiene un cuerpazo, una melena negra que en horas de servicio siempre lleva recogida en una coleta y una sonrisa más propia de una estrella de cine que de una poli. Yo sé que a Belmonte le gusta. De hecho, me consta que se atraen mutuamente, pero ninguno de los dos deja que esa tensión sexual se materialice dentro de los muros de la comisaría. Espero que sigan así, porque no pienso consentir que los asuntos personales interfieran en el trabajo. Después, lo que hagan con su vida personal me trae al pario.

Ya en la planta baja, tenemos que recorrer un pasillo largo con puertas a ambos lados. En la primera está el laboratorio de la Científica. En la segunda, el depósito de armas. Las dos siguientes son salas de interrogatorios independientes. Como en las pelis, a un lado del espejo están los detenidos y al otro, nosotros.

—Está aquí —dice Valdés deteniéndose delante de la última puerta.

—No entremos los tres. Vamos a empezar suave. Belmonte, ¿quieres hacer los honores? —le pido a mi compañero.

Belmonte asiente. La subinspectora y yo nos metemos en la sala contigua para seguir el interrogatorio. Miro a través del espejo.

—¡Pero si es Jacinto! —exclamo.

—¿Lo conoces? —Valdés se sorprende porque el sospechoso no está siquiera fichado.

—¡Claro! Es un pobre yonqui de mi barrio. Vive de lo que le damos los vecinos. Que no, hombre, que no... —refunfuño mientras me dirijo a la otra sala—. Si es más bueno que el pan.

—Ya os lo he dicho —dice Valdés saliendo detrás de mí—. Se está comiendo un marrón que no le corresponde.

Abro la puerta y, nada más entrar, Jacinto se pone de pie como si hubiera visto el cielo abierto.

—Señora, yo no he hecho nada —me dice con ojos desvalidos.

—¡Siéntate! —le obliga Morales con autoridad y haciendo presión sobre uno de sus hombros—. Y llámala jefa o inspectora.

—Déjalo, Morales —le digo mientras me siento enfrente de Jacinto.

Eduardo Morales también es subinspector. Ronda la treintena. Un tipo guapo de pelo castaño claro tirando a rubio y unos ojos azules preciosos. Músculos definidos con esfuerzo a base de horas y horas de gimnasio. Muy alternativo. Lleva un tatuaje de una tela de araña en el hombro derecho que siempre oculta cuando está de servicio. Dice que se lo hizo al salir de la academia de

Ávila para recordarse a sí mismo que la paciencia y la estrategia son indispensables para atrapar a los malos. Ellos son las moscas y nosotros, las arañas.

—¿Has desayunado? —le pregunto a Jacinto.

—No —contesta atemorizado.

Morales no entiende nada. Belmonte tampoco. Por lo general, cuando tomamos declaración a un detenido, me quedo detrás del espejo. Y, desde luego, no me preocupa lo más mínimo si tiene hambre o le pica un pie.

—¿Podéis pedir que le traigan un café y un bollo? Luego os lo pago.

—Voy yo, jefa —se ofrece Morales mirando a Belmonte con cara de interrogación. Este le responde encogiéndose de hombros, seguro de que, si hago lo que estoy haciendo, es por un buen motivo.

—A ver, Jacinto... —le digo conciliadora—. ¿Qué ha pasado, hombre? ¿Cómo es que tienes este móvil? —Se lo pongo delante.

—Le juro, jefa, que me lo encontré anoche en una papelera.

Miro a Belmonte y a Valdés. Me pregunto qué demonios hacía el teléfono de la víctima en un sitio tan singular.

—Quiero ayudarte, y lo sabes, pero tienes que decirme la verdad —repito.

—Me lo encontré en una papelera —insiste Jacinto a su vez.

—¿En cuál? —le pregunta Belmonte con aspereza.

—En la que hay en un semáforo.

—¿En qué semáforo? —sigo preguntando con toda la paciencia del mundo.

—En el que hay en la puerta del teatro.

Hablar con Jacinto es conseguir la información con cuentagotas. No es que no quiera contestar, sino que su cabeza no da para más de tanta mierda como se ha metido a lo largo de su vida.

—¿De qué teatro? ¿La Latina? ¿Te refieres a ese teatro?

—Ese, sí. Ese.

—¿Viste si alguien lo tiró... o ya estaba allí cuando tú llegaste? —continúo.

—No, señora... jefa. —Le cuesta asimilar lo que para él es mi nuevo estatus—. Yo... no vi nada. —Jacinto mira a Belmonte, que, en su papel de poli malo, lo está intimidando—. Ni a nadie. Se lo juro por la tumba de mis viejos —Jacinto, entre asustado y nervioso, forma una cruz con los dedos índice y los besa.

—Así que, metiste la mano en la papelera... y ahí estaba. ¿Es eso?

Me callo unos instantes para dejarlo pensar. Él asiente con la cabeza. En silencio. Se le ve tan frágil y vulnerable, con su ropa raída, los vaqueros llenos de mugre y esas deportivas gastadísimas —cuyo hedor me llega desde debajo de la mesa—, que me siento fatal por hacerle pasar este mal trago.

Jacinto es un indigente habitual del barrio de La Latina. Mi barrio. Durante el día, deambula por la zona arrastrando un carrito de la compra que va llenado con lo que le compramos los

vecinos. Artículos básicos de consumo diario como pan, leche, embutido... Lo conocemos desde hace tantos años que lo saludamos con afecto y hasta nos pregunta por la familia. A veces, si no llevamos mucha prisa, Jacinto nos cuenta retazos de su vida. En una ocasión, lo encontré sentado en el suelo al lado de mi portal. Tenía el pelo chamuscado y las manos vendadas. Me explicó que unas noches atrás estaba durmiendo en un banco en la ribera del Manzanares y una panda de desgraciados lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego. Tuvo la buena suerte de que en ese momento pasaba una patrulla de la Policía Municipal que lo ayudó a apagar el fuego y lo llevó a urgencias. Salió adelante. Las quemaduras acabaron curándose, pero el miedo nunca se fue. Lo que más me horrorizó fue oír cómo justificaba la acción de esos vándalos. Soy un yonqui, no valgo nada, me dijo con esos ojos de quien no espera de la vida más que palos. Me faltó el canto de un duro para ponerme a llorar de rabia, pero no lo hice. A cambio, lo llevé a casa y le pedí a Fernando que le cambiara los vendajes llenos de mugre mientras intentábamos convencerlo de que es tan válido como cualquiera de nosotros y de que nadie tiene derecho a humillar a otro ser humano. ¿Cómo pudo llegar Jacinto a tal nivel de desprecio por sí mismo? La respuesta es: poco a poco. Su biografía se cuenta en pocas líneas. Sus padres eran de un pueblito perdido de Badajoz. Campesinos. Muchos hijos y poco con que alimentarlos. Con dieciocho años, Jacinto, el mayor, vino a Madrid a buscar trabajo. Hizo alguna chapuza en la construcción y poco más. Un día le ofrecieron trapichear. Aceptó, pero acabó gastándose lo que ganaba en pagar lo que se metía. Después, un continuo peregrinar en busca de su dosis diaria. Pequeños hurtos para poder costeársela. Metadona para rehabilitarse. Sus padres murieron. Sus hermanos no quisieron saber nada de él. Ahora la calle es su única opción. Y esa mala suerte que se empeña en no dejarlo ir.

—Anda, hombre, vete... —le digo—. Valdés, quítale las esposas.

—¿Cómo que que se vaya? —dice Belmonte—. ¡Que tenía el móvil de la víctima!

—Sí —le digo—, pero él no la ha matado.

Jacinto nos mira a uno y a otro confiando en que mi compañero no me haga cambiar de opinión. Llega Morales con un café de la máquina y una palmera de chocolate. Se los da a Jacinto, que se lo agradece con su sonrisa desdentada.

—Que alguien lo lleve a La Latina. —Le pongo la mano en el hombro—. Cuidate, ¿vale? Y no te metas en líos.

—No, señora. —Mira a Morales y luego a mí—. Quiero decir..., jefa. Y gracias.

Jacinto me pone esos ojos de perrillo callejero que, en lugar de una patada, ha recibido una caricia. Lo veo marchar.

—¿Estás segura? Yo te digo que este nos oculta algo —Belmonte intenta convencerme de que es un error soltar a Jacinto.

—Aquí no va a decir ni mu. Hazme caso. Ya hablaré con él. Pero, conociéndolo como lo conozco, si dice que se encontró el teléfono es que se lo encontró. El asunto es determinar quién lo tiró a esa papelera, cuándo y por qué.

—Tirarlo... —reflexiona Belmonte en voz alta—. Yo apostaría que lo hizo el asesino. Tenía

prisa por deshacerse de él.

—¿Cuándo? —añade Valdés—. Obviamente, nada más salir del teatro, después de matarla.

—¿Y por qué? —remato yo—. Pongamos que la estaba torturando, se le fue de las manos, se asustó y temió que lo pillaran. Así que lo cogió para evitar que pidiera ayuda, se largó a toda prisa y lo tiró en el primer sitio que encontró.

—Esa papelera —concluye Valdés.

—¡Exacto! Lo que significa —continúo— que el asesino conocía las rutinas de la víctima y sabía que Avelino y Socorro podían volver en cualquier momento.

—Es una posibilidad. Con suerte, nos habrá dejado su tarjeta de visita con su ADN en el móvil. —Belmonte coge la bolsa que contiene el teléfono.

—Que lo analicen en el laboratorio. También necesitamos ver el registro de llamadas, mensajes, wasaps, correo..., todo. Valdés, ponte con ello —ordeno.

Belmonte le tiende la bolsa, pero cuando ella va a cogerla, aparta la mano con una sonrisa. Valdés no se achanta y se la arrebató de un manotazo sonriendo también.

—A ser posible, antes de que me llegue la edad de jubilación. Me gustaría despedirme del cuerpo con este caso cerrado —les digo cortándoles el rollo.

—¡A la orden, jefa! —dice la subinspectora. Fin del juego—. Pero una cosa... El Gordo solo ha pedido la orden para triangularlo. Necesitamos otra para sacar el registro de las llamadas.

—Ya son ganas de hacer las cosas a medias, coño —protesto. El cansancio vuelve a rondarme. Lo sé porque me estoy poniendo de mal humor—. Que alguien llame a la jueza Estébanez. Debe de estar muy contenta con el fin de semana tan relajado que está pasando gracias a la Pavones.

—Ella y todos —añade Belmonte.

—Yo me ocupo —se ofrece Valdés.

—¡Perfecto! Belmonte y Morales, tenemos una lista preciosa de gente que trabaja en el teatro con la que tenemos que hablar.

—Te recuerdo que también hay que pasarse por el Anatómico Forense —advierde Belmonte.

—La víctima no va a salir corriendo, ya iremos —digo.

—Al productor, un tal Ignacio Mendizábal, lo he citado aquí. Está al caer —informa Morales mirando su muñeca adornada por un reloj digital anatómico—. Villafañe, el director, no contesta al teléfono —prosigue—, y eso que llevo llamándolo toda la mañana. No está apagado ni fuera de cobertura. O sea, que simplemente no le da la gana de contestar.

—Insiste —le pido—. Si no consigues localizarlo, dile a Mendizábal que lo llame desde su móvil. A ver si este va a ser de los que pasa de cogerlo si ve un número privado por si le intentan vender un paquete de telefonía o cualquier mierda.

—Oído —contesta Morales.

—Belmonte, tú y yo nos vamos a hacer una visita a Fullnes. En marcha —le digo al tiempo que le doy una palmada para animarlo, a él y a mí misma.

* * *

Después de otra Coca-Cola Light helada y tres cuartos de hora atascados en la A-2 entre familias que salen de fin de semana, llegamos a Alcalá de Henares. El GPS nos lleva a una urbanización de chalés adosados, a diez minutos a pie de la estación de Renfe. Una zona tranquila y familiar.

—¡Menuda pereza me daría tener que llegar hasta aquí a las tantas de la noche! —le digo a mi compañero recordando que Andrea, al acabar la función, tiene que salir corriendo para no perder el último tren de cercanías.

—A cambio, tienes aire puro, silencio, campo para pasear a los perretes... —contesta él al ver a algunos vecinos haciendo deporte con sus mascotas—. Imagínate a Lacuqui correteando por aquí.

Lo hago.

—No. Prefiero vivir donde vivo.

Nos acercamos a la verja de uno de los chalés. Hileras de arizónicas los protegen de miradas indiscretas. Llamamos al telefonillo. Un instante después contesta una voz masculina.

—Buenos días. Policía Nacional. ¿Está la señora...? —Belmonte me mira. Es fatal recordando nombres.

—Fullnes. Andrea Fullnes —le susurro.

—¿... Andrea Fullnes?

—Eh... —La voz vacila un instante—. Sí, un momento.

A los pocos segundos, la puerta de la vivienda se abre y asoma la cabeza de un hombre que ronda los sesenta y muchos años.

—Buenos días. Mi mujer está en la ducha. Si me dicen qué desean...

—Hablar con ella —digo con autoridad—. ¿Nos deja pasar?

—Claro —accede y oímos el zumbido que libera la puerta del jardín.

Belmonte y yo nos presentamos. Él nos dice su nombre completo, Antón Bolón, y nos acompaña al salón donde nos hace esperar mientras va a avisarla.

Antón tiene el pelo largo y ralo. Luce un bigote frondoso con las puntas hacia arriba que le otorga un aspecto extravagante. Es flaco y de estatura media. Viste camisola y pantalones de algodón blanco, se da un aire entre bohemio e ibicenco. Por el ventanal del salón que da al jardín mi nariz percibe un fuerte olor a disolvente y óleo. Lo agradezco porque difumina el hedor que ha dejado en el ambiente la boca del hombre, una mezcla nauseabunda de café, tabaco y, probablemente, escasa higiene. Enseguida localizo en el porche exterior, de espaldas a nosotros, un caballete con un lienzo. En efecto, Antón es pintor. Abro la puerta y salgo a mirarlo.

—¡Belmonte, ven! —grito sin apartar los ojos del cuadro a medio terminar.

Mi compañero viene y se pone a mi lado.

—¡Joder! ¡Qué cosa más fea! —exclama—. Es del mismo estilo que el de la Pavones. ¿Es que hay una epidemia de mal gusto? —me dice echándose hacia atrás para mirarlo con perspectiva.

El cuadro es un retrato de su mujer, cuya fotografía tiene pegada en una de las esquinas. El artista, por llamarlo de alguna manera, la ha pintado con una túnica clásica de color púrpura, caída a la altura de la cintura, donde se forman varios pliegues que invitan a mirar los dos pechos desnudos.

Saco el móvil, tomo una fotografía y luego escribo en Google «Antón Bolón pintor». Aparece una entrada de la Wikipedia. Pincho y lo primero que veo es el espantoso cuadro de Luz Pavones, entre otros muchos similares.

—Aquí está. —Le enseño la pantalla a Belmonte—. «Nacido en Valladolid en 1950... Estudió Bellas Artes... bla, bla, bla... Ha expuesto en las mejores galerías de arte de todo el mundo... bla, bla, bla...». ¡Mira aquí! —Señalo la pantalla—. «Su estilo es muy reconocible porque se basa en destacar la belleza del busto femenino en un entorno clásico».

—O sea, tetas y túnicas —sentencia Alberto riéndose.

—Algo así —yo también me río—. Y fijate en esto: «Sus retratos gozan de gran prestigio internacional entre las *celebrities*».

—Y la Pavones. ¿O eso no lo pone?

—No —digo, y continúo leyendo—. «El artista se casó en segundas nupcias, en 1997, con la actriz teatral Andrea Fullnes con la que tiene dos hijos».

—¿Les gusta? —dice Andrea mirando su cuadro con evidente satisfacción—. ¿A que es maravilloso? Antón tiene un gusto exquisito retratándonos a las mujeres. Y un estilo tan personal...

La pareja, silenciosa como dos gatos, acaba de irrumpir en el porche. Belmonte y yo nos sobresaltamos. Espero que no hayan oído la cantidad de barbaridades que acabamos de soltar.

—Muy personal, en efecto —miento.

—A mí me gusta muchísimo el de Luz Pavones —añade Belmonte mirando a Bolón. Ninguno de nuestros anfitriones se percata de la ironía—. Porque también es un Bolón, ¿verdad?

—Veo que entiende usted de arte —se adelanta a contestar la actriz—. Pues sí, también es obra de Antón.

—No me extraña que la señora Pavones decidiera exponerlo en el mejor sitio de su casa para que todo el mundo lo pueda disfrutar —remata Belmonte.

Yo no sé dónde meterme, me da la risa.

—En ese caso —dice el pintor, es la primera vez que su mujer le deja meter baza—, debería sentirme halagado si no fuera por...

Andrea le clava la mirada y Antón se calla. Ni a Belmonte ni a mí nos ha pasado desapercibida la reacción de la pareja.

—No creo que estos señores hayan venido a hablar de arte, ¿verdad, mi amor? —dice la actriz mientras se dirige al salón obligándonos a todos a seguirla—. ¿Quieren tomar algo? ¿Un café? ¿Un refresco? —nos ofrece sentándose en el sofá e invitándonos a imitarla.

—Yo, nada, gracias. —Miro a mi compañero, que también declina la invitación con una

sonrisa—. No la vamos a entretener —continúo—. Solo necesitamos comprobar un par de datos rutinarios.

—Ustedes dirán. —Andrea simula estar relajada, pero algo me dice que no es así.

—¿A qué hora salió anoche del teatro? —le digo sacando la libreta del bolso.

—Nada más acabar la función. Como siempre.

—¿Después qué hizo? —pregunta Belmonte.

Antón aprieta las mandíbulas mirando fijamente a su mujer. Ella acusa el gesto, pero intenta mantenerse natural. Nosotros notamos que la pregunta es un dardo que se ha clavado en algún lugar de la diana, aunque no sabemos dónde.

—Tomé el metro en Tirso de Molina hasta Atocha y allí cogí el tren de cercanías que me trajo hasta aquí. Luego hay un paseíto hasta casa...

—¿Y a qué hora fue eso? —Belmonte empieza a apretar las tuercas, consciente de que Fullnes está haciendo auténticos esfuerzos para disimular su desconcierto.

—A las veintitrés cincuenta y uno. Es el último. Si lo pierdo, Antón tiene que ir hasta Atocha a recogerme.

—Pero anoche no lo perdió, ¿verdad? —insiste mi compañero haciendo hincapié en ese «¿verdad?».

—No. En realidad, hasta ahora nunca me ha pasado. —La actriz también enfatiza levemente el «nunca».

—Entonces, ¿a qué hora llegó a casa? —Belmonte la está poniendo contra las cuerdas. Andrea hace un leve gesto de disgusto. Está empezando a percibir que la charla está tomando tintes de interrogatorio.

—Pues llegué a la estación sobre las doce menos veinte, así que... en torno a la una menos diez de la madrugada. —Fullnes intenta ocultar su inseguridad.

—¿Usted lo puede confirmar? —pregunto a Antón, que sigue mirándola con el ceño fruncido hasta que se da cuenta de que le estoy hablando a él.

—Sí..., claro que sí. Siempre bajo a recogerla a la estación. Aunque está cerca, no me gusta que venga andando sola a esas horas —dice, pero su respuesta no suena firme.

—Supongo que se ha enterado de que Luz Pavones fue asesinada anoche en su camerino —Belmonte mira a Andrea fijamente a los ojos—. Si le pidiese el nombre de un... presunto asesino, ¿qué diría?

—¡Ni idea! De verdad. —Andrea se siente muy incómoda—. Luz era una persona tan... maravillosa que no me entra en la cabeza que alguien deseara su muerte.

Un cruce de miradas fugaz entre la actriz y su marido nos pone en alerta.

—Bueno. —Anoto en mi libreta «Comprobar horarios y cámaras de seguridad del metro y Renfe», la cierro y la guardo—. Muchas gracias por su tiempo.

Belmonte y yo nos levantamos dispuestos a marcharnos. Es una estrategia que utilizamos a menudo. Metemos el dedo en la llaga —que en este caso se ha abierto de manera imprevista—,

echamos sal y nos vamos para que escueza, hasta que no pueden más y largan lo que tienen que largar. Puede ser hoy u otro día. Solo hay que esperar.

—¿Eso es todo? —pregunta Andrea desconcertada.

—Eso es todo —contesto con mi mejor sonrisa mientras me dirijo hacia la puerta. De repente, me paro en seco y me giro hacia Antón, todo es muy teatral—. Una cosa más... ¿Qué ha querido decir antes con que debería sentirse halagado porque Luz Pavones tuviera su retrato en el salón?

—No la entiendo —contesta el pintor con una sonrisa forzada.

Sé que me ha entendido perfectamente. Aun así, no me doy por enterada e insisto.

—Antes ha dicho algo así como «debería sentirme halagado si no fuera por...». —Esta vez se lo repito textualmente para que le quede clarísimo.

Andrea mira a su marido expectante. Bolón intenta salir del paso de la mejor manera posible.

—La pobre Luz ha fallecido y ya no tiene importancia lo que iba a decir.

—Se equivoca —dice Belmonte secamente—. Ahora todo lo que tiene que ver con ella es importante.

—Yo... me refería a que... me ha sorprendido que tuviera expuesto mi cuadro.

—¿Por? —Mi compañero sube una ceja e inclina la cabeza. Un gesto que siempre pone nervioso a su interlocutor. Es el rey del *pressing*.

—Porque cuando se lo entregué no le gustó nada y pensé que lo habría tirado o que lo tendría guardado en el trastero —dice Antón sin dejar de rascarse la cabeza. Es evidente que lo estamos poniendo nervioso.

—Pues ya ve que no. Supo apreciar su obra en todo su esplendor —dice Belmonte muy serio. Tengo que morderme los carrillos para no soltar una carcajada.

Nos despedimos del matrimonio, que cierra la puerta detrás de nosotros, y nos dirigimos al coche.

—¿Qué te han parecido estos dos? —pregunta mi compañero.

—Supongo que lo mismo que a ti: un par de raros que se traen algo entre manos —contesto.

—¿Crees que han tenido algo que ver con lo de anoche?

Me quedo pensando unos instantes. Su actitud no era natural, pero ¿quién se comporta con naturalidad cuando dos policías se plantan en tu casa para hacerte preguntas sobre un crimen?

—Todo es posible, pero, de momento, necesitamos comprobar la declaración de Andrea y echar un vistazo a las cámaras de seguridad del metro y de Renfe. También tendremos que hablar con Socorro Pavones. A ver qué nos dice sobre el cuadro de su hermana. —Miro mi reloj de pulsera—. ¡Las dos y media! ¡Tengo a toda mi familia ya sentada delante de un par de pollos!

—¿Te acerco a casa?

—Sí, pero te quedas a comer. Les encantará verte. Y por cierto, eres un pedazo de cabrón. Los has estado vacilando con la mierda de los cuadros que pinta este hombre.

—Me estoy planteando encargarle uno para Valdés, ¿qué te parece? —me dice con retranca—. Lo que no tengo claro es si querrá posar en toples.

—Oye, ¿a ti te gusta? —le suelto.

—¡Joder, Vergara! Me haces unas preguntas...

Lo acaba de pillar desprevenido que entre a saco en algo tan personal. No es mi estilo meterme en la vida de nadie, salvo en este caso. Me quedo callada esperando a que me conteste.

—Vale, sí —se rinde—. Me gusta. Mucho. Creo que es la tía que más me ha gustado en toda mi vida.

Ahora es su respuesta la que me pilla desprevenida. Desde que lo conozco, lo he visto mariposarse de un lado a otro, pero jamás se ha quedado enganchado a nadie. No me queda más remedio que intervenir porque, como superior, debo asegurarme de que van a seguir haciendo su trabajo al margen de una posible relación personal. Y porque les tengo cariño. Y, ¡qué demonios!, hacen buena pareja.

—En ese caso, ponte las pilas, que hay mucho buitre revoloteando a su alrededor y, cuando menos te lo esperes, te la levantan. Eso no significa que os paséis el día pelando la pava.

—Por favor... —me dice muy serio.

¡Qué pillado estás, amigo!, pienso.

—Pero si no vas en serio, te advierto que con Valdés, pocas bromas, que es asturiana, de la cuenca minera, y mete hostias como panes.

* * *

La comida familiar es más breve de lo previsto. Fernando, como viene siendo habitual, recibe un aviso del hospital y se va porque tiene que atender una urgencia. Diego se ha metido en su habitación sin terminar de comer. Mi madre observa desolada cómo nosotros también nos vamos porque debemos seguir con la investigación. Para ganar tiempo, nos repartimos el trabajo: Belmonte se va a seguir tirando de los hilos de las pistas que tenemos hasta el momento. Yo decido acercarme al Anatómico Forense para disfrutar del *postre* que me tiene preparado Huerta.

La ciudad universitaria está tranquila a estas horas. La mayoría de los estudiantes deben de estar reponiéndose de la resaca del botellón de ayer o preparándose para el de esta noche.

Al llegar al edificio de ladrillo rojo, que se esconde discretamente detrás de la Facultad de Medicina, me topo de nuevo con un nutrido grupo de periodistas. Algunos son los mismos que estaban esta mañana en la puerta de la casa de Luz. Pero ¿es que esta gente no tiene casa ni familia?, pienso. Luego me doy cuenta de que yo también estoy trabajando en fin de semana. Mientras bajo las escaleras hacia la puerta, me solidarizo con ellos, lo que evita que les suelte una fresca cuando me meten los micrófonos en los empastes. Busco entre ellos al periodista madurito de esta mañana, pero no está. Distingo a María Otero, que me saluda disimuladamente con la mano. Tras varios «lo siento, no puedo decirles nada aún» y «el caso está bajo secreto de sumario, muchas gracias», logro acceder al edificio. En el pequeño vestíbulo, dos familias esperan a que les entreguen los cuerpos de los suyos. Una pareja de mediana edad llora abrazada.

Me estremece su dolor e intuyo que han perdido a un hijo o a una hija en accidente de tráfico. El otro grupo lo forman cuatro hombres latinos. El mayor, en torno a los setenta años, está sentado con la cabeza gacha, resignado. Otro, cercano a la cuarentena, intenta tranquilizar a dos veinteañeros que claman venganza a gritos.

—¡Yo lo mato! ¡Voy a buscar a ese *hijoeputa* y, cuando lo encuentre, le saco las tripas! —grita uno de los jóvenes, el más violento, mientras se lía a puñetazos con la pared.

La pareja que llora abrazada, viendo el panorama, se retira lo más posible.

—Inspectora jefa Vergara —le digo al chaval agarrándolo por el hombro y poniéndole la placa en las narices—. Vamos a calmarnos un poquito, ¿eh? Aquí nada de violencia.

El joven rompe a llorar.

—Perdónelo, jefa. Está nervioso —lo disculpa el de mediana edad haciendo lo imposible para que no se le rompa la voz—. Anoche mataron a su hermano a puñaladas. ¿Y sabe por qué? Por defender a una chica de un pendejo que la estaba molestando a la salida de la discoteca. Mi hijo solo tenía diecinueve años.

El hombre se esfuerza en contener las lágrimas.

—Lo siento mucho —le digo sinceramente guardando mi placa en el bolso. ¡Qué cabrona puede llegar a ser la vida!, pienso—. Es lógico que sientas rabia —me dirijo al pobre chico que no para de llorar—, pero deja que la Justicia haga su trabajo. Ese tipo ya ha matado a tu hermano; no permitas que también arruine tu futuro, porque, si le matas, el que va a ir a la cárcel vas a ser tú. Lo entiendes, ¿verdad?

El chaval se tapa la cara con los puños apretados y asiente. El hombre que está sentado levanta los ojos y con un desconsuelo infinito musita un «gracias» casi inaudible. Debe de ser el abuelo. Su mirada me transmite tanto dolor que tengo que sobreponerme para despedirme de las familias. Una de las razones por las que odio venir a este lugar es porque suelo encontrarme escenas desoladoras como esta. Gente que ha perdido a algún familiar de manera imprevista y que suman al dolor por su muerte, la angustia de saber que están despedazando sus cuerpos para descubrir qué o quién los mató.

Según avanzo por el pasillo hacia las salas de autopsias, me invade el olor al conservante que inyectan a los cadáveres. Belmonte dice que aquí no huele a nada, que es mi hiperosmia, pero sí que huele. ¡Vaya si huele! No es putrefacción, no habría nariz humana que lo soportara, es simple olor a muerte, entre ácido y rancio. Como a queso fresco pasado de fecha.

Por fin llego a la sala en la que está Huerta. Se accede a ella a través de una especie de cortina con lamas verticales de plástico grueso y transparente. Las separo con la mano y meto la cabeza.

—¿Hola?

Nadie contesta. El forense no está. Entro y encuentro el cadáver desnudo de Luz Pavones sobre la mesa metálica. Me da un vuelco el estómago. Hace menos de veinticuatro horas que la vi cantando, bailando, riendo... Tendida en el suelo, muerta... Y ahora tiene un costurón con forma

de «y» que va desde las clavículas hasta el pubis. A pesar de todo, ha ganado en dignidad respecto a anoche, me consuelo.

—Pensaba que hoy no iba a venir nadie por aquí. —Me sobresalto al oír la voz estentórea de Huerta.

Vicente Huerta es un tipo bonachón y corpulento, tirando a regordete. Le gusta la buena mesa. Él mismo reconoce que una autopsia no le quita el apetito; de lo contrario, estaría hecho un fideo, suele comentar riéndose. La barba blanquecina y el pelo largo, también blanco, recuerdan al rey Melchor. Por eso, cada 5 de enero por la tarde, el bueno de Huerta se disfraza de Rey Mago y va por las casas de todos los de la Policía Judicial entregando a los niños juguetes que compramos los padres. Cuando Diego era pequeño, se volvía loco. ¡Un Rey Mago iba en pleno día a su casa a darle parte de sus regalos! La ilusión duró hasta los diez años, cuando un niño mayor que él le dijo en el cole que los Reyes Magos eran los padres. Diego montó en cólera; Melchor era, además de un Rey Mago, su amigo. Nos llamó la directora. Cuando llegamos al despacho, encontramos a Diego sentado en una silla. En la otra estaba el crío que había osado difamar a Melchor; mi hijo le había roto el tabique nasal de una patada. Fue la primera vez que tuvimos que cambiarlo de colegio.

—Hoy estamos que no damos abasto, pero ya veo que tú has hecho los deberes —le contesto—. ¿Qué tenemos?

Huerta se dirige a una de las encimeras de acero para coger una carpeta. La abre y se pone junto a mí, al lado del cadáver.

—A ver... Como diría Jack el Destripador, vayamos por partes. —Huerta me mira y sonrío esperando que le jalee la gracia.

Es un humorista frustrado; a mí la frase me suena a algo así como: «Bienvenida de nuevo al maravilloso mundo del humor negro». Aunque haya oído ese chiste mil veces, me cuesta reírme al oírlo de boca de un forense y delante de un cadáver. Aun así, suelto una pequeña carcajada fingida por no hacerle un feo al pobre Huerta, que está doblando turno para hacernos un favor.

—¡Pero mira que eres bruto, Vicente! Anda, acabemos con esto cuanto antes, que aún estoy en plena digestión —le digo.

—Bien, pues te confirmo que todas las muestras están ya en el laboratorio y, como sabes, hasta dentro de quince días, por lo menos, no estará el informe patológico. —Huerta mira un folio—. ¿Qué más...? ¿Qué más...? Ah, sí, no se han encontrado restos de semen ni en la vagina, ni en la boca, ni en ninguna otra parte del cuerpo. Tampoco en la ropa.

—Entonces descartamos el móvil sexual.

—Sí pero no. Quiero decir que no la penetró con el miembro, pero te recuerdo que le introdujo un rulo de papel por el ano, así que —aún persiste en mi retina el libreto saliendo del culo de la víctima— no lo dejemos de lado —continúa Huerta—. Además, quien lo hizo se esforzó en provocar el mayor daño posible, porque tiene desgarros en el esfínter y perforación en el recto y

parte del colon. Lesiones que, por otra parte, habrían acabado con ella al generarle una septicemia generalizada —dice para rematar.

—¿Por qué violarla con un rollo de papel?

—Para no dejar restos de su ADN, porque el asesino es impotente, vete a saber. Le ha metido eso como podía haberle metido el palo de una escoba. En una agresión sexual con este grado de brutalidad, como sabes, siempre se dan tres variables que se presentan juntas o por separado: el placer sexual del agresor, el sometimiento de la víctima y el enojo.

—Esto refuerza mi teoría de que ha sido una venganza personal. —Huerta asiente confirmando mis sospechas—. ¿Qué más?

—Nada que nos pille por sorpresa. La molieron a golpes. Mira aquí. —Señala el costado y la mejilla derechos—. ¿Ves estas livideces? —Asiento—. La posición de los hematomas y su coloración indican que murió tumbada sobre este lado, justo en la posición en la que estaba cuando llegamos nosotros.

Recuerdo que, en efecto, estaba sobre el lado derecho, en posición fetal y mirando hacia la puerta del camerino.

—En las radiografías se ve claramente una costilla rota. Una patada confirma este hematoma —me explica—. Ah, y mira la boca, le falta una pieza aquí, ¿lo ves?

La dentadura sería perfecta si no fuera por la ausencia de uno de los colmillos.

—Se lo arrancaron de otra patada —prosigue Huerta, y me muestra la pieza en una bandeja metálica—. Aún tiene adheridos restos de encía y del hueso de la mandíbula.

—¿Qué horror! —exclamo abrumada por las huellas que la tortura ha dejado en su cuerpo—. ¿Hora de la muerte?

—Esto es muy interesante. Tócala —dice Huerta cogiéndome la mano y depositándola sobre la frente de Luz—. ¿Qué? ¿Notas algo?

Me estremece el contacto con su piel y me sorprende comprobar que, a pesar de las horas que han pasado desde que la encontró su hermana, el cadáver aún está templado.

—No lo entiendo. ¿Aún no se ha enfriado?

—Le acabo de tomar la temperatura y tiene ¡treinta y un grados! —exclama Huerta—, lo que indica que hubo hipertermia *post mortem*.

—¿Y a dónde nos lleva eso?

—A que la temperatura corporal rondaba los cuarenta y dos grados en el momento del fallecimiento, contando que baja un grado cada hora durante las primeras tres o cuatro horas y que luego sigue descendiendo medio grado las horas sucesivas hasta llegar a la temperatura ambiente.

—Situamos la hora de la muerte en torno a las... ¿doce de la noche?

—Aproximadamente —confirma Huerta.

—¿Qué provocó la hipertermia *post mortem*?

—La sobredosis de algún tipo de sustancia.

—¿Cocaína? —pregunto.

—No, tendría laceraciones en la lengua por habérsela mordido por las convulsiones de la sobredosis. Estamos hablando de algo que le produjo sequedad de las mucosas: ojos, boca... Tampoco he encontrado rastros de sudor. Ya te digo que es la sintomatología típica de sobredosis química, pero no por cocaína. A ver qué dice el informe de toxicología. Por otro lado, también pudo intoxicarse con algún alimento. En el estómago había una especie de masa sin digerir, una mezcla de pescado, trozos de pimiento... Eso justificaría la fiebre, los vómitos y la diarrea. De hecho, evacuó antes de morir, pero, y aquí viene lo curioso, la vejiga estaba llena a reventar.

—¿Y eso qué significa? —vuelvo a preguntar.

—Generalmente, cuando se produce el óbito, se relajan todos los esfínteres, pero en este caso había una inflamación tan extrema, tanto en la vejiga como en la uretra, que bloqueó la evacuación —me cuenta satisfecho de sus conclusiones.

—Entonces, ¿cuál fue la causa de la muerte? —pregunto porque a estas alturas aún no me ha quedado claro.

—Ah, sí... Infarto. El corazón estaba destrozado, algo poco frecuente en una mujer de esta edad y sin cardiopatías previas.

Después de un par de datos más poco relevantes, me despido de Huerta no sin antes informarme de cuándo va a entregar el cadáver a la familia.

—Ya he mandado al juzgado el informe preliminar. En cuanto ellos den la orden, podrán llevársela —contesta mirando al cadáver.

Me voy, imaginando el drama que va a ser para la pobre madre cuando le devuelvan a su hija. Entre eso y el torbellino de información que da vueltas en mi cabeza, apenas me doy cuenta de que he rebasado el cordón periodístico sin incidentes. Me subo al coche y avanzo por la ciudad universitaria hacia la carretera de La Coruña. A la altura de la Facultad de Biológicas tengo que dar un frenazo en seco para no atropellar a una pareja de estudiantes que está cruzando un paso de cebra. Me llaman de todo menos bonita. Con razón. Les pido perdón por ir distraída. Miro por el retrovisor. Detrás de mí hay un motorista que no se ha empotrado en el coche de milagro. Levanto la mano para disculparme. Él acepta mis disculpas levantando la suya. Sigo mi camino intentando centrarme en la conducción. Para despejarme, pongo música y abro la ventanilla. Necesito sentir el aire fresco de la primavera en la cara. Un aire que se lleve el olor a queso rancio de mi nariz. Abandono la M-40 por la salida de Ventisquero de la Condesa. Unos metros más adelante, el semáforo se pone en rojo y me obliga a parar. Detrás de mí sigue el mismo motorista. Lo reconozco porque lleva un casco integral muy especial, muy chulo, de color rojo vivo y con una visera completamente negra, de las que no dejan ver la cara del piloto. Le ha debido de costar un ojo de la cara. Arranco y sigo mi camino. El motorista va detrás a una distancia suficiente como para no perderme de vista. ¿Me está siguiendo?, pienso. Hay ciertos tíos que cuando una mujer les hace una faena al volante, aunque sea sin querer, se dedican a seguirla, a acosarla por el mero placer de provocar en ella inquietud o directamente miedo. Decido comprobar si lo que pretende es acojonarme. Si es así, lo lleva claro. Callejeo. Cambio de dirección. En efecto, me está

siguiendo. ¡Menudo gilipollas! Toco debajo de mi axila izquierda. Palpar mi arma reglamentaria me da seguridad. En lugar de dirigirme a la comisaría, conduzco hasta una gasolinera próxima. Me detengo ante uno de los surtidores y apago el motor. Aprovecho para llenar el depósito mientras localizo visualmente la posición del individuo. Se ha detenido unos metros más atrás. Sigue con el casco puesto. Es evidente que no tiene intención de repostar. Ni de que le vea la cara. Entro en la tienda de la gasolinera y pago.

—¿Ves a ese tipo de la moto? —le pregunto al chico al tiempo que le enseño mi placa.

—Sí.

—¿Cómo puedo llegar hasta él sin que me vea? ¿Tenéis otra puerta?

—Sí. Venga conmigo. —El chaval sale de detrás del mostrador y se dirige a una pequeña puerta de cristal que hay al fondo del local y que está cerrada con llave. La abre—. Si va hacia la izquierda —me indica con la mano—, atravesará el túnel de lavado. Después están los aspiradores. No creo que pueda verla.

Le doy las gracias y me dispongo a seguir sus indicaciones. Saco mi arma reglamentaria y la cargo. El motorista continúa esperando a que yo salga. Está pendiente de la puerta principal, por lo que no se da cuenta de que acabo de situarme a su espalda. Rápidamente, me pongo delante de él.

—¿Qué quieres y por qué cojones me estás siguiendo? —le suelto mientras aprieto el cañón contra la visera de su casco.

LOS ENCUENTROS IMPREVISTOS

Desde que Eusebio Pavones y Sagrario Pérez-Cejuela se casaron el 22 de mayo de 1960, la Sagrario no paró de traer criaturas al mundo hasta aquel 20 de noviembre del 75 en que hacía un frío de justicia. La Mancha siempre ha sido así: gélida en invierno y tórrida en verano. Aunque la habitación del matrimonio apenas conseguía caldearse con un brasero, ella se empeñó en parir a sus gemelas como a sus otros diez hijos, en su propia cama. El Eusebio ya estaba acostumbrado a estas esperas. Intrigado por el lento y melancólico tañer de las campanas de la iglesia, que tocaban a muerto, decidió acercarse a la plaza para ver qué pasaba. Los hombres, en lugar de estar en el campo, como era lo habitual, entraban en tropel al bar del Gallito. A las diez de la mañana, en la televisión en blanco y negro, un cariacontecido Arias Navarro, como presidente del Gobierno de España, se dirigía a los espectadores con voz trémula: «Españoles, Franco ha muerto». La Olvido estaba sirviendo un chato de tinto a uno de los parroquianos y rompió a llorar. A partir de ahí, todo fue silencio y temor ante el futuro de un pueblo que, como otros tantos, aún se lamía las heridas de la Guerra Civil. La lectura del testamento político del jefe de Estado concluyó: «Quisiera, en mi último momento, unir los nombres de Dios y de España y abrazaros a todos para gritar juntos, por última vez, en los umbrales de mi muerte: ¡Arriba España! ¡Viva España!». El silencio se rompió con la irrupción de la Sagra, la mayor del Eusebio, anunciando que las pequeñas habían nacido. Algo hizo presentir al padre que su suerte acababa de cambiar: Franco estaba muerto y esas hijas recién llegadas venían no con uno, sino con dos panes bajo el brazo. No se equivocó. Algunas décadas después, las gemelas Pavones se presentaron al *casting* de *Gran cuñado*. La Soco no fue elegida, a pesar de que su madre le repetía que tendría mejor suerte que su gemela porque la mancha de nacimiento de su mejilla era, en realidad, una estrella. Sin embargo, la Mariluz sí alcanzó su sueño de hacerse rica y famosa de la noche a la mañana, dejando atrás años de privaciones. Años en que la familia numerosa tuvo que apañarse con lo poco que ganaba el matrimonio, que debió lavar su estigma de rojos pasando por el altar antes de colocarse al servicio de la familia Gómez Mancebo, una de las más ricas y poderosas de la comarca. Él, como encargado de las tierras donde cultivaban olivos y vides; ella, como cocinera. Los patronos, devotos católicos de los de a Dios rogando y con el mazo dando, gustaban de jactarse de mirar por el bienestar de sus jornaleros como si fueran de la familia. Una *generosidad*

que inauguró el bisabuelo Gómez Mancebo mediante un fideicomiso que fue pasando de generación en generación. Era este un bienestar con vistas al más allá, en lugar de al más acá, ya que, cada vez que le nacía un hijo a uno de sus braceros, regalaban al neófito una suscripción a La Dolorosa, una sociedad de entierro que costeaban los patronos hasta que los beneficiarios conseguían su primera ocupación. «Que nadie pueda decir en este pueblo que nuestra gente no tiene donde caerse muerta» era el lema de los Gómez Mancebo. A los dieciséis años, la Mariluz se colocó en una fábrica de mazapanes y decidió seguir abonando sus cuotas. Nunca imaginó que haría uso y disfrute de esa póliza tan pronto. En la sala 13 del tanatorio de La Paz, la familia Pavones vela su cadáver. Alrededor del túmulo se superponen las coronas con sus correspondientes dedicatorias en las cintas malvas, blancas o negras. Un crisol de despedidas de los nombres más relevantes del mundo de la televisión. A Luz le habría encantado, piensa Socorro mientras la mira a través del cristal con una sonrisa complacida y abrazada a su sobrino Fidel.

* * *

Mi teléfono móvil, que no recordé silenciar, está en la mesilla de noche tintineando desde hace un buen rato. Un auténtico bombardeo de wasaps consigue rescatarme de mi profundo sueño de barbitúrico. ¡Es media mañana!, me digo mirando el reloj digital de la mesilla de Fernando, que se ha debido de levantar sin que me diera cuenta. ¡Pues sí que estaba cansada anoche! Me pongo las gafas. Son ellas. El grupo de Las inmaculadas está que echa humo.

Rosa: Es el cumpleaños de Marga hoy??? Mañana??? Ayer??? Por si acaso muchísimas felicidadesssssssssssssss!!!! 🎂🎂🎂🎂👉👉👉👉👉👉
👉👉

Marga: Gracias pero fue la semana pasada... 🙄🙄🙄🙄🙄🙄🙄🙄

Verónica: Joooooooooooo!!! Se me pasoooooooooooo!!! 🙏🙏🙏 lo sientoooooooo!!! Espero q lo pasaras fenomenal. Mas vale tarde q nunca felicidadesssss!!!! 🎉🎉🎉🎉🎉🎉 pq no lo dijiste el día del teatro??? So tonta???

Marga: para poder restregaros lo malas amigas q sois» 😏 y de paso a ver cuanto tardabais en daros cuenta cabronas

Rosa: Eso no valeeeeeeeeeee!!!!!!!!!!

Me pregunto por qué el mundo del WhatsApp se ha convertido en ese exceso de vocales y signos ortográficos al final de algunas palabras.

Verónica: ah... y muchas felicidades tb de parte de mi manolito.
Chicas y si compramos uno a Marga q a mi me ha cambiado la vida

tengo unos pelos q solo me falta la escoba entre las piernas

Verónica: lo q t falta es un manolito Jajajajaaja

Marga: Pesaditaaaaaaa!!!! Que ya sabes que no me vaaa esooooo...
Jajajaja

Lola: Jajajajaja no os volváis locas q voy a ir sola

Verónica: q t lo has creído rica. Paso a por vosotras en una hora

Marga: pues me hago un recogido

Rosa: q os vais a poner????

Lola: Hola? Q parte no habéis entendido de q voy a ir sola????

* * *

El taxi, con Verónica al volante, avanza por la carretera 607 con las cuatro vestidas de negro, como cuatro cuervos —para que parezca que tenemos allí a algún conocido, según Marga—, y sin parar de rajar sobre quiénes se van a pasar a despedir a la actriz-presentadora. Ellas están encantadas con la idea de ponerse detrás de algún famoso mientras es entrevistado para luego verse en la tele y troncharse. Son así de frikis.

Mientras diseñan estrategias de asalto, mi cabeza regresa a la tarde de ayer, a la gasolinera donde, por unos instantes que me parecieron eternos, apunté a la cara del motorista con mi arma reglamentaria.

* * *

«¿Qué quieres y por qué cojones me estás siguiendo?», recuerdo oírme decir con esa voz opaca y de mala leche que se me pone cuando estoy tensa.

El motorista colocó inmediatamente las manos detrás de la nuca. Pensé que o estaba muy acojonado o muy acostumbrado a que lo detuviera la policía. Eso me puso aún más en guardia.

—¡Levanta la visera, que te vea la cara! ¡Y despacio!

Él se descubrió lentamente. Al ver esos ojos verdes, enseguida lo reconocí: era el periodista maduro.

—No quería asustarla.

—Yo no me asusto así como así. ¿Por qué me ha seguido? —le respondí irritada, pero sin perder en ningún momento el control de la situación.

—¿Puedo bajar las manos, por favor? —Él, por el contrario, sonaba sumiso.

Asentí a la vez que guardaba el arma en la sobaquera.

—No la estaba siguiendo. Bueno, sí. Quiero decir, que la vi salir del depósito y no me dio tiempo a hablar con usted. Y como cuando casi chocamos me saludó con la mano, pensé que me había reconocido.

—Pues no.

¿Este tío me estaba tomando por idiota? ¿Creía que me iba a tragar esa excusa barata? ¿O el idiota era él? ¿Cómo iba a reconocerlo con un casco que le tapaba toda la cara?

—¿Qué es lo que quiere? —le pregunté muy cabreada.

—Ya sé que es una estupidez... —contestó quitándose el casco—, pero se me ha ocurrido que... a lo mejor... le apetecía tomar un café.

—En efecto, es una estupidez —rechacé su invitación con sequedad—. Mire, señor...

—Navas. Javier Navas —respondió con esa sonrisa estudiada al milímetro delante del espejo, que debe de regalar a toda la que se le pone a tiro—. Encantado.

Me tendió la mano para que se la estrechara. Durante unos instantes permanecí sin hacer el menor movimiento. Aun así, él la mantuvo extendida.

—Inspectora jefa Vergara. —Por fin le di la mía enfatizando lo de «inspectora jefa» para marcar distancia. Cuando nuestras manos se acoplaron, su apretón fue firme, dejando claro que era un hombre seguro de sí mismo. Yo también apreté en un ejercicio de autoridad que no le pasó desapercibido—. No tomo café con desconocidos —añadí intentando sonar lo más áspera posible—. Y además tengo que trabajar.

Insistió y al final acepté, pensando que el periodista podría contarme detalles sobre las costumbres y compañías de la víctima que yo tardaría días en conseguir. Nunca me ha sobrado tiempo para leer revistas del corazón, ni siquiera en la peluquería, a la que nunca voy porque mi vecina Mila, que es muy apañada, nos corta el pelo a toda la familia.

Fuimos a una cafetería cercana a la comisaría. Navas me contó algo que abrió una nueva línea de investigación: Luz Pavones mantenía una aventura con alguien importante. Mucho. Tal vez un empresario, un político, un banquero... La prensa rosa llevaba meses intentando descubrir su identidad, pero nadie había conseguido nada hasta el momento. Ni una fotografía juntos, a pesar de que Telemidia había ideado un programa-concurso semanal con un único premio de diez mil euros para quien consiguiera una imagen de la pareja. Estaban seguros de que, teniendo en la calle un ejército de espectadores armados con *smartphones*, tarde o temprano acabarían pillándolos *in fraganti*. Una tertuliana de un programa del corazón le había puesto el apodo de Mr. Big —en referencia a la serie *Sexo en Nueva York*— y así es como le llamaban.

—Lo que consiguieron fue inundar la cadena con fotos de la Pavones con todos los tíos que pasaban por su lado, además de los habituales, como el portero, su entrenador personal, todos y cada uno de sus hermanos, su hijo, varios repartidores de Amazon —dijo Navas entre risas— y un señor de León en viaje de negocios que se acercó a pedirle un autógrafo para su hijo y casi le cuesta el divorcio.

No tuve más remedio que echarme a reír yo también. ¡Qué mundo tan loco el de la televisión!

—Un incidente, el del señor de León, me refiero —prosiguió el periodista animado por mi interés—, que le ha costado una demanda a Telemidia por intromisión en la intimidad y derecho al honor. Fue todo un despropósito, porque yo creo que a estos no había quien los pillara. Debían de quedar para echar un polvo en horas imprevistas y en los sitios más insospechados. Al menos, eso es lo que yo haría...

Esa forma de expresarse, como si me conociera de toda la vida, me volvió a poner en guardia. Nunca me he fiado de los hombres que se toman la licencia de hablarnos a las mujeres con una familiaridad que no les hemos dado.

—Detrás de ese tipo de gente —siguió— suele haber un hombre de confianza, un mamporrero, que se encarga de estas cuestiones de manera discreta. Le podría contar unas cuantas citas que se han montado a miles de kilómetros de España. Lo más seguro es que, si después de tanto tiempo no se ha filtrado nada, es porque ese tío es de un nivel estratosférico —dijo rotundo alzando la mano por encima de su cabeza.

¿Con ese gesto estaba insinuando que el sujeto era alguien cercano a una Casa Real? Solo de pensarlo me entraron sudores. Eso o me estaba dando un sofoco. Me puse a buscar el abanico en el bolso como una loca. Mi cabeza daba vueltas imaginando a un miembro de la realeza mezclado en esta mierda. En este otro tipo de mierda, quiero decir.

—¿Cree que ese misterioso... Mr. Big pudo tener algo que ver con su muerte? —pregunté abanicándome a tal velocidad que mis mofletes debían de estar agitándose como si fuera a toda leche en moto.

—¿Quiere decir como Marilyn Monroe y JFK?

—Por ejemplo.

—O sea, que me está confirmando que la asesinaron —afirmó con una sonrisa maliciosa.

—Solo le estoy confirmando lo que sabe todo el mundo: que hay indicios de muerte violenta —contesté como si no hubiera apreciado que estaba medio tonteando conmigo. El muy idiota...

—Después de todo lo que han visto mis ojos a lo largo de treinta años de profesión, yo no pongo la mano en el fuego ni por mi padre —dijo—, pero, si la mató, solo se me ocurre un motivo: quitársela de en medio porque le molestaba.

—¿Cómo? —intenté sonsacarle intuyendo que era uno de esos periodistas que valen más por lo que callan que por lo que cuentan.

—Extorsionándolo —añadió—. Luz le vendió su silencio a cambio de pasta, pero él se cansó de apoquinar y...

—Muy improbable. Luz gozaba de una situación económica bastante holgada. Además, ¿con qué horrible secreto podía chantajearlo?

—¿Con contárselo a su mujer y que su familia saltara por los aires?

¡Uf! De nuevo los calores.

—Pero si, según usted, el móvil no es el dinero... —continuó Navas metiéndome más ruido en

la cabeza—, entonces fue por sexo. Puede que por celos. Todo el mundo sabe que la fidelidad y la Pavones no se llevaban bien.

Dinero o sexo. Codicia o instinto. «Bolsillo» o «bragueta». Mi teoría de los dos pilares que sustentan los crímenes más aberrantes de la historia siempre acaban entrando en el terreno de juego. Reconozco que este tipo sabe lo que se dice.

—¿De verdad piensa que Mr. Big se iba a arriesgar a ir al teatro a matarla y que todo el mundo lo reconociera?

—Para eso están los sicarios —respondió—. Y ahora le toca a usted, jefa. ¿Cómo la mató? ¿La asfixió? ¿La apuñaló? Estoy hablando en singular, pero lo mismo fueron varios... Usted sabe que, antes o después, se va a acabar filtrando.

Los dos mantuvimos un pulso de silencio mirándonos como dos chavales que juegan a ver quién aguanta más sin reír.

—¿Por qué ustedes los periodistas del corazón tienen ese empeño en rebuscar entre la carroña? —pregunté dejándole claro que no le iba a decir nada. Mi pregunta pareció molestarle.

—Porque el morbo vende. Y si no, ¿por qué cree que los informativos están llenos de noticias de sucesos? Porque a la gente le llama más la atención si a un cadáver le han cortado la cabeza que si era una buena persona o tenía un título *honoris causa*. Durante toda mi carrera profesional me he dedicado a cubrir sucesos para distintos medios. Lo dejé un tiempo para hacer otro tipo de periodismo, y ¿sabe qué? Tuve que bajar de nuevo a las cloacas. Trabajo por mi cuenta, y era eso y pagar el cole de mis hijos o morirnos de hambre.

Su perorata me sorprendió. Creía que era el típico hombre que había preferido disfrutar de la vida y de su profesión antes que formar una familia. Este descubrimiento me hizo sentir un poco más cómoda.

—Mire, jefa. —Ya no había flirteo, solo empeño en publicar una exclusiva—. No le estoy pidiendo nada que la comprometa, solo un pequeño detalle que yo pueda transformar en un gran titular.

—Lo siento, pero no estoy autorizada.

—Entonces tendré que armarme de paciencia. —Desapareció de nuevo el profesional y volvió el tipo que sonríe a las mujeres—. Permítame una pregunta que seguro que sí estará autorizada a contestar: ¿cómo es que he estado en tantas escenas de tantos crímenes y nunca la he visto?

—Porque en mi trabajo siempre intento pasar desapercibida para la prensa...

—Pues ya ve que para mí no lo ha conseguido —dijo sin dejarme terminar.

Definitivamente, este tío es un mamarracho.

—Me tengo que ir —le solté sin más, y me puse de pie.

Nos despedimos sin estrecharnos las manos y me fui a comisaría. Estaba rabiosa conmigo misma por no haber cortado de raíz ese flirteo estúpido. Pero ¿qué se había creído ese tío? ¿Que me iba a lanzar un par de sonrisitas y yo iba a caer rendida a sus pies cantando hasta *La traviata*? ¡Que se joda! Al fin y al cabo, fui yo quien le sacó información. Y, por favor, que a Luz Pavones

no se la haya cargado ningún miembro de ninguna Casa Real, porque es lo que nos faltaba para trabajar bajo más presión.

* * *

Mis amigas se acaban de tomar el relato de mi desencuentro con ese memo como casi todo lo que les cuento desde mi más profunda preocupación; es decir, de coña. Las carcajadas de Verónica me han devuelto de un manotazo al taxi. Tal cual.

—Pero mira que eres boba, Lola —me suelta dándome una palmada en el muslo que me hace polvo. Mide fatal su fuerza—. ¡Haber aprovechado para echar una canita al aire!

—¿Qué canita al aire ni qué leches? Que el que tonteaba era él, no yo. Además, yo soy muy feliz con Fernando —protesto ante la sugerencia de mi amiga.

—Hija, no digo que te lanzaras a meterle la lengua hasta la campanilla, pero haberle dejado que siguiera poniéndote ojitos de cordero degollado —insiste—. O si no, pásamelo, que yo lo pongo mirando a Sevilla sin despeinarme.

—Déjala un poquito en paz, pesada —interviene Rosa en mi favor—. ¿No te está diciendo que se sintió incomodísima? Y a ti, Vero, ese tipo de hombres no te convienen nada.

—¡Ay, maja! A estas alturas me conviene todo lo que se me arrime con tal de que respire —continúa Verónica. Soltamos una carcajada—. Como dice un amigo, a mi edad, ya no exijo ni limpieza.

—¡Arg! ¡Qué asco! —gritamos al unísono y sin parar de reír.

—Sí, sí, asco, pero es la pura realidad. El mercado está muy mal. Cómo será que me he apuntado a una aplicación de esas de citas y el que no era cojo le faltaba un ojo. ¡Así, con rima y todo!

Volvemos a troncharnos y Verónica se viene arriba.

—Que lo que yo busco no es una relación seria, sino sexo y hasta luego, Lucas. Lo del *Manolito* está muy bien, pero aburre. A vosotras —se refiere a Marga y a Rosa— no os digo nada porque sois un caso perdido, pero tú —me dice dándome otro golpe en la pierna que me deja seca — aprovecha que tienes en la cama a un tío como para caerse de espaldas y abrirse de piernas.

—¡Hala! —suelta Rosa.

—¡Pero si el pobre Fernando empalma una guardia con otra! Llega como para hacer el pino puente... —les digo.

—Tú dile que hay un churri que te ronda —me corta Verónica, que sigue a lo suyo— y verás lo que tarda en organizar una cenita romántica con una *pantera rosa* para que te la comas de postre.

—¡Qué cerda eres! —Rosa se muere de risa.

—A ver —Verónica no va a parar hasta que acabe de hacerme el tercer grado—, ¿desde cuándo no echáis un buen polvo?

—Ja, ja, ja. Un polvo, dice. —Miro para atrás buscando la complicidad de las otras dos—.

Con mi madre en la habitación de al lado viendo la tele a toda pastilla y mi hijo en otra jugando a la Play —digo resignada a que en la vida de todo matrimonio llega un momento en que cualquier encuentro romántico en casa se convierte en una misión imposible.

—Pues os vais a un hotel. O al coche. Que cuando las ganas de joder aprietan, ni los culos de los muertos se respetan —suelta Verónica riéndose. A mí ese refrán nunca me ha hecho gracia.

—¡No seas ordinaria, guapa! —le regaña Rosa, a quien este tipo de burradas tampoco le van lo más mínimo.

No recuerdo si de jóvenes éramos tan pesadas, pero ahora podemos tirarnos horas y horas dándole vueltas a la mierda con un palito, como decía mi abuela. A mí me divierte ese bucle temático, siempre y cuando el centro de la conversación sea otra, no yo.

—No sé para qué os cuento nada —refunfuño—. Fue una anécdota, una bobada sin importancia y ya está. Hala, Rosa, ¿cómo está la niña? ¿Se le pasó lo del ojo?

—No cambies de tema, bonita —me dice Marga—, una bobada sin importancia era que te sacaran a bailar cuando teníamos quince años. Después de los cincuenta, si alguien se arriesga a seguirte solo para invitarte a un café, y encima sabiendo que eres poli, es que tiene ganas de fiesta.

—Pues muchas gracias, Margarita. Me dejas mucho más tranquila, chica. —Me sigo arrepintiendo de no haber mandado a Navas a hacer puñetas.

Llegamos al aparcamiento del tanatorio. Pasamos por delante de una estructura semicircular por la que se accede al vestíbulo. Un grupo de periodistas está a la caza de los visitantes populares. Según avanzamos, miran por las ventanillas por si nosotras somos alguien a quien asaltar en cuanto nos bajemos del taxi. Otro grupo, algo apartado, está entrevistando a un famoso al que no distingo bien porque me he dejado las bifocales en casa.

—¿No es ese Óscar Andrés Blázquez? ¡Miradle, qué mono! —grita Rosa muy excitada. Es una aguililla en eso de reconocer famosos.

—Lo presenta casi todo en Telefive y además lo hace estupendamente —se suma Marga a voz en grito. Menos mal que nos ha obligado a llevar las ventanillas cerradas a cal y canto, a pesar de que el aire acondicionado no funciona, para que no se le desmonte «el recogido».

—Es más bueno... ¿Sabéis que ha adoptado a unos perritos monísimos? —nos informa Rosa, a quien todo lo que tenga que ver con los animales la enternece—. Y encima, siempre está hablando de su madre —añade para acabar de elevar a Óscar Andrés a los altares.

No sé cómo se las apañan, pero parecen la Wikipedia de los famosos.

—Es un cielo. Y superdivertido —dice Verónica mientras aparca—. Yo lo he llevado varias veces desde Telefive a su casa y me he reído mucho con él. ¿Le pedimos que se haga un selfi con nosotras?

—A ver, chicas... —intento poner orden—. Os recuerdo que aquí hay familias velando a sus difuntos. No vayáis a ponerlos en plan grupis, que nos conocemos.

—Qué sosa te has vuelto, Lolita. Con lo graciosa que has sido tú siempre. Anda, bájate de los zapatos de inspectora jefa y disfruta un poquito, maja —me recomienda Verónica, que acaba de

cerrar el coche y ya va trotando, junto con las otras dos, hacia los periodistas. Yo las sigo a cierta distancia mientras me cercioro de que llevo en el bolso mi placa y mi bloc de notas.

A pesar de la carrera, mis amigas no han conseguido dar caza al presentador, que se ha metido asustado y a toda prisa en un taxi en cuanto ha visto por el rabillo del ojo a unas locas corriendo hacia él, llamándolo a voces y enarbolando los móviles. Cuando consigo que dejen de decirle adiós como si estuvieran viendo zarpar el Titanic, entramos en el vestíbulo. Menos mal que aún no me he colgado la placa y paso desapercibida entre los periodistas. Busco en el directorio el número de la sala e intento convencerlas de que me esperen en la cafetería. Se niegan. Según avanzamos por el pasillo, vemos venir hacia nosotras a Cristiano Bélmez y a Macarena Pelayo.

—Mira, mira, el del concurso de las palabras y su mujer —me dice Marga dándome codazos en un costado sin ningún disimulo.

Cuando apenas quedan un par de metros para que nos crucemos con ellos, mis amigas los miran de arriba abajo con descaro y hablan como si no estuvieran delante.

—¡Uy! ¡Pero si en persona es mucho más alto! ¡Y qué ojazos tan azules! —exclama Verónica.

—¿Y qué me decís del tipito de ella? —comenta Rosa—. Lo que hace el deporte. Porque esta chica fue a las Olimpiadas, ¿no? Nadaba o corría... No me acuerdo.

—Gimnasia rítmica, señora —le aclara la mujer tímidamente y sin la menor malicia. Como era de esperar, las han oído—. Competí en cuatro Olimpiadas con la selección nacional —añade.

—¡Es verdad! ¡Qué cabeza tengo! ¡Gimnasia rítmica! —reacciona Rosa plantándole un par de besos en ambas mejillas que la gimnasta recibe con una sonrisa resignada—. Parece que te estoy viendo. Ibais monísimas —¡Qué se va a acordar esta! Para nada, pero ha quedado la mar de bien.

Mientras ellas lían a la pareja para hacerse una foto, yo pienso en la paciencia que tiene que tener esta gente para aguantar a sabe Dios cuántas pesadas como nosotras. Yo me retiro un poco a pesar de la insistencia de Verónica para que pose con ellos. Al final, para que los dejen en paz, sonrío mirando al móvil con cara de tonta. En ese momento me acuerdo de mi madre. No porque con la edad salga tan mal en las fotos como ella, que también, sino porque le gusta todo lo que hace este chico en la tele. Y lo que escribe. De hecho, me pidió que le regalara una novela suya por su cumpleaños. Si llego a saber que está aquí, la habría traído para que se la dedicara.

La pareja consigue marcharse por fin y nosotras llegamos a la sala 13. Cuando vamos a entrar nos damos de bruces con Román Garcés. ¡Lo que me faltaba!, suspiro. Qué ganas tengo de hacer mi trabajo y salir corriendo de aquí. Sin embargo, ellas están como niñas en *famosolandia*.

—Perdonen —se disculpa, y se retira para facilitarnos el acceso—. Pasen, pasen.

—Usted es Román Garcés, el de las campanadas, ¿verdad? —le pregunta Marga sin darse cuenta de que le está bloqueando el paso al presentador y a otros dos hombres que intentan entrar y a los que recuerdo haber visto en casa de la Pavones.

Román se aparta para dejarlos pasar.

—Sí, señora. El mismo —contesta intentando no parecer brusco mientras esquivo el bloqueo.

—Que sepa que es usted mucho más alto y más guapo en persona que en la tele.

—Pues muchas gracias, señora. Eso es que usted me mira con buenos ojos.

Le ha hecho gracia el descaro de Marga. Las otras dos se han colocado de forma que no pueda escapar.

—¿Dónde ha dejado a su compañera, esa que sale tan guapa siempre? ¿No han venido juntos?
—pregunta Rosa, que es de las que cree que las parejas televisivas también son pareja en la vida real.

* * *

Rosa es un alma cándida. Una de esas personas a las que, de puro inocentes, les suelen tomar el pelo. Ha sido así desde niña. Para ella, todo el mundo es bueno, incluso aunque se demuestre lo contrario. Se casó con Mateo en cuanto él se colocó como conductor de camión en una empresa de mudanzas internacionales, los dos muy jóvenes y muy enamorados. Les iba bien y querían formar una familia numerosa porque ambos eran hijos únicos. Tardaron muchos años en cumplir su sueño de ser padres. Tantos que Rosa se quedó embarazada cerca de los cuarenta. Cuando nació Paula, Rosa sufrió un ataque de eclampsia imprevisto que casi acaba con la vida de madre e hija. Dos años después, el tráiler que conducía Mateo se estrelló una noche en el puerto de Pajares. Rosa no soltó ni una lágrima. Se vistió de negro y se encerró en casa durante dos años; pensábamos que la perdíamos. La visitábamos a diario, intentábamos que saliera para que le diera un poco el aire y el sol, le propusimos irnos de viaje. Hicimos lo imposible para convencerla de que se pusiera en manos de mi terapeuta, que es una maravilla... Todo fue inútil. Estaba muerta por dentro. Un día, Rosa dejó a la niña con una vecina y salió de casa con la idea de subirse al coche y conducir hasta encontrar un barranco por el que despeñarse. Cuando la vecina fue a cambiarle el pañal a la niña, encontró una nota en la que Rosa le pedía perdón a su hija por dejarla sola. No sé cómo esa mujer consiguió mi número, pero dio conmigo. Monté un dispositivo antisuicidio en tiempo récord. Afortunadamente, conseguimos localizar el coche de Rosa aparcado en la puerta de la parroquia de Nuestra Señora de La Moraleja, en Alcobendas. Cuando llegué, estaba sentada en uno de los últimos bancos. Junto a ella, rezaba un sacerdote joven, sudamericano. Nunca llegamos a saber qué pasó allí, pero Rosa salió transformada. Se quitó el luto y empezó a alternar con nosotras y a ir a misa cada domingo y fiesta de guardar. Hace años de ese episodio oscuro del que ninguna hemos vuelto a hablar. Yo volví a la parroquia a hablar con el cura. Quería darle las gracias por devolvernos a nuestra Rosa. Se llamaba padre Jorge. Argentino, «como el papa Francisco», me dijo. Un buen tipo y un excelente conversador, de mente bastante abierta para ser un sacerdote católico. Unos minutos más con él y habría conseguido convertirme a mí también.

* * *

—Supongo que Nekane estará en su casa con su familia —contesta Román Garcés divertido por la

ocurrencia de Rosa—. Y ahora, si me perdonan, me tengo que ir, que la mía también me espera.

El presentador nos planta un par de besos a cada una. Ellas, no contentas con la despedida tan cariñosa, le piden un selfi que el pobre acepta con una paciencia de santo.

—Venga, ya. Dejad que se vaya —les pido abriéndole paso al presentador para que escape—. Que nos van a dar las uvas.

—No sin mi capa —bromea Garcés mientras se aleja entre nuestras inoportunas carcajadas dado el ambiente de dolor que se respira.

Por fin conseguimos entrar en la sala. Es bastante amplia y está llena de familiares y famosos que no paran de curiosear y cuchichear unos de otros, en círculos cerrados y sin mezclarse.

A la izquierda, en un butacón, localizo a la madre de las Pavones. Se nota que está agotada. Ya ni siquiera dice «¿Qué le han hecho a mi Mariluz?». Le han tenido que meter un chute de algo, porque permanece callada y mirando al vacío.

Al fondo, la cámara frigorífica donde yace la actriz. El espacio ha sido cuidadosamente diseñado para que el cadáver solo pueda verse al traspasar un pequeño murete. Socorro está llorando con la cabeza apoyada en el cristal. A su lado, Virtudes Milán la consuela pasándole el brazo sobre los hombros.

—¡La Milán! ¡Mirad a la Milán! —Verónica intenta susurrar, pero la oye media sala—. ¡Lo que me gusta...! Es una tía de rompe y rasga, ¿eh?

—Bueno, y nosotras también —protesta Marga.

—Es verdad, pero ella sale en la tele y nosotras no —zanja Verónica entusiasmada. De entre todas las famosas, Milán es la número uno en su particular *top ten*.

Están dispuestas a pedirle una foto, pero consigo convencerlas para que me esperen en la cafetería. A regañadientes, se van. Me cuelgo la placa y espero a que Socorro pueda atenderme. Viendo a Virtudes de cerca, reconozco que es una mujer de las que a mí me gustan: con las ideas claras y un par de narices. Recuerdo haberla visto una vez presentando *Gran cuñado* con un canasto de frutas en la cabeza o algo así. Se lo pasa todo por el forro. Como nosotras. Si no fuera por la placa, la saludaría.

En cuanto se va la periodista, Socorro se acerca a mí.

—No sabe cuánto le agradezco que se hayan dado prisa en entregarnos a mi hermana —me dice a modo de saludo mientras nos damos un apretón de manos.

—Agradézcaselo a Telemedia y a mi comisario, que son quienes han agilizado los trámites.

—¿Quiere verla? —me ofrece señalando hacia la cámara—. La han dejado tan guapa...

Declino la oferta. Ya he visto el cadáver en todas sus versiones, pienso. No me apetece lo más mínimo verla también metida en su ataúd.

—Mañana nos la llevamos a Orgaz para enterrarla allí junto a nuestro padre.

Me arrepiento de haber venido. No sé en qué estaría pensando. Ahora no hay nada más urgente que dejar que esta familia viva su duelo en paz.

—Solo he venido a... saludarla y a decirle que estamos haciendo todo lo posible para resolver

el caso de su hermana cuanto antes.

—Lo sé y le doy las gracias de nuevo en nombre de toda la familia. Ahora lo que necesitamos es alejarnos un poco de todo esto y pasar unos días todos juntos en el pueblo. Por mi madre...

Nos colocamos a un lado del pasillo. La gente que se dirige a otras salas se queda mirando a Socorro. Unos, sorprendidos porque no saben que la actriz fallecida tenía una hermana que es una réplica. Otros, porque lo saben y la reconocen. Algunos incluso se atreven a acercarse a darle el pésame.

—Ya se ha enterado todo el mundo —se justifica por tanta interrupción—. Mi hermana era una persona muy querida por el público.

—Desde luego que lo era —afirmo guardando con disimulo el bloc de notas.

Socorro se da cuenta de la jugada.

—Inspectora, si necesita preguntarme algo, sigo a su disposición.

—Pues el caso es que... sí. —Me ha pillado.

—Usted dirá.

—Verá... —Saco de nuevo el bloc—. Me han informado de que su hermana tenía una relación con un hombre, alguien muy importante. ¿Me lo puede confirmar?

—Eso se rumorea, pero yo no... no sé nada de eso. Lo que sí puedo decirle es que, últimamente, Luz estaba rara. Tenía unos cambios de humor tremendos —me cuenta—. Tan pronto estaba como unas castañuelas como de un humor de perros. A veces no salía de casa más que para ir a trabajar y otras se largaba sin decir a dónde iba ni con quién. A mí me daba la impresión de que había momentos en los que era inmensamente feliz y otros en los que se sentía muy desgraciada.

—¿A qué hora solía marcharse?

—Sobre las doce del mediodía. Tenga en cuenta que a las tres tenía que estar en la tele para maquillaje, peluquería... Todo el lío para hacer el programa. Y luego, salir corriendo al teatro.

—¿Usted le preguntó alguna vez si salía con alguien?

—¡Desde luego! Y me dijo que me metiera en mis asuntos.

—¿Por qué no me contó todo esto en mi visita anterior?

—Porque no me lo preguntó. Además —me dice un poco molesta—, ¿qué iba a contarle? Ya le dije que Luz saltaba de flor en flor y, aparte de la lealtad que le debía como hermana, mi trabajo consistía en ver, oír y callar.

—Está muy bien que sea tan discreta, pero Luz ha muerto y debe contarme todo lo que sepa para que podamos descubrir quién la mató. Por tanto, ¿la oyó hablar por teléfono con alguien? —Socorro sigue a la defensiva—. ¿Le mandaban flores o algún regalo?

—Recibía flores a menudo. En cuanto a hablar por teléfono, no me entretenía escuchando sus conversaciones. —El tono de Socorro ha sonado demasiado áspero; se da cuenta y se contiene—. De verdad que no puedo ayudarla. Si había alguien especial, mi hermana lo llevaba muy en secreto.

—De existir ese hombre, ¿se le ocurre algún motivo para que encargase a alguien que la...? — Me arrepiento de la pregunta. Sicario y hombre poderoso es una mala combinación. No quiero meter en la cabeza de Socorro una preocupación innecesaria. Pero ya es tarde.

—¡No me diga usted eso! —Le entra un escalofrío—. ¡Madre mía! Sería terrible. Imagínese... Se echaría tierra encima al asunto y nunca se haría justicia con mi hermana.

—Eso no es así. En España la justicia es igual para todos. —Según lo digo, me suena a eslogan.

—Usted sabe que no.

Socorro se restriega los ojos para evitar ponerse a llorar.

—Bueno, no se preocupe. Es solo una hipótesis —le digo intentando salir del jardín en el que me he metido. Cambio de tema—. Cuando estuve en su casa, vi que tenían colgado un cuadro del pintor Antón Bolón.

—Ah, sí... Bolón... —Pone gesto de disgusto.

—¿Pasó algo que yo debería saber?

—Cuando le llevó el cuadro a casa, mi hermana se puso hecha una fiera con él. No le gustó nada.

—Pero cuando se lo encargó conocía su estilo, ¿verdad? —pregunto recordando lo espantoso que es.

—Sí, pero esperaba otra cosa. No sé... Le desagradó que la retratara tan mal. De todas formas, el hecho de que sus otras clientas fueran *celebrities* le bastó para encargárselo. Mi hermana compraba por impulsos.

—Aun así, ¿nadie lo supervisó mientras lo pintaba?

—Recuerdo que una vez le pidió echarle un vistazo, pero ese hombre no permite que nadie vea sus obras hasta que no están acabadas. Le dimos una foto de Luz y ya no volvimos a saber de él hasta el día de la entrega.

—Para no gustarle, lo colgó bien visible —comento.

—Ya le digo que fue por lo considerado que está entre las *celebrities*. La pobre era así de presuntuosa o de ignorante. A mí, si le soy sincera, siempre me ha parecido horroroso. Claro que yo de arte no entiendo.

—Por curiosidad, ¿cuánto les cobró por el retrato? —Anoto lo que me acaba de contar.

—Esa es otra. ¡Sesenta mil euros, nada menos! Yo estaba dispuesta a pagárselos, claro, al fin y al cabo, mi hermana no le pidió presupuesto cuando se lo encargó, pero ella me ordenó que le extendiera un cheque por quinientos euros.

—Así que le pagó lo que le pareció bien a ella —reflexiono en voz alta—. ¿Cómo reaccionó Bolón? —pregunto impactada por el morro que le echó el artista pidiendo una suma astronómica y la difunta por tasarlo como le vino en gana.

—Se puso como loco. Y la Fullnes, peor. Los dos gritaban como fieras en medio del salón. En ese momento llegó Fidel y los puso de patitas en la calle con cajas destempladas. A partir de ahí,

empezó la guerra. Mi hermana se dedicó a hacerle faenas a Andrea en escena. Todas las que pudo y más —añade—. Yo creo que con un poquito de razón en este caso.

Empiezo a entender por qué el matrimonio estaba tan tenso cuando Belmonte y yo fuimos a su casa.

—Un detalle más que tal vez usted pueda aclararme. ¿Se le ocurre cómo acabó el teléfono móvil de su hermana en la papelería del semáforo que hay fuera del teatro?

—¿Cómo que en la papelería? —A Socorro se le descomponen el gesto.

—Sí, suena raro, pero alguien lo encontró ahí.

—Eso es que se lo robaron —afirma, aunque tengo la sensación de que no está muy convencida.

—No, en ese caso no se desharían de él —insisto—. Y la persona que lo tenía nos aseguró que lo cogió de la papelería.

—Pues no sé qué haría allí, pero ahora entiendo por qué mi hermana no me llamó después de la función. Había perdido el móvil —dice confundida. Hasta se pone colorada.

—¿Y si lo tiró ella? —sugiero.

—¿Por qué? Luz era muy de arrebatos, pero hasta el punto de tirar el móvil, que era su vida, no. Se lo aseguro. Además, ¿cuándo lo tiró? ¿Antes de entrar en el teatro?

—No sé. Dígamelo usted.

—Yo no lo sé, llegamos por separado —contesta.

—¿No iban siempre juntas? —pregunto extrañada.

—Sí, pero ese día se empeñó en ir sola a la tele. Después, al teatro, la acompañó Marisa. Yo fui un poco más tarde. ¡Qué lástima! Justo en su última función —Socorro reprime un sollozo.

—Marisa es la maquilladora de Telemedia, ¿verdad? —le digo buscando en mis notas para recordarme a mí misma quién es quién en este lío.

—Sí, sí. —Se le han humedecido los ojos—. A lo mejor ella sabe algo. —Socorro habla, pero su cara delata que su cabeza está intentando entender algo que le parece incomprensible.

Le agradezco el tiempo que me ha dedicado y le reitero mis condolencias. También le prometo intentar no molestarla durante los días de descanso en el pueblo.

Una vez fuera, aliviada por salir de allí de una vez por todas, descubro que mis tres amigas están, como habían amenazado, revoloteando detrás de los famosos para salir en la tele como moscas de fondo. De pronto, noto que alguien me da un par de golpecitos suaves en el brazo.

—Buenos días, inspectora jefa Vergara —me saluda María Otero muy sonriente, aunque con ojeras de poco dormir.

—¡María Otero! Tengo una curiosidad. ¿Cómo hacen ustedes para estar en todas partes incluso antes que la poli?

La joven se ríe.

—Es que nos teletransportamos.

Me cae bien esta chica, pienso. En el momento en que tenga algo que se pueda publicar, se lo

contaré a ella antes que al idiota de Navas.

—María, siento decirle que no hay novedades. Al menos, de momento.

—No se preocupe. En realidad, soy yo quien quiere contarle algo. Seguro que no tiene ninguna relación con todo esto, pero... —María se aparta del grupo de periodistas. Su operador de cámara me saluda con un movimiento de cabeza y una leve sonrisa. ¡Vaya!, parece que ya no le caigo tan mal al chico.

—Cuénteme —contesto mientras la sigo.

—Es sobre Fidel Pavones. No sé si sabrá que es guionista en Telemedia. —Yo asiento y ella toma aire—. Se lo diré sin rodeos: es un capullo. Y perdone que hable así.

—¿Un capullo? —Me sorprende el cambio de expresión en la cara y el tono de voz de María, que han pasado de ser joviales a severos.

—Un capullo que agredió a una compañera en la redacción —me explica—. Le tiró el teléfono móvil a la cabeza. Ella me contó que, si no se llega a apartar, le habría roto la nariz.

—¿Nadie le paró los pies?

—En ese momento estaban solos. Es un cobarde, ¿sabe?

—¿Por qué reaccionó así? —le pregunto anotando lo que me cuenta.

—Simplemente porque es un tío violento —me contesta. Me acuerdo de mi hijo y me sube un regusto amargo a la boca—. Lo único que hizo esa chica —continúa María— fue llevarle la contraria en una tontería de trabajo, pero como es un misógino y un pirado, no soporta que una mujer se le enfrente.

—¿Sabe si ha agredido a alguien más?

—Sí. A mí. Antes de pedir que me trasladaran a informativos, estuve un tiempo trabajando como redactora en el programa de su madre.

Me quedo callada mirando a María. Tan menuda, tan frágil... Pienso en Fidel, un tipo fuerte, con mucha más envergadura que su compañera. ¡Qué mierda seca de tío!

—¿Qué te hizo, María? —Abandono las formalidades para que ella se sienta más cómoda.

—Fidel y yo compartíamos una mesa, trabajábamos uno al lado del otro. Nunca habíamos tenido ningún problema. De hecho, yo creía que le caía bien. Un día me pasó el guion de un corto que había escrito para que lo leyera y le diera mi opinión. Iba sobre un tío que odiaba a su novia porque cuando quería... follar, se lo digo como venía en el guion, ella siempre estaba con la regla. Así que cambiaba de novia con frecuencia, pero todas tenían una regla eterna. Era una mierda, parecía que lo hubiera escrito un loco. Lo dejé sobre su mesa y no le dije nada. ¿Qué iba a decirle? ¿Que el protagonista me parecía un psicópata y el guion una paja mental? Al final me preguntó y no tuve más remedio que decirle, con palabras más suaves, lo que me parecía. A partir de ahí, empezó a marcar su territorio con una especie de ritual. Nada más llegar, abría la cartera, sacaba el portátil y colocaba varios rotuladores fosforitos a su derecha, en fila, como formando una valla. Un límite entre su puesto de trabajo y el mío. Creo que estaba cabreado porque el protagonista del corto, en realidad, era él. Un día llegué, lo saludé como siempre y cometí el error

involuntario de dejar que mi bolsa cayera sobre sus rotuladores. De repente, me rodeó el cuello con el brazo derecho, me obligó a agacharme y me apretó muy fuerte la mejilla contra su puño izquierdo mientras me advertía que no volviera a invadir su espacio.

—Y tú ¿qué hiciste? ¿Pediste ayuda?

—No había nadie en la redacción. Solo estábamos nosotros. Eran las nueve y pico de la mañana y la gente no solía llegar hasta las diez. Ni siquiera estaba la señora de la limpieza. Además, me estaba haciendo daño y tenía miedo, así que solo le pedí que me soltara, procurando sonar lo más tranquila posible. —María tiene los ojos brillantes y yo siento que se me acelera el corazón y que me entran ganas de volver a la sala 13 a meterle una patada en los cojones a ese cabrón.

—¿Te soltó? —pregunto intentando que no se note mi rabia.

—Sí, pero ya no me atreví a mirarlo de frente. Aun así vi que tenía la cara roja de ira y los nudillos blancos de apretar los puños. Me fui por si me metía una paliza.

—¡Menudo hijo de la gran puta! —exclamo en voz alta, para arrepentirme un segundo después por no mantener la compostura—. Aunque su madre no tenga la culpa —añado—. ¿Lo denunciaste?

—¿Para qué? Era la palabra de una simple becaria contra la del hijo de la estrella de la cadena. Además, es tan cabrón que, cuando hay gente delante, finge ser el mayor defensor de las mujeres. Nadie puede ni sospechar que es una mala bestia.

—Pero también está el testimonio de la otra chica.

—A ella le salió un trabajo en otra cadena y decidió pasar página.

En el camino de regreso a Madrid estoy de muy mala leche. Mis amigas repasan su colección de selfis entre carcajadas y comentarios jocosos, pero mi cabeza está en la redacción de un programa donde una chavalita aprendió de golpe que algunos hombres nos odian por el simple hecho de ser mujeres. Me juro a mí misma que me voy a encargar de que ese tío no vuelva a agredir a ninguna otra en toda su reputa y miserable vida.

LAS AMISTADES DE CONVENIENCIA

El tiempo que transcurre entre un acto delictivo y su resolución es caprichoso. A veces la casualidad y la suerte se ponen de nuestra parte y conseguimos desliar la madeja a un ritmo casi tan trepidante como el de las películas. Otras, la mayoría, la investigación va lenta hasta que llega un momento en que se estanca. Ese parón suele producirse, bien porque no localizamos a los sospechosos para interrogarlos, bien porque aparecen nuevos indicios que abren otras líneas de investigación, bien porque estamos a la espera de los resultados del laboratorio y de los informes de patología y toxicología. Luz Pavones lleva diez días enterrada y la investigación está tan muerta como ella. Nos encontramos en un callejón sin salida. Esperando...

Sin embargo, esta mañana, mientras intentaba escribir el primer capítulo de mi novela, un horror que seguramente borraré en cuanto vuelva a casa, me ha llamado Verónica para darme un nombre que está saltando de boca en boca en los círculos televisivos y al que le atribuyen el asesinato: Teo López Pollo, la representante de la víctima. La verdad es que, aunque la pobre me lo ha dicho con la intención de ayudarme, yo no le he hecho ni caso. Nunca me dejo guiar por los rumores. Pero, al llegar a comisaría, el azar me ha llevado de la mano hasta esa mujer.

Después de sacar un café de la máquina, Belmonte, Valdés, Morales y yo nos hemos instalado en la sala de reuniones con un objetivo: analizar el teléfono de Luz Pavones. Los compañeros de la Judicial llevan varios días tratando en vano de desbloquearlo para que Valdés lo pueda estudiar a fondo. Pero la víctima, como medida de seguridad, lo tenía configurado para que se activara solo con su huella dactilar y no hay manera de acceder a su contenido. Debido a la presión mediática que desde el primer día nos ha obligado a trabajar a contrarreloj, ninguno caímos en la cuenta de acercarnos al Anatómico Forense cuando aún estaba allí su cuerpo para intentar desbloquearlo con su propio dedo. Tampoco a mí se me ocurrió solventarlo en el tanatorio. Bastante tuve con lograr que los famosos no solicitaran a un juez una orden de alejamiento contra mis amigas. Debieron de acabar hasta el moño de todas nosotras.

Cuando empezábamos a perder la esperanza de analizar el dispositivo en un plazo de tiempo razonablemente corto, Valdés y Morales tuvieron una idea genial: utilizar la huella digitalizada del DNI de la víctima. Pensaron que, si la imprimían en alta resolución con una impresora 3D, conseguirían una especie de facsímil del dedo índice original. El reto consistía en encontrar un

material lo suficientemente maleable pero a la vez turgente como para que los surcos de las huellas tuvieran la profundidad exacta y la curvatura precisa para que el dispositivo lo reconociera. Su propuesta me sonó a ciencia ficción, pero soy de esa generación cuyo lema es «la imaginación al poder», por eso creo firmemente en que a veces lo impensable puede lograr lo imposible. Les di carta blanca para intentarlo bajo la supervisión de Belmonte, y esta mañana, por fin, mi equipo ha puesto sobre la mesa de la sala de reuniones una réplica del dedo índice de la mano derecha de Luz impreso en látex. El presupuesto de la brigada se ha llevado un pequeño mordisco. Espero que merezca la pena.

—¡Aquí está! Ahora solo falta que funcione —dice Valdés.

—Va a funcionar. Seguro —opina Belmonte poniéndole ojitos.

En un arrebato cinéfilo, cojo el dedo de látex y señalo primero al techo y luego al teléfono.

—Mi caaasa. Telééefono —digo con voz cavernosa.

Belmonte se ríe. Lo ha pillado. Los otros dos me miran como si me hubiera dado un ictus.

—*ET* —aclaro esperando que me rían la gracia—. Steven Spielberg... Da igual.

—¡Ah, la peli! —Valdés acaba de caer.

¡Madre mía, qué mayor soy yo o qué jóvenes son ellos!, pienso mientras dejo de nuevo el dedo sobre la mesa.

—Menos mal que hoy libra el Gordo —se ríe Morales—; si no, menudo cachondeo íbamos a tener con el dedo.

—¿Quién quiere hacer los honores? —los animo a probar, alegrándome de no tener que aguantar los chistes gruesos de Sanz.

—Señorita... —Belmonte ofrece el dedo a Valdés con una leve reverencia, como si le entregara una joya.

—Señora, mejor —le contesta sin acritud y con una sonrisa—. Lo de señorita es un micromachismo para distinguir qué mujeres *están en el mercado* y cuáles no, porque el rango superior de señora solo se consigue mediante el matrimonio. Con un hombre, por supuesto.

—¡Joder, Valdés! ¡Qué reivindicativa eres siempre! —protesta Morales viendo que el inspector se ha quedado cortado—. Belmonte te lo ha dicho porque hay muchas mujeres que se mosquean si las llamas señoras porque creen que las estás llamando viejas.

—Yo no. Y estoy absolutamente de acuerdo con ella —digo para apoyarla.

—Allá ellas si no se enteran de qué va el tema —contesta la subinspectora a Morales—. A ti, Morales, ¿te han llamado alguna vez señorito? Porque eres muy joven...

—A mí no —responde el aludido.

—Pues ya está —insiste Valdés, que es muy terca. Y hace bien—. Pero gracias, Belmonte. —Le sonrío y el otro hace verdaderos esfuerzos para que no le notemos que se le está haciendo el culo gaseosa—. Sé que no me lo has dicho en ese plan.

—Menos mal. Uno ya no se atreve ni a abriros la puerta para dejaros pasar —dice Belmonte algo contrariado.

—A ver..., que eso es buena educación. No mezclemos churras con merinas, que salen *chuminas*. —Valdés no se calla ni debajo del agua. Pero de nuevo le ha lanzado una sonrisa que ha dejado al otro tiritando.

¡Uy, estos dos!, pienso. La tensión sexual se corta con cuchillo.

—¿Nos dejamos de charletas y vamos al lío o qué? —digo.

Aunque parezca una tontería, los cuatro estamos expectantes e ilusionados como un niño a punto de abrir su regalo de cumpleaños. Valdés se lo toma con calma, coloca el dedo en el lector de huellas y...

—*Voilà!* —exclama muy teatrera al ver que el terminal se desbloquea.

Los cuatro lo celebramos.

Echamos un vistazo a los wasaps en busca de alguna conversación sospechosa. Nada. Miramos los correos. Tampoco. Consultamos el registro de llamadas: las recibidas y las enviadas. Muchas son de Socorro, concretamente hay una llamada perdida de la noche del asesinato de unos minutos antes de encontrar a su hermana muerta. También hay llamadas de Fidel y de la madre. Y otras de las que tendremos que averiguar a quién corresponden los números. En principio, no hay nada que nos llame especialmente la atención. Ninguno de los números parece pertenecer a Mr. Big.

—Morales, mira en la carpeta de audios. A ver si tiene algo —sugiero.

En los dos primeros archivos escuchamos la voz de Luz diciendo lo que para mis compañeros resultan incoherencias.

—Son los diálogos de la obra de teatro —les aclaro—. Se conoce que se los grababa para memorizarlos. ¿Hay más?

—Sí —dice Morales—. Aquí hay otro.

Según toca el icono de «Play», oímos la voz de una mujer. Da la sensación de que la víctima decidió grabar la conversación ya empezada y sin conocimiento de su interlocutora.

—«Perdona, pero o tú no te expresas correctamente o yo no soy capaz de entender lo que estás intentando decirme». —El tono de la voz anónima oscila entre el sarcasmo y la chulería.

—«Yo me expreso perfectamente. Será que no puedes, o no quieres, entenderme —contesta Luz también con actitud chulesca—. Pero te lo voy a repetir, y esta vez muy despacito para que no te quede la menor duda: que me des la carta de libertad, porque dejas de ser mi representante ¡desde ya!».

—Para eso, Morales. —El subinspector detiene la reproducción—. La otra se llama Teodosia López Pollo. Como habéis oído, es o, mejor dicho, era su representante. Si queréis verle el careto, tiene una página web. Sigue, por favor.

Morales pulsa otra vez el «Play» y el diálogo continúa:

—«Tú y yo tenemos un contrato firmado por dos años más —brama López Pollo—. ¿Quieres que te libere? ¡Perfecto! Me pagas medio millón de euros y me largo por esa puerta sin mirar atrás».

—«¡Medio millón, dice! Soco, ¿qué te parece? —Luz ríe con sorna ante el silencio de su

hermana—. ¡Por mi coño moreno que no me sangras ni un céntimo más!».

—«Pues por el mío que te demando por incumplimiento de contrato. Tú verás... Y encima te cierro las puertas de todas las televisiones de este país. ¡¿Qué?! ¿Cómo se te queda el cuerpo?».

—La representante eleva la voz.

—«¡Qué televisiones ni qué cojones! —Luz también grita—. ¡Si estás vetada en todas partes! Que nadie quiere trabajar con tus representados por no verte la jeta. A ver si te enteras».

Suena un golpe seco, como si López Pollo hubiera estrellado algo de cristal contra el suelo. ¿Un vaso? ¿Una copa? Se oye el grito asustado de una tercera mujer; sin duda, es Socorro.

—«Teo, te lo pido por favor, cálmate —interviene Socorro con voz temblorosa—. Calmaos las dos, ¿eh? Que hablando se entiende la gente».

—«Ni hablando ni hostias —la corta su hermana—. No quiero que me siga representando esta tía ¡y ya está!».

—«¡Mucho cuidado con faltarme al respeto, que «esta tía» tiene un nombre! ¡Que llamo a la tele, digo que soy Teo López Pollo y se me pone hasta el consejero delegado de Telemedia! —Teo está fuera de sí—. ¡Que no se te olvide! En este país y en este negocio, yo soy la número uno, ¿entendido? Cuando tú aún estabas envolviendo mazapanes en tu pueblo, yo llevaba años representando a los más grandes».

Luz se ríe con esa mala leche que saca de quicio al más templado.

—«¿Cuántos años hace de eso? Porque ahora nadie quiere que lo representes. Huyen de ti como de la peste porque te han *calao*, *bacalao*. Deja de hacer el ridículo y quita sus fotos de tu web, que muchos ya no están en tu agencia, ¡mamarracha!».

Suena una bofetada, una refriega. Socorro les pide a gritos que paren.

—Alguien acaba de darle un sopapo a alguien —observa Belmonte, que, como todos, está flipando.

—¡Chist! —No quiero perder detalle de la pelea de gatas.

—«¡Le vas a pegar a tu puta madre, machirulo!» —grita la Pavones con voz entrecortada, como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme.

Alguien cae al suelo.

—¡Menudo culebrón! —exclama Morales, a quien le está divirtiendo este drama mediático.

Se siguen oyendo los gritos de las tres mujeres.

—«¡Que te me quites de encima y me sueltes el pelo, pedazo de putaaa!» —aúlla López Pollo con voz dolorida.

—«¡Suéltala, Luz, por Dios! ¡Suéltala!» —grita Socorro.

—«¡Y una mierda! ¡A mí no me ha pegado ni mi padre! Mucho menos esta asquerosa. ¡Cabronaaa!».

—Luz jadea, obcecada en el ataque.

Más gritos de López Pollo, a la que Luz parece tener agarrada por los pelos.

—«¡Suéltala, Luz, joder! ¡Que la sueltes! ¡Me cago en todo lo que se menea!» —se desgañita Socorro.

Los cuatro polis nos miramos sin salir de nuestro asombro. Esperábamos encontrar de todo menos esto.

—Mirad la mosquita muerta cómo saca las garras cuando hace falta —comento.

—«¡O paráis o llamo a la policía! ¡¿Me habéis oído?! ¡Basta ya!».—La voz de Socorro logra imponerse, firme como jamás imaginé que pudiera sonar.

Las dos contrincantes cruzan otra ristra de insultos, a cual más ordinario. Suenan sofocadas. Deben de estar levantándose del suelo. Nos llama la atención una última frase de la representante que oímos con cierta dificultad porque se ha ido alejando del dispositivo.

—«Para que quede claro... —La voz de Teo destila odio y desprecio—. Has dicho que me echas porque me quedo con tu dinero, ¿es eso?».

—«Por fin lo has *pillao*» —responde la Pavones con sorna.

—«Pues no te lo consiento, Luz. No te estás enterando de qué va el rollo —dice en plan muy macarra—. Soy la persona más honrada de esta profesión y no voy a permitir que me hables y me trates así. No quiero cabrearme, pero te acabas de equivocar de cabo a rabo. Estoy muy jodida y muy dolida contigo...». —Teo suena cada vez más lejana.

—«Qué intensa se pone, la muy ridícula» —se oye decir a Luz en voz más baja, como si hablara consigo misma.

—«Y que sepas que algo se ha roto entre nosotras para siempre —continúa López Pollo amenazante—. Pero esto no va a quedar así. Habrá consecuencias, ¿me has oído?».

—«Sí. —Luz no se molesta en seguirla—. La primera es que me voy a ahorrar todo lo que me robas en comisiones por no hacer nada. Quien interesa a las cadenas soy yo, no tú, que eres más vaga que la chaqueta de un guardia. Y ten cuidado no te vaya a denunciar por agresión, y en mi propia casa».

—«¡Qué miedo! ¡Me voy a descojonar cuando no te llame ni Dios!».

—«¡¿Anda y vete a la miiiiieeeeeerdaaaaaa!!» —grita Luz.

Se oye un portazo.

—«La has liado pero bien —dice Socorro, cuya voz se oye como si estuviera acercándose a su hermana—. ¿Ahora quién te va a representar?».

—«Pues tú, ¿no te jode?» —remata Luz antes de cortar la grabación.

—¡La leche! ¡Vaya par de lobas! —Belmonte da un sorbo largo a su café—. Esto convierte a *la Pollo* en sospechosa.

Todos nos quedamos unos instantes en silencio mirando el corcho donde hemos construido, mediante fotos, póstsits, chinchetas e hilos de lana roja y negra, un diagrama del crimen. Los hilos rojos sirven para unir a aquellos que tienen algún tipo de relación entre sí. Los negros les asignan el móvil que los puede haber llevado a matarla. En la mayoría de los casos, el dinero. En el centro tenemos una fotografía de Luz Pavones. A su alrededor, sus presuntos asesinos, entre ellos su hijo, que ha subido posiciones al descubrirnos la joven periodista que es un tío violento.

—En cuanto vuelva del pueblo —les digo señalándolo—, quiero interrogar a ese cabrón.

—Déjame a mí, jefa —me pide Valdés, que le ha cogido tanta tirria como yo.

—No, prefiero hacerlo yo personalmente. Tú encárgate de... Por cierto, Belmonte, ¿qué pasa con las grabaciones de las cámaras de seguridad del metro y de Renfe? ¿Nos las mandan o no? Porque al matrimonio Fullnes-Bolón también lo tenemos en dique seco.

—Me tienen hasta los huevos. Entre que ha habido huelga y los cambios de turno, no saben si las han borrado. Ya sabes que no suelen guardarlas más de seis días —contesta Belmonte, que ya está harto de andar detrás de esos discos duros.

—Salvo que se las hayamos pedido nosotros antes. Más les vale que no lo hayan hecho. Les dices que o te las consiguen hoy o les metemos un puro por el culo que no van a parar de rascarse para sacárselo —contesto.

Belmonte asiente con resignación. Yo lo comprendo. Cuando estaba en su lugar, no había nada que me fastidiara más que me apretaran las tuercas con algo que estaba fuera de mis posibilidades.

—Mr. Big. ¿Qué sabemos de él, Morales? —pregunto mientras miro el folio en blanco con un signo de interrogación en color rojo que representa al sospechoso.

—Nada —me dice el subinspector—. Tengo una amiga periodista que trabaja en una revista de esas de cotilleo. Dice que ellos le hicieron un seguimiento durante un tiempo, pero al final lo dejaron. Sospechan que es un rollo que se sacó Telemedia de la manga para ganar audiencia. Yo personalmente creo que, si existe, alguien se habrá encargado ya de borrar su rastro. Pero mi amiga está empeñada en que es un bulo.

—Ojalá tenga razón tu amiga —digo esperanzada con que el caso no se complique más—. ¿Se sabe algo de Villafañe? —pregunto mirando ahora la foto del director.

—Es como si se lo hubiera tragado la tierra —asegura Belmonte.

—Eso o ha huido de España, lo que nos lleva a pensar que... —pienso en voz alta.

—Ya hemos hablado con la Guardia Civil. Si se ha largado, no lo ha hecho ni en avión, ni en barco, ni por carretera. Como no haya atravesado los Pirineos con una mochila al hombro... —especula el inspector en tono de broma.

—Llamé a Mendizábal para preguntarle por él —dice Morales mirando la foto del productor. Está tachada porque ha dejado de ser sospechoso al demostrar que la noche del asesinato estaba en compañía de una mujer, aunque no era la suya. Además, es uno de los más perjudicados económicamente con esta muerte—. Me contó que son amigos desde chavales, así que le conoce bien, y me aseguró que acabará apareciendo. También insistió en que pondría la mano en el fuego por Arnaldo Villafañe; dice que no mataría ni a una mosca.

—A una mosca no sé, pero a una actriz que se limpió el culo con su obra, como nos contó Juanita Fernández Romero, a lo mejor... Recordad dónde tenía metido el libreto —les digo—. Además, cuando le pregunté a Socorro por él me dio la sensación de que algo la inquietaba. Me refiero a que, por ejemplo, con Avelino no mostró la menor duda sobre su inocencia. —Miro la

foto de la gemela, que sigue como sospechosa. Lo mucho que Luz abusaba de ella nos parece motivo más que suficiente para matarla.

La foto de Juanita Fernández Romero tampoco está tachada aún, a pesar de que estaba en casa a la hora del crimen. Confirmado por sus tres hijos. A mí no me cabe duda de que no tuvo nada que ver con la muerte de Luz. No obstante, los restos de alimentos que encontró el forense en el estómago de la víctima eran de una empanada que ella llevó al teatro; nos lo confirmó la propia Juanita. Habrá que esperar a los resultados de toxicología. ¿Y si le puso veneno? Es una hipótesis que no podemos descartar, ya que también nos consta que la Pavones le hacía la vida imposible en escena. ¡Quién lo iba a decir! Ni mis amigas ni yo nos dimos cuenta. Parecía que las tres se llevaban de fábula y que incluso se lo estaban pasando bien.

En cuanto a Pepito Alhaja, también sigue en la lista de sospechosos. No sabemos por qué, pero se niega a decirnos dónde estaba esa noche a esa hora. Si no lo hemos detenido aún es por falta de pruebas que lo incriminen.

—Otra cosa, Morales. ¿Qué fecha tiene la grabación de la pelea? —pregunto.

—Es de... —Mira el móvil y luego cuenta los días mentalmente— de un par de semanas antes del asesinato —me confirma.

—Pues ya tenemos trabajo para hoy. Valdés, localiza a *la Pollo* y tráela para interrogarla. Si se niega, no pasa nada; que busque a un abogado que la acompañe. Belmonte, dale a Morales todo lo que tengas sobre el seguimiento de las grabaciones del metro y de Renfe y ve con Valdés —ordenó.

—Perfecto —dice el inspector encantado de librarse del marrón y, sobre todo, de acompañar a la subinspectora.

—Morales, quiero que te centres en las cámaras del metro de Tirso de Molina y Atocha. Y en las de Atocha y Alcalá de Henares de Renfe. No pierdas detalle en el intervalo de entre las diez y media de la noche y la una de la madrugada. A ver si situamos de una vez a la Fullnes.

—¡Hecho! —Morales es de buen conformar. Lo creo capaz de plantarse en la puerta del centro de control de cámaras y no moverse hasta que le entreguen el material.

—Yo voy a ver qué encuentro de *la Pollo*. Cualquier cosa que surja o que necesitéis, me llamáis —les digo mientras salgo camino de mi mesa.

Antes de ponerme manos a la obra, siento la necesidad de llamar a Verónica. Le debo, cuando menos, una disculpa. Tenía razón con lo de la representante.

Marco e inmediatamente salta la sintonía de la serie de dibujos animados *Heidi*. Cuelgo y me río. Mi amiga es tan naíf. La semana pasada tenía la sintonía de *Los pitufos*, y la anterior, a Chiquito de la Calzada diciendo «No puedorrr. Fistro de la praderarr».

Debe de estar ocupada, pienso, ya hablaremos. Me siento en mi puesto y abro en mi ordenador el programa Perpol, cuyas siglas significan «Personas de interés policial». Esto es algo que la gente no sabe, pero para que una persona esté en su base de datos basta con que la policía la haya multado en alguna manifestación o la haya detenido, aunque luego el asunto no acabara en los

tribunales. Basta con que esa persona haya sido acusada de algún delito, aunque no prosperara la instrucción, o que la hayan juzgado por lo que sea y después haya sido absuelta. En cualquiera de estos casos, la persona queda registrada en el Perpol y allí constan su DNI, domicilio, profesión, sexo y raza. En casos más extremos pueden aparecer también las costumbres sexuales, voz, fotografías e incluso una muestra de ADN. Todos estos datos se guardan a buen recaudo en algún punto de un municipio de la Comunidad de Madrid que no pienso revelar.

Escribo el nombre completo de la representante sin demasiadas esperanzas de encontrarla. Su posición, sus relaciones, el tipo de vida que, imagino, debe de llevar... Sería muy raro que apareciera relacionada con algún acto delictivo. Sin embargo, ¡bingo! Ahí está. Su nombre completo, DNI, domicilio, a qué se dedica... Miro la causa por la que está en el archivo: imputada por un delito de fraude contra la Seguridad Social a raíz de una denuncia de una de sus empleadas. Veo que todo quedó en una multa administrativa. Anoto el nombre de la empleada: Pilar de la Cal. Marco su número de teléfono y espero. Suenan varios tonos y salta el contestador.

—Buenos días. Soy la inspectora jefa Vergara, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Necesito hablar con usted urgentemente.

Tras facilitar mi número de contacto, cuelgo y accedo a la web de López Pollo. Hago una captura de pantalla e imprimo su foto para añadirla a nuestro corcho. Sí, a pesar de ser una cincuentona, me manejo a la perfección con la informática. Sé que soy una *rara avis*, porque mis amigas se arman unos líos de cuidado. Debo confesar que mi pericia se la debo a los compañeros de la BIT (Brigada de Investigación Tecnológica), que me han enseñado algunos trucos de supervivencia.

Una hora después, Pilar de la Cal se presenta en comisaría. Es una mujer algo mayor que yo y de buena presencia. Ha venido en cuanto ha oído mi mensaje. Le he ofrecido algo de beber, pero ha rechazado mi invitación. Yo, sin embargo, necesito meterme otra Coca-Cola Light en vena para que mi cerebro funcione a un ritmo normal.

—¿No la pone nerviosa la Coca-Cola? —me pregunta intentando sonar natural.

La gente de nuestra generación se pone nerviosa en presencia de la policía. Mis amigas dicen que les hacemos parecer culpables hasta de la muerte de Manolete. Es una chorrada, pero en algún rincón de la memoria de la gente aún permanece el miedo a los grises.

—Yo me tomo una y no pego ojo —prosigue—. Claro que tampoco los sofocos me dejan dormir.

La menopausia es un tema muy socorrido para entablar conversación con una desconocida, una complicidad biológica que nos acerca. Por lo general, las mujeres somos así, no tenemos pudor en compartir este tipo de cosas. En eso somos diametralmente opuestas a los hombres. Ellos no hablan, hacen. A veces pienso que es una cuestión educacional. A nosotras siempre se nos han pedido explicaciones por todo; a ellos, no. Hasta para lo más básico, como una visita al cuarto de baño. Ellos van, orinan y punto; nosotras se lo anunciamos al mundo: «voy a hacer pis», por si a alguien le cupiera alguna duda. Encima, según vamos cumpliendo años y pasando de los

convencionalismos, hablamos de todo y con todos sin excluir a los desconocidos, sean del sexo que sean e independientemente de las circunstancias en que nos encontremos. Pilar de la Cal está en una de esas situaciones. Así que ha buscado rápidamente un tema con el que empatizar. Y lo ha conseguido.

—Cierto. Yo también los sufro. Hay noches que no me dan tregua y no puedo dormir — contesto.

—¡Pues qué suerte tenemos! —Hasta aquí llega la conversación. Pilar está expectante por saber qué es eso tan urgente que la ha traído hasta mi comisaría.

—Vamos a ver... —le digo—. La he llamado porque usted trabajó para la señora López Pollo, ¿verdad?

Pilar da un respingo al oír el nombre.

—Efectivamente, durante cinco largos años. —Si la amargura sonara, tendría el tono de voz de Pilar en ese momento.

—Tengo entendido que usted la demandó por despido improcedente y que por eso se le descubrió un delito de fraude contra la Seguridad Social.

—Exactamente. Llegó un momento en que yo ya no aguantaba seguir trabajando para esa mujer, así que le dije que me iba, pero que me hiciera el favor de facilitarme las cosas para cobrar el paro...

—Pero eso es ilegal —la corto—. Quiero decir que la ley marca que solo tiene derecho a subsidio si la despiden, pero si se va...

Pilar se queda desconcertada unos instantes.

—Ya..., bueno, yo... —balbucea— ni lo pensé. Solo quería salir de allí, pero no podía hacerlo con una mano delante y otra detrás. Tengo a mi cargo a mi madre, que cobra una miseria de pensión.

Me acuerdo de la mía y pienso que no tengo por qué poner a esta mujer contra las cuerdas. Mi objetivo es recabar información sobre una sospechosa que es López Pollo, no ella.

—No se preocupe —la tranquilizo—. Solo era una observación. Siga, por favor.

—Bueno, pues... —Pilar intenta retomar el hilo—. Ah, sí. Ella me amenazó con demandarme por incumplimiento de contrato y después me echó a la calle sin contemplaciones. No sé qué tejemanejes hizo, pero no me dio ni la indemnización. Yo fui con mi contrato a la Seguridad Social y se descubrió que no había pagado por mí durante los cuatro últimos años. Y a todo esto, ¿sabe por qué me contrató? Porque se enteró de que le daban una subvención por ser yo mujer y mayor de cincuenta años. Esto se lo cuento para que se haga una idea de qué tipo de persona es. En resumen, que le hicieron una inspección y se acabó descubriendo que había estado trampeando conmigo y con otros empleados. Todos acabamos en la calle, pero a ella le metieron una buena multa.

¡Menuda sinvergüenza *la Pollo!*, pienso. Anda que no tendrá pasta suficiente como para portarse así de mal con su gente.

—Ha dicho que no aguantaba seguir trabajando para ella. ¿Por qué? —pregunto.

—Porque es una déspota y está mal de la cabeza. No lo digo yo sola, que lo pensamos todos los de la profesión. —Pilar está muy incómoda hablando de ella.

—¿Qué hacía usted en concreto? —me intereso.

—Me contrató como ayudante para ocuparme de los artistas, acompañarlos, revisar los contratos, cobrar sus trabajos... En fin, lo normal. Pero acabé haciéndole la compra y hasta sacando a pasear a su perro. Es una explotadora.

Esto me recuerda mi conversación con Socorro Pavones, quien también era la chica para todo de su hermana. ¡Qué curioso! Se repite el perfil. No sé si es que con la crisis muchos empleadores se han convertido en unos auténticos hijos de puta o si es que, como dice el refrán, Dios los cría y ellos se juntan.

—¿Trabajaba para ella cuando representaba a Luz Pavones?

—Sí, de hecho fui testigo de cómo se le metió en la cabeza convertirse en su representante. Luz acababa de salir de la casa de *Gran cuñado* y la cadena dio una fiesta por todo lo alto a la que me obligó a acompañarla, por cierto. Bueno, a lo que iba. Teo ya le había echado el ojo a Luz, o sea, que le gustaba. No sé si le he dicho que es lesbiana —me confiesa.

—No, pero ya había oído algo —contesto pensando que lo que haga la gente en su cama no es asunto mío.

—Pues estaba loca por ella. Quería representarla para estar cerca con la esperanza de que la otra le diera una oportunidad. Pero a Luz solo le gustaban los hombres, así que en ese sentido no tenía nada que hacer. Aun así, no se imagina el tiempo que estuvo detrás de ella agasajándola, prometiéndole que le conseguiría papeles en series, películas... Un futuro en plan Hollywood, más o menos. Tuvo paciencia para cultivar cierta amistad y consiguió que firmara un contrato de exclusividad. No se imagina lo que ha ganado gracias a Luz y a su *amistad*. Pero ya le digo que Teo solo es amiga de quien le conviene.

—¿Sabe que Pavones le pidió la carta de libertad? —le digo. Pilar se sorprende.

—¡Ah! Pues ni idea. Pero me alegro.

—Lo que pasa es que, por lo visto, Luz ha muerto antes de romper el contrato. ¿Ve a López Pollo capaz de matarla? —pregunto.

Pilar se queda callada pensando.

—Vaya usted a saber. Lo que sí le puedo asegurar es que Teo es una bocazas. Mala persona y bocazas. De las que te baila el agua y, en cuanto te das la vuelta, te pone como hoja de perejil. — Se nota que Pilar está muy resentida.

—¿Se comporta así con todo el mundo?

—No. Bueno... sí. Verá, para Teo hay dos tipos de personas: las top, con las que saca mucho dinero...

—Como Luz Pavones.

—Exacto. Aunque casi todos sus representados se le están yendo. Y se lo digo con

conocimiento de causa, porque a pesar de estar fuera del negocio, tengo amigos que me llaman para contarme que el karma se está cebando con ella pero bien. —No puede disimular su satisfacción.

—¿Y el otro tipo?

—Los mindundis. O sea, el resto del mundo, pero especialmente los que le cuestan dinero. Sus empleados, vamos. —¡Lo que está soltando esta mujer por su boca! —pienso—. Pero ¿sabe qué es lo peor de ella? —me pregunta, pero no me da tiempo a responder—. Que se le llena la boca diciendo lo buena persona y lo íntegra que es.

—Suele pasar. Dime de qué presumes...

—... y te diré de qué careces —remata—. Y la codicia. Vive por y para sacar tajada de todo.

—Hasta ahora parece que no le ha ido nada mal.

—No, porque se ha vendido incluso a nivel político. Cuando estaban los socialistas en el Gobierno, ella era la mayor defensora de Zapatero. Fíjese que cuando llegaba a la oficina, si es que venía, porque trabajar, trabajaba más bien poco, nos saludaba haciendo el gesto de la ceja. Ya sabe...

Pilar se pone el dedo índice doblado encima del ojo, una manera de representar la forma de las cejas, excesivamente arqueadas, del expresidente socialista.

—Pero cuando llegó el PP, solo le faltaba llevar un pin de la gaviota en la chaqueta. De vergüenza ajena, se lo aseguro —Pilar se está despachando a gusto.

—Me ha servido de mucha ayuda. —Me levanto y le tiendo la mano.

—¡Una cosa más! No sé cómo decirlo...

—Todo lo que diga aquí es confidencial —la tranquilizo.

—Lo sé. Es que es algo que no puedo demostrar, porque lo hace de una forma muy sutil.

—Dígalo, por favor —le insto.

—A mí, por la edad, nunca me ha pasado, pero a otras empleadas, chicas jóvenes y monas, no sé, las mira, las roza...

—¿Me está diciendo que las acosa sexualmente? —concreto.

—No es algo muy descarado, pero tiene un comportamiento... sucio. A lo mejor es una sensación —Pilar no se atreve a señalar esa conducta de manera tajante.

—Entiendo —le digo—. Tomo nota de sus... *sensaciones*. Puede que la llame para confirmar algún que otro detalle.

—¡Cómo no! A su disposición. —Me da la mano y se va.

Hago un par de llamadas a otros exempleados que me confirman lo que me acaba de contar Pilar. Uno de ellos es incluso más explícito y la define como «una manipuladora pervertida». Lo que se dice una joya.

Suena mi móvil. Es Verónica que me devuelve la llamada.

—Holaaa —saluda pizpireta. ¡Qué maravilla que siempre esté de buen humor!—. ¿Me has llamado?

—Te debo una disculpa. Cuando esta mañana me hablaste de la representante de Pavones, no me lo tomé en serio. Pero tenías razón en todo.

—¿Lo ves?! —grita muy contenta—. Si es que te lo digo siempre: los taxistas sabemos más lo que se cuece en la calle que la poli. Pero como te empeñas en no hacerme caso...

Verónica se ríe, como siempre que lleva razón, como una niña que se sale con la suya.

—Pero cuenta, cuenta, ¿qué ha pasado? —me tira de la lengua.

—Solo puedo decirte dos cosas. Que, en efecto, *la Pollo* estaba loca por la Pavones...

—¡Ole! —se jalea a sí misma.

—... Y que la Pavones se la quitó de en medio como representante.

—¡Ole y ole! —Vuelve a echarse flores.

—¿Qué es ese ruido como de pajaritos? —pregunto.

—¡Qué pajaritos ni pajaritos! Soy yo, que, a falta de medallas, me doy besitos. ¡Uy! De tanto ir al teatro, estoy empezando a hablar en verso.

Verónica se troncha y yo, solo de oírla, también.

—Pues eso, rica. Sigue atenta por si oyes algo más.

—¡A la orden, jefa! Y me debes una cañita.

Veo a Belmonte, que me hace gestos. Ya tienen a *la Pollo* en la sala de interrogatorios.

—Ahora bajo —le digo—. Vero, tengo que dejarte. Acaban de traerla para interrogarla.

—¡Qué emocionante! Ya me contarás, ¿eh? Por cierto, hace poco vi una serie en la que a un tipo le sacaban un diente con unos alicates para que confesara. Te lo digo por si te inspira. —Se ríe de sus propias gracias.

—Anda, anda. Hablamos, guapa. Un beso.

Cuelgo y me dirijo al sótano.

Me meto en la sala del otro lado del espejo. Veo que Valdés está sola con la sospechosa, que, lejos de sentirse incómoda, parece relajada. Se ha repantingado en la silla, con el brazo derecho echado hacia atrás y apoyado sobre el respaldo. Su actitud es de jefe de la mafia; oscila entre la mala educación y la falta de respeto a la autoridad. Encima, cuando Valdés le pregunta, no la mira a los ojos, sino a la altura del escote; concretamente a las tetas. La subinspectora, molesta, se abrocha otro botón de la blusa. En efecto, como intentaba decirme Pilar de la Cal, tiene esa mirada turbia de los hombres asquerosos. Nunca había conocido a ninguna mujer con una actitud tan degradante hacia otra. López Pollo se comporta como un macho acosador, pero sin pene.

* * *

Un sábado Marga nos reunió en su casa, un chalé precioso en San Agustín de Guadalix. Como sabe que estamos tan cansadas que a veces nos da pereza ir hasta allí, nos puso un cebo infalible: una barbacoa. Después de ponernos finas de colesterol a fuerza de pan de pueblo y unos cuantos botellines de cerveza, Marga, con voz muy seria, nos dijo que tenía algo muy importante que

comentarnos. Lo soltó de tal manera, con tal gravedad, que nos temimos lo peor: una enfermedad. Rosa se le abrazó al cuello y se puso a llorar inconsolable. Verónica no paraba de decir «¡Ay, Dios mío... Ay, Dios mío...!». Yo tiré por la calle de en medio y cogí un ansiolítico para ponérmelo debajo de la lengua. Marga nos calmó: estaba sana como una lechuga. La noticia era que se iba a separar de Julio, su marido. «¿Por qué?», dijimos las tres al unísono; creíamos que era un matrimonio feliz.

—Eso me llevo diciendo yo a mí misma desde que me casé —confesó—. La verdad es que lo tengo todo: tres hijos maravillosos, un marido más bueno que el pan, una casa estupenda, el negocio va viento en popa... Pero a mis cincuenta años me he dado cuenta de que nunca he sido feliz. Hace un par de meses, un sábado, los chicos salieron. Julio estaba tumbado en el sofá con la tele encendida y a todo volumen. Dormía con la boca abierta y la barriga cervecera al aire, subiendo y bajando al compás de sus ronquidos. Lo miré. Luego miré por la ventana y vi la sierra. Me imaginé que era un pájaro. Miré otra vez a Julio y no pude más. Apagué la tele y lo desperté. Le resumí mi infelicidad en dos palabras: soy lesbiana.

Las tres nos pusimos a aplaudir, a gritar como locas, a reír a carcajadas y la abrazamos. Porque estaba sana. Y porque había conseguido soltar lo que se le estaba pudriendo en el alma, seguramente, desde que nos conocimos de niñas. Marga lloraba y lloraba de felicidad.

—¿Por qué no nos lo has dicho antes, tonta del culo? —preguntó Verónica sin dejar de darle besos de metrallera.

—Porque no sabía si me ibais a aceptar como soy —respondió Marga sonándose los mocos.

—Vete a tomar por el culo. —Le di un abrazo tan fuerte que juraría que nuestros corazones se acoplaron para palpitar a la vez. Rosa se nos unió.

Acabamos las cuatro abrazadas, saltando y cantando a grito pelado esa canción tan famosa de Alaska que es un himno a la libertad. Un himno que defiende que cada cual haga y diga lo que quiera sin importar que la gente lo señale con el dedo.

* * *

La Pollo, con su sonrisa asquerosa, mira el culo de mi subinspectora, que se va de la sala por no darle un puñetazo en la cara. Se ha negado a contestar a sus preguntas y la ha tratado como si fuera solo una chica guapa y no una subinspectora del Cuerpo Nacional de Policía. Valdés entra en la sala en la que estoy yo y se coloca a mi lado para verla a través del espejo.

—Esta tía o está mal de la cabeza o es una gilipollas —refunfuña.

—*Fifty fifty* —afirmo—. Belmonte, entra tú, a ver si con un tío se le pasa el calentón. Pero con calma, ¿eh? —le advierto, aunque lo que de verdad me apetece es ir yo misma y meterle un par de sopapos.

—Con toda la calma del mundo —responde muy cabreado. Le ha sentado como un tiro cómo ha tratado a Valdés.

Lo vemos entrar en la sala de interrogatorios como un toro. *La Pollo* no se inmuta.

—Te lo voy a decir en pocas palabras —le espeta el inspector con muy mala leche y acercando su cara a la de ella—: ve recordando dónde estabas el viernes 16 de marzo entre las once de la noche y la una de la madrugada, porque te pueden caer de quince a veinticinco años por asesinato con alevosía y ensañamiento.

La representante percibe la agresividad del inspector y cambia su pose chulesca por otra más formal. Se sienta erguida y reposa las manos sobre la mesa. Aun así, no pierde el aplomo. Me fijo en que lleva el sello con sus iniciales: TLP. Y no sé por qué pienso que esta te mete un revés con esa mano y te deja marcada como a una res.

—Si me va a interrogar, quiero que esté presente mi abogado —dice.

—Si no vas a contestar, te mando a una celda para que lo esperes tranquilamente —le contesta Belmonte mientras se va hacia la puerta.

—En mi casa. Estaba en mi casa.

—¿Con alguien que lo pueda confirmar? —insiste el inspector regresando a la mesa y sentándose delante de ella.

—Sí, mi perro, es muy listo. —El sarcasmo de *la Pollo* está fuera de lugar.

—Muy bien. —Belmonte se levanta y se gira hacia el espejo para hablarnos—. Aquí no hay nada que rascar. Valdés, ven aquí.

La sospechosa parece desconcertada. Valdés entra y Belmonte le dice algo al oído. A un gesto de él, la subinspectora se coloca detrás de la representante, la levanta, la inclina sobre la mesa, le pone los brazos por detrás y le coloca las esposas.

—Estás detenida por el asesinato de Luz Pavones —le informa—. Tienes derecho a una llamada, a no declarar, a recibir asistencia letrada...

Yo, al otro lado, asisto atenta a la detención. Se abre la puerta de mi sala y entra Morales.

—Jefa. ¡Tengo las grabaciones! —Me muestra un *pendrive* con actitud triunfal—. Las he mirado mil veces y Andrea Fullnes no cogió ni el metro ni el cercanías aquella noche.

HIJOS DE LA IRA

El concurso *Mira qué te digo* —que intentaba a fuerza de premios millonarios destronar del liderazgo de las tardes a Óscar Andrés Blázquez y su programa de cotilleo en Telefive— se ha cancelado. El equipo contratado por Telemedia ex profeso para esa producción se ha quedado en la calle; incluido Fidel Pavones, un guionista mediocre al que jamás habrían contratado en ninguna cadena de no haber sido una de las condiciones que impuso su madre para firmar con ellos. Los trabajadores fijos del canal han sido reubicados en otros programas.

—Te parecerá increíble estar tan tranquila a estas horas —dice Chelo, jefa de maquillaje y caracterización de Telemedia.

—Ni te lo imaginas. Se me ha quitado una losa que me oprimía aquí en medio del pecho y no me dejaba ni respirar —contesta Marisa mientras se aprieta con el puño en el esternón—. Hasta el aire me parece más limpio.

—Es que lo que has pasado con esa mujer es para una serie de terror, vamos —la apoya Tere, otra de las maquilladoras.

Marisa está tomando café con sus compañeras junto a la máquina del pasillo por el que se accede a los platós. En el número 1 se está emitiendo el informativo del mediodía. Los otros cuatro permanecen cerrados hasta el inicio de los directos que completan la programación de Telemedia hasta la madrugada. Marisa no sabría decir si su recién estrenada paz interior se debe a esa calma chicha que se respira en el pasillo entre un programa y el siguiente o al alivio que siente tras la muerte de Luz. Aun así, se debate en un mar inestable de sentimientos enfrentados. Por un lado, es consciente de que debería estarle agradecida por haberse empeñado en que fuera su maquilladora personal; de lo contrario, la habrían despedido en el último ERE y ella necesita este trabajo para ayudar económicamente a su hermana —que acaba de separarse— y para seguir pagando una hipoteca a veinticinco años que le están pareciendo cincuenta. Sin embargo, en el polo opuesto de sus emociones, se alegra de que esa mujer haya desaparecido de su vida para siempre. Cuando regresa el rencor, incluso se alegra de que muriera como lo hizo: asesinada.

La noche en que Telemedia emitió *Pasión y muerte de Luz Pavones*, un programa homenaje en el que un grupo de contertulios especulaba sobre su ajetreada vida sentimental y sobre quién y cómo la habían matado, Marisa se lo tragó entero aderezado con cucharadas de helado de

chocolate. Saboreó cada pequeño detalle que los participantes exprimían hasta la saciedad. Le sorprendió la soltura con que se expresaba María Otero, una niña encantadora, alegre y muy trabajadora a la que no había vuelto a ver desde que un día se marchó del concurso sin despedirse. Ahora resulta que está en informativos y sabe más que nadie sobre el crimen. ¿De dónde saca esa cría tanta información?, se preguntaba mientras el helado derretido le chorreaba por las comisuras.

—Chicas, yo tengo que dejaros —dice Marisa a sus compañeras mientras tira el vasito de plástico a la papelera—. Fidel va a venir a recoger las cosas de su madre.

—¿Todavía no se sabe quién lo hizo? —pregunta Bea Yi Jie intentando disimular su odio infinito hacia todo lo que tenga que ver con Luz Pavones y, especialmente, con Fidel. Una animadversión que la corroe por dentro y que intenta sanar a diario.

—No. Socorro dice que hay varios sospechosos, pero nada concreto. O al menos eso es lo que le ha contado la policía —le contesta Marisa—. Dice que hay que dejarlos trabajar, pero que no cree que vayan a dar con el asesino así como así.

Bea Yi Jie es la maquilladora más joven. Una belleza de rasgos orientales que fue adoptada cuando era muy pequeña por una pareja española. El matrimonio Méndez Albor ya tenía cuatro hijos biológicos —todos varones—, pero querían una niña y la vida de la madre corría peligro con un nuevo embarazo. Así que decidieron poner sus esperanzas en China, conscientes de que los orfanatos estaban llenos de crías esperando a su familia, a la que merecían de verdad, con la que crecerían protegidas y llenas de amor y a la que acabarían pareciéndose en gestos y ademanes. Tras cuatro años de papeleos, entrevistas, evaluaciones y unos veinticinco mil euros, los seis Méndez Albor viajaron a China para recibir en sus brazos emocionados a la pequeña de la casa. El matrimonio bautizó a la niña nada más volver a España conservando su nombre original, Yi Jie, que significa «feliz y puro», pero anteponiendo el de la bisabuela Méndez: Beatriz. A pesar del recordatorio de su origen, ella es y se siente más española que la tortilla de patatas, pero como es de naturaleza dócil nunca les ha contado a sus padres lo que ha sufrido por aquella decisión. No obstante, un día de estos se armará de valor para ir al Registro Civil y borrará de su nombre todo rastro de un país donde vivió hacinada, como tantas otras niñas, en un orfanato. Su empeño en enterrar ese pasado es tan grande que se guía por tres reglas inquebrantables: jamás compra en tiendas de todo a cien, ni come en restaurantes orientales, ni permite que la confundan con un miembro de la comunidad china en España.

—Mi padre dice que el crimen perfecto ya no existe, por las nuevas tecnologías, y que hoy en día se resuelven muchos más casos que hace veinte años —dice Bea Yi Jie—. Pero yo estoy convencida de que si lo planeas bien no te pillan.

—¿Tú crees? —Marisa toma un sorbo largo de café reflexionando sobre lo que acaba de decir su compañera. Piensa que esta chica habla poco, pero que, cuando lo hace, se nota que tiene la cabeza bien amueblada.

Bea Yi Jie estudió Bellas Artes, pero lo que de verdad le gusta desde niña es el maquillaje de

caracterización. Así que, a través de un alto ejecutivo de Telemidia con el que coincidieron sus padres en el viaje a China para recoger a sus respectivas hijas, entró en el canal como becaria para sustituir a una de las despedidas, trabajando el doble de horas por una cuarta parte del sueldo. Al principio, las veteranas, supervivientes del ERE, la recibieron de uñas, pero, poco a poco, se las fue ganando con su buen carácter y han acabado tratándola como a una hija más que como a una enchufada. Aunque el precio que tuvo que pagar desde entonces es que la siguieran llamando como la presentó el jefe: Bea Yi Jie.

—¿Y Soco? ¿Habláis? Como tenías tan buen rollo con ella... —pregunta Chelo, que le tiene mucho cariño a la gemela, no como a Luz.

—Sí, a menudo. Me ha contado que los días que pasó en el pueblo, como estaban todos juntos, lo llevó más o menos bien, pero que al volver a Madrid la casa se le ha venido encima. Está intentando convencer a Fidel para venderla y mudarse a otro sitio, pero mientras se deciden y arreglan lo del testamento se va a ir con su madre, que tampoco levanta cabeza. Vamos, que está bien jodida —explica Marisa.

—No me extraña —asiente Tere—. ¡Menudo palo! Aunque la otra, que en paz descanse, era una hija de puta, era su hermana. Y no os digo cómo tiene que estar pasándolo el hijo...

—Dice su tía que está de un humor de perros y que le suelta cada burrada que no se atreve ni a hablarle. Claro que de casta le viene al galgo. —Por el tono, se nota que Marisa no le tiene cariño, aunque Fidel siempre ha sido respetuoso con ella.

El hijo de Luz es cordial con las que podrían ser su madre, como Marisa, y encantador con las que ve posibilidades de sexo, hasta que lo consigue. Por lo general, su relación con las mujeres pasa de la manipulación al sometimiento. Y ay de aquella que no siga sus reglas del juego.

—Otra cosa que me ha dicho Soco —comenta Marisa en voz baja— es que la madre y el hijo estaban peleados. En el tanatorio lo vi más flaco. Supongo que por el disgusto.

—Por eso... —Chelo se toca la nariz con maldad— y porque se debe de estar metiendo por la nariz lo más grande.

—Pues a ver si se le cae a pedazos —sentencia Bea Yi Jie con resentimiento.

* * *

Hace poco más de un mes, Bea Yi Jie estaba a última hora de la tarde esperando el interurbano que une Algete —un municipio al noroeste de Madrid capital, donde están ubicados los estudios de Telemidia— con plaza de Castilla. Suele coger el bus que pone la cadena a disposición de sus empleados, pero ese día se entretuvo más de la cuenta y lo perdió. No le apetecía esperar una hora a que llegara el siguiente, así que salió a la carretera, se puso los cascos y miró el reloj. En diez minutos pasaría el 181. Coldplay cantaba «Once upon a time somebody ran...» cuando una moto grande se detuvo delante de ella. El motorista llevaba un casco integral muy llamativo, de un color rojo vivo y con la visera completamente negra, de esas que no dejan ver la cara del piloto.

Desconfiada, caminó unos pasos para alejarse. No había nadie más en la parada y la presencia de aquel hombre le resultó inquietante. Sus padres, desde pequeña, le habían advertido con insistencia que no se fiase de los desconocidos. Especialmente si la abordaban en un lugar en el que no tuviera escapatoria.

—¡Bea Yi Jie! —oyó decir a sus espaldas.

Se dio la vuelta y vio a Javier Navas, que se había levantado la visera para que lo reconociera.

—¿A dónde vas? Sube, que te acerco —le ofreció el periodista.

Se habían conocido en la cadena después del atentado de la rambla de Barcelona, en un informativo especial al que Navas fue invitado como experto en terrorismo islámico. Había publicado *La sangre del islam*, una novela con trasfondo periodístico que se vendió como churros. Aunque lo que le daba de comer era la prensa rosa, la cual despreciaba y lo hacía despreciarse, él lo expiaba dedicando su tiempo libre al periodismo de investigación. Después de aquel programa, la cadena siguió contando con él para diversos especiales. A Bea Yi Jie le caía bien. Charlaban durante las esperas, entre la sesión de maquillaje y el inicio del programa. Javier siempre ha sido un encantador de serpientes que sabe cómo camelarse a la gente. En uno de esos tiempos muertos le comentó, como de pasada, que estaba preparando una novela basada en su sobrina, que fue adoptada en China. Mentira. Él ya conocía la historia de la joven y la usó para conectar con ella. Por eso a Bea Yi Jie no le alarmó la presencia de Navas a esas horas en mitad de la nada y aceptó que la acercara hasta su casa.

—¿Tienes prisa? —le preguntó mientras ella se bajaba de la moto delante de su portal—. Si me das cinco minutos, nos tomamos algo. Quiero proponerte una colaboración para un reportaje. Hay pasta, ¿eh?

Bea Yi Jie creyó que se trataba de un trabajo como maquilladora y aceptó la invitación. El periodista siguió una estrategia que siempre le funcionaba: envolverla con mil anécdotas de su larga trayectoria. Todas ciertas pero exageradas. La joven estaba deslumbrada por ese hombre que podía ser su padre, pero que era mil veces más divertido. Cuando Navas percibió que la tenía en el bote, se lanzó de cabeza a proponerle lo que llevaba maquinando desde hacía tiempo.

—¿Tú qué tal te llevas con Fidel Pavones? —La pregunta pilló a Bea Yi Jie desprevenida.

—Pues... —No sabía qué contestar—. Solo lo conozco de vista, ¿por qué?

—Tengo entre manos un reportaje acojonante sobre su madre. Nada de *corazoneo* —mintió Navas—. Corre el rumor de que está liada con alguien muy gordo. Te estoy hablando de las altas esferas del poder, ¿eh?

—Sí, he oído algo.

—Entonces no tengo que darte más detalles. El caso es que llevo tiempo intentando acercarme a ella —prosiguió Javier—, pero no hay manera. Si consiguiera una sola foto de los dos juntos, ¡sería un bombazo! ¿Sabes a qué me refiero? —Bea Yi Jie negó; no entendía a dónde pretendía llegar—. Sería destapar un escándalo a nivel político de consecuencias imprevisibles —concluyó

Navas en un susurro mirando a un lado y a otro como si estuvieran conspirando. Una pose para captar la atención de la chica—. Ni te imaginas el pastón que valdría esa imagen.

—¿Y yo qué tengo que ver en todo esto? Soy una becaria de maquillaje.

—¿Sabes que fue una becaria quien casi acaba con la presidencia de Bill Clinton? —le dijo el periodista como un pretendido halago que resultó fatal.

—Soy joven, pero conozco el escándalo Lewinsky. Si es eso lo que me vas a proponer.

Bea Yi Jie, mosqueada, hizo ademán de levantarse. Javier rompió a reír y le agarró la mano para que se sentara.

—No. —Él seguía riendo—. No, por favor. Me he expresado fatal. ¡Jamás te pediría algo así! —La risa no le dejaba hablar—. Lo que quiero proponerte es mucho más simple, nada que ver con Lewinsky. Ha sido un ejemplo pésimo, lo siento. Solo quiero que te hagas amiga de Fidel. Te necesito como enlace con esa familia para saber qué hace Luz, adónde va, con quién... Y que me lo cuentes, claro.

—¡Venga ya, Javier! —La maquilladora estalló en una carcajada. Era lo más descabellado que había oído en toda su vida—. ¿Me estás pidiendo que espíe a la presentadora del programa en el que trabajo tirando de la lengua a su hijo?

Los dos rieron a carcajadas imaginando a Bea Yi Jie en plan Mata Hari. *A priori*, la proposición era tan surrealista que solo pudo tomársela como una broma.

—Risas aparte. —Javier se puso serio—. Si me ayudas, te pago mil euros como mil soles. De verdad que es muy fácil. Eres lista y seguro que se te ocurre la manera de ganarte la confianza de ese chico. Además, con esa cara de ángel que tienes, el chaval nunca va a sospechar nada. De lo demás ya me encargo yo. ¿Qué me dices?

—Que estás fatal y que no me parece bien ni que me lo propongas —contestó la joven sin perder el tono jocosos—. Además, en el hipotético caso de que consiguiera hacerme amiga de Fidel, que lo dudo porque no tenemos nada en común, sería raro que estuviera todo el día preguntándole por su madre. No. Mejor pídeselo a otra. ¡A Marisa, por ejemplo! Si hay alguien que puede saber ese tipo de cosas es ella.

—Si es por dinero, lo hablamos. ¿Mil quinientos? ¿Dos mil? —El periodista subía la cifra, consciente de que sacaría veinte veces más.

—Que no, Javier, de verdad. Que no me veo.

Javier la miró con una sonrisa que transmitía franqueza y honestidad. La tenía perfectamente estudiada delante del espejo.

—De acuerdo —dijo.

Abrió de arriba abajo la cremallera de la cazadora de cuero y sacó la cartera del bolsillo interior. Bea Yi Jie pensó que iba a pagar y que ahí se acababa la conversación. Para su sorpresa, él sacó una foto y la puso encima de la mesa. Se le veía en cuclillas, flanqueado por tres chavales vestidos con chándal. Uno de ellos, el mayor, estaba sentado en una silla de ruedas y abrazaba con fuerza un balón de fútbol.

—Mis hijos: el pequeñajo se llama Quique. Tiene tres años. El que está sacando la lengua es Nano, de cinco. El del balón es Pipo, tiene siete y adivina qué quiere ser de mayor.

—Ni idea —dijo la chica confundida.

—¡Futbolista! ¿Qué te parece? —enfaticó Navas viendo que la imagen había hecho mella en el ánimo de Bea Yi Jie—. Pero no lo va a conseguir jamás porque nació con espina bífida. ¿Sabes lo que cuesta esa silla?

Ella negó sin apartar los ojos de la fotografía.

—Casi cuatro mil euros —prosiguió Javier—. ¿Y sabes cuánto nos subvenciona la Seguridad Social? ¡Cero! Porque, si quieres una silla de las buenas para que tenga mejor calidad de vida, te la pagas tú. —Respiró hondo y la miró fijamente a los ojos. Solo le quedaba poner la guinda final a su discurso—. Con esto, lo único que quiero transmitirte es que, en efecto, soy un kamikaze sin escrúpulos porque con ellos no puedo dar a mis hijos lo que necesitan. Sobre todo a Pipo.

Navas se quedó callado mirando a Bea Yi Jie, que no podía apartar la mirada de esos críos.

—Está bien. Lo intentaré. Y no hace falta que me pagues nada —accedió conmovida—. Pero, si no lo consigo, no te mosquees. Que a mí fingir se me da fatal.

Javier le cogió la cara con las dos manos y le dio un beso paternal en la frente.

—Gracias. Muchas gracias, Bea Yi Jie.

—Solo quiero una cosa a cambio —dijo la chica.

—Pide. Lo que sea.

—Llámame solo Bea. Y haz todo lo posible para que en la tele también me llamen así. Por favor.

A partir de ese día, todo el mundo empezó a llamarla Bea a secas. Incluso Fidel, con quien intentaba coincidir como por casualidad. El depredador, que hasta entonces ni se había fijado en ella, se camufló bajo el disfraz de tipo encantador y en pocos días ya habían quedado alguna vez para tomar algo fuera del trabajo. En parte, porque Bea no quería que la gente pensara que estaba acercándose al hijo de la presentadora para medrar; y en parte, porque Fidel prefería que no lo vincularan con quien tenía unos planes que no iban más allá de un simple polvo. Para sorpresa de la maquilladora, no le costó conseguir la información que Navas necesitaba. Lo que sí le costó fue asimilar que se estaba enamorando de Fidel. Sin ser consciente, empezó a pasar más tiempo en el plató y a mirarlo con otros ojos. Luz, que a mala no le ganaba nadie, pero a lista tampoco, se dio cuenta de los sentimientos de la chica y en un corte de publicidad la llamó.

—¡Chist! ¡Maquillaje! —pidió a grito pelado mirando a Bea, que estaba riendo a carcajadas algo que acababa de decirle Fidel al oído.

Marisa se acercó corriendo con la esponjita para quitarle los brillos.

—Tú no, idiota. ¡Que venga la china! —soltó con ese tono que hiere los oídos y la sensibilidad de cualquiera y que explotó en el estudio como una bomba de hiel.

A Bea se le congelaron la risa y el alma. Desde el colegio nadie se había vuelto a referir a ella como «la china». Regresaron a su memoria ráfagas de recuerdos de su infancia como escenas de

una película en la que algunas niñas, por pura crueldad, se ponían a su lado y le decían «¡Bea Yi!» para acto seguido gritarle «No. ¡Ven aquí!» y reírse. La misma amargura le subió desde las entrañas hasta quemarle la garganta al oír a la presentadora llamarle «la china».

—¡Espabila, niña! —Marisa le dio un leve empujón para que fuera al centro del plató donde Luz esperaba con gesto despectivo.

—Tranquila —la animó Fidel sabiendo que la tenía comiendo en la palma de su mano—, parece una fiera, pero no muerde.

Bea cogió su pequeño maletín y se acercó a Luz. Apenas le dio tiempo a abrirlo cuando la presentadora le hizo un gesto para que se aproximara más a ella.

—Escúchame bien, *chop suey* —le susurró amenazante al oído—, no sé qué te traes entre manos con mi hijo, pero desde ya te digo que te olvides. Comprenderás que no le he pagado una universidad privada para acabar yendo a conocer a sus suegros a Cobo Calleja. Claro que, si solo quieres un *rollito de primavera* —dijo con intención de herir en profundidad—, por mí no te cortes. Eso que me ahorras en putas.

—Mis padres viven en Arturo Soria, no en Cobo Calleja —dijo Bea intentando que no se notara que estaba a punto de echarse a llorar—. Soy española, no china, y te agradecería que no me hablaras como me estás hablando.

—Pues aléjate de Fidel —lejos de arredrarse, Luz, enrabiada por la insumisión de la chica, arreció sus ofensas— o haré que te pongan los trastos de maquillar en medio de la carretera y te manden a tu casa. Eso sí, con una buena *peineta* —levantó el dedo anular con disimulo—, ya que eres tan *española*.

—De nuevo, te pido por favor que no me faltes al respeto o te denunciaré por acoso laboral y comentarios racistas. Mi padre es abogado y te aseguro que sacaría adelante la demanda con mucho gusto —añadió la joven, a quien la rabia le estaba dando unas fuerzas inesperadas para enfrentarse a la presentadora.

Luz empezó a reír a carcajadas. En el plató nadie entendía qué estaba pasando. Era la primera vez que veían a la presentadora hablando con aparente buen rollo con alguien del equipo. En el control de realización, en cambio, no daban crédito a lo que oían por el micrófono prendido en la ropa. Es lo malo de ir *microfonada*. Nunca se sabe si los técnicos de sonido lo tienen abierto o cerrado. Pavones dio una palmadita a Bea en la espalda.

—Bueno, ya sabes... —le advirtió con una sonrisa. Estaba convencida de que la chica lo había entendido. Pero, por si acaso, ya le pondría las pilas a Fidel en cuanto tuviera ocasión.

Bea salió a toda prisa del estudio. Fidel corrió tras ella. Cuando la alcanzó, estaba llorando. Se aprovechó de su vulnerabilidad y la besó en los labios. Ella se abandonó al beso. Él supo que estaba lista para follársela, así que la invitó a cenar al día siguiente. Y ella aceptó.

Fidel, con camisa y americana como si fueran a un restaurante exclusivo, pasó a recogerla por su casa. Llevaba un pequeño ramo de rosas rojas.

—No sé si te gustan las flores, pero estas molan y huelen bien. Mira.

Ella aspiró profundamente. No podía ser más feliz y estaba convencida de que él sentía lo mismo; de lo contrario, no habría montado una cita con tanto detalle. No se le ocurrió pensar que a las arañas también les lleva su tiempo tejer la tela en la que quedan atrapadas sus víctimas.

Fidel conducía su Mercedes Clase E Coupé recién lavado por la A-6 cuando Bea empezó a sentirse mal.

—Creo que me estoy mareando —le dijo.

—¿Quieres que vaya más despacio? ¿O que ponga más frío el climatizador? —le ofreció él—. De todas formas, ya estamos llegando.

En pocos minutos Fidel accionaba el mando que abría la puerta automática de su garaje. Aparcó y le abrió la portezuela a la joven para que se apeara.

—¿Dónde estamos? —preguntó Bea confundida y saliendo del coche con movimientos torpes. Fidel tuvo que ayudarla.

—En mi casa. Se me ha olvidado la cartera. Subimos un momentito, la cojo y nos vamos —le contestó.

—¿Y tu madre? Prefiero esperarte aquí.

Bea se dejó caer en el asiento, pero Fidel tiró de ella para volver a sacarla del coche.

—No seas tonta. Si no está. ¿No ves que tiene función en el teatro? Además, los viernes siempre se va antes por el tráfico. ¿Vamos? —Fidel la llevaba agarrada por la cintura hacia el ascensor, con una sonrisa inocente que ocultaba que estaba teniendo una erección.

Bea ya no oponía resistencia. Una vez arriba, la chica se desplomó. Él abrió la puerta y la llevó en volandas hasta su dormitorio. La dejó caer sobre la cama, como quien deja un fardo, y cerró la puerta con pestillo. Sabía que estarían solos, pero por si acaso... Se le puso un gesto ansioso y asqueroso en la cara que cubrió con una máscara. Luego activó una cámara web que apuntaba directamente a la cama y se desnudó. La respiración de Fidel se aceleraba. Desnudó a Bea y le ató las manos al cabecero con pañuelos de seda para no dejarle marcas en las muñecas. Entonces le abrió las piernas, se abalanzó sobre ella como una bestia en celo y empezó a manosearla por todas partes.

* * *

El Vips más próximo a nuestra comisaría está lleno a la hora de almorzar; aun así, la jueza Estébanez se ha empeñado en ir a comer para charlar de nuestras cosas, como hacemos de vez en cuando. Pero, cuando Carmen me llamó esta mañana, tuve el presentimiento de que quería algo más. Y no me equivoqué. Durante la comida solo hablamos de banalidades y ahora lleva un buen rato sacudiendo el sobrecito del azúcar antes de echarse al café.

—¿Qué tal va Diego? —me pregunta. Se nota que está remoloneando para no ir directamente al grano.

—¡Uf! —resoplo—. Cada vez peor. A mí a veces me da no sé qué dejarlo solo con mi madre,

pero Fernando anda de cabeza en el hospital, no para de hacer guardias y últimamente casi no le vemos el pelo. Y yo, más de lo mismo. Así que no sé qué vamos a hacer con este hijo.

—Cuánto lo siento. —Sé que me lo dice de corazón. Lo conoce desde pequeño, como yo a sus hijos, y ambas, como madres, nos solidarizamos la una con la otra—. ¿Qué habéis pensado?

—De momento, nada. A ver si pasa un poco la pubertad. Pero si sigue así... —Prefiero dejar el tema, porque me agobia—. Bueno, ya veremos. Ahora mismo estoy tan presionada con lo de la Pavones que no sé.

—A propósito de eso... —Se lo acabo de poner en bandeja, me temo—. Tú y yo llevamos un montón de años colaborando y nunca hemos tenido el menor problema.

—¿Pero? —añado. La conozco bien, ahora me va a caer la del pulpo.

—Pero no puedes pasarte por el forro la presunción de inocencia. —Por fin rasga el sobrecito y vierte su contenido en la taza. Estoy convencida de que lleva toda la comida buscando el momento para darme un toque de atención sin que yo me lo tome a la tremenda. ¡Cómo me conoce!

—¿Yo? No te sigo, señorita. —Me hago la tonta, pero sé perfectamente de qué me está hablando.

—Vamos a dejarnos de tonterías. El abogado de Teodosia López Pollo se plantó en el juzgado y puso el grito en el cielo porque la interrogasteis sin que él estuviera delante.

—Solo fue una charla amistosa —justifico la labor de mi gente. La jueza me mira por encima de las gafas mientras da vueltas al café.

—Después la detuvisteis...

—... por desacato a la autoridad —replico.

—¿Empleando la fuerza y poniéndole las esposas?

No se está tragando ninguna de mis excusas.

—Se puso agresiva —miento un poco. Las miradas obscenas a Valdés podrían considerarse agresión.

—Y la metisteis en una celda.

—Para que esperase la llegada del letrado. La sala de visitas estaba ocupada —vuelvo a mentir.

—Pues tenías dos opciones: desocuparla o soltar a esa mujer inmediatamente con una disculpa.

—¿Pero si la pusimos en la calle enseguida! —protesto. Carmen me corta.

—¡Inspectora jefa Vergara! —Ahora su tono suena oficial y no me queda más remedio que aguantar el chaparrón—. No voy a permitir ni un solo fallo en la instrucción de este caso. Tenemos a la prensa pendiente de cada paso que damos. Cualquier fallo y nos crucifican. A vosotros y a mí. Por lo tanto, eso significa que no se detiene a nadie hasta tener pruebas sólidas. ¿Estamos?

—¿Qué remedio, señorita!

Carmen se concentra en seguir mareando su café a fuerza de darle vueltas y más vueltas. Por su silencio, me doy cuenta de que está cabreada. Yo también.

—Así no se puede trabajar. —Me atrevo a retomar la conversación—. Yo te entiendo. Sé que

estás atada de pies y manos, pero entiéndenos tú a nosotros. Nos pasamos la vida persiguiendo chusma, buscando pruebas, y cuando ya los tenemos..., ¡a la calle por cualquier tecnicismo!

—¡Cualquier tecnicismo no! —Su voz suena firme—. Te estás olvidando de que estamos en un Estado de derecho. Prefiero que haya cinco delincuentes en la calle que un solo inocente en la cárcel.

—Así nos va —murmuro.

—No te entiendo, Lola. —Acaba de suavizar el tono. La empatía funciona mejor en algunos casos. Si lo sabré yo, que es mi arma secreta en los interrogatorios—. Creía que pensabas igual que yo. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Que en este país los jueces solo miráis por los derechos del delincuente. —Acabo de sonar demasiado áspera a su intento de acercamiento.

—¡No me toques la moral! —Me mira con el ceño fruncido—. Sabes que los jueces no tenemos más remedio que ajustarnos a lo que dictan las leyes. En cuanto a mí, te facilito el trabajo cuanto puedo. Orden de registro que me pides, orden que te firmo. Pero te estás poniendo el mundo por montera.

Si tú supieras..., pienso acordándome de que registré, por todo el morro, la habitación de la víctima y de su hermana.

—Y ahora vas a decirme qué te está pasando, porque la persona que tengo delante no es la policía minuciosa e impecable en su trabajo que yo conozco. —Es un golpe bajo que me hace claudicar.

—Tienes razón. Te voy a decir lo que me pasa. —Me ha tocado las narices y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no explotar—. A estas alturas de mi vida debería estar pensando en comprarme un apartamento en la playa para cuando me jubile. En lugar de eso, llevo una mochila cargada de responsabilidad a la espalda —le digo—. Entre mi hijo, que está como está, mi madre, que también la lía parda y cuando no se carga la cerradura de la puerta blindada, arranca la campana de la cocina. —Me voy acelerando poco a poco—. En cuanto a mi marido, ¿te acuerdas de la canción de Mecano, *Cruz de navajas*, y lo del somier?

—«Cuando regresa, no hay más que un somier, taciturno que usar por turnos...» —recita Carmen.

—¡Exacto! Y todo lo que te he dicho... —mi incontinencia verbal es recibida por la jueza con un asentimiento de cabeza— es porque casi no aparezco por casa por este maldito caso. —Carmen hace intención de intervenir, pero no le da tiempo porque yo continúo escupiendo mi mierda—. ¿Sabes cómo está el corcho de la sala de reuniones? Ni te imaginas la de sospechosos que tenemos en este momento. ¿Sabes la cantidad de líneas abiertas que hay? —Estoy empezando a coger carrerilla.

—Entiendo que estáis trabajando bajo presión, pero eso no es excusa para saltarse las reglas —dice Estébanez manteniendo la calma para no azuzarme. Pero yo ya estoy en la lanzadera espacial.

—Puede que no lo sea, pero ¿sabes por qué estamos como estamos? Porque los de «muy arriba» le están dando palmaditas en la espalda al consejero delegado de Telemidia para que en sus informativos se hable solo de lo que a ellos les interesa y, a cambio, Telemidia les exige que se resuelva, no —me corrijo—, que resolvamos cuanto antes el asesinato de su estrella. Que, por cierto, hoy por hoy no puedo decir quién se la ha cargado, pero te aseguro que podría haber sido cualquiera, porque por lo que estoy descubriendo era una hija de la gran puta.

Me quedo callada. Mis últimas palabras pesan como el plomo. La jueza me mira. La severidad con que lo hacía al inicio del rapapolvo ha desaparecido del todo. En ese momento entra Belmonte por la puerta. Lo saludo con la cabeza y, por mi cara de acelga pocha, se da cuenta de que algo pasa. Me hace una señal con la mano para decirme que tenemos que hablar. Asiento. Él se dirige a una mesa para sentarse solo, pero Estébanez le indica que se acerque.

—Buenas tardes, señoría. Jefa... No las molesto. —Belmonte no tiene confianza con Carmen. Jamás la tutea—. Voy a tomar un cafetito.

—Haga el favor de sentarse, inspector —le dice con autoridad.

Belmonte me mira abriendo los ojos como platos y se sienta.

—Con su permiso —dice.

—Estábamos comentando cómo están llevando el caso Pavones —dice Estébanez—. Especialmente, hablábamos del procedimiento, vamos a llamarlo... irregular, en la detención de la señora López Pollo. Dígame, ¿han podido determinar su localización a la hora del crimen? Porque me paso la vida autorizándoles la intervención de los teléfonos de todo el círculo de la víctima.

Belmonte me mira y entiendo que era eso lo que quería contarme. Con una leve inclinación de mi cabeza, él entiende que puede hablar con total libertad.

—Pues verán, en efecto, ese día y a esa hora, la ubicación sitúa el terminal en el domicilio de la señora López Pollo.

—O sea, que ella no estaba en el teatro La Latina, luego no pudo matar a la actriz. Por eso, Lola, te voy a pedir como favor personal que la llames y le pidas disculpas de manera oficial —me dice con un tono que suena a exigencia.

—Que el teléfono estuviera en su casa no implica que también ella estuviera allí —contesta Belmonte para echarme un cable viendo que la *propuesta* me acaba de sentar como una patada en el culo.

—Vergara, si no lo haces pidiéndotelo como un favor —cuando a Estébanez se le pone cara de jueza no cabe llevarle la contraria—, entonces tómatelo como una orden. O la llamas y te disculpas o, como exige su abogado, lo haces en rueda de prensa. Tú verás.

Nos quedamos los tres callados. Me consta que para Carmen esto también está siendo un mal trago.

—¿Lo sabe el comisario Belmonte? —pregunto.

—Sí. Y está de acuerdo en que lo mejor es una disculpa en privado.

Belmonte hijo y yo nos miramos. Es uno de esos momentos en que nos gustaría tirar la placa a una alcantarilla para que se la traguen las ratas.

—De acuerdo —digo—. Asumo toda la responsabilidad con la condición de que mi gente quede completamente al margen.

Belmonte va a protestar. Yo alzo la mano para zanjar el asunto.

—De todas maneras —dice Estébanez—, quiero que sepas que estoy de tu parte. De vuestra parte. Conocí a López Pollo y tiene algo que echa para atrás, pero nosotros somos funcionarios públicos y nuestro deber es mantener el orden y hacer que se cumplan las leyes, no juzgar a la gente por su apariencia. ¡Camarero, por favor!

Carmen simula firmar en el aire para pedir que le traigan la cuenta. El camarero le sirve el café a Belmonte y ella saca la Visa para pagar la factura. Se empeña en invitarnos para compensar el tirón de orejas. Nos despedimos con un abrazo, sabemos separar nuestra amistad del trabajo. De Belmonte se despide con un apretón de manos.

—La acompaño a la puerta, señoría —dice el inspector.

—Déjelo, inspector. Gracias. Y si hay cualquier novedad... —me dice haciendo un gesto con la mano que significa que la telefonee.

—Solo una cosa más —le digo aprovechando la cordialidad de la despedida—. No podemos determinar la ubicación de una de las sospechosas la noche del crimen. Hay un tema de dinero por medio que podría ser motivo suficiente para incriminarla. Sospechamos que ella y su marido han podido salir de España. ¿Podrías dictar una orden internacional de busca y captura?

Carmen suspira y pone los ojos en blanco. La estamos haciendo trabajar a fondo con todos estos tarados. Además, sé lo que piensa en este momento: estamos matando moscas a cañonazos. Pero, si a los jefazos les corre tanta prisa, tendrán que poner todos los medios a nuestro alcance.

—Claro. ¿De quién se trata? —pregunta.

—Andrea Fullnes y su marido, Antón Bolón —contesta Belmonte—. Estaría bien tenerla cuanto antes.

—Llame a mi secretaria para que redacte la orden y se la firmo esta misma tarde —le dice, y me mira—. ¿Algo más?

—Nada más. Gracias —le sonrío. Ella nos devuelve la sonrisa y se va.

Belmonte y yo la vemos marchar en silencio. Nos hemos quedado bien jodidos. Ambos sabemos que nos precipitamos al detener a *la Pollo* sin más pretexto que su chulería y rijosidad.

El politono de reguetón de mi móvil nos saca de nuestros pensamientos. Miro el teléfono. En la pantalla, la foto de la fachada del Instituto Anatómico Forense que le tengo asignada a Vicente Huerta. Contesto.

—¿Qué pasa, Huerta? ¿Hay novedades? Te lo digo para que me las sueltes con delicadeza, que estoy recién comida.

—Hola, jefa —saluda el forense—. Me acaban de llegar los resultados de toxicología y patología y..., ¿te acuerdas de que la temperatura corporal de la víctima era muy elevada?

—Me acuerdo.

—¿Y de que tenía la vejiga llena de orina y que eso no era normal?

—Sí.

—¿Y de que le había reventado el corazón y todo indicaba la presencia de alguna sustancia?

—¡Sí! Me acuerdo de todo como si fuera ayer. Suelta lo que sea, Huerta, ¡por Dios!

—Pues adivina qué sustancia tenía esa mujer en el cuerpo.

Vicente siempre hace lo mismo. Le gusta añadir dramatismo a sus autopsias, como si de por sí no fueran lo suficientemente dramáticas.

—Ni idea. Sorpréndeme —lo animo subiendo el volumen un poco y pidiendo a Belmonte que pegue la oreja para escuchar también qué es eso tan excepcional que ha revelado el análisis.

—¡Escopolamina! —responde—. Burundanga, amiga mía. Ya no estamos hablando de homicidio, sino de asesinato con premeditación. Quien se la cargó anuló su voluntad antes de matarla.

LA VERDAD NO TIENE REMEDIO

Nacho Mendizábal se ajusta el nudo de la corbata. Se cerciora de que los puños de la camisa, blanca impoluta, sobresalgan por las mangas de la chaqueta lo justo para crear contraste. Comprueba que lleva cerrado el botón de la americana. Solo uno. El de arriba. El de abajo siempre ha de quedar abierto. Estos detalles, que a él le parecen pequeñeces, son de obligado cumplimiento para doña Mercedes, viuda de Villafañe, como reza la pequeña placa dorada clavada debajo de un sagrado corazón reluciente en la imponente puerta de madera labrada del segundo piso de uno de los señoriales edificios de la calle de Claudio Coello. Mendizábal pulsa el timbre y espera. Nada de dindón, suena como un zumbador antiguo. Como sonó la primera vez que Arnaldito Villafañe lo invitó a merendar chocolate con picatostes aquel otoño del 66 para celebrar que acababa de cumplir once años.

—Haga el favor de sentarse —dice la mujer del servicio—. La señora vendrá enseguida. Me ha dicho que le pregunte si quiere tomar algo.

—Estoy bien así. Gracias —contesta Mendizábal mientras la muchacha asiente con una sonrisa y se retira.

La visión de la sala, inundada de primavera por la luz de la mañana que se filtra por los visillos blancos, lo lleva hasta su adolescencia y primera juventud. La misma atmósfera. Los mismos muebles. El mismo piano encima del cual está el mismo jarrón con las flores de siempre. Y esa colección de fotos sobre el dintel de la chimenea: la familia Villafañe, a lo largo de los años, en diversas celebraciones religiosas. Mendizábal se levanta y coge la foto de la primera comunión de Arnaldo. Se sonríe y la deja en su sitio al oír cómo se abre la puerta a sus espaldas. Doña Mercedes entra ayudándose de un bastón para caminar.

—Siempre albergué la ilusión de que mi hijo pequeño tomara los hábitos, pero, ya ves, me salió artista. Y gran parte de la culpa la tuviste tú, Nachito, que siempre te gustó mezclarte con titiriteros.

Mendizábal se acerca a saludarla. Ella le ofrece la mejilla y él le da un beso leve.

—Está usted tan guapa como de costumbre. O más. No le miento si le digo que la veo muy bien —dice Mendizábal utilizando una forma de hablar anticuada pero muy del gusto de doña Mercedes.

—Bien hecha la Pascua, querrás decir, zalamero, que no vienes a verme nunca —le reprocha—. Tú, sin embargo, sigues teniendo la misma cara de sinvergonzón de cuando eras un chiquillo.

Doña Mercedes se acomoda en su sillón, respira todo lo hondo que puede y le expone el motivo por el que lo ha mandado llamar.

—Estoy muy preocupada por mi hijo. Él me dice que vuestro trabajo le obliga a viajar con frecuencia y a trasnochar; a veces ni aparece por casa en tres o cuatro días, una semana incluso. Pero esta vez ya no sé ni cuántos días hace que no viene. Y ni siquiera me ha llamado. ¿Tú sabes en qué anda?

—Supongo que sabrá que estábamos metidos en la representación de una obra escrita y dirigida por su hijo... —comienza a explicarle Mendizábal.

—Lo sé —le interrumpe la anciana—. Mis hijas han ido a verla y me han dicho que es un poco verde y bastante ordinaria. También me han hablado de las artistas. Dicen que salvo Juanita Fernández Romero, que es una actriz como la copa de un pino, las otras dos ni fu ni fa. A la que sale en la tele, como no la veo porque no ponen más que cochinas, no la conozco. Y a la otra tampoco, ni yo ni nadie, según parece —dice con una sinceridad lacerante que solo se justifica por el privilegio de haber llegado a una edad tan avanzada.

Mendizábal no puede evitar sonreír por la descripción absolutamente arbitraria que acaba de hacer la madre del autor de una obra que prometía estar en cartel tanto o más que *El rey león*. Pero agradece que le haya dado tiempo para pergeñar una buena excusa que la tranquilice.

—No sabe cuánto me alegro de que no sea usted crítica teatral; su hijo y yo nos moriríamos de hambre —contesta Mendizábal intentando sonar despreocupado. Pero al ver la ansiedad en los ojos de esa madre, continúa con su explicación—. En fin, que una de las actrices ha muerto, no sé si lo sabe.

Doña Mercedes asiente con la cabeza.

—Hemos tenido que suspender la representación hasta que encontremos a una sustituta. Su hijo ha tenido que salir de viaje para hacer audiciones y poder reanudar la función cuanto antes. —La mentira le ha salido del tirón y Nacho se congratula por su capacidad de improvisación. Hasta hoy no se había planteado que su amigo pudiera estar en apuros en lugar de disfrutando de carne fresca masculina a precio de oro.

—Ignacio, mírame a los ojos —le ordena con severidad. Él obedece con la certeza de que no se ha creído ni una sola palabra—. Mírame y dime que mi hijo está bien.

—Su hijo está bien. —Un gusto amargo le viene a la boca.

—¿Ves ese jarrón con esas rosas marchitas? —La anciana señala hacia el piano con su bastón—. Desde que nació mi primer hijo, mi marido instauró la tradición de que nunca me faltaran a diario diez rosas blancas. Ni en los peores años del hambre en Madrid me faltaron. No sé de dónde las sacaba. Digo yo que en el estraperlo... —La señora se queda callada unos instantes recordando, pero enseguida regresa a su relato—. Ni siquiera el día en que él murió faltaron; Arnaldito las compró, y lo ha estado haciendo desde entonces. Y si en alguna ocasión no ha

podido ir él mismo, ha encargado que me las trajeran. ¡Nunca han faltado! Hasta esa tarde... — dice con un hilo de voz derrotado— en que mi hijo salió de casa, supongo que a comprar mis rosas, y ya no volvió.

* * *

Arnaldo Villafañe estaba sentado a los pies de su cama sin apartar los ojos del pequeño televisor que había sobre la cómoda. Se mesó los cabellos grises con ambas manos. Estaba nervioso. Con el mando a distancia cambió de un canal a otro en busca de algo que no supiera ya: anoche, su actriz principal había aparecido muerta en su camerino. ¿Muerta? ¿Y ya está? No se lo podía creer. ¿Cómo era posible? La última vez que habló con ella estaba llena de vida. Y de energía. Y de mala leche. Su pensamiento intentó descifrar qué había podido pasar. ¿Un derrame cerebral? ¿Un infarto? ¿La bronca que tuvieron pudo causarle un ataque? ¿O estaba sana y su propia ira se convirtió en energía letal y la fulminó como un rayo? Estas y otras preguntas daban vueltas en su cabeza y sentía cómo la angustia le estaba haciendo un nudo en la boca del estómago. Una angustia provocada por el abismo que acababa de abrirse ante él de manera súbita e inesperada. Le vino a la memoria un fragmento del diálogo de una película francesa en blanco y negro, *A bout de souffle*, que había marcado su forma de ver la vida desde sus años de estudiante en la Escuela Oficial de Cinematografía: «No sé si estoy triste porque no soy libre, o no soy libre porque estoy triste», decía una jovencísima Jean Seberg con el pelo cortado a lo *garçon*.

Así se sentía Arnaldo. Así se había sentido toda su vida. Y en ese momento, a la tristeza y a la falta de libertad se había sumado el miedo. Aunque sonara como un juego de palabras pueril, la desaparición de Luz acababa de envolverlo en oscuridad. Y todo como resultado de un combate verbal del que, al final, los dos habían salido malheridos. Especialmente ella, que estaba muerta. Nunca pensó que unas palabras pronunciadas con tanta intención pudieran tomar forma hasta hacerse realidad.

Su madre, que a punto de convertirse en centenaria seguía siendo una santa, le había enseñado tres máximas para conducirse en la vida: llevar siempre los calzoncillos limpios, «como si fuera a la consulta del médico»; tener la conciencia tranquila, lo que pasaba por no *tocarse*; y medir cada palabra que dijera, porque lo dicho dicho queda.

Esa mañana, Arnaldo fue consciente de que no quedaban en él ni rastro de esas premisas. Estaba desnudo, sin calzoncillos. Ni sucios ni limpios. Ni siquiera sabía dónde estaban, pero intuyó que anoche se habían quedado en el salón, en medio de esas prisas por follar. Lo que lo llevaba a pensar en la conciencia. No, no la tenía tranquila; si su madre supiera que le gustaban los hombres desde siempre, desde niño, se moriría del disgusto. Y ayer había estado con dos: Pepito, ese carcamal al que se arrimó para convencer a Juanita de trabajar en *Sin reglas*, y Vladimir, un cubano maricón que le había hecho perder la cabeza con su insultante juventud y su cuerpo de escándalo. También se caracterizaba por sus nulos escrúpulos para cobrar los servicios

sexuales. En cuanto a las palabras... ¿Cómo iba él a adivinar que expresar en voz alta un deseo haría que se cumpliera de manera inmediata? De nuevo, la angustia le recorrió el cuerpo.

Se vio de niño, con siete u ocho años. Su madre lo peinaba con colonia, dejándole la cabeza con mil rayas y oliendo a gloria bendita, mientras le recitaba un pasaje del evangelio de San Mateo: «No es lo que entra por la boca lo que contamina al hombre, sino lo que sale de ella. Porque lo que por la boca sale del corazón procede». En efecto, aquel «ojalá te mueras» que le había escupido a Luz antes de salir de su camerino como alma que lleva el diablo procedía de lo más hondo de su corazón, de donde se gestan los sentimientos más primitivos del hombre: el amor y el odio.

* * *

Me arrepiento de no haber aceptado un despacho para tener mayor intimidad con las visitas. No las puedo recibir en la sala de reuniones; allí están expuestas las pruebas y las fotos de todos los sospechosos. Tampoco es plan hablar en la sala de interrogatorios. El despacho del comisario es sagrado. Así que he tenido que recibir a Socorro Pavones en mi mesa de trabajo. Acabo de informarla del resultado del análisis de toxicología y todos se han vuelto hacia ella.

—¿¿Burundanga?! —dice en voz demasiado alta—. ¿¿Pero qué me está diciendo?! ¡Por Dios! ¡Si eso es lo que les dan esas pandas de sinvergüenzas a las chicas para violarlas! —Socorro está sentada en una silla confidente delante de mí—. No lo entiendo.

—Nosotros tampoco. Y suerte que la hemos podido detectar, porque la escopolamina desaparece del cuerpo a las seis horas sin dejar rastro —le digo.

—No lo entiendo —insiste Socorro—. ¿Por qué le dieron eso? No lo entiendo, vaya.

—Para anular su voluntad y torturarla sin que se resistiera.

—Esto es horrible. Dios mío —gime.

—Creemos que el móvil pudo ser un ajuste de cuentas.

—¿El... amante? ¿Ese tan... poderoso? —No se atreve ni a pronunciar las palabras.

—Ya le digo que de momento es solo una hipótesis, pero la venganza no encaja con el perfil de ese... supuesto amante.

—¿Pero qué venganza! Si mi hermana no andaba metida en cosas raras. Que no, que no.

—Pudo ser por un tema económico —añado.

—Siempre el dinero. ¡Qué asco de dinero!

—Barajamos varios nombres y algunos cobran más fuerza cada día: Andrea Fullnes y su marido, Bolón, a los que aún no hemos podido localizar; Arnaldo Villafañe, que también está desaparecido; y Teodosia López Pollo, su exrepresentante.

—¿Teo? —A Socorro le cambia la expresión de la cara.

—Sabemos que mantuvieron una discusión porque Luz quería prescindir de sus servicios como representante —digo.

Socorro calla.

—Su hermana la grabó con el móvil.

Me doy cuenta de que a Socorro esta información la ha pillado por sorpresa.

—¿Qué más tenía grabado? —pregunta.

—Nada más. Bueno, sí, ensayos de la obra. Solo eso.

—Recuerdo ese día —me cuenta—. Yo estaba allí. Bueno, usted ya lo sabrá. A mí me pilló en medio de las dos. Teo tiene un carácter endemoniado, como mi hermana, pero en el fondo lo que le pasa es que es una persona muy insegura. Y no está bien de salud. No sé si sabe que pasó años...

Socorro se calla arrepentida de lo que iba a decir.

—¿Que pasó años... cómo? —la animo a que siga hablando.

—Pues... —No le gusta lo que está a punto de soltar, es una indiscreción—. Es algo que se sabe en la profesión, así que se va a enterar de todas maneras. Teo consumía determinadas... sustancias. Durante mucho tiempo estuvo entrando y saliendo de una clínica de desintoxicación.

—No lo sabía —digo.

—Ahora ya no, pero en los años noventa, según me han contado, en esta profesión los contratos se firmaban en fiestas donde la cocaína se servía en bandejas, como si fueran canapés. Teo era joven, estaba en la cima y no supo frenar a tiempo.

—¿En la actualidad sigue consumiendo?

—No. Procura cuidarse, pero cuando alterna... bebe. Poco, pero algo bebe.

Socorro calla. Se revuelve en la silla. No se siente cómoda hablando del tema. En sus gestos y en el tono de su voz percibo cierta empatía, incluso afecto, hacia *la Pollo*. Mientras la observo, guardo silencio a la espera de que reconduzca el relato y me diga algo consistente que pueda incriminar a la representante.

—Le cuento esto —continúa— para que entienda que es una buena persona víctima de sus malas decisiones. Ahora es una mujer inestable emocional y económicamente hablando. Ya no tiene el poder que tenía hace años. Representar a Luz suponía volver a estar en el candelero. Me pidió que intentara convencerla para que no la dejara. Yo hice todo lo que pude, pero mi hermana, cuando tomaba una decisión, no veía más allá. El caso es que a Teo y a mí nos pilló por sorpresa el día que la citó en casa y..., bueno, lo demás ya lo escuchó usted misma.

Socorro se queda callada mirando al suelo. Está jodida.

—¿Cree que mató a su hermana? —pregunto.

—No, claro que no —contesta con un hilo de voz.

* * *

Villafañe se dejó caer en la cama revuelta. Nunca se había alegrado tanto de haber comprado ese apartamento que le servía de picadero y de haber contratado a esa chica rusa para que se quedara con su madre alguna noche con el pretexto de que él tenía que trabajar. Nadie podía saber lo suyo.

Nadie. Miró las sábanas con manchas amarillentas. La habitación aún olía a sexo y sudor. Sobre todo, al sudor agrio de Pepito, que se había ido sin ducharse y cagando leches en cuanto recibió la llamada de Socorro diciendo que no conseguía localizar a Juanita para darle la fatal noticia.

¿Y si ahora, como castigo divino, todo sale a la luz?, pensó. Los medios de comunicación rebuscarían en el pasado y en el presente de todos los que conocían a la Pavones. ¿Y si se descubría su verdadera orientación sexual? Sería un escándalo. No solo para su familia, sino para todo su entorno social. El Opus jamás perdona a los desviados. Su madre quedaría expuesta al escarnio. Un escarnio que se extendería a sus hermanos y hermanas, a sus cuñados, a sus cuñadas, a todos sus sobrinos y sus sobrinas. Todos estaban metidos en la Obra, una institución endogámica donde se perpetúan los apellidos y las fortunas, los privilegios y el poder. Ellos, los de la Obra, siempre lo habían visto como un bicho raro, un tipo excéntrico, un artista que vivía ajeno a la Iglesia, pero que no molestaba, siempre y cuando no sacara los pies del tiesto. Arnaldo, consciente de ello, reprimió sus ademanes desde muy niño. Tanto que no tenía pluma. O eso creía él. A su madre jamás le preocupó que su hijo pequeño no se casara. Para ella, esa falta de interés por las mujeres estaba más cerca del celibato sacerdotal que de la homosexualidad. A sus hermanos tampoco les interesaba lo más mínimo su vida. Mientras no hubiera escándalos, todos contentos. Además, tras la muerte del patriarca, él se quedó a vivir con la madre en el piso familiar del barrio de Salamanca, lo que daba libertad al resto de sus hijos, que no tenían que estar pendientes de ella. Desde entonces, Arnaldito —como le llamaba su madre— era quien se encargaba de llevarla al médico y de gestionar sus rentas. La familia Villafañe era propietaria de dos dehesas en Extremadura, un bloque de viviendas en el barrio de Salamanca y dos bloques de oficinas. Unas rentas a las que sumar el treinta y cinco por ciento de las acciones de un laboratorio farmacéutico que fundó el padre en los años sesenta al amparo del Movimiento y que estaba en plena expansión al especializarse en la producción de genéricos.

Empezó a sentirse mareado. Era un ataque de pánico. Su mundo se derrumbaba delante de sus ojos por esas tres palabras: «ojalá te mueras». Se imaginó el momento en que alguien llamaba a su madre —una de sus amigas piadosas— para decirle compasivamente cuánto sentía *lo de Arnaldito*. Su madre no sabría a qué se estaba refiriendo porque no ve la televisión, hasta que alguien se lo contaba con detalle y a ella le daba un ataque. O peor, se moría de dolor y vergüenza. No podía permitir que eso sucediera. Llevaba más de sesenta años en este mundo y su madre jamás había tenido que avergonzarse de él. No lo resistirían ninguno de los dos.

Por eso ya sabía lo que tenía que hacer. Se levantó y abrió el armario. Eligió cuidadosamente una camisa blanca con sus iniciales grabadas a la altura del corazón, una corbata sencilla, azul con rayas transversales finas de color blanco. Después un traje a medida. El azul marino estaba bien. Abrió el cajón de la ropa interior y se puso unos calzoncillos limpios, «como si fuera a la consulta del médico». Luego se vistió, se calzó y, por último, se ajustó el nudo de la corbata. Se miró en el espejo, que le devolvió una imagen perfecta. Como le había enseñado su padre, «cuando las cosas van mal es cuando hay que vestirse mejor». En ese momento las cosas no podían ir peor. Fue al

cuarto de baño, abrió el armario de las medicinas y sacó una caja sin estrenar de uno de esos barbitúricos que toma cuando no puede dormir. De allí, se dirigió a la cocina para llenar un vaso de agua. Luego fue al salón y salió a la terraza. Olía a primavera. Respiró hondo y miró hacia abajo. Desde el piso trece de la Torre de Madrid todo se veía tan pequeño... Los coches atascados en la Gran Vía a su derecha, la calle Princesa a su izquierda, las Torres de Colón al frente... Un paisaje urbano que siempre lo reconciliaba consigo mismo después de una noche de sexo prohibido. Por fin entró, cerró para no oír el ronroneo del tráfico y se sentó en el sofá. Encendió la minicadena y comenzaron a sonar los primeros compases de «Casta Diva», un aria de la ópera *Norma*, de Bellini, interpretada por María Callas. Su favorita. Sacó del blíster, uno a uno, los cincuenta comprimidos y los colocó en un cuenco. Respiró hondo mientras las lágrimas iban cayendo por sus mejillas y empezó a tragar las pastillas ayudándose con pequeños sorbos de agua.

—Que Dios me perdone. Y mamá también.

* * *

Mendizábal se baja del taxi que lo acaba de dejar justo en la puerta de la Torre de Madrid. Quiere agotar todas las posibilidades antes de tomar la drástica decisión de denunciar la desaparición de Arnaldo: «Nada de escándalos y mucha discreción. Los asuntos de los Villafañe se arreglan en familia. Y tú, Nachito, siempre has sido uno de los nuestros», le había dicho doña Mercedes al despedirse.

Mira hacia arriba. Siempre le ha gustado esa construcción. Esta, la del edificio España y toda la Gran Vía, desde la plaza de España hasta la calle de Alcalá. Pasear la avenida mirando hacia arriba le hace creer que está en el Nueva York de los años treinta. Hace tiempo pensó instalar su oficina allí, pero el humo, el ruido y el tráfico infernal le obligaron a cambiar de idea. También intentó comprar un apartamento-picadero cuando Arnaldo adquirió el suyo, pero se lo pensó demasiado y, cuando se decidió, ya estaban todos vendidos. Entra en el vestíbulo y saluda al vigilante. Es una zona amplia, reformada pero ecléctica. Se nota que conserva el espíritu elitista que siempre ha sido su seña de identidad.

—Buenos días, vengo a ver al señor Villafañe —le dice al conserje, que está sentado detrás de un mostrador amplio de diseño.

—Sí señor. Un momento, que le aviso —le contesta con amabilidad mientras llama por teléfono para anunciar la visita. Nadie puede entrar en el edificio sin el conocimiento y consentimiento de los propietarios. De hecho, los ascensores solo suben a las plantas si los acciona el vigilante desde su puesto—. Lo siento, pero no está. —Cuelga el intercomunicador.

—Le aseguro que está. Acabo de hablar con él —miente Mendizábal.

—No lo dudo, caballero, pero, mientras el propietario no me diga expresamente que suba, no me está permitido dejarle acceder.

Nacho saca de la cartera un billete de cincuenta euros, lo dobla y con delicadeza se lo entrega al hombre en un breve apretón de manos.

—Soy amigo de la familia. El señor Villafañe lleva días desaparecido. ¿No cree que deberíamos subir a ver qué pasa?

El conserje, que se ha guardado el billete con disimulo en el bolsillo de la americana, asiente y llama por el interfono.

—Amalio, sustitúyeme un momento. Tengo que subir a ver qué necesita un propietario —dice.

Se oye un «enseguida» metálico. Sale de su mostrador y extiende la mano para invitar a Mendizábal a entrar en el ascensor. Introduce una llave y pulsa el número trece. La subida se le hace a Nacho interminable. Su imaginación se ha disparado y cree sentir el hedor de la putrefacción de un cuerpo descompuesto. El ascensor por fin se detiene. Salen y se dirigen a la puerta número 2. No huele a nada extraño, piensa Mendizábal. Las puertas de las viviendas son completamente estancas, es lo que tiene construir con materiales de primera. Aun así nota que el corazón se le va a salir por la boca y empieza a sudar. Los dos se miran.

—¿No cree que sería mejor llamar a la policía? —El conserje no está convencido de que deba abrir la puerta.

—Por favor —Nacho respira hondo temiendo encontrar dentro una masacre.

Al final, el vigilante accede. Nada más abrir, ambos se doblan en una náusea por el hedor a putrefacción que sale del interior.

* * *

Cuando Belmonte y yo entramos en el apartamento, los escasos metros que separan el vestíbulo del salón-cocina se me hacen eternos. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no vomitar. En situaciones como esta, mi exceso de olfato es una tortura. Para distraer a mi nariz, me concentro en observar el entorno. El salón es una estancia amplia donde todo es blanco. Las paredes, una estantería, la zona del comedor, la mesa camarera y el sofá, sobre el que destaca, vestido de azul marino, el cadáver de Villafañe.

Me llama la atención un jarrón con agua descompuesta que contiene lo que debió de ser un precioso ramo de rosas blancas. Están marchitas y permanecen envueltas en el papel celofán. El suelo está sembrado de ropa: las dos piezas de un traje sastre, una camisa, unos tirantes, un par de calcetines, zapatos y unos calzoncillos. Cada prenda está marcada con un número. Martínez, un agente de mi equipo, fotografía el conjunto desde distintos ángulos.

—¿Y esto qué pinta aquí en medio? —le pregunto.

—La camisa tiene las iniciales A. V.

—Arnaldo Villafañe —digo.

—Y el traje y los zapatos son de la misma talla que los de la víctima —me aclara Martínez—. Parece que se los quitó con mucha prisa, jefa. El asunto es cuándo y por qué. Como ve, no está

desnudo.

—Qué raro —replico.

No puedo seguir hablando porque tengo que reprimir una arcada. Avanzo y veo al Gordo arrodillado al lado del cadáver guardando en una bolsa zip una caja de somníferos que hay sobre la mesita. Delmor hace lo mismo con un pequeño cuenco.

—A ver, chicos. ¡Sanz, Delmor! ¿Es necesario trabajar con este olor a mierda? ¿A nadie se le ha ocurrido abrir la ventana? —refunfuño mientras me pongo en la nariz una de esas toallitas con olor a limón que te dan en los restaurantes tex-mex para que te laves las manos después de ponerte cerda de costillas. Sorteó a mi gente de la Científica para acercarme a la puerta de la terraza y abrirla de par en par. El aroma a tubo de escape que me invade a pesar de estar en un decimotercer piso me reconforta. Me quedo un instante en la terraza disfrutando de las vistas. Necesito que se renueve el aire antes de volver ahí dentro. Belmonte sale y también se apoya sobre la barandilla.

—¿Crees que es el asesino de Pavones? —me pregunta.

—Es posible. Tuvieron una bronca, se fue echando pestes, volvió y en un arrebató la mató. Después se arrepintió y se quitó de en medio. Tenemos que preguntar a Avelino quién tiene llave del teatro.

Belmonte saca su libreta y toma nota. Es minucioso. Me recuerda a mí cuando iba con su padre a hacer labores de campo.

—Por cierto, ¿alguien ha pedido las grabaciones de las cámaras de seguridad del banco que hay junto al teatro? —le digo.

—Sí, yo. Se las pasé a Sanz.

—Pues que se las dé a Morales, que es un lince para eso. En cualquier caso, esto se aclarará cuando Huerta determine la hora de la muerte. Anda, vamos adentro a echar un vistazo.

Entramos en el salón. Ya no apesta tanto. Los de la Científica han acabado su trabajo y se han ido hacia las habitaciones interiores.

—O este tío ha echado más polvos que Nacho Vidal o aquí ha habido una batalla de nabos —oímos gritar al Gordo a lo lejos entre carcajadas. Deben de estar en el dormitorio—. ¿A alguien le gusta la nata? ¡Vendo condones rellenos!

Belmonte y yo nos miramos con asco. Ha sido la gota que ha colmado el vaso de mi paciencia.

—¡Sanz! —le grito—. ¿Puedes venir?

Al momento aparece.

—Dime, jefa. —Se sigue riendo de las agudezas que nos ha regalado hace unos instantes.

Me lo llevo a un aparte para que nadie nos oiga. Soy de las cree que se ha de felicitar en público y reprender en privado.

—Ahí fuera todavía está el amigo de la víctima con Valdés y Morales tomándole declaración —le digo en voz baja y clavando mis ojos en los suyos— y ha debido de oír todas las exquisiteces que se te han ocurrido. Eres subinspector del Cuerpo de la Policía Nacional, por lo tanto, la

imagen que proyectas es la imagen de todos nosotros. Un solo comentario más de ese calibre y pido al comisario que te saque de mi brigada. ¿Me has entendido?

—Perfectamente, jefa. —Está rojo de rabia—. ¿Puedo seguir con lo mío?

—No. Seguirás cuando yo te lo ordene. Y otra cosa. Sé que te jode, y mucho, estar a las órdenes de una mujer, pero es lo que hay. Con tu historial es esto o pedirte una excedencia hasta que yo me jubile. Y te aseguro que me voy a encargar de que me veas la cara todos los días. Ahora sí, puedes seguir con tu trabajo.

—A la orden, jefa.

Sanz se cuadra y vuelve al dormitorio. No se vuelve a oír una sola palabra soez más. Lo que sí se oye es un teléfono que no para de sonar una y otra vez. Delmor aparece en el salón con un móvil.

—Es de la víctima. —Me lo tiende. También me da un guante de látex, me lo pongo y me quedo con el teléfono. En la pantalla leo: Pepito Alhaja.

—Inspectora jefa Vergara. Brigada de Homicidios y Desaparecidos, dígame —contesto.

—Perdón. Creo que me he equivocado —contesta Pepito.

—Si está llamando a Arnaldo Villafañe, no se ha equivocado.

—¡Ay, por Dios! ¡Qué le ha pasado! —gime.

* * *

Pepito está sentado delante de mi mesa llorando a moco tendido. Al pobre hombre se le ve muy afectado. Le doy un pañuelo de papel para que se limpie el agüilla que está a punto de caer sobre uno de mis informes.

—Entonces me confirma que estuvieron juntos en torno a las doce de la noche —insisto.

—Sí —suspira.

—¿A qué hora se despidieron? —pregunto. Tengo que comprobar que a ninguno de los dos le dio tiempo a regresar al teatro y cometer el asesinato.

—Al día siguiente. Pasamos la noche juntos. Nada más acabar la función, metí a Juanita en un taxi y me fui a su casa. Él ya estaba allí con Vladimir...

—Que es...

—Un chulazo que conoció una noche en Chueca. Un chapero —me explica.

—¿Cómo puedo localizarlo para confirmar su declaración?

—No tengo su teléfono, pero supongo que estará entre los contactos de Arnaldo. —Al decir el nombre de su amante muerto vuelve a llorar a lágrima viva.

Me levanto y voy al expendedor de agua. Lleno un vaso de plástico. Vuelvo y se lo entrego. Me agradece el gesto con una sonrisa desolada.

—Bien, pues esto los exculpa de la muerte de Luz Pavones —lo tranquilizo—. Lo que no comprendo es ¿por qué Villafañe se ha quitado la vida?

—No sé... Miedo... Vergüenza... ¡Qué sé yo! —Se suena estrepitosamente los mocos mientras gesticula con las manos—. Vivía aterrado por que su madre se enterase de que era maricón.

Pepito rompe a llorar. Al verlo tan afectado, supero mi aversión a rozarme con desconocidos y acabo dándole un abrazo para consolarlo, como quien consuela a una viuda. Una exageración el llanto de este hombre teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaban de relación. De hecho, lo suyo solo era sexual, pero cada cual gestiona los afectos y las pérdidas como puede. Por fin consigo que se calme y nos despedimos con la promesa de que, si sabe algo de la Fullnes, me llamará.

Me acerco a la sala de reuniones y tacho su foto y la de Villafañe. Belmonte me entrega una Coca-Cola Light. Sabe que soy adicta.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Vuelta a empezar. El caso sigue abierto y con la Fullnes en cabeza de lista.

Suena mi móvil. Una foto de mi madre con una sonrisa de oreja a oreja y una copa de cerveza en la mano ocupa toda la pantalla.

—¿Mi madre a estas horas? —Me resulta tan extraño que me invade un mal presentimiento. Descuelgo—. Dime, mami.

Su voz intenta contarme algo, pero no puede porque se ahoga en llanto.

—¿¡Qué te pasa, mamá?! —le digo asustada. Se me seca la boca y noto un nudo en el estómago. Belmonte me hace gestos para que le diga qué pasa.

—Hija, el niño... No puedo con él. Está hecho una fiera, tirando cosas y rompiéndolas...

—¡Voy para casa! Tú sal de ahí. Ve a casa de Mila y quédate con ella. Yo llego enseguida. — Cuelgo y voy hacia mi mesa para coger el bolso.

—¿Qué pasa? —Belmonte me mira alarmado.

Yo salgo pitando al rellano sin contestarle y bajo las escaleras como si me hubieran puesto petardos en los pies. El corazón se me va a salir por la boca. Solo quiero llegar cuanto antes.

La media hora en coche que separa la comisaría de mi casa me parece una vida. Por el camino han pasado por mi cabeza todo tipo de tragedias. Por una vez, tengo suerte y aparco justo en la puerta. Cuando voy a abrir, aparece Jacinto. Está más ebrio de lo habitual.

—Jefa, tengo que decirle una cosa. —Se me pone delante para impedirme que avance.

—Lo siento, Jacinto, pero ahora no tengo tiempo —le digo con aspereza por los nervios de ver qué me espera en casa. Intento no aspirar el aliento fétido a alcohol y suciedad que exhala el indigente por su boca.

—Es muy importante... —insiste.

—¡Ahora no, Jacinto, joder! —le grito mientras lo aparto. Me meto en el portal y le doy con la puerta en las narices.

A pesar de mi ansiedad, al instante me arrepiento de haberle hablado así. El pobre no tiene la culpa. Pero es que, cuando le ocurre algo a mi familia, soy incapaz de mantener la compostura.

Atravieso el enorme patio ajardinado que da acceso a los portales. Entro en el mío y me meto en el ascensor.

—Venga, venga, venga —digo en voz alta como si de esta manera el ascensor fuera más rápido. Por fin llego a mi piso. No se oye ni un ruido. Diego, por alguna extraña razón, se ha debido de calmar. Cuando estoy abriendo la puerta, oigo que Mila descorre el cerrojo de la suya. ¡Ni hablar!, pienso, ahora no puedo entretenerme a contarte si la Pavones ha dejado una herencia millonaria o...

—Lola, tu madre está bien. —Es lo primero que oigo salir de la boca de Mila y me dan ganas de abrazarla—. Ahí la tienes sentadita —me dice abriendo su puerta de par en par.

Entro y al verla me siento conmovida. Acabo de darme cuenta de que la mujer con clase, bien vestida, conjuntada y subida a unos tacones cuya imagen permanecía en mi cabeza de manera inconsciente, como una fotografía en blanco y negro, se ha convertido de repente en una viejecita vulnerable que llora encogida en el sofá de mi vecina.

—Mamá. —Se levanta y viene a abrazarme sin parar de llorar. Como una niña. Le acaricio la cabeza para consolarla—. Chist, tranquila, ya estoy aquí. Dime dónde está Diego. ¿Qué ha pasado?

Mi madre no puede explicarse porque el llanto no se lo permite, así que Mila se convierte en la narradora de un acontecimiento que sabíamos que podía ocurrir, pero del que no supimos calcular la magnitud.

—Diego estaba en su habitación con la música a todo trapo. El de abajo ha subido a pedirle que la guitarra porque esta semana tiene turno de noche y no lo dejaba dormir. Tu madre le ha dicho al niño, por las buenas, ¿eh?, que bajara un poquito el volumen. Y él ha estampado el ordenador contra el suelo y después ha empezado a cargarse todo lo que se le ha puesto por delante. Pero todo, ¿eh? Un desastre. El caso es que, viendo el panorama, el de abajo se ha ido —concluye Mila.

—Voy a hablar con él.

—Se lo ha llevado su padre a La Paz. Es que tu madre, la pobre, os ha llamado a los dos —aclara mi vecina.

—Se ha hecho un corte enorme en la mano. —Mi madre sigue gimiendo y la abrazo intentando tranquilizarla—. ¡Ay, mi niño! —Está descompuesta. Es la primera vez que ve a su nieto tan fuera de sí.

Mis hormonas no me dan tregua y me entra un sofoco. ¡Qué agobio, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer ahora con Diego? Fernando y yo sabíamos que llegaría el día en que nuestra familia saltaría por los aires. Y ese día es hoy.

PUESTA EN ESCENA

Andrea estaba de muy de mal humor. La había despertado el timbre del telefonillo. Se puso la bata de raso negro con pájaros bordados y bajó las escaleras como una exhalación. Cuando alguien insiste de esa manera es porque sucede algo. Y no bueno precisamente. El primero en quien pensó fue en el hermano de Antón. Llevaba años metiéndose veneno en las venas y era consciente de que cualquier día aparecería muerto en alguna cuneta de la M-40. Respiró hondo preparándose para recibir la funesta noticia de boca de una pareja de policías o de guardias civiles. Abrió. Era el cartero, traía una carta certificada para su marido. ¿Dónde estará este hombre?, se preguntó mientras firmaba tratando de no hincar la uña en la pantalla del datáfono. A saber... No le dio más importancia. Las sienes le latían y empezaba a ver esas lucecitas que presagiaban que estaba a punto de disparársele la migraña. Anoche había acabado la función tan cansada y tan tensa como de costumbre; no era agradable ver cómo Luz machacaba sistemáticamente a Juanita. Ya en casa, se había limpiado a fondo el maquillaje y había caído en la cama a plomo. A pesar de haber dormido casi ocho horas, le pesaban los ojos y el cuerpo. Se despidió del cartero cerrándose la bata, incómoda por la mirada del funcionario clavada en su escote. Miró el sobre. El remitente era ASNEF. Su marido y ella siempre se habían dado permiso para abrir la correspondencia que llegara a la casa; entre ellos no había secretos. Al menos, no hasta ese momento. Rasgó el sobre y leyó: «Estimado señor Bolón, le comunicamos que tras los infructuosos intentos de ponernos en contacto con usted con objeto de satisfacer la deuda de treinta mil euros cargados en su tarjeta Visa número tal y tal, con fecha de caducidad tal, correspondientes a los meses..., procedemos a incluir sus datos en el fichero de ASNEF a partir de la fecha de la presente comunicación. Asimismo, le informamos de que emprenderemos las acciones legales oportunas para satisfacer en su totalidad la cantidad adeudada. Atentamente».

Andrea no entendía qué significaba aquello. Estaba segura de que se trataba de un error. Ni su marido ni ella habían gastado tal cantidad en esas fechas. ¿Y qué era ASNEF? ¿Y por qué incluían a Antón en sus ficheros? Encendió el ordenador y tecleó «ASNEF». Lo que apareció en la pantalla le confirmó que se habían equivocado de destinatario.

—ASNEF —leyó en voz alta—. Asociación Nacional de Establecimientos Financieros de Crédito.

Ellos no habían pedido un crédito en su vida. El coche se lo habían regalado a Andrea sus padres y el chalé en el que vivían era alquilado. No obstante, a la espera de que llegara Antón, siguió leyendo. Descubrió que aparecer en los ficheros de ASNEF significaba figurar en una lista negra de morosos, lista que consultaban no solo los bancos, sino las compañías de la luz, gas o telefonía antes de dar de alta a sus clientes. También averiguó que un moroso no podía disponer de una tarjeta de crédito, por lo que le sería imposible, por ejemplo, hacer ciertas operaciones *online* o alquilar un coche, ya que las fianzas eran astronómicas. ASNEF era una empresa española, pero la había comprado una entidad estadounidense que operaba en varios países y que se encontraba en plena fase de expansión. O sea, pensó Andrea, pobre del que esté metido en esta lista, porque la sombra de la morosidad lo perseguirá por el mundo entero. En ese momento oyó la cerradura de la puerta de la calle y vio entrar a su marido.

—Pero, mi amor, ¿qué haces despierta tan pronto? —dijo Antón plantándole un beso en el cuello—. ¡Qué bien hueles recién levantada!

Aunque llevaban más de veinte años casados, la pasión seguía presente porque no habían dejado de admirarse el uno al otro. Gran parte de esa admiración partía de la burbuja que habían creado a su medida, en la que vivían convencidos de que formaban parte de la élite artística del país. Ella, de las artes escénicas. Él, de las plásticas.

—Me ha despertado el cartero. Ha traído este certificado. —Andrea le entregó la carta y Antón palideció al leer el membrete—. ¿Qué pasa? —preguntó tomando conciencia de que no se trataba de un error.

—Ven. —Antón se sentó en el sofá y dio unas palmaditas en el cojín para invitarla a que se sentara su lado.

—¿Qué pasa, cariño? Me estás asustando. —Andrea se sentó junto a él y este le agarró las manos.

—Pensé que podía solucionarlo antes de que te enteraras, pero...

Bolón no pudo acabar la frase y se echó a llorar. Ella, muy angustiada, lo abrazó.

—Sea lo que sea, pase lo que pase, lo vamos a superar juntos. ¿De acuerdo, mi amor? —Andrea lo consolaba con el mismo tono cariñoso con el que consolaba a sus hijos.

Antón intentaba explicarse sin éxito. Apenas decía una palabra y volvía a hundirse en un llanto desesperado. Consiguió dominarse.

—Sí, debo treinta mil euros de la Visa —confesó.

—¿Pero en qué has gastado esa cantidad! Antón...

—En el bingo.

—¿Cómo que en el bingo?! —le gritó iracunda. Se habían terminado los «mi amor» y lo de «superarlo juntos». Estaba fuera de sí. ¿Cómo era posible que se hubiera gastado cinco millones de pesetas en el bingo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Estas y otras preguntas fueron brotando de su boca sin dar opción a que él las contestara. Antón solo acertaba a decir: «Perdóname, por favor, perdóname». Pero Andrea no se conformaba con

una disculpa, quería saber, necesitaba comprender.

—Empecé jugando una tarde a la semana, para distraerme mientras tú ensayabas en el teatro. Al principio ganaba algo. Un día se me dio bien y saqué tres mil euros. Ya estaba harto de que solo tú trajeras dinero a casa, así que vi en el juego mi tabla de salvación. Pero me equivoqué. Los tres mil euros volaron en una semana. Empecé a ir a diario y a sacar dinero con la Visa, pero siempre perdía y no podía reponerlo. La deuda fue creciendo. Pero te juro que nunca pensé que acabaría en una lista de morosos. Jamás.

—Y ahora de dónde vamos a sacar esa pasta, ¿eh? ¿De dónde? ¡Joder, Antón! ¿En qué estabas pensando?

Él no contestó. Su ludopatía no le había dejado ser consciente del aumento de su deuda.

—¿Cómo no me he dado cuenta? —se lamentaba Andrea, que en ese momento no podía mirar a su marido a la cara—. Esto me pasa por delegar en ti los asuntos económicos.

—Perdóname —insistía Antón—. Sé que necesito ayuda. Te juro que voy a cambiar. —Antón volvió a derrumbarse. Se sentía como una mierda.

Andrea lo dejó llorar y, sin decir palabra, se fue a la cocina a preparar una tila para cada uno. Se la tomaron en silencio.

—Bien —dijo ella cuando notó que su pulso y su respiración volvían a los parámetros normales—. De nada sirve lamentarse. Ahora lo que tenemos que hacer es solucionarlo cuanto antes.

Se levantó y se sentó delante del ordenador.

—¿Cómo? —preguntó el marido.

Ella no respondió, solo aporreaba las teclas frenéticamente. Cuando acabó le contó cuál era el plan.

—Te acabo de convertir en un pintor de prestigio internacional por obra y gracia de la Wikipedia. Necesito que pintes, dentro de tu estilo, cuadros de mujeres muy famosas: desde Paris Hilton a... ¡yo qué sé!, Jennifer López. Me da lo mismo, tú eliges. Pero tienen que ser verdaderas top.

—¿Para qué?

—Lo sabrás en su momento, Antón. Ahora no estoy para interrogatorios. Pinta esos cuadros cuanto antes, hazles unas fotos y mándamelas al correo. ¿De acuerdo?

Bolón asintió en silencio. No sabía qué le dolía más: haber provocado la ruina de la familia por su mala cabeza o que Andrea lo tratara con una frialdad que nunca había apreciado en ella.

* * *

Belmonte y Valdés acaban de dejar el coche en el aparcamiento público de la plaza de la Cebada. Apesta a sangre descompuesta que se cuele por algún conducto de ventilación conectado con la zona de desechos del mercado.

—Si está aquí la jefa, con ese olfato de perro que tiene, la sacamos en camilla —dice el inspector viendo que su compañera está pinzándose la nariz con dos dedos.

A Belmonte le gustan esos pequeños gestos de Valdés. Ella se da cuenta de que no le quita ojo.

—¿Qué? —le pregunta recelosa.

—Nada. —Hasta que sea tan susceptible le hace gracia.

Alberto, se dice, para el carro, chaval. Que te estás quedando pillado.

Cuando salen a la calle, ambos agradecen esa bocanada de aire que les limpia las fosas nasales de partículas hediondas. Avanzan hasta el semáforo para cruzar a la acera del teatro La Latina en cuya fachada destaca el cartel rojo sangre de la obra *Fedra*. La mirada profunda y el pelo ensortijado de Lolita Flores ocupan toda la parte izquierda. A la derecha, el resto del reparto: Juan Fernández, Crispulo Cabezas, Eneko Sagardoy y Tina Sainz.

—*¡Fedra!* Cómo me gustaría venir a verla —comenta Valdés—. ¡Pedazo de actores! ¡Y Lolita! Me encanta desde que la vi en *Rencor*, la peli con la que ganó el Goya, ¿te acuerdas, Belmonte?

—Sí. Como si fuera ayer —disimula él—. Así que eres otra loca del teatro, como la jefa.

—¿Es que a ti no te gusta?

—Sí, sí... —miente—. ¡Muchísimo!

Si quieres un día te invito a verla y luego nos damos una vuelta o tomamos una copa, fantasea él sin atreverse a expresarlo en voz alta.

Cruzan el semáforo y la subinspectora señala una farola.

—Esta debe de ser la papelera donde el indigente encontró el teléfono de la víctima. ¿Qué pasó con eso? ¿No iba a hablar Vergara con él?

—Supongo que estará en ello —contesta Belmonte regresando de su cita imaginaria.

Caminan hasta la puerta lateral. El inspector llama al timbre y poco después aparece el encargado al otro lado de la cristalera. Saluda agitando la mano. Es un hombre muy afable.

—Pasen, pasen.

—¿Qué tal si tomamos un café? —dice el inspector.

—Si es aquí mismo, en LaLina, se lo acepto. Esta tarde tenemos función y no puedo despistarme —contesta el anciano.

—¡Claro! Eso iba a proponerle. —Avelino sale, cierra la puerta tras de sí y señala el gastrobar—. Por cierto, ella es la subinspectora Valdés. También trabaja en el caso Pavones.

—Encantado, subinspectora —dice Avelino—. Da gusto ver qué jóvenes son ustedes. Mejor. Así correrán más detrás de los malos, ¿verdad?

Los tres se ríen mientras entran en LaLina. El objetivo de Belmonte es sentarse en la misma mesa y en la misma posición en que se sentaron Socorro y el encargado la noche en que asesinaron a Luz Pavones. Quiere comprobar si pudieron ver pasar al asesino. No hace falta que se lo pida. El local está casi vacío a esas horas y Avelino va directo a una mesa; Belmonte sabe que es *su* mesa. La gente es de costumbres, sobre todo cuando frecuenta un local. El anciano se sienta en la

primera mesa de la izquierda, de espaldas a la puerta de la calle. Enfrente debió de sentarse Socorro.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarles —se ofrece el encargado después de pedir tres cafés al camarero.

—Aparte de usted, ¿quién más tiene llaves de las puertas del teatro? Me refiero a las que dan a la calle —pregunta Belmonte.

—Yo, desde luego —entorna los ojos para hacer memoria—, el propietario, claro está, su secretaria... Pero esa noche ninguno estaba aquí. No, las llaves no las tiene nadie más —afirma tajante.

—¿Nadie más? —insiste Belmonte.

—Nadie más.

—¿Y Socorro Pavones? —pregunta Valdés.

—No. ¿Por qué iba a tenerlas? —se extraña el encargado.

—Porque era, junto a su hermana, la última en salir cada noche, ¿no?

—No. El último siempre soy yo. Si la llamaba la difunta para cualquier bobada, yo le dejaba la mía. Ella iba, la atendía e inmediatamente me la devolvía.

Belmonte y Valdés se miran. Ambos acaban de pensar lo mismo. ¿Y si Socorro la mató y volvió como si nada?

—La noche que murió Luz, ¿se la pidió? —pregunta Belmonte.

—Socorro no se movió de aquí desde que llegamos, después de la función, hasta que volvimos, hartos de esperar a que acabara. Y fíjense el panorama que nos encontramos. Bueno, que se encontró la pobre.

—Ya... —asiente Valdés intentando comprender cómo se las apañó el asesino para acceder—. ¿Cree usted que es posible que alguien se quedara escondido dentro del teatro mientras ustedes estaban aquí?

No le da tiempo a acabar la pregunta.

—¡Imposible! —contesta Avelino ofendido—. Que sepa usted, subinspectora, que nadie entra ni sale de ahí sin que yo me entere. Es parte de mi trabajo. Como también le digo que después de cada función reviso hasta los aseos de señoras, por si se ha quedado alguna encerrada. No. Esa noche Luz estaba sola en su camerino con el teatro cerrado a cal y canto.

—En cualquier caso, y disculpe la insistencia, de alguna forma tuvo que entrar el asesino —dice Belmonte apoyando a la subinspectora—. Me consta que aquella noche mis compañeros pusieron el teatro patas arriba, pero a lo mejor se les pasó una cerradura un poco forzada...

—¡Y dale, Paco! —contesta castizo—. Les estoy diciendo que es imposible. ¿Cómo entró el asesino? Ni idea, pero con mis llaves desde luego que no. E insisto en que se olviden de Socorro —asevera Avelino entendiendo a dónde quieren llegar los policías—. Ella no la mató, a no ser que lo hiciera por telepatía, porque estuvimos aquí juntos todo el rato. Se lo dije aquella noche y

se lo repito ahora. Y en cuanto a la llave, insisto: la tengo yo y solo yo. Claro que a lo mejor su visita es porque sospechan de este humilde anciano.

Pero no. La policía nunca ha sospechado de él; la autopsia confirmó que el asesino era bastante más alto, más fuerte y, desde luego, más joven.

* * *

Bolón pintó en un tiempo récord cuatro retratos de cuatro celebridades muy conocidas a nivel internacional por diversos méritos: Melania Trump, Monica Bellucci, Oprah Winfrey y Penélope Cruz. Los pintó como quien hace churros, los cuatro a la vez: daba los primeros brochazos a uno y mientras lo dejaba secar empezaba el siguiente. No le costó apenas. No había un solo trazo artístico en sus creaciones, sino una carrera desesperada por conseguir el dinero suficiente que lo sacara de la lista negra para continuar con su vida. Cuando acabó, como le había indicado su mujer, les hizo unas fotos y se las mandó a Andrea por correo.

—Has hecho un buen trabajo. Monótono, pero bueno —lo felicitó Andrea mientras remataba la primera parte del plan: anexar las imágenes en el perfil de Wikipedia de su marido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bolón, que desde el día en que había llegado la maldita carta se había sometido por voluntad propia a los designios de su mujer. No tenía muy claro si lo había perdonado o si lo haría en un futuro; lo que sí sabía es que ya no gozaba de su admiración y que Andrea era mucho más fuerte de lo que su fragilidad física proyectaba.

—Ahora lanzamos el anzuelo y a esperar a que piquen. Para eso, tú tendrás que poner de tu parte —le contestó.

—¿Quieres que pinte más retratos? Estoy agotado.

—No. Ya te diré en su momento lo que debes hacer.

En efecto, no pasaron muchos días hasta que ella le pidió que la acompañara al teatro. Quería que sus compañeras lo conocieran. A partir de ese momento, debía comportarse en público como si fuera un genio, un excéntrico, un loco. De su actitud dependía, en gran parte, el éxito de la segunda fase del plan.

—Soco, qué bien que estés aquí. —La Fullnes llamó su atención en cuanto vio que entreabría la puerta para acceder al camerino de Luz. Le llevaba el café de LaLina que tomaba cada día antes de prepararse para la función—. Quiero presentarte a mi marido. Antón, esta es Socorro, la hermana de Luz.

Antón, histriónico, le cogió la mano y se la besó con una leve inclinación de cabeza, lo que causó en la gemela una grata impresión. No estaba acostumbrada a tratar con hombres de modales tan refinados.

—Le diría que entrase a presentarle a Luz, pero aún no está vestida —le dijo ella.

—Ya habrá ocasión. Solo dígame cuánto la admiro —respondió Bolón en un tono de voz lo suficientemente alto y engolado como para que la aludida lo oyese.

—Es cierto —lo apoyó su mujer—. Antón no para de repetir la suerte que tengo de trabajar con ella.

—Es absolutamente brillante. De lo mejor que tenemos en la escena española actual, con tu permiso, querida —apostilló Bolón guiñándole un ojo a su mujer.

—Al final, voy a acabar poniéndome celosa.

El ego de la diva fue incapaz de resistirse a la adulación de esa voz masculina que sonaba tan distinguida. Se anudó la bata y salió.

—Soco, ¿y mi café? ¡Uy! ¿Interrumpo? —Luz fingió sorprenderse al verlos en su puerta.

—No, al contrario. No te imaginas la alegría que le das a mi marido, ¿verdad, cariño? —Andrea exageró un entusiasmo que nunca le había producido esa advenediza de la televisión.

Antón tomó la mano de Luz entre las suyas y desplegó la misma coreografía de caballero trasnochado que acababa de representar hacía unos instantes.

—Es un placer y un honor conocerla, doña Luz.

—Lo mismo —contestó Luz, que manejaba fatal el intercambio de cortesías—. Y no me hables de usted, y con «doñas», que me haces vieja.

—¿Puedo pedirte algo, *darling*? —preguntó Bolón fingiendo sentirse halagado por la confianza que le acababa de otorgar la diva.

—De todo menos dinero, como dicen en mi pueblo —replicó Luz volviendo a su línea ordinaria habitual. Iba en su naturaleza. Después se echó a reír y todos se unieron.

—¿Te harías una foto conmigo? Es para dar envidia a mis amigos. No se conoce a una dama como tú todos los días. Nada menos que la gran Luz Pavones —siguió adulándola, consciente de que ella estaba cada vez más receptiva—. Aunque, bueno, ya saben que trabajas con mi mujer.

—Más bien ella trabaja conmigo, que la actriz principal soy yo —escupió ella entre risas.

—¡Eso! —Bolón simuló que le había hecho mucha gracia.

Andrea, a quien la aclaración le supo a cuerno quemado, enarboló su teléfono mientras Antón agarraba a Luz por la cintura. Disparó justo cuando la Pavones entornó los ojos. Andrea miró la foto y sonrió satisfecha.

—¡Guapísimos! —dijo guardando el teléfono sin mostrársela.

—Seguro que parecemos la bella y la bestia —bromeó Bolón—. ¿Sabes una cosa, mi querida Luz? Tu belleza es tan... perturbadora y tus rasgos tan definidos y delicados que me inspiras, y te confieso que no me pasa a menudo.

—Oye, que tu marido me está tirando los trastos delante de tus narices. ¿No le vas a decir nada? —Otra impertinencia revestida de broma.

—Mi marido es un alma libre, y contra eso ¿qué voy a hacer yo? Es pintor, un artista. Retrata a gente muy importante, pero solo a quienes le transmiten algo. Y parece que tú eres una de las elegidas. ¿Cómo voy a cortarle las alas? ¿Cómo castrar su talento creativo?

Antón hizo un gesto con la mano restándose importancia.

—¿Ah, sí? ¿Y a quién ha pintado? —se interesó Luz, cuyo ego estaba ya sobrealimentado al

considerarse una celebridad digna de su pincel.

—Mira —Andrea le enseñó en su móvil la página de Wikipedia donde aparecían los cuadros de las cuatro vips en toples que su marido acababa de pintar—. Ahora está retratando por encargo a la reina de Inglaterra.

—Cariño, le prometí discreción —contestó Bolón, que no esperaba esa improvisación—. El cuadro de su majestad es un poco... diferente a mi estilo característico —explicó a las hermanas Pavones—. Debido a su avanzada edad y en atención a su regia dignidad, en lugar de dejarle el busto al aire lo he cubierto con un manto de armiño.

—¡Mejor! —concluyó Luz—. ¿Qué necesidad tiene esa mujer de lucir dos globos desinflados, por muy *reales* que sean?

La impertinencia de esta mujer no tiene límites, pensó Andrea. Entonces se produjo el milagro de forma natural.

—Y si yo te encargo que me pintes, ¿cuándo estaría listo? —propuso Luz para satisfacción del matrimonio—. Aunque desde ya te digo que yo no tengo tiempo para estar posando con las tetas al aire. —La tenían en el bote.

—Luz, por favor —la reprendió Socorro avergonzada.

—Pues... —Bolón fingió repasar su agenda mentalmente mientras, con disimulo, miraba a su mujer de reajo—. El retrato de su majestad ya está casi terminado. Podría ponerme contigo digamos que... en un par de días.

—¿Y lo del posado? ¿Cómo lo hacemos? —quiso saber la Pavones.

—Como con todos los personajes relevantes que he tenido el honor de plasmar en mis lienzos: me das una fotografía en la que te veas favorecida...

—... Y Antón pone todo su talento para immortalizarte —remató Andrea.

—¡Hecho! —convino Luz—. Soco, encárgate de darle la foto del cumpleaños de madre. Esa en la que estoy tan guapa.

Lo tuyo no es la humildad, pensó la Fullnes encantada porque su plan estaba funcionando al milímetro.

Tres semanas más tarde, Bolón ya tenía listo el retrato. Quedaron en que se lo llevarían en persona un sábado por la tarde. Para hacer más creíble la puesta en escena, Bolón contrató a un par de transportistas que cargaron el retrato en una furgoneta y lo llevaron a la hora convenida a la dirección que les había facilitado el pintor. Cuando sonó el telefonillo, el matrimonio ya llevaba un buen rato en casa de las hermanas.

—¡Ya están aquí! —exclamó Andrea—. Antón, tienes que decirles a tus chicos que sean más puntuales con las entregas. No pueden hacer esperar a alguien como Luz.

—Cierto, mi amor. Querida, te ruego que los disculpes. Espero compensarte el agravio con un retrato digno de ti.

—Eso espero yo también. —Luz estaba emocionada por pasar a formar parte del círculo exclusivo de mujeres retratadas por el artista—. Estoy nerviosa y todo. ¿Saldrá también mi retrato

en internet?

—*Of course, my friend!* —aseguró Bolón.

Sonó el timbre de la puerta y Socorro fue a abrir. Los mozos entraron cargando el lienzo con cuidado, tal y como les habían indicado antes de pagarles los cincuenta euros convenidos. El cuadro estaba envuelto en papel de embalar de color marrón. El artista les pidió que lo dejaran donde quisiera la actriz y el retrato acabó en mitad del salón. Había llegado el gran momento.

—Por favor —dijo Antón a las hermanas—, os voy a rogar que os sentéis en el sofá para que lo miréis con perspectiva. Es fundamental enamorarse de mi obra al primer golpe de vista.

Las dos obedecieron. Andrea también se sentó junto a ellas.

—¿Preparadas, *ladies*? —preguntó Bolón haciendo unos aspavientos que no eran más que una mala caricatura de Dalí.

—¡Venga! —apremió Luz.

Bolón rasgó el papel y dejó al descubierto el retrato. La sonrisa de admiración de Andrea contrastaba con las de las dos hermanas. Ninguna dijo nada, así que fue el pintor quien rompió el silencio.

—¿Y bien? ¿Qué te parece, Luz?

—Una puta mierda —soltó esta sin darse más tiempo a la reflexión.

—¿Perdón? —Andrea fingió sentirse muy ofendida—. ¿Quieres decir que no te gusta?

—¿Cómo me va a gustar este mojón? —insistió la Pavones—. ¿Pues no veis que me ha pintado las tetas estrábicas? ¿Eh, Soco?

La hermana, abochornada, en parte por la reacción de Luz y en parte porque a ella también le parecía que el cuadro era un espanto, solo acertó a ir a lo práctico y dar carpetazo al asunto.

—Y... ¿cuánto se debe por el encargo?

—Sesenta mil euros —contestó Andrea, aliviada porque empezaba a sospechar que iban a salir de allí con las manos vacías—. Por ser vosotras, porque a Su Majestad le pasamos un presupuesto de ciento cincuenta mil libras esterlinas, más de ciento setenta mil euros.

—Pues la habéis tangado —espetó Luz—. Yo no pienso daros más de quinientos pepinos. Que una no se ha gastado diez mil euros en ponerse pecho para acabar retratada con una teta mirando *pa* Bilbao y la otra *pa* Tarifa.

—¡Esto es inadmisible! —Bolón alzó la voz azuzado por su mujer que no hacía sino mirarle para que reaccionara.

—No te preocupes, cariño. Nos llevamos tu obra ahora mismo. —Andrea estaba interpretando el papel de su vida—. En cuanto a ti —dijo dirigiéndose a Luz—, todo el mundo se va a enterar de lo que has hecho. —Después miró a Socorro—. ¿Pues no pretende pagar quinientos cochinos euros por un Bolón? ¡Por favor!

Luz no reuló y se enfrentó al matrimonio con toda su artillería. Soltaba bombas verbales en las que el epíteto más suave era «chorizos».

Socorro intentó mediar con su diplomacia habitual, pero los gritos ya se oían desde el rellano.

Entonces se abrió la puerta y entró Fidel.

—¿Qué cojones está pasando? —Se acercó a Bolón y lo cogió por las solapas de la americana—. Tú a mi madre no le gritas, y menos en su propia casa, porque te arranco la cabeza a hostias.

—¡Soco! ¡Dales el puto cheque y que se larguen! —ordenó Luz.

Socorro escribió la cantidad de quinientos euros y se lo tendió a Andrea que, por un momento, creyó que le estaba pagando la cantidad exigida. Al ver que no era así, se afanó en arrancar a su marido de las garras de Fidel.

—Vámonos de aquí, Antón —dijo Andrea cuando Bolón logró zafarse de aquel energúmeno.

El pintor salió de allí maltrecho; en la refriega, Fidel le había arrancado una de las solapas de la americana.

—¡Qué hijo de puta! —protestó intentando colocársela—. Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —Estaba desolado.

—Ya se me ocurrirá algo —lo tranquilizó ella. La ira no la dejaba pensar—. Te aseguro que esta no se va a ir de rositas después de habernos humillado. No tenemos prisa, pero te juro que o cobramos nosotros o cobra ella...

LAS CONSECUENCIAS DE LAS DECISIONES

Después de curarle la herida que se hizo durante su ataque de cólera, trasladaron a Diego a planta, a la unidad de Psiquiatría Pediátrica de La Paz. Le metieron en vena un cóctel molotov que lo mantuvo tranquilo. Cuando llegué, estaba durmiendo. Su padre permanecía a su lado. Al entrar, Fernando vino a abrazarme. Fue un abrazo apretado, silencioso y prolongado, uno de esos que solo nacen cuando estás enamorado o cuando necesitas apoyarte en el otro para creer que todo va a ir bien. El primero siempre acaba con un beso profundo; el segundo termina sin más. Y así finalizó el nuestro cuando Sonia, la psiquiatra que atiende a mi hijo desde hace años, abrió la puerta de golpe.

—¡Perdón! —dijo incómoda al ver que había interrumpido un momento de intimidad—. Venía a ver si necesitabais algo.

Se acercó a mí y, cariñosa, me plantó dos besos.

—¿Cómo está? —le pregunté ladeando la cabeza hacia la cama.

—Bajo control, pero ya sabéis que puede haber más brotes como el de hoy —contestó mirándonos de forma alterna a Fernando y a mí—. Llegados a este punto, lo mejor, por su seguridad y por la vuestra, es internarlo.

Me limité a asentir. Efectivamente era lo mejor que podíamos hacer. Fernando y yo llevábamos años retrasando tomar esa decisión, pero para qué esperar más.

—Es que ni siquiera hemos buscado una residencia —dije.

—Por eso no os preocupéis —nos tranquilizó la psiquiatra—. Yo puedo recomendaros una. Es de unos amigos. De toda confianza. De hecho, yo también paso consulta allí.

—Es que así, tan de repente... —Sentí que me iba arrepintiéndome por momentos.

—Vamos a hacer una cosa —nos propuso la doctora—. Id a casa y descansad. Mañana seguro que lo veis con otra perspectiva. Diego aquí va a estar bien. Lo tendremos sedado unas horas. Nosotros nos encargamos, ¿de acuerdo?

—¿De acuerdo? —me preguntó Fernando mirándome con gesto agotado.

—Vete tú. Llevas aquí metido veinticuatro horas de guardia —le contesté—. Yo prefiero quedarme con él. Mañana, si quieres, vienes y me relevas.

Fernando asintió sabiendo que cuando tomo una decisión es irrevocable. Además, necesitaba

estar al lado de mi hijo porque me sentía culpable por no haber pasado más tiempo con él, por no haber sabido gestionar su enfermedad, por no haber estado a la altura como madre. Otras en mi situación habrían dejado a un lado sus trabajos y su propia vida para volcarse en un hijo con este problema. Pero yo no. Primero, porque el cáncer me tuvo luchando a brazo partido por sobrevivir y no dejarlo huérfano prematuramente; y una vez superado, porque no tenía más remedio que trabajar para afrontar económicamente lo que acababa de llegar. Así que me quedé en un sillón junto a su cama purgando mis ausencias.

* * *

Esta mañana, mi hijo sigue sedado con el doble objetivo de que no se altere y de que no se quite los vendajes. Le han puesto una sonda para la orina y dos auxiliares han pasado a asearlo. Me siento a su lado y lo miro. Soy consciente de lo mucho que lo quiero, pero también me doy cuenta de que es una bomba de relojería a punto de estallar. Y yo no puedo más. No me estoy rindiendo; simplemente, me resigno. A punto de entrar en un bucle de pensamientos negativos, cosa rara en mí, escucho un trotar en el pasillo, como si se acercara un batallón de caballería. Los pasos se detienen ante nuestra puerta y mis tres locas aparecen.

—Pero ¿qué hacéis aquí?! Ya os he dicho que Diego está bien.

—El niño sí —dice Verónica después de darle un beso en la frente y mesarle el cabello con la mano—, pero tú no. Así que vamos que nos vamos.

—¿A dónde? —me resisto—. He quedado en que no me movería hasta que llegase Fernando.

Les dan igual mis protestas. Marga me coloca la gabardina por encima de los hombros para que no me enfríe y Rosa me cuelga el bolso en el brazo derecho, sabe que desde la mastectomía no puedo llevar peso en el izquierdo. Las tres me sobreprotegen como si fuera una flor de estufa y eso que les he dicho mil veces que estoy curada; con una teta menos, pero curada, pienso mientras Verónica me empuja fuera de la habitación. Es inútil resistirse. Tenemos una especie de acuerdo tácito por el que, cuando una de nosotras está *chof*, las otras tres se convierten en un comando de rescate perfectamente entrenado para levantar el ánimo. La primera parte del protocolo consiste en volver loca a la afectada hablando sin parar de cualquier chorrada para dar sensación de normalidad. Así que, cuando entramos en el ascensor, me están poniendo la cabeza como un bombo; a mí y a las otras ocho personas, que se miran unas a otras sin dar crédito. Continuando con la segunda fase del plan, me arrastran hasta una cafetería cercana del hospital para que tome algo. No sé cómo se han dado cuenta de que desde ayer me he alimentado de bolsas de patatas fritas de la máquina. O tienen espías en todas partes o me conocen como si me hubieran parido.

—Haz el favor de comer un poquito —me dice Marga poniéndome delante una ración de calamares, un pincho doble de tortilla, un sándwich vegetal de dos pisos y una Coca-Cola Light. Con esto de la comida siempre es muy exagerada. Ella zampa como una lima; y encima casi no engorda porque camina un montón a diario. La odio.

—No puedo. Tengo el estómago cerrado. —Retiro los platos y abro la lata. La Coca-Cola se me derrama por la mano; debía de estar agitada.

Marga, solícita como una madre, coge un puñado de servilletas y me seca.

—¿Cuánto tiempo piensan tenerlo aquí? —Rosa está preocupada. Las cuatro somos como hermanas y eso nos convierte en tías de nuestros respectivos hijos.

La tercera fase del plan de salvamento empieza, como en las películas, con un «¿quieres que hablemos?».

—No saben, pero lo más probable es que, en cuanto le den el alta, lo ingresemos en una residencia. Al menos por un tiempo —digo para convencerme mientras bebo un trago enorme de Coca-Cola. Estoy tan cansada que ni la cafeína consigue que mi cerebro se ponga en marcha.

—Pero ¿por qué lo vais a ingresar? —pregunta Verónica, que aprovecha para meterse en la boca un pedazo de tortilla. Me gustaría ser como ella; no hay problema en el mundo que le quite el apetito.

—Porque se ha puesto peor que nunca. Ha dejado la casa como un solar, todo destrozado. Pensábamos que con la medicación estaría controlado, pero no —les explico—. Esta mañana me ha llamado mi madre porque ha encontrado un montón de pastillas escondidas en un cajón de su armario.

—¿Y eso? —pregunta Marga.

—Pues está claro que no se las ha tomado. Su psiquiatra ha dicho que él quiere ser como cualquier chaval de su edad y hoy en día ser adolescente, tener amigos y hacer botellón es todo uno. Él sabe que con su medicación no puede beber, así que nos la ha jugado. Lo que más me jode es que no me he dado cuenta.

—Bueno, bueno, tampoco te flageles, que eres muy aficionada a echarle todo a la espalda, ¿eh? —me regaña Rosa mientras resopla para evitar quemarse con un calamar ardiendo que se acaba de comer. Y tiene razón. Parece que hay una energía cósmica que ejerce sobre las mujeres una influencia fatal y que nos empuja irremediamente a asumir todos los errores de la humanidad —. Ay, hija, ¿y qué ibais a hacer? —sigue resoplando—. ¿Pedirle que abriera la boca para ver si se había tragado las pastillas?

—Exacto. Y haber estado un poco más pendientes su padre y yo. Pero como en este país lo de la conciliación familiar nos suena a chino y desde la crisis tenemos que trabajar más para ganar lo mismo, o menos, pues... se nos ha ido de las manos. Pero no podemos seguir así.

—¡Vaya plan! —Verónica se zampa un trozo de pan y un calamar. Marga le hace un gesto para que se corte—. Hija, si es que a mí los disgustos me dan hambre —se justifica. Marga le quita el plato y me lo acerca.

—Y para colmo de males, el puto caso de la Pavones me trae de cabeza —protesto—. ¡No tengo tiempo ni para cortarme las uñas de los pies, coño!

—Oye, ¿cómo va eso? —pregunta Marga intrigada—. ¿Ya tenéis alguna pista de quién la ha matado?

—De momento, nada. Pero, bueno, ya veremos qué pasa —zanjo el tema porque no me apetece lo más mínimo que empiecen a preguntarme detalles que no les puedo contar.

—¡Qué asco de vida! —protesta Rosa mientras pega un buen pellizco al sándwich para metérselo en la boca—. Yo creo que la culpa de todo lo que le pasa a esta generación la tiene el maldito alcohol. —Se ha quedado atascada en la conversación de hace dos minutos. Le ocurre a veces, sobre todo si se trata de algo que tiene que ver con su hija—. Estoy negra con eso, ¿eh? Tengo unas broncas de narices con Paula porque quiere salir de botellón hasta las tantas. Yo ya le he dicho que a las doce en punto cierro la puerta con la cadena y que, si no está en casa, duerme en el felpudo.

—Eso no te lo crees ni tú. —Marga le aparta el bocadillo—. ¡No eres capaz!

—¡Anda que no! Que me ponga a prueba y verá... ¿Es que los jóvenes de ahora no saben divertirse sin beber? Ni se imaginan el daño que se hacen a sí mismos.

Y el que pueden hacer a sus hijos en un futuro, pienso.

—¡Hay que joderse! —Verónica corta otro trozo de tortilla y me lo ofrece. Yo lo rechazo y ella lo engulle sin pensárselo dos veces—. Si no es por una cosa, es por otra; el caso es que no podemos vivir tranquilas. Tú con lo de ingresar al niño no te precipites, Lola. Ya sabes que estamos para lo que haga falta. Como si tenemos que turnarnos para quedarnos con él y con tu madre.

—Justo lo que necesitáis ahora vosotras. Pero os lo agradezco igual.

—¡Qué gracias ni qué nada! De todas maneras, ¡qué difícil es ser madre! Una lo hace todo lo mejor que puede, pero nunca sabe si acierta —dice Marga frunciendo el ceño al ver que las otras dos no paran de comer.

Verónica acaba de comerse un trozo de tomate que ha sacado del sándwich vegetal.

—Lola, come, que se lo van a acabar zampando todo estas dos —me dice Marga mientras las mira con un mosqueo de narices.

—Ay, Lolita. —Rosa me acaricia la cara dejándome un rastro de aceite de calamares—. Tú no te preocupes, cariño. Esto que le ha pasado a Diego ha sido un arrebató de adolescente, pero verás como a partir de ahora todo va a ir mejor.

—No. No ha sido solo un arrebató. Nunca os he contado lo que le pasa a mi hijo en realidad... —Siento que algo dentro de mí me obliga a expresar en voz alta lo que he estado callando durante años—. Espero que no me veáis como una mala madre por lo que os voy a decir, pero a veces me planteo hasta qué punto ha merecido la pena.

* * *

Cuando se casaron, Lola y Fernando querían vivir un tiempo en pareja con total libertad. Ambos tenían trabajos fijos y con horarios compatibles. Podían programar los fines de semana y las vacaciones. Eran inmensamente felices, estaban inmensamente enamorados y el sexo era

inmensamente satisfactorio. Cuidaban los detalles: una bañera llena de espuma con velas estratégicamente colocadas en el cuarto de baño, una escapada a un hotel encantador donde las estrellas eran testigos de una noche de amor y polvos hasta el amanecer... Los dos pensaban que el tiempo de la felicidad iba a ser eterno. Pero entonces decidieron tener hijos. Lola dejó de tomar aquellos anticonceptivos que le sentaban fatal y Fernando dejó de comprar los preservativos que usaban por si fallaba la química. Sus amigos ya tenían críos. La única que faltaba, Rosa, acababa de quedarse embarazada. Pensaron que había llegado su momento y se pusieron a ello con tanto empeño como ilusión. Pasaron los meses y no había noticias. Al principio, cada vez que a Lola le bajaba la regla, se lo tomaban sin dramas. Bueno, pensaban, ya vendrá, y seguían entregándose el uno al otro con la misma pasión. Pero un día se dieron cuenta de que algo no iba bien.

—No lo entiendo. Todas las mujeres de mi familia se quedan embarazadas en cuanto sus maridos se quitan los calzoncillos y yo... —le dijo Lola a Fernando una de esas veces que empezaba a menstruar.

—A lo mejor el problema no eres tú —le contestó él abrazándola para que no se agobiara—. Yo también tengo algo que ver en esto, ¿no? A ver si es que mis lagartijas no son demasiado listas y no encuentran tus óvulos a tiempo —añadió en broma para quitar hierro al asunto.

Fernando era uno de los hombres más igualitarios del planeta. Cuando se trataba de asumir responsabilidades en la pareja, él siempre daba un paso al frente.

—Puedo llamar a Ventura —dijo—, un amigo mío especialista en fertilidad que, encima, mira qué suerte, trabaja en la Seguridad Social. ¿Quieres?

Y Lola quiso. El doctor Ventura les pidió a ambos unos análisis de sangre para estudiar sus cromosomas.

—Además, a mí me hicieron una ecografía transvaginal, o sea, me metieron un chisme por ahí para verme el útero, los ovarios, la vagina... —Las amigas de Lola han dejado de comer, pendientes de su relato—. Una histerosalpingografía, nunca olvidaré esa palabreja. Me inyectaron un contraste con el que me picaban hasta las muelas. Como soy alérgica a casi todo... Después, me hicieron una biopsia del endometrio, muy desagradable, por cierto. Fernando solo tuvo que hacerse una paja para un seminograma.

Unos días más tarde volvieron a la consulta.

—No pongáis esa cara de susto que, en principio, todo parece normal —los tranquilizó el médico—. Solo tenéis que hacerlo en el momento adecuado. Y voy a daros una ayudita. Tú, Lola —añadió mientras extendía una receta—, tienes que ponerte estas inyecciones.

—La *ayudita* —les explica ahora Lola con tono irónico— consistía en un cóctel de hormonas que me ponían de una mala leche de espanto. Bueno, os acordaréis... —añade, y las tres asienten con la cabeza.

Ese fue el pistoletazo de salida de una carrera hacia el embarazo que acabó convirtiendo sus relaciones sexuales en un apareamiento programado exento de pasión. Cuando llegaban el día y la

hora fértiles, Fernando y Lola salían corriendo de sus respectivos trabajos para aparearse deprisa y corriendo, sin más prolegómenos que los justos para que él se empalmara y ella lubricase.

—A veces, ni eso. —Lola baja la voz al darse cuenta de que una señora de la mesa de al lado acaba de arrimar la silla para oírla mejor—. Yo lo solucionaba con una pomada muy fresquita que me tenía lista para darle al tema nada más entrar por la puerta...

Pero esa situación de estrés tarde o temprano acabaría por explotar.

—No sé tú —dijo un día Fernando dándole un beso en la mejilla y subiéndose rápido la cremallera de la bragueta porque llegaba tarde a una guardia—, pero si esto va a durar mucho, yo creo que deberíamos olvidarnos de ser padres. De tanto follar por follar, hasta se me están quitando las ganas.

Tenía razón. Lola tampoco estaba viviendo la búsqueda de su primer hijo con ilusión. Decidieron que, si su empeño por formar una familia iba a fulminar el deseo, sería mejor no tener hijos. A cambio, ella tendría un cuerpo estupendo al llegar a la madurez y ambos serían la mar de interesantes y unos magníficos conversadores, porque habrían viajado por todo el mundo acumulando experiencias y amistades.

Pasaron los meses y consiguieron, poco a poco, recuperar parte del deseo perdido, aunque no todo. Lo achacaron a que los primeros cinco años de convivencia habían sido una bomba y a que luego todo se apaciguaba. Continuaron con sus viajes, sus fines de semana, sus vacaciones programadas... Lola era feliz, menos cuando veía a las mujeres de su entorno más cercano con sus hijos. Entonces algo se le revolvía por dentro y la frustración la carcomía.

—Fer, yo te quiero —le dijo un día después de un polvo aceptable en el Hotel Locanda la Corte, un alojamiento muy cuco de Venecia, al borde de uno de los canales cercanos a la plaza de San Marcos. Habían estado toda la tarde subiendo y bajando varias veces el Gran Canal a bordo del *vaporetto*, una extravagancia durante la que Lola había aprovechado para reflexionar sobre la bomba que le iba a soltar a su marido en cuanto se le presentara la primera oportunidad.

—Y yo a ti —contestó él.

—No creas que no me basta con estar juntos, pero es que... —continuó Lola.

—¡Eh! —Fernando se incorporó, poniéndose en guardia—. No me habrás traído hasta la ciudad más romántica del planeta para pedirme el divorcio, ¿verdad?

El pobre estaba acojonado y ella solo pudo soltar una carcajada.

—No, no. ¡Pero qué tonto eres! —le dijo sin parar de darle besos y reír—. No sabría vivir sin ti.

—Entonces, ¿a qué viene tanto misterio? —Él se apartó para mirarla. Sufría presbicia desde muy joven, pero ese entornar de ojos lo hacía aún más interesante.

—Viene a que no me hago a la idea de que jamás podré tener hijos contigo. Ni contigo ni con nadie, claro. Pero, bueno, se ve que, como decía John Lennon, «la vida es lo que sucede mientras estás ocupado haciendo otros planes».

Fernando se levantó y se fue al cuarto de baño sin decir una sola palabra. Lola se quedó en la

cama, tan callada como se había marchado él. Lo oyó vomitar. No le preguntó si estaba bien, era obvio que no. Después escuchó cómo se enjuagaba la boca y hacía gárgaras. Se sintió fatal. Era como si se hubiera puesto malo por su culpa. Al cabo de unos minutos, volvió.

—Ya sabía que con tanto meneo, tanta humedad y tanto *vaporetto* se me acabaría cortando la digestión. Mañana tengo que comer algo que no sea pizza o mi estómago reventará —dijo intentando disimular su malhumor. Se metió en la cama como si nada, cogió su libro y se puso a leer. Estaba claro que no quería seguir hablando del tema y Lola lo dejó correr.

Volvieron a Madrid y siguieron con su vida, hasta que un día, antes de irse a trabajar, Fernando agarró a Lola por la cintura.

—No me gustaría tener que volver a pasar por la pesadilla del folleto programado —dijo—. Si quieres que seamos padres, vamos a tener que adoptar.

Enseguida se decantaron por la adopción internacional. Se pusieron en contacto con el Servicio de Protección de Menores de la Comunidad de Madrid donde los informaron del procedimiento y la documentación necesaria y les abrieron un expediente. Luego asistieron al curso de preparación para la adopción para ayudarlos a tomar la decisión de manera responsable, algo innecesario en su caso, pues estaba todo más que claro y meditado. El siguiente paso fue conseguir el certificado de idoneidad.

—Un rollazo —dice Lola—, pero nos acabaron considerando aptos para adoptar a un menor de tres años con *enfermedades recuperables*. En fin, para no aburrirlos —añade—, el proceso fue lento y nos costó un riñón y parte del otro, pero lo único que nos importaba era que por fin íbamos a ser padres.

Una tarde lluviosa de un viernes de febrero del 2007 sonó el teléfono. Fernando estaba en el hospital, así que contestó Lola. Era la ECAI (Entidad Colaboradora de Adopción Internacional), que los citaba urgentemente. Una vez allí, les dieron la gran noticia: les habían asignado a Mykhaylo, un niño de origen ucraniano. Tenía tres años y medio, primer incumplimiento por parte de los organismos de Ucrania, ya que era mayor de lo que marcaba su certificado de idoneidad. Les enseñaron su ficha y su foto, un crío de piel muy blanca y ojos claros; podría pasar por hijo biológico. No les dijeron nada más, solo que tenían un tiempo para pensar si aceptaban o no. No les hizo falta. Viajaron hasta Kiev. La temperatura en aquella época del año no sobrepasaba los siete grados bajo cero. Tampoco les importó. Al día siguiente de llegar, los llevaron, junto con otros matrimonios, al orfanato. Indescriptible. A lo largo del pasillo que recorrieron con los corazones a mil solo había oscuridad y tristeza, pero todo se llenó de luz cuando se produjo el encuentro. Abrieron una puerta y nada más entrar distinguieron a su pequeño. Fernando y Lola se pusieron de rodillas para que pudiera abrazarlos. No lo hizo, pero sí aceptó, con poco entusiasmo, que ellos lo hicieran y le entregaran un osito de peluche. En algún momento de los cuarenta y cinco días que pasaron en Kiev les comentaron que el niño tenía una «enfermedad recuperable leve», tal y como habían aceptado. Pero de nuevo los engañaron, aunque ellos no se enteraron hasta que el niño, al que bautizaron con el nombre de Diego para facilitar su integración, ya

formaba parte de su vida. Y aunque a Fernando y Lola el futuro se les presentaba lleno de dificultades, ellos ya habían asumido quererlo con todos los riesgos, sin pretextos ni condiciones, como se quiere a un hijo independientemente del vientre en el que se haya gestado.

Tras dos meses de convivencia, Diego seguía con el mismo desapego hacia sus padres. Ellos pensaban que era normal, solo bastaba recordar aquel orfanato. Hasta que un día rompió su peluche.

—No, cariño. Eso no se hace. Pobre osito —le dijo Lola con voz suave mientras recogía los dos pedazos para coserlos. Mientras, Fernando negaba con la cabeza señalando al muñeco.

De pronto, el niño empezó a pegarles patadas y puñetazos lleno de ira. Eso los puso en guardia. Afortunadamente, alguien les aconsejó ponerse en manos del único equipo médico que podría orientarlos. Llevaron al niño a una clínica privada a las afueras de Madrid. Y llegó la noticia que los dejó sin aliento...

—No es el primer caso que vemos, ni será el último —les dijo el doctor—. Vuestro hijo tiene SAF, síndrome de alcoholismo fetal.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Lola con un hilo de voz.

—Que la madre biológica ha consumido alcohol durante el embarazo, lo que ha provocado en el niño una discapacidad psíquica invisible que os impedirá a todos llevar una vida normal.

—¿Invisible? —dijo Fernando desconcertado.

—Sí. Con «invisible» quiero decir que no se le nota a simple vista —explicó el médico—. En casos más severos también hay rasgos físicos característicos, como ojos más pequeños de lo normal, mejillas aplanadas, surco nasolabial poco desarrollado... En el caso de Diego lo que sí podemos esperar es falta de imaginación y curiosidad, poca memoria, dificultades de aprendizaje...

El médico siguió desgranando todo lo que se les venía encima. Mientras, la cabeza de Lola viajaba de nuevo a Kiev, al primer abrazo que le había dado a su niño.

—... y en un futuro, cuando vaya al colegio —continuó—, detectaréis dificultades para relacionarse con otros niños o para entender conceptos como tiempo y dinero, y una escasa capacidad para la resolución de cualquier tipo de problema.

En aquella visita también descubrieron que habría otros episodios de violencia, especialmente crudos a partir de la adolescencia, que los niños con SAF no distinguen la ironía y que son blancos fáciles para los malvados. En su ansia por tener amigos, aceptan hacer lo que cualquier desaprensivo les pida con tal de obtener su aprobación. «Ponte a cuatro patas», y se ponen. O «roba ese móvil». Y lo roban. Lejos de desesperarse, Lola y Fernando intentaron contactar con otros padres que también habían adoptado a sus hijos en países de la antigua Unión Soviética, como Ucrania, Rusia o Bulgaria, entre otros; una zona conocida como «el cinturón del vodka», donde el cincuenta por ciento de los niños en adopción sufrían este síndrome. La Generalitat de Cataluña había cancelado las adopciones en esos países al considerar que la situación era inasumible para la sanidad pública y para la sociedad. Al menos, esas familias tenían la suerte de

poder llevar a sus hijos a hospitales públicos donde sabían diagnosticarlos y darles el tratamiento adecuado. En el resto de España, no. Lola recuerda con especial dolor a un padre que les había contado que su hijo, de poco más de veinte años, estaba en la cárcel y que la familia lo aceptaba como la mejor solución para todos, «porque no se hacía daño a sí mismo ni a nadie». A Fernando y a Lola les cayó como un jarro de agua fría saber que Diego tendría que estar tutelado de por vida y que en su destino solo cabían dos opciones: ingresar en una institución privada —con el coste económico que eso suponía— o quizá acabar en la cárcel.

Lola termina su relato con el último trago a una lata vacía. Las cuatro se han quedado calladas. Nunca habían hablado de ello abiertamente. Sabían que Diego tenía una discapacidad intelectual, pero no su naturaleza y dimensión. No es por falta de confianza, es que a Lola le duele tanto, se siente tan impotente ante una enfermedad irreversible de la que ni él ni ellos tienen la culpa —ni siquiera la madre biológica— que, cada vez que sale el tema, pasa de puntillas sin entrar en detalles. Sus amigas, por discreción, nunca han querido hurgar en la herida.

—Esta es la cruda realidad contada en cuatro líneas. Sé que cuesta asimilarla. Fernando y yo nos hemos ido haciendo a la idea durante los once años que Diego lleva con nosotros. Espero que no me juzguéis mal si os digo que me siento aliviada ingresándolo un tiempo. Le darán el tratamiento adecuado y los estímulos que necesita para tener una calidad de vida aceptable. Y yo... también necesito poder salir de casa sin pensar si le va a hacer algo a mi madre o a sí mismo.

Se calla y siente como si se acabara de quitar una mochila muy pesada de la espalda. Las tres amigas se levantan de la silla, la rodean y la abrazan. La gente las mira, pero ellas, como de costumbre, hacen como si estuvieran solas en medio del mundo.

* * *

El comisario Belmonte ha llamado a su hijo a su despacho. La investigación está estancada y necesita resultados para que los de arriba, que le siguen apretando las tuercas, lo dejen en paz. Sin embargo, el joven Belmonte, por lealtad, no quiere dar un paso sin el conocimiento y consentimiento de su jefa.

—Conozco a Vergara mucho antes que tú y me consta que no va a dejar de lado sus obligaciones por muchos problemas personales que tenga, pero con ella o sin ella la investigación tiene que avanzar.

—Lo sé, pero entiende que hacemos todo lo posible con los medios que tenemos, comisario —responde el inspector, que dentro de los muros de la comisaría nunca se permite la licencia de llamarle papá—. Además, la jefa nos ha dejado claro que no detengamos a nadie hasta estar bien seguros, no vayamos a meter la pata otra vez.

—Si es por López Pollo, estoy de acuerdo. Vuestra precipitación no me ha traído más que disgustos —le recrimina—. Lo que me recuerda que Vergara aún no se ha disculpado con ella.

Más le vale que lo haga en cuanto solucione lo de su chaval o el abogado de esa tipa y la jueza Estébanez me acabarán colgando por las pelotas.

—Es posible que esa mujer no haya matado a Luz Pavones, desde luego no tenemos nada que la incrimine, pero hay algo en ella que... No sé... Da igual, sigo sin entender por qué le tiene que pedir perdón. ¡Hay que joderse!

—Es lo que hay, hijo mío. —No puede resistirse a ejercer de padre—. Ya te dije que ser poli no es ningún chollo, y menos en este país. Así que, por favor, poneos las pilas y dadme una buena noticia de una vez.

—Lo intentaremos —dice el inspector antes de dirigirse a la puerta para marcharse.

—Por cierto, Alberto, haz el favor de venir a comer algún domingo a casa, que tu madre te echa de menos, hombre. O mándale un wasap de vez en cuando, que tampoco te cuesta tanto.

—Vaaale —contesta Belmonte hijo con la paciencia con que se le habla a un padre cuando tiene razón—. ¿Algo más?

—Sí. Ha llegado a mis oídos que andas tonteando con una subordinada.

—Si te refieres a la subinspectora Valdés, no ando *tonteando* —se defiende.

—Tú ya me entiendes. ¡Ojo, que no quiero problemas! No sea que alguien se dedique a largar por ahí que la acosas. Recuerda que eres su superior. No vaya a repetirse la historia de aquella loca que no hacía más que cacarear que si la perseguías, que si tal o que si cual.

—Todo falso. Y lo sabes —dice el hijo dolido.

—Lo sé yo, la Academia de Ávila y toda la Jefatura Superior de Policía. Pero ya sabes el dicho: difama, que algo queda.

—No tienes de qué preocuparte. Primero, porque Valdés es una tía como no hay dos. Y segundo, porque yo... —El inspector calla arrepintiéndose ya de lo que aún no ha dicho.

—Tú ¿qué? —El padre, como policía viejo, no quiere soltar a la presa.

—Yo... —resopla al sentirse pillado. Jamás ha podido mentirle a su padre. El comisario Belmonte goza del raro privilegio de conseguir que su hijo, desde niño, cante de plano con solo mirarlo—. Creo que...

—Que te pone burro. ¿Es eso? Porque te pone a ti y a toda la brigada, por lo que veo.

—Que no, ¡coño! Yo... quiero estar con ella. ¡Joder! —susurra—. Hala, ya está. Ya lo sabes.

El comisario se pone de pie y va hasta la puerta con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Qué alegría me acabas de dar, hijo. —Lo abraza y le da unos golpecitos en la espalda—. Y cuando se entere tu madre, se va a poner como loca. No sabes lo pesada y lo preocupada que está; dice que vas por la vida como pollo sin cabeza. Este domingo venís y se la presentas como Dios manda.

—Bueno, con tranquilidad. —Belmonte hijo rompe el abrazo—. Y no vayas a meter la pata, que ella no lo sabe aún.

El comisario le abre la puerta mientras le pone la mano en el hombro.

—Pues ya puedes ir diciéndoselo. —Ha sonado más como una orden que como un consejo.

El inspector sale y el comisario, con un guiño, cierra la puerta. Belmonte se marcha cabreado consigo mismo por habérselo dicho precisamente a su padre. El cabreo se transforma en confusión cuando llega a su puesto y ve a la subinspectora esperándolo.

—La jefa tiene una visita, ¿la recibes tú? —le pregunta Valdés.

La cabeza de Belmonte sigue dándoles vueltas a las últimas palabras de su padre: «Pues ya puedes ir diciéndoselo».

—¿Y bien? ¿Qué me dices? —insiste ella.

—¿Decirte... qué? —contesta él desconcentrado.

—¿Ha pasado algo con el comisario?

—¡No! ¿Por?

—Porque estás como ido.

—No, no. Estoy bien. ¿Me repites la pregunta, por favor? —Belmonte está luchando para que ella no se dé cuenta de lo que siente. Se toca la frente en un gesto inconsciente para cerciorarse de que no lleva un luminoso que diga: «Te quiero, Casandra».

—Que la jefa tiene una visita y que si te encargas. —Valdés se ríe y el inspector tiene que hacer un esfuerzo titánico para no lanzarse a besarla en ese preciso instante, delante de todo el mundo.

—Sí, sí. ¿Quién es?

—Un periodista.

—De acuerdo. Que pase.

Valdés se da media vuelta y sale en busca del visitante. Belmonte ladea la cabeza con una sonrisa bobalicona y se queda observando esos andares que le han puesto la vida patas arriba.

—Belmonte, estoy preocupado por Valdés —le dice el Gordo en tono burlón mientras se dirige a su mesa con el tercer café de la mañana.

—Anda, ¿y eso? —El aludido espera una de las suyas.

—¿No te has dado cuenta? —pregunta con un falso tono inocente—. Pues es raro, porque me acabo de cruzar con ella y me ha parecido que llevaba como dos pelotillas en el culo. A ver si van a ser tus ojos, tío. —El Gordo estalla en una carcajada y el resto de la brigada lo sigue.

—Tú sí que deberías andarte con ojo, Sanz —le corta—. Que ya te han dado un toque y parece que no lo has pillado. Es que no filtras, tío, tú no filtras.

Valdés regresa sola y con un sobre en la mano que entrega a Belmonte.

—El tipo se ha ido. Solo quería entregarle esto a la jefa. Ha dicho que, cuando lo abra, *que* lo llame. Dentro está su número.

Belmonte lo coge y, sin querer, rozan los dedos. Se produce un chispazo, les ha dado una descarga. Doloridos sacuden las manos y se ríen.

—¡A lo vuestro, porteras! —grita el inspector muy molesto al darse cuenta de que el resto de la brigada que no les quita ojo. Deja el sobre en la bandeja de documentos de Vergara y luego mira a

Valdés—. Vamos, te invito a un café —le dice dirigiéndose hacia las escaleras. Ella lo sigue con el corazón a cien por hora. Se sorprende a sí misma de lo que acaba de sentir. Tiene que sobreponerse; Belmonte es su superior.

Cuando llegan a la máquina, ninguno de los dos tiene cambio. Belmonte mira la puerta del servicio de mujeres. Agarra a Valdés por la muñeca y la arrastra hacia allí.

—¿Qué haces? —protesta ella dejándose llevar.

—¿Hola? —dice él antes de entrar.

Nadie contesta. Tira de la subinspectora para meterla en el baño y cierra la puerta tras ellos. Con una mano la empuja para asegurarse de que nadie la abra y con la otra le agarra la cara a Valdés y le da un beso en los labios tan profundo que hace que se tambaleen los cimientos de la comisaría.

* * *

En la cafetería, el ruido empieza a ser ensordecedor. Gran parte del personal y muchos pacientes han bajado a desayunar. Me doy cuenta de la hora que es y de que debería llamar para saber cómo va todo en la comisaría; si no hay novedades, me iré a casa a dormir un poco.

—Chicas, dadme un momento para llamar al trabajo. —Me levanto y salgo. Marco el número de Belmonte y espero. El otro tarda en contestar, pero cuando está a punto de colgar, oigo algo al otro lado de la línea—. ¿Hola? —digo.

—Hola, jefa. —Suena como si estuviera corriendo la San Silvestre vallecana.

—¿Te pilló mal?

—No, no... —Conozco ese tono, miente, pero acabaré enterándome de qué le pasa—. ¿Cómo va todo? ¿Y Diego?

—Mejor de lo que podría esperarse en estos casos. ¿Por ahí qué tal? ¿Alguna novedad?

—No, no... Todo bien —contesta él.

—Te noto... raro —le digo intrigada—. ¿Ha pasado algo?

—No. Bueno, sí. Mi padre anda metiendo prisa, ya sabes, lo normal. Pero todo sigue en marcha. Morales está pendiente de las cámaras del banco y de momento seguimos sin noticias de la Fullnes y de su marido.

—No lo entiendo. Es como si se los hubiera tragado la tierra. Bueno, ahora voy para allá.

—No hace falta, jefa. De verdad. Lo tenemos todo bajo control. Por cierto, ha venido una visita y te ha dejado un sobre.

—¿Quién?

—Ni idea. —Oigo a Belmonte preguntarle a Valdés—. Un tal Javier Navas.

¡Navas! Ese gilipollas. ¿Cómo que me ha dejado un sobre?, pienso. Le pediría a Belmonte que lo abriera si no fuera porque me espero cualquier cosa, y no agradable precisamente. Aquel café

que nunca debí aceptar me ha dejado un sabor amargo en la boca y la sensación de que me puede traer más de un quebradero de cabeza. Y bastante tengo ya con lo que tengo.

—Necesito que os pongáis todos con la línea Fullnes —le ordeno para cambiar de tema—. Tenemos que descartarlos como sospechosos o conseguir las pruebas suficientes como para incriminarlos.

—Cuenta con ello, jefa.

—Perfecto. Hasta luego.

Cuelgo y entro de nuevo en la cafetería.

—Niñas, voy a subir un momentito a ver a Diego y me voy a casa a darme una ducha, que tengo curro.

Las demás se levantan protestando.

—¿Pero es que no puedes faltar ni estando tu hijo hospitalizado? —me dice Verónica.

—Luego hablas de conciliación familiar... —la apoya Rosa.

—Además, ¿para qué vas a subir otra vez? —añade Marga—. ¿No iba a venir Fernando por la mañana? —Asiento—. ¡Pues ya está! Le mandas un wasap para ver cómo va el niño y te vas a casa a descansar, que te has pasado la noche en un sillón y ya no tenemos edad, rica. ¡Anda, tira!

—Te acerco a tu casa —dice Verónica sin dejarme rechistar—. Os llevo a todas, que tengo el taxi en el aparcamiento.

Verónica paga en el cajero y todas las seguimos muy decididas. De pronto se detiene.

—¿Será posible? No me acuerdo dónde he aparcado. Creo que era por ahí al fondo. —No parece muy segura.

—¿Sabéis lo que hago yo? —comenta Marga—. Hacer una foto del número de la plaza; lo malo es que no las borro y a veces no sé qué foto es.

Las cuatro soltamos una carcajada. Me alegro de estar con ellas, todo parece un poco más fácil. Continuamos caminando por el pasillo lateral. A nuestra izquierda van quedando atrás hileras de coches. En una de ellas veo un todoterreno igual que el de mi marido.

—¡Anda! Pero si es el coche de Fernando. ¿Veis como tenía que haber pasado por la habitación?

Verónica tira de mí para que no me detenga.

—Que sí... Anda, vamos.

—No, esperad. —Me zafo—. Está ahí.

Me dirijo al coche, pero mis amigas se empeñan en llevarme hacia el taxi. De pronto me doy cuenta de lo que está pasando. Fernando está dentro con una mujer. Se están besando apasionadamente mientras a mí se me congela la sangre.

—Lola, tranquila, ¿vale? —me dice Marga viendo la cara que se me acaba de quedar.

—¿Qué vas a hacer? —Rosa se pone en medio—. Que tú eres muy bruta y no merece la pena. Además, eres policía y... Vero, dile tú algo.

—Vámonos, que en caliente se pueden hacer y decir muchas tonterías. Si lo sabré yo. —

Verónica me pasa el brazo por los hombros, pero me suelto.

Sigo acercándome, pero me detengo en seco cuando dejan de besarse y veo que la mujer es Sonia, la psiquiatra de mi hijo. Rápidamente, rebusco en el bolso, mis amigas intentan detenerme.

—¿Qué buscas? —pregunta Rosa asustada—. No será la pistola, ¿verdad?

—¡Dejadme en paz, coño! —las increpo.

Ellas se quedan quietas. Mi voz ha sonado autoritaria pero serena. Por fin encuentro el teléfono y grabo la escena de despedida de los tortolitos. Ella se baja del coche y se va hacia la derecha. Mi marido espera unos instantes que se me hacen eternos y la sigue.

—Llévame a casa, por favor.

Nos subimos al taxi. Por el camino vamos las cuatro calladas. Un silencio extraño e inusual en el que mis amigas intentan descubrir por mi rictus qué se cuece en mi cabeza. Sé que me observan de reojo, pero ninguna se atreve a decirme ni media palabra. Cuando llegamos, se empeñan en subir conmigo a casa.

—Que no. Que estoy perfectamente. Hala, cada mochuelo a su olivo.

—Estás tú lista, maja. Yo de aquí no me muevo hasta que me digas qué piensas hacer ahora —insiste Verónica.

—Ni yo —se suma Marga.

—Ni yo. —Rosa se pega a mí como una lapa. De hecho, se ha colgado de mi brazo como un bolso.

Subimos y en mi puerta hay una hilera de pósits con la letra de mi vecina: «Lola, tu madre y Lacuqui están conmigo. Tu madre estaba tristonra y le he pedido a mi hermana que venga a buscarnos para pasar el día en su casa. Vive en Buitrago de Lozoya. No te preocupes, volveremos esta tarde». Con lo sola que está siempre, me sorprende descubrir que Mila tiene una hermana y que se relaciona con ella. No sabe cuánto agradezco en este momento que mi madre no esté aquí. No llevaría nada bien lo que tengo que hacer...

Mis amigas siguen sin decir ni mu y pendientes de todos mis movimientos. Abro la puerta y entramos. Las dos gatas salen y se restriegan contra mis piernas.

—Cómo saben los animalitos cuándo necesitamos cariño, ¿verdad? —comenta Rosa inocentemente. Marga le da un codazo para que se calle; no es el mejor momento para hablar de falta de cariño. Ella se da cuenta de lo inoportuna que ha sido y se tapa la boca con las dos manos.

Dejo el bolso y la gabardina en el suelo, me agacho y las acaricio. Los animales me dan paz en los tiempos difíciles. En aquellos días posteriores a los ciclos de la quimio, cuando tenía que meterme en la cama porque la debilidad y los mareos no me permitían llevar una vida normal en posición vertical, las gatas permanecían a mi lado día y noche. Únicamente me dejaban para beber, comer o ir al *caquero*. Y se iban por turnos para que nunca estuviera sola. Pequi se pegaba a mis riñones como si supiera que mi organismo necesitaba eliminar el veneno que corría por mis venas. Luna rodeaba mi cabeza con su cuerpo para mitigar el dolor. Sus patas delanteras me colgaban sobre una oreja y las traseras sobre la otra. Fernando y yo la llamábamos «Gatogorro», y

a ambas, «las enfermeritas». Al pensar en mi marido me sobreviene un regusto amargo. Como si me hubiera metido en la boca una tonelada de alcachofas, se me eriza el vello de los brazos y las piernas y mi respiración se acelera. Es una sensación que nunca había experimentado antes. Creo que son celos en estado puro. Un dolor emocional que se transforma en dolor físico. Como una resaca a lo bestia. Mi mente juega con ese dolor y me invita a imaginar que cojo un cuchillo de cocina, el más grande, el más afilado, y se lo clavo a Fernando una y otra vez en el abdomen; solo entonces mi cuerpo reacciona y se calma el escalofrío. Un efecto placebo con el que entiendo qué sienten los violentos cuando cometen un crimen pasional. Reacciono. ¡Yo no soy así! Me niego a reconocerme en la mente de una asesina por despecho.

—¡Me cago en su reputa madre! —grito espantada dirigiéndome al salón—. ¡Me cago en el puto día que lo conocí! ¡Me cago en su puta vida y en la mía! —vuelvo a gritar y estampo contra el suelo una fotografía que nos hicimos al poco de empezar a salir.

Las gatas, asustadas por el estrépito, se esconden debajo de un sofá.

—¿Quieres una de tus *pastillitas*? —me ofrece Rosa tan asustada como ellas—. ¿Dónde las tienes? ¿En el bolso?

No contesto. Regreso al recibidor con las tres detrás y cojo mi bolso. Saco el móvil y le envío un wasap a Fernando: «De ti nunca me lo habría esperado», y anexo el vídeo que grabé en el aparcamiento del hospital.

—Lola, dinos cómo te podemos ayudar —dice Verónica—. Si quieres llorar, llora. Que es muy bueno. Y ya... Ya sé que no eres llorona, pero no te tragues este sapo a pelo que luego las cosas se somatizan y...

No la escucho. Voy a la cocina. Las tres me siguen como patitos.

—Id abriendo bolsas —les ordeno, y le doy a Verónica un rollo de bolsas de basura para que las reparta.

Las tres me conocen muy bien y saben que, en ese momento, lo mejor que pueden hacer para ayudarme es estar calladas y seguir mis instrucciones. Voy a mi dormitorio; ellas vienen detrás, afanadas en sacudir las bolsas para que se abran. La sucesión de estallidos parece un festival de fuegos artificiales.

Sin pensarlo dos veces, arranco de cuajo el cajón de la mesilla de Fernando. Verónica pone delante de mí una bolsa en la que vuelco su contenido. Después abro el armario y lanzo por los aires su ropa. Las chicas no dan abasto a recogerla y meterla en las bolsas de cualquier manera.

Suena reguetón a toda pastilla. Tengo que plantearme cambiar el politono de mi móvil. Es Fernando. Seguro que acaba de ver el vídeo. No pienso contestar, pero no deja de sonar. Está empezando a ponerme más nerviosa de lo que estoy, así que se lo entrego a Marga, que sale de la habitación.

—¡Eres un pedazo de cabrón! —la oigo decir nada más descolgar—. ¡No, no voy a pasarte con Lola! —Escucha un instante mientras el otro habla—. Pues porque no quiere hablar contigo. De hecho, creo que no quiere volver a verte la jeta. —Escucha de nuevo—. Haz lo que te dé la gana,

pero yo que tú no subiría. Cuando llegues, llama al telefonillo y te bajamos tus cosas. —Fernando debe de estar protestando, porque Marga le habla a voces—. ¡¿Cómo que esta es tu casa y tienes derecho a entrar cuando te dé la gana?! La has cagado pero bien y eso anula todos tus derechos. —Marga escucha—. Que sí, que sí, que es tu mujer, pero habértelo pensado antes de calzarte a una tía veinte años más joven que tú. Ahora no tienes derecho a nada de nada, ¿te has enterado? —Pausa—. ¿Cómo que yo no me meta? ¡A ver si lo que te meto yo es una patada en los cojones, mamarracho! —Y cuelga.

Solo media hora después hay más de treinta bolsas de basura amontonadas en un rincón del salón, todas llenas de cosas de Fernando. Las chicas se acaban de meter un *gin-tonic* entre pecho y espalda. Incluso Rosa, que nunca bebe. Yo, un ansiolítico que me mantiene en un estado de calma razonable teniendo en cuenta que, en menos de veinticuatro horas, es como si hubieran sido desterrados de esta casa mi hijo y mi marido.

Suena el telefonillo. Bajan Verónica y Marga. Rosa insiste en quedarse conmigo. No sé qué piensan qué voy a hacer si me dejan sola. Me dirijo a la ventana del salón que da al jardín interior, por el que se accede a los portales. Abajo veo a Verónica y a Marga defendiendo mi honor como dos fieras. Fernando no quiere escándalos y decide esperar. Abro la ventana y empiezo a lanzar las bolsas al vacío.

—¿Te has vuelto loca? —me grita él desde abajo.

Las chicas se apartan para que no les dé en la cabeza. Saben que no las tiro a voleo, sino apuntando a dar.

Rosa, animada por el *gin-tonic*, se suma al lanzamiento hasta que no queda ninguna. Las dos estamos fatigadas. En un rincón del salón veo la guitarra acústica de Fernando, una Fender que se compró de adolescente con sus ahorros y con la que me cantaba canciones de Nicola di Bari para conquistarme. El muy imbécil. Cojo la guitarra y la saco por la ventana. La aguanto suspendida en el vacío.

—Deja eso, por favor, Lola —me suplica Fernando—. Tira lo que quieras, pero la guitarra no.

—¡Tírala! ¡Tírala! —corean Verónica y Marga.

—Por favor, Lola.

Su voz suena lastimera y me mira con los ojos de un cachorrito cabrón que acaba de romperte las zapatillas a mordiscos. Permanezco en silencio. En mi cabeza lo veo joven, guapísimo, mirándome hasta derretirme mientras me cantaba «Chitarra suona più piano, qualcuno può sentire, soltanto lei deve capire, lei sola deve sapere, che sto parlando d'amore...».

Abro las manos y dejo caer la guitarra, que se estrella estrepitosamente delante de sus pies.

AJUSTES DE CUENTAS

Cuando acabaron de arreglar los asuntos de la difunta, Socorro decidió instalarse con su madre en Orgaz. La anciana no lograba superar la muerte de su Mariluz y cada día estaba más decaída. A esta preocupación se sumó que Fidel se había vuelto insoportable. El que había sido con ella un chico cariñoso y protector cuando vivía su madre se había transformado en un tipo grosero, caprichoso e incluso violento. Desde la lectura del testamento que lo nombraba heredero de todos los bienes, excepto de una parte que correspondía a la gemela, se dedicaba a pegarse la gran vida. Organizaba bacanales temáticas de alcohol, sexo y drogas de diseño en el ático familiar que duraban días. Socorro no estaba dispuesta a vivir en ese desenfreno constante y antes de salir de allí tarifando con su sobrino para siempre puso tierra de por medio.

—Tienes que comer un poquito, madre. —Socorro obliga a la anciana acercándole una cuchara sopera con pan mojado en leche que esta rechaza mirando hacia otro lado—. ¿Qué quieres? ¿Morirte? ¿Es eso?

—Yo ya estoy muerta por dentro —es cuanto dice Sagrario.

Desde el entierro de su hija, había cambiado el mantra: «¿Qué le han hecho a mi Mariluz?» por un silencio trapense que acaba de romper por primera vez.

Socorro resopla. Cuando su madre se pone en ese plan, no hay quien pueda con ella. Le consta porque cuando murió su padre pasó por el mismo calvario. Luz estaba en la casa de *Gran cuñado* y el resto de los hermanos Pavones andaban volcados en sus respectivas familias, así que, como la única soltera y sin hijos era ella, le tocó bregar con la pena propia y la de la viuda.

—Como quieras, pero por lo menos tómate tu medicina. —Le entrega un vaso con un dedo de agua y sus gotas—. Verás cómo te vas a sentir mejor.

La madre bebe sin mucho afán. Socorro recoge la bandeja con el tazón de leche y las tostadas del desayuno que no se ha dignado a probar y la deja sola delante del televisor.

Además del voto de silencio, Sagrario cumple escrupulosamente con dos rituales: dormir toda la noche con la ayuda del tranquilizante que le recetó don Justo y, en las horas de vigilia, ver programas grabados de su Mariluz presentando su concurso en la enorme pantalla de plasma que ella misma le regaló. Verla viva no la consuela, pero al menos consigue que no se borren de su cabeza ni uno solo de sus gestos.

—Tengo que bajar al centro de salud a por tus recetas. Te quedas un momentito sola, pero enseguida vengo, ¿me has oído, madre? —dice Socorro en un monólogo que la desespera. La madre no contesta.

En cierto sentido, la muerte de su gemela también se ha llevado por delante su propia vida. Añora Madrid, una ciudad que la engulle hasta pasar desapercibida; no como en el pueblo, donde todo el mundo le tiene contados hasta los lunares de la espalda.

—¿Cómo está la tía Sagrario? —le pregunta una vecina con la que coincide en la puerta del médico. En Orgaz casi todo el mundo está unido por lazos familiares, aunque sea en cuarto o quinto grado de consanguinidad.

—Muy mal. Yo la veo muy decaída —contesta Socorro compungida.

—¡*Pachasco!* Llevo días diciendo que tengo que ir a verla y *cabalito* que siempre tengo algo que hacer. Pero esta tarde me paso un poquito y a ver si se anima —amenaza la otra.

—Llama antes, no sea que me haya pedido *de* acostarse —replica intentando zafarse de tener que aguantar a gente en casa. Desde que conoció otro tipo de vida, las visitas le incomodan hasta el punto de hacer verdaderas filigranas para evitarlas.

Socorro tampoco está pasando su mejor momento. Aunque Luz le hacía la vida imposible, aunque le hablaba con un desprecio sangrante, aunque ella se matara a trabajar mientras su hermana disfrutaba de las ventajas y comodidades que compran el dinero, la fama y, por lo tanto, el poder, Socorro reconoce que gracias a ella pudo disfrutar, por ejemplo, de la amistad de Marisa y Avelino. Y de Teo. Trató con personajes relevantes que le abrieron los ojos al mundo. La acompañó a eventos de los que jamás habría soñado disfrutar. Esa etapa fue un oasis vital que se acabó. Ahora, su día a día se circunscribe a cuidar de una madre que, en efecto, está muerta por dentro y no parece dispuesta a resucitar. Haciendo balance de su vida, Socorro asume que ha venido al mundo para servir, no para que la sirvan. Pero eso tiene que cambiar. De hecho, va a cambiar. Si Luz era guapa, ella también, aunque nunca haya querido o sabido sacarse partido. Tiene una edad estupenda, goza de buena salud y su economía, más que holgada, le permitiría abrir una pequeña tienda, su mayor sueño desde niña, con la que ocupar su tiempo y asegurar su futuro. Una papelería, tal vez. Socorro camina deleitándose con el nombre de su negocio: ¿Sueños de papel? ¿El lápiz de oro? ¿Y una mercería? ¿La aguja en el pajar? ¡Qué tontería!, ríe sus propias ocurrencias. Llegado el momento, a pesar de los pesares, le pedirá a Fidel que le eche una mano con el nombre. Que se haya vuelto idiota no significa que haya perdido el ingenio. El sonido de su móvil la devuelve a la realidad.

—Dime, Eusebio.

—¿Dónde te has metido que has *dejao* a madre sola? —pregunta el hermano mayor con aspereza.

—Camino del cementerio a poner flores a padre y a la Mariluz. —A Socorro le ha sentado fatal que le hable así. ¿Quién se cree que es para controlarla?—. Además —le dice—, ¿a ti qué te importa si está sola o acompañada si no vas a verla más que para *sacarla* los cuartos?

—¡Tengamos la fiesta en paz, ¿eh?! —grita el Eusebio para, inmediatamente después, moderar el volumen—. Y vente cagando leches, que madre está *mu* mala. Ya he *llamao* a don Justo.

Socorro se da media vuelta y, casi trotando, enfila para casa. Ya es casualidad que el Eusebio esté allí. Desde que se enteraron de que, salvo a ella, Luz no les dejó ni un miserable céntimo, todos se pusieron de acuerdo para retirarle la palabra. Cuestionar la decisión de la difunta solo evidenció que la piña que creían ser no era más que un puñado de piñones podridos. Pero no la ha pillado desprevenida. De niña, oyó decir a su padre una y mil veces que era preferible ser pobre porque las herencias achican las fortunas y rompen las familias. Tenía razón. Heredar el tercio de libre disposición, cerca de dos millones de euros, ha convertido a Socorro en una mujer rica, pero bastante más solitaria. Luz tenía muchos defectos, sin embargo, desde que empezó a ganar dinero jamás se desentendió de las necesidades de la familia. Depositar esa pequeña gran fortuna en manos de Socorro, la menos codiciosa de todos, le aseguraba que, si algún hermano se veía en apuros, tendría el respaldo económico necesario. Por más que Socorro se lo explicó a todos y cada uno de los diez buitres, no hubo manera de que lo entendieran.

Al llegar a casa, encuentra a su madre en la cama; el Eusebio la ha acostado. Esa respiración acelerada, esos ojos con la mirada desorbitada y ese agitar de manos al vacío intentando atrapar algo que solo ella ve anuncian que su final es inminente.

—¡Madre! ¡Por Dios, madre! ¿Qué te pasa? —solloza acariciando la cara de la anciana—. ¡Pero si la he dejado viendo la tele *tan ricamente!* —le explica a su hermano con ojos llorosos.

Cuando llega don Justo, solo puede certificar el fallecimiento. Socorro llora desconsoladamente abrazada al cuerpo inerte de la madre muerta.

—Un derrame cerebral —murmura el médico cuando el Eusebio le pregunta qué ha acabado con la vida de su madre de forma tan rápida e inesperada.

—Pero así, de repente... —contesta el hijo.

—Por desgracia, esto es así. Si hubiese sido una trombosis, podría haber salido adelante, pero a saber de qué manera. Lo mismo se quedaba sin habla y en una silla de ruedas. Mirad cómo está la madre del Queque; la pobre lleva así cerca de cinco años. No es un consuelo, pero vuestra madre ya descansa en paz. De todas formas, últimamente tenía la tensión arterial disparada. Ya venía avisando... —Don Justo firma el certificado de defunción y se lo entrega. Después les da la mano—. Mi más sentido pésame. ¿Tenéis sociedad de entierro?

—Sí, La Dolorosa —dice Socorro sin parar de llorar.

—Podéis llamar cuando queráis para que se hagan cargo.

* * *

Cada día que abro los ojos, desde que pasó lo de Fernando, me despierto con una opresión en el pecho que no me deja respirar. A veces me da la impresión de que me voy a ahogar en una pesadilla de la que voy a acabar despertándome y todo vuelve a ser como antes: mi hijo está en su

habitación escuchando reguetón a toda pastilla; mi madre, en la calle paseando a Lacuqui, y mi móvil me avisa de la llegada de un wasap en el que mi marido me dice que no lo esperemos para cenar porque se le ha complicado un caso en urgencias. El gusto amargo que me acompaña desde hace un par de semanas me vuelve a la boca. ¿Cuántas veces me habrá dicho que le tocaba guardia cuando en realidad se estaba follando a esa guarra? Se me eriza el vello del cuerpo y regresa el dolor, los escalofríos y los celos. No he podido volver al trabajo. El comisario Belmonte me está cubriendo en la Operación Pavones, aunque sé que no va a aguantar así mucho tiempo. En algún momento debo plantearme ponerme al mando otra vez; pero ni mi cabeza ni mi cuerpo están listos todavía.

Para lamerme las heridas a gusto, sin tener a mi madre detrás como un alma en pena diciéndome que lo que vi en el aparcamiento de La Paz a lo mejor no era lo que yo creí ver, la he mandado con Mila a un viaje del IMSERSO. Un par de semanitas en Benidorm le van a venir de lujo para asimilar lo de su nieto y para relevarla de la obligación de mirarme con ojos de carnero degollado cada vez que nos cruzamos por el pasillo mientras me dice «Fernando es incapaz de hacerte esa faena». Cito textualmente. En cuanto a mí, esta soledad me está permitiendo recomponer los pedazos de mi corazón. Para empezar, he vuelto a ir a mi terapeuta, que me ha aconsejado seguir escribiendo la novela que he dejado aparcada por falta de ganas y autoestima. La tengo bastante avanzada a base de arañar horas al sueño. Tal vez tenga razón. Escribir me ha ayudado hasta ahora a escupir los sinsabores de mi vida y las dificultades de mi profesión. ¿Por qué no va a ayudarme también a sacar la ira y los celos? Además, al fin y al cabo, yo no tengo la presión de tener que entregársela a un editor en una fecha determinada ni el vértigo de pensar que alguien ajeno a la brigada y a mi familia husmeará en mis secretos más íntimos. Sí, intentaré volver a ponerme delante del ordenador en algún momento.

Su segundo consejo ya es un clásico: que me mime. Y el tercero, una novedad: que procure pasar sola el menor tiempo posible. Lo de mimarme no sé ni por dónde empezar. Hace tanto que no pienso en mí misma que no recuerdo ni lo que me gusta. En cuanto a lo de estar acompañada, para eso está Lacuqui, que se ha quedado conmigo para disgusto de su dueña legítima. Con ella todo son ventajas. Me escucha sin ametrallarme con preguntas cuyas respuestas me deshacen por dentro, y no me da consejos inútiles. Justo lo que necesito.

También tengo en mi agenda de sanación no visitar a mi hijo para que mi presencia no lo altere, ni la suya a mí. Tampoco pienso contestar los mil y un wasaps de Fernando en los que me repite que lo que pasó con Sonia no significa nada. ¡Anda que no, hijo de puta! ¿Cuánto tiempo llevabas con ella?, me imagino preguntándole mientras lo abofeteo una y otra vez. Esos ataques de violencia también forman parte de mi tratamiento. Así lo aconseja Louise Hay en su libro *Sana tu cuerpo*, en el que dice que te permitas imaginar la tortura más atroz para quien te ha herido, que degustes en tu cabeza cada detalle del martirio, que lo disfrutes como si en cada golpe que le asestas estuvieras restando intensidad a tu sufrimiento. Pero sin olvidar la premisa principal: hacerlo solo una vez; intensamente, pero una vez. Y siempre en tu imaginación. Después, lo

perdonas y lo dejas marchar para siempre. Yo estoy todavía en la primera fase, que estoy alargando más de lo saludablemente aconsejado. Las torturas que inflijo a Fernando y, sobre todo, a su amante no sé si me provocan satisfacción o más dolor aún. Solo hay una manera, según mi terapeuta, de romper esta espiral de pensamiento negativo: salir de casa.

—¡Lacuqui! ¡Vamos a la calle! —me desgañito. Ni caso—. ¡Lacuquiiii! ¡Caaallee!

Al cabo de un rato, cuando le da la real gana, viene meneando el rabito. Desde que esta casa es una pura ausencia, la perra está que no es ella. Adora a Fernando y, a falta de sus caricias, ha decidido dormir debajo de mi cama sobre un vaquero que olvidé tirarle por la ventana. Lacuqui viene con el pantalón en la boca, lo pone a mis pies como si fuera un trofeo de caza y se tumba encima. Aunque es muy inteligente, no quiero ni pensar que me está insinuando que deje volver a ese imbécil.

—¡Anda, quita de ahí! —le digo agarrándola por el arnés para ponerle la correa de paseo.

Cuando recojo el pantalón, veo que de uno de los bolsillos delanteros sobresale un trozo de encaje negro. Lo saco y son unas bragas negras que no me caben ni en la cabeza. ¡Será cabrón! ¡Encima fetichista! Las tiro a la basura con una mezcla de asco y rabia mientras, de nuevo, me invade una ola de celos. Tengo que abrazarme a mí misma para que remita el escalofrío. Ahora sí que no aguanto más. Le envío un wasap: «Tenemos que hablar». Ni carita con besos y corazones ni mierdas. Casi inmediatamente me contesta: «Sí, por favor». Le digo que aquí y en un rato y él acepta. Me da la sensación de que se ha creído que es para arreglar las cosas. Iluso...

No se atreve a abrir con su llave y llama al telefonillo, un detalle que no aplaca mi rabia. En el tiempo que pasa desde que accede al portal hasta que llega a nuestro piso me he ido cargando de ganas de darle una bofetada nada más verle. Tan políticamente incorrecto como satisfactorio, pienso. Cuando abro la puerta y entra, se aproxima para darme un beso en la mejilla. Le hago la cobra.

—Me alegro mucho de que quieras hablar —es lo primero que dice.

Levanto la mano para que se calle.

—No quiero hablar. Solo saber cómo han aparecido las bragas de tu puta en mi casa. — Fernando aparenta no saber a qué me refiero—. Si les tienes mucho cariño —insisto—, puedes cogerlas de la basura.

—Yo... De verdad que no sé de qué me estás hablando, Lola.

Por el tono de su voz me doy cuenta de que dice la verdad. Es posible que esa zorra se las metiera como recuerdo sin que él se diera cuenta. ¡La muy guarra!

—Escucha —me dice—. Siento lo que ha pasado. Yo no quería...

Ahora sí que exploto.

—¡¿Tú me has visto cara de gilipollas?! —le grito—. ¿Me vas a decir que te forzó?

—No, claro que no —musita intentando no provocar a la bestia.

—¡¿Entonces?! —sigo gritando.

—Yo qué sé. Simplemente surgió. Me sentía solo.

—¡Coño, qué original! Si cada vez que yo me he sentido sola, me hubiera tirado a un compañero, me habría pasado por la piedra a toda la brigada. Fernando, no me jodas, ¿eh? ¡No me jodas!

—Ni lo entiendes ni lo vas a entender nunca —me dice con una calma que me está poniendo de muy mala leche.

—Y ahora llega el momento «pobrecito de mí, que mi mujer es muy mala y no me comprende» —ironizo—. «¡Por eso me he zumbado a la psiquiatra de mi hijo!» —Me estoy encendiendo de una manera que me estoy dando miedo a mí misma. Estoy a un paso de agredirle, pero me resisto a caer en la violencia, así que intento calmarme—. Fernando, voy a pedirte que te vayas.

—No.

¡Uy, uy, uy! ¡Qué difícil me lo estás poniendo!, pienso.

—De acuerdo —le digo intentando sonar razonable—. ¿No te vas? Entonces quiero respuestas. ¿Desde cuándo?

Me quedo mirándolo fijamente. Fernando guarda silencio hasta que no puede más.

—Desde hace unos meses.

—¿Cuántos? —insisto.

—Cuatro, cinco... No lo sé exactamente. Lola, esto no es bueno para ti.

En ese momento me importa un pito qué es bueno o qué es malo para mí. Solo quiero saber hasta el último detalle que me permita intuir el alcance de mi inocencia.

—¿Dónde lo hacíais? —continúo interrogándolo.

Suspira. Es consciente de que no voy a dejar un solo cabo suelto hasta reconstruir el escenario de su traición. Se sirve un dedo de güisqui y se abandona a mis preguntas.

—A veces, en un hotel. Otras, en su casa.

—¿Y aquí? ¿En nuestra cama?

Le sostengo la mirada. No contesta. ¡O sea, que sí! Una bocanada amarga me obliga a correr hacia el cuarto de baño. Vómito bilis. Estoy blanca como la nieve. Me lavo la cara tres veces y me la seco otras tres. Coloco todos y cada uno de los objetos de la encimera del lavabo. Hace varios días que han vuelto los rituales obsesivo-compulsivos. Ahora sí necesito un ansiolítico debajo de la lengua. Unos minutos después regreso con el rencor escociéndome en la boca.

—¿La quieres? —pregunto, aunque me da miedo saber la respuesta.

Fernando bebe un trago y yo presiento que me va a decir que sí.

—¿De verdad es necesario que te machaques de esta manera? —contesta.

—¿La quieres? —insisto con el gesto impasible, aunque, en realidad, estoy que me muero por dentro.

—No —respira hondo.

—¿Y a mí? ¿Cuándo dejaste de quererme a mí?

—Nunca he dejado de quererte —murmura.

—¿Y de gustarte? ¿Cuándo he dejado de gustarte? ¡No! —le grito—. Espera, que te lo digo yo.

Cuando me extirparon la mama, ¿verdad?

—¡No!

—¡No te gusto desde entonces! Pero eres tan cínico que simulabas ser el marido comprensivo que no eres. «Lola, no te hagas la reconstrucción si no quieres...» —digo parodiando su forma de hablar—. «A mí me gustas igual». ¡Y una mierda! —vuelvo a gritar—. ¡A ti quien te gusta es esa zorra con dos melones! ¡Ojalá le pesen tanto que acabe saliéndole chepa y tenga que mirar al suelo el resto de su puta vida! —le grito diciendo todo de una vez y sin respirar.

—¡Eso no es justo! —Ahora el que grita es él—. Lo que ha pasado nada tiene que ver con tu enfermedad. Siempre he estado a tu lado. Apoyándote. Acompañándote.

—¡Entonces explícame por qué cojones me has puesto los cuernos, porque te juro que no lo entiendo!

Nos quedamos callados. Esta refriega en la que parecíamos aspersores de adrenalina nos ha dejado temporalmente agotados. Por fin, Fernando rompe el silencio.

—No ha sido importante. Solo necesitaba sentir que le interesaba a alguien...

—¿Que le interesabas a alguien? Y nosotros, ¿te interesábamos a ti?

Se levanta como impulsado por un resorte.

—Me alegro de que me hagas esa pregunta —contesta con ironía y en plan chulo—. ¿Sabes lo que me interesaba más que nada? Estar contigo. Eso es lo que me interesaba. Que me hicieras caso alguna vez. Que *tú* te interesaras por mis cosas —remarca el «tú» con muy mala baba.

—¿Estás echándome en cara que no te he dedicado tiempo? —Yo también me pongo de pie e igual de chula.

—El que te sobraba cuando volvías de trabajar y después de ejercer de madre —dice con una aspereza que se me clava como una daga en el corazón—. Sí, no me pongas esa cara —me dice con rabia—. Antepusiste tus ganas de tener un hijo a nuestra relación. «¡Jo, qué ilusión me hace ser mamá, tía!» —dice imitándome el muy gilipollas, como si yo hablara con ese tono estúpido.

—Si no querías tener un hijo, ¿por qué me propusiste adoptar? —pregunto conteniendo las ganas de llorar.

—Porque pensé que, si te impedía ser madre, me lo acabarías echando en cara algún día y te perdería, así que preferí joderme yo. Y ahora ya ves para qué. Para tener una familia que ni es familia ni es nada, porque estamos cada uno por nuestro lado.

Los dos nos callamos. Sus palabras nos han hundido en una sima profunda de la que ya no vamos a salir nunca.

—No sabía que te molestaba tanto Diego —musito sin encajar lo que acabo de oír.

—¡Y no me molesta! Estoy hablando de ti. De nosotros. De lo que fuimos y ya no somos —continúa escupiendo rencor—. ¿Cuándo fue la última vez que nos acostamos? Pero no por cumplir, sino con ganas, con pasión, como al principio. ¿La recuerdas? Porque yo sí. Fue en el hotel de Kiev. La noche antes de conocer al niño.

—¡Pero ¿cómo se puede ser tan mezquino?! —le increpo—. ¿Me estás diciendo que la culpa

de que te hayas liado con esa zorra la tengo yo? —No le dejo contestar y empiezo a empujarlo hacia la puerta—. ¡Lárgate de mi casa y de mi vida! ¡¡Fuera!! —Le doy otro empujón—. ¡¡Largo!!

Fernando sabe que, si dice algo, lo va a empeorar, así que sale y yo doy un portazo tras él. Me apoyo en la pared y me dejo caer hasta quedar sentada en el suelo. Entonces, por primera vez desde no recuerdo cuándo, rompo a llorar.

* * *

Las campanas doblan a muerto cuando el féretro de Sagrario sale de la iglesia de Santo Tomás. Sus hijos Eusebio, Nicolás y Augusto, y uno de sus nietos, el favorito, Fidel, lo llevan a hombros. Detrás caminan los demás hijos e hijas. Socorro va la última; está destrozada. Además de haber perdido a su madre, esta última noche que pasaron velándola ha sido una batalla infernal entre sus hermanos, que han estado rapiñando las pocas pertenencias de la anciana. «Me llevo los zarcillos como recuerdo de madre», le soltó Emilia con lágrimas en los ojos mientras arrancaba los pendientes de oro de las orejas del cadáver. Socorro los mira y, aunque llevan su sangre, todos le parecen unos perfectos desconocidos. Según van saliendo, los asistentes le hacen una caricia o le dicen unas palabras de consuelo. Sienten pena por ella, por lo sola que se queda. Los demás, al fin y al cabo, tienen sus propias familias, comentan entre murmullos, pero la pobre Soco...

Los cuatro portadores introducen la caja en el furgón con ayuda de los empleados de La Dolorosa. Antigamente, en Orgaz, como en la mayoría de los pueblos de España, se tenía la costumbre de transportar el ataúd a pie hasta el cementerio municipal, a las afueras del pueblo. Más de un kilómetro y medio de procesión a la que solo asistían los hombres. Ahora eso se acabó.

El sepelio transcurre en un silencio que solo se rompe con el llanto exagerado de alguna de las hijas. Socorro, sin embargo, deja que las lágrimas recorran su rostro sin emitir un solo gemido. Al acabar, los once hijos de Sagrario se colocan unos junto a otros en hilera delante de la sepultura para recibir el pésame. Una retahíla de frases hechas que de tanto repetirlas pierden su significado: «Que nos espere muchos años», «a todos nos va a llegar», «que Dios la tenga en su Gloria»...

Marisa no conoce a nadie salvo a Socorro, por lo que prefiere esperar a que la familia se disperse para acercarse.

—Lo siento mucho, cariño —dice mientras Socorro y ella se funden en un abrazo emocionado.

—Gracias por venir —contesta la huérfana—. No tenías por qué. Mira que meterte tú sola doscientos kilómetros entre la ida y la vuelta...

—¿Para qué estamos las amigas si no para esto? —responde la maquilladora acariciándole la cara.

—Tienes razón. Pues por lo menos quédate a comer, anda.

—Qué más quisiera yo, pero he cambiado el turno con Tere y esta tarde no tengo más remedio que ir a currar. Cuando vuelvas a Madrid, quedamos un día, ¿vale?

—¡Uy, a Madrid! Sabe Dios cuándo voy a volver yo a Madrid —se lamenta Socorro.

—¡Anda! ¿Y eso? ¿No estarás pensando en quedarte a vivir aquí?

—¡No! ¡Ni loca! Yo aquí ya no tengo nada que me ate. Pero es que las cosas con mi sobrino están... así así. Además, tengo que encargarme de vaciar la casa de mis padres, que mis hermanos la quieren vender. En fin. Ya sabes.

—Si es por no vivir con Fidel, te vienes a mi casa, que me sobra una habitación. Al menos hasta que encuentres un piso que te guste.

—Bueno, ya veremos —dice Socorro contemplando la posibilidad de aceptar la oferta de Marisa.

Las dos amigas se funden en otro abrazo. Todos han salido ya del cementerio. Ellas se van también. Socorro echa una última mirada a la fosa. Los empleados municipales están cubriéndola con ladrillos antes de colocar el sepulcro de piedra rústica que tienen en un aparte. De momento, en él solo aparecen grabados los nombres de Eusebio Pavones y su hija María de la Luz y las fechas de sus nacimientos y sus muertes.

—Mi madre ya está con lo que más quería en este mundo: su marido y su hija pequeña.

Exhala un leve gemido mientras se toca la mejilla izquierda y recuerda a su madre diciéndole que tendría más suerte que su hermana porque ella llevaba pintada en la cara una estrella. Al final, va a tener razón.

—¿Sabes que Luz nació cinco minutos después que yo? —Los ojos se le llenan de lágrimas—. Por eso, cuando era niña, decía que de todos los hermanos ella sería la última en morir. Y ya ves. Ha sido la primerita.

Marisa, conmovida por el dolor de su amiga, le pasa el brazo por encima de los hombros y así caminan hacia la salida.

Afuera, el acompañamiento se ha ido en caravana de regreso al pueblo. Solo queda Fidel, que no ha querido entrar a ver cómo echaban tierra sobre su abuela. Todos sus tíos se han largado, dejando que Socorro vuelva sola a pie. Por eso él ha decidido esperar y llevarla a casa de los abuelos. El joven observa, a cierta distancia de la puerta del camposanto, cómo Marisa da un último abrazo a Socorro y le dice lo que deben de ser palabras de aliento. Después, la maquilladora se despide de él agitando la mano, monta en su Renault Clio y se va. Fidel empieza a ver borroso; en parte, por las lágrimas, que no intenta contener, por la muerte de su abuela, posiblemente la mujer a la que más ha querido. Y en parte, porque le escuecen los ojos de tan irritados que los tiene por el exceso de sustancias tóxicas e ilegales que fluyen por su organismo. Cuando va a abrir la portezuela para entrar en el Mercedes, ve un deportivo negro avanzando hacia su tía. No sabe de dónde ha salido; debía de estar aparcado en un lateral, junto a la tapia del cementerio. ¿Aparcado o escondido?, piensa Fidel poniéndose en guardia. El BMW Serie 4 Cabrio se detiene junto a Socorro y de él desciende López Pollo. El joven no puede reprimir una mueca de asco mientras piensa que qué coño pinta esa tía en el entierro de su abuela. Teo dice algo y Socorro, con gesto compungido, se abraza a ella rompiéndose entera. La otra continúa

hablando en voz tan baja que Fidel no puede ni intuir lo que dice, por más que afina el oído. Socorro niega con la cabeza una y otra vez y arrecia el llanto. Qué coño le está diciendo que la está dejando hecha una puta mierda, piensa el joven. «Todavía me acerco y le salpico una hostia». La exrepresentante coge a Socorro por la barbilla para que no baje la cara y la mire a los ojos. Luego le susurra algo al oído y consigue que Socorro se calme y afirme con la cabeza. Se dan otro abrazo fuerte. López Pollo hace a Fidel un gesto con la cabeza para que sepa que lo ha visto, gesto que él ignora mirando para otro lado. Odia a esa mujer, lo mismo que ella a él, pero le da igual. Más de una vez, haciendo gala de su homofobia, ha comentado con desprecio que «lo que necesita es que alguien le meta un buen rabo hasta la campanilla. Así se le quitaría esa cara de vinagre, que cada día está más fea». Teo ignora el desplante y mira de nuevo a Socorro. Le dice algo y esta vuelve a asentir con la cabeza. Solo entonces, López Pollo se mete en su coche, arranca y se va.

Socorro camina cabizbaja hacia su sobrino mientras recuerda lo que le dijo la última vez que se vieron.

—Esta es mi casa y haré las fiestas que me salga de los cojones. Así que, o te aguantas o te piras. —Sonó igual de desagradable que su madre. Había tenido una buena maestra en el arte de humillar.

Ella le respondió con un sopapo y se largó con lo puesto. Desde entonces, ni siquiera la muerte de la matriarca había logrado reconciliarlos. Pero Fidel se siente solo. Ha perdido a las dos mujeres más importantes de su vida y no quiere perder a la tercera, la que lo crio. Socorro también está muy sola, tan alejada de la forma de vivir y pensar de los Pavones. Cuando llega a la altura de su sobrino, se detiene.

—Perdóname —le dice mientras le da un beso en la mejilla.

* * *

Desde primera hora de la mañana, la brigada está centrada en el trabajo de oficina, tan aburrido como necesario. En su puesto, Belmonte coteja la lista de llamadas de López Pollo, a quien no acaban de descartar como sospechosa. Debe ser minucioso para que no se le escape ningún indicio del que obtener una prueba que la vincule con el crimen. De momento, su búsqueda no ha dado resultados. A veces se pregunta si no estarán empecinándose en incriminar a una inocente basándose en hechos tan inconsistentes como la intuición de la jefa y la animadversión que despierta en todos y cada uno de los investigadores. Por su parte, Valdés tiene orden de no perder de vista al entorno de los «Full», como llaman al matrimonio desaparecido, y de estar atenta a la actividad de sus teléfonos; un trabajo frustrante, pues ni reciben ni emiten llamadas. Además, es imposible triangularlos porque están apagados desde el mismo día en que recibieron la visita de Vergara y Belmonte. Morales también anda liado revisando el listado de llamadas de Fidel, que solo habla con algunos de sus tíos del pueblo y con bastantes chicas; nada reseñable a su edad. Pero el hijo sigue sin tener una coartada sólida para la noche del asesinato de su madre.

Suena el teléfono fijo del inspector. Desde recepción le anuncian la visita de unas personas que quieren hablar urgentemente con la jefa.

—Está bien, que suban —dice, y cuelga. Se dirige hacia la puerta de la sala común para recibirlas.

Se abre el ascensor y aparecen María Otero y una joven oriental a la que no conoce.

—Buenos días, inspector. Esta es Bea, una compañera de Telemedia.

—¿Qué tal? —la saluda Belmonte con un apretón de manos—. Siento que se hayan dado el paseo para nada; la jefa Vergara no está. De hecho, no sabemos cuándo se va a incorporar.

—¿Le pasa algo? —pregunta María con sincero interés. Con el trato ha acabado tomándole afecto.

—No —miente—. Ha pedido unos días para asuntos propios.

La realidad es que Vergara ha ido cayendo en picado hasta quedar sumida en una depresión tan profunda que la ha obligado a pedir una baja temporal.

—Vaya, pues... —María mira a Bea, que parece contrariada—. Si acaso, ya volveremos.

—A lo mejor yo las puedo ayudar —se ofrece el inspector, que, a pesar de la juventud de las chicas, las trata de usted, como mandan las ordenanzas.

María mira de nuevo a su compañera esperando una respuesta afirmativa.

—Es que... para mí es muy importante hablarlo con la jefa personalmente —dice Bea.

Lola sale del ascensor. La ha oído.

—Pues aquí me tenéis. Buenos días a todos.

Los tres se vuelven y ven a Vergara con una sonrisa enorme. Se ha cambiado el peinado; tiene el pelo igual de canoso, pero más rapado. Está ligeramente bronceada y bastante más delgada. Belmonte está impresionado. La ve mucho más joven y más guapa que la última vez que fue a visitarla a su casa, hará alrededor de un mes. Lola estaba devastada; en chándal, con el cabello de cualquier manera y descuidada como jamás la había visto. Era como si quisiera autodestruirse. La madre estaba muy preocupada por ella; le contó que no se atrevía ni a acercarse por si le soltaba un bufido. Lola no había querido hablar con él y le había pedido, a través de su madre, que hacía de intérprete, que la dejara en paz. No quería ver a nadie. Sin embargo, hoy vuelve renovada; la Lola de siempre. Los cuatro acceden a la sala común y toda la brigada levanta la mirada para ser testigo de la entrada triunfal. Belmonte se alegra de esa capacidad que tiene su jefa y amiga de resurgir de sus propias cenizas. Debería escribir un libro de autoayuda, piensa mientras la mira preguntándole sin palabras si está bien, a lo que la jefa asiente entornando los ojos. Los demás compañeros también se alegran de que haya vuelto. No conocen los detalles, pero sí saben a grandes rasgos lo de su hijo y lo de su marido. Le tienen aprecio. Es una buena jefa, de las que siempre se ponen del lado de su gente.

—¡Todo el mundo a trabajar! —Vergara da una palmada con su energía habitual—. Vosotras dos venid conmigo.

Desde el principio de la investigación, Lola ha estado filtrando a la prensa pequeños detalles a

través de María Otero. Para la joven periodista ha supuesto un avance importante en su profesión y el reconocimiento de Telemidia. A cambio, María le ha devuelto el favor informándola de los rumores que se oyen en la calle y en la cadena. Cuántas veces algo insignificante ha sido el detonante que los ha llevado hasta la misma puerta del criminal. Esa confianza mutua que ha surgido a lo largo de estos meses es la que ha llevado a María a acompañar a comisaría a una reticente Bea para que hable con la inspectora bajo la promesa de que nadie sabrá jamás lo que le va a contar.

—Belmonte, en cuanto acabe con ellas, nos reunimos —ordena Vergara con su determinación habitual.

—Por supuesto, jefa.

—¡Morales! Cubre el panel.

—Hecho —contesta el subinspector.

Aunque a Vergara le consta la discreción de María, una cosa es filtrarle lo que a la poli le conviene que se sepa y otra muy distinta que la periodista conozca al detalle el estado de la investigación.

—¡Listo! —dice Morales saliendo de la sala de reuniones.

Vergara pide a las chicas que la sigan. Entran, se sientan y cierra la puerta tras ellas.

* * *

La periodista no le quita ojo al panel ahora cubierto con una tela negra, como si intentara ver qué esconde.

—Vosotras diréis...

No les ha dado tiempo a contestar cuando suenan dos golpecitos en la puerta y aparece la cara roja del Gordo.

—Con tu permiso, jefa... —Asiento con la cabeza. Sanz entra con un bote de Coca-Cola Light en la mano y lo deposita en la mesa delante de mí; su sonrisa nada tiene que ver con la mueca de idiota que se le pone cuando suelta una de las suyas. Creo que es la primera vez que veo en ese hombre un gesto de humanidad.

—Gracias, Sanz. —Le devuelvo la sonrisa agradeciéndole el detalle. A ver si al final va a resultar que dentro de este zoquete hay un corazoncito, pienso—. Puede que las jóvenes quieran beber algo... —le sugiero para que remate la faena con un poco de caballerosidad.

El Gordo las mira y ellas se lo agradecen, pero declinan la oferta. De nuevo me mira a mí, le sonrío y se va. Reconozco que me ha conmovido.

—Perdonad, ¿de qué estábamos hablando?

—¿Empiezas tú o empiezo yo? —pregunta María a su compañera.

—En realidad no sé qué hago aquí —dice Bea tímidamente—, porque lo que creo que pasó no sé si pasó en realidad.

Escucho callada. Si María ha traído a esta chica para que hable conmigo, debe de ser algo importante. Por la actitud de Bea incluso me atrevo a predecir que tiene que ver con el impresentable de Fidel.

—Puedes contarme lo que sea, yo nunca voy a dudar de ti, ¿de acuerdo?

Bea asiente y baja la cabeza. Está nerviosa e incómoda. Se le escapa una lágrima que limpia deprisa y corriendo para que no note su debilidad, pero yo ya me he dado cuenta de por dónde van los tiros e intento ayudarla.

—Vamos a ver —le digo con un tono suave que le haga sentir que estamos en confianza—. Si te parece, yo te voy preguntando y tú solo tienes que contestar sí o no. ¿Es por Fidel Pavones?

Bea asiente.

—¿Te ha pegado?

—No sé...

No entiendo a dónde va a parar todo esto. Miro a María, que decide tomar las riendas del relato.

—Bea cree que la ha violado.

—¿Cómo que «cree»? —Se me eriza el vello de los brazos. Esto no me lo esperaba.

—Bea salió con Fidel a cenar —me aclara la periodista—, pero solo recuerda ir en su coche un poco mareada y que él dijo que tenía que pasar un momento por su casa porque se había dejado la cartera. Después llegaron al garaje y...

—... sin saber cómo, estaba otra vez dentro del coche, en un aparcamiento y sola —continúa Bea—. Me sentía escocida y mojada por ahí abajo. Poco después llegó Fidel y se metió en el coche. Estaba muy preocupado. Me dijo que yo había perdido el conocimiento. Hablaba y hablaba, pero yo no sabía qué estaba pasando. Solo quería que me llevara a mi casa. Cuando llegué, al desnudarme vi que tenía marcas rojas en los brazos y en el interior de los muslos y mordiscos en ambos pechos. Me dolía todo el cuerpo. Fui al baño y al orinar sentí un escozor terrible. Tenía sangre en las bragas y... también en el ano.

—¿Fuiste al hospital a que te exploraran? —pregunto intentando disimular la mala leche que me está invadiendo.

—No. Lo único que quería era ducharme, curarme y meterme en la cama. Olvidar y seguir con mi vida como si no hubiera pasado. Fidel y yo estábamos saliendo, ¿sabe? Me parecía imposible que él me hubiera hecho todo eso.

—¿Estabais solos o había alguien más?

—No lo sé, pero lo poco que recuerdo es que solo estábamos él y yo —contesta con un hilo de voz.

—Después de aquello —pregunto—, ¿qué pasó?

—Nada —dice Bea con unos lagrimones que me parten el alma—. Me esquivaba. Yo intenté contarle lo que me había pasado, pero ni se me acercaba. Por eso empecé a sospechar que él podía tener algo que ver. Hasta que por fin conseguí pillarlo y pedirle explicaciones. Se ofendió

muchísimo. Me aseguró que ni me había rozado, que cómo se me ocurría acusarlo de algo tan espantoso. Según él, cuando me desmayé, me llevó al hospital; me dejó en el aparcamiento, dentro del coche, mientras iba a pedir ayuda. Cuando salió, yo ya me estaba recuperando, así que me llevó a casa. Me dijo que, si alguien me atacó, debió de ser en ese momento, aprovechando que estaba sola. Parecía tan sincero y yo estaba tan confusa que le creí.

* * *

Bea era un fardo inanimado que permanecía boca abajo en la cama mientras Fidel la penetraba por el ano con violencia animal. En ese momento, él sabía que varios miles de ojos los observaban a través de la cámara web y se ensañaba con ella tirándole del pelo y azotándole las nalgas. Le decía obscenidades en un perfecto inglés para que todo el mundo lo entendiera. Sabía que cuanto más violencia y más sadismo ejerciera sobre su víctima, más aumentaría el número de visitas y, por lo tanto, los ceros en su cuenta corriente. Ellos pagaban con tarjeta de crédito para observar y él cobraba por humillar. Aunque no lo hacía solo por dinero: le gustaba esa sensación de poder, tener a una mujer doblegada a sus instintos más primitivos.

Para no ser reconocido, Fidel se había puesto una máscara muy sofisticada, con incrustaciones doradas, plumas y una nariz como el pico de un ave, que había comprado en un viaje a Venecia. Cuando terminó de violar analmente a la chica, le dio la vuelta para penetrarla por la vagina. Al introducir el pene se encontró con que el orificio ofrecía resistencia y se dio cuenta de que había un plus con el que no contaba: Bea era virgen. Se detuvo y caminó hacia la cámara como un presentador de televisión que avanza una gran sorpresa a los espectadores. También en inglés, escribió un rótulo en la pantalla para informar a los *cibervoyeurs* de que en breves instantes iba a desvirgar a esa zorra. Las visitas se dispararon. Diez mil. Medio millón. Cuando penetró a la joven con violencia, más de dos millones de pervertidos de todo el planeta lo estaban viendo.

Al acabar la sesión, nada más eyacular, Fidel se quitó el preservativo, le hizo un nudo y lo metió en el cajón de la mesilla de noche. Era importante que no hubiera restos de su ADN en la vagina de Bea. Después se levantó de la cama, apagó la cámara y se quitó la máscara. Vistió a su víctima y la llevó cargada a la espalda, como un saco de patatas, hasta su coche. Bajó en el ascensor privado que une el garaje con la vivienda. Una de las ventajas de vivir en un piso de lujo era que podía entrar y salir con el coche sin saludar a los vecinos. Aun así, tuvo la precaución de evitar el ángulo de visión de las cámaras de seguridad. Su plan era dejarla en su casa sin más explicaciones; pero esta vez no era como las demás. Por lo general, Fidel recogía a prostitutas en la Casa de Campo o en el polígono Marconi. Se las apañaba para administrarles burundanga y llevarlas a su casa. Una vez allí, las sometía a todo tipo de vejaciones y, sin pagar por sus servicios, las dejaba tiradas inconscientes en algún lugar solitario del extrarradio. Sin papeles, aquellas chicas eran tan vulnerables que él estaba seguro de que no irían a la policía a

denunciarlo. No obstante, procuraba ir cambiando el lugar de reclutamiento entre los diferentes puntos de prostitución de los alrededores de Madrid.

Pero ese día era distinto. Por primera vez se había atrevido con una chica de su entorno. Sabía que la agresión había dejado secuelas físicas evidentes en el cuerpo de Bea. Necesitaba una coartada. Improvisó y condujo hasta el aparcamiento exterior del Hospital Universitario Puerta de Hierro de Majadahonda. Bea todavía estaba semiinconsciente, así que dejó el coche aparcado con ella dentro, salió y esperó. Pasó más de una hora hasta que la chica empezó a moverse; entonces Fidel interpretó su gran papel. Abrió la puerta apresuradamente, como si regresara de buscar ayuda. Bea no comprendía nada y, aunque tenía el cuerpo dolorido, le pidió que la llevara a casa. Por el camino, Fidel no paró de explicarle el susto que se había llevado cuando ella perdió el conocimiento. Bea estaba confusa y no lograba entender por qué sentía dolor y escozor en el ano y los genitales.

* * *

La excusa de Fidel me parece tan inverosímil y tan burda que no entiendo cómo esta chica se la ha podido tragar; salvo que prefiriera ponerse una venda en los ojos para no saber y para no sufrir.

—También me dijo —continúa Bea— que si no salía conmigo era porque su madre le había echado una bronca al enterarse de lo nuestro y le había prohibido juntarse con una chica como yo.

—¿Como tú? —pregunto extrañada.

—China —me aclara María. La palabra ha hecho reaccionar a Bea, que la mira molesta—. Quiero decir, con rasgos orientales —se corrige la periodista, que conoce los detalles de su historia y se ha dado cuenta de la incomodidad que ha provocado su comentario—, porque Bea es española. El caso es que Luz la tenía enfilada, era una racista declarada.

Otra *virtud* de la Pavones, pienso.

—¿Y tú qué hiciste a partir de ese momento, Bea?

—Nada. ¿Qué iba a hacer? Pensé que lo de su madre era una excusa para dejarme, que en realidad se sentía culpable por no haber evitado que me hicieran aquello.

—Hasta que un día charlando sobre por qué dejé el concurso para irme a informativos le conté que el gilipollas ese me había atacado —interviene María—. Entonces Bea se dio cuenta de que, en efecto, Fidel era un tío violento y de que ella había sido víctima de una *presunta* agresión sexual —apostilla con retintín.

—Si aquella noche hubieras ido a un centro sanitario —le digo a Bea—, te habrían tomado muestras de fluidos y habríamos podido cazarlo. Por cierto, ¿tienes idea de cuánto tiempo transcurrió entre que te recogí y te llevé de vuelta a casa?

—No —dice Bea—. Es como si me hubieran borrado la memoria.

—Tal vez recuerdes si en algún momento te acercó algo a la nariz. Un pañuelo, su propia mano... —sugiero.

—Un ramo de rosas —contesta sin dudar—. Me regaló un ramo pequeño e insistió en que lo oliera.

—Así fue como lo hizo —le explico—. Seguramente aspiraste escopolamina. Burundanga, para entendernos. Bien. —Me levanto—. Os aseguro que con estos datos voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que esta misma noche ese tío duerma en un calabozo. Una cosa más. ¿Recuerdas la fecha de la agresión?

—Perfectamente —contesta Bea con un hilo de voz—. Fue el 16 de marzo.

El mismo día que mataron a su madre, pienso.

—¿A qué hora te dejó en casa?

—De noche, pero no lo sé con exactitud. Lo siento.

María la agarra del brazo para que se sienta arropada.

—No quiero que mis padres se enteren de esto. Yo me moriría de vergüenza y ellos de pena —musita la joven maquilladora.

—Siento decirte que tienes que denunciar a ese tipo, porque, si no, nosotros no podemos intervenir —le digo.

—Es que le prometí que no lo sabría nadie —la apoya María.

—Seremos lo más discretos posible. Pero sin denuncia... —insisto.

Bea, muy seria, niega con la cabeza; se está arrepintiendo de haber venido. María le coge la mano.

—Si no lo haces, ese cerdo va a seguir agrediendo a otras chicas. —Lo ha dicho con tanta rabia que Bea acaba claudicando.

Después de firmar la denuncia, sigo hablando con Bea; me puede la curiosidad de saber cómo se metió en la boca del lobo y empezó a salir con ese salvaje. Me cuenta cómo Navas la lio para que le echara una mano con su hijo con discapacidad. Me quedo descolocada; aunque me reviente como persona, ahora entiendo que el periodista hiciera todo lo posible por conseguir de mí un titular por el que le pagaran una buena cifra.

Las chicas se van y pongo en marcha el dispositivo para detener a Fidel por agresión sexual. Con un poco de suerte, y si logramos que cante, también podremos imputarle otro delito: la tenencia de escopolamina, fundamental para anular la voluntad de Luz durante su martirio. El carácter violento de Fidel y el legado millonario del que es único beneficiario apenas dejan lugar a dudas. Creo que no solo vamos a quitar de la circulación a un violador, sino que tenemos al asesino de Luz Pavones: su propio hijo.

—Voy a llamar a ese mamón, a ver si le sonsaco dónde está. Así lo trincamos por sorpresa —le digo a Belmonte mientras activo la grabadora del teléfono para tener constancia de nuestra conversación.

Marco su número. Lo tengo desde que fuimos a hacerle una primera visita al enterarme de que había agredido a María y a otra compañera. En aquella ocasión el tipo fue encantador y escuchó

mi relato con sorpresa e incredulidad; parecía disgustado por haber sido acusado de un delito que a él se le antojaba especialmente deleznable.

—Les juro por el descanso eterno de mi madre que jamás he tenido ni siquiera una discusión con mis compañeras. —A pesar de su juventud, su manera de hablar sonaba tan desfasada como la de su tía Socorro. Se le veía muy afectado—. Reconozco que, a veces, me expreso con demasiada vehemencia, hablo demasiado alto, pero les prometo que no soy violento. Es que le pongo tanta pasión a todo lo que hago que a lo mejor confundieron lo excesivo que soy con otra cosa.

Nos había contado también que se había criado con tres mujeres, lo que lo incapacitaba moral y físicamente para ponerle la mano encima a una. Lo dijo con estas palabras. A Belmonte ese rollo le pareció creíble. Yo no me lo tragué y me fui convencida de que algún día acabaría dando un paso en falso y yo estaría ahí para detenerlo.

—Nada. No contesta. Necesitamos una orden judicial para localizar su móvil.

Por suerte, la jueza Estébanez nos la envía por correo electrónico a los pocos minutos; esto de las nuevas tecnologías es una bendición para nosotros. En ese momento, el teléfono de Fidel aparece ubicado en Majadahonda, en el ático de Luz Pavones. Le pido a Belmonte que venga conmigo y que envíe un par de *zetas*.

Al llegar, nos recibe el portero. Ya nos conoce.

—Buenos días —nos dice—. ¡Hay que ver! Desde que se murió la pobre señora Pavones, no deja de venir la policía. Los vecinos no pueden más con ese macarra que pone la música a todo trapo.

—Está en casa, ¿verdad? —le pregunto mientras veo que los dos *zetas* se colocan estratégicamente cubriendo el portal y la salida del garaje.

—Ahí anda, sí. Menuda noche de *chunda chunda*... No sé cuántas veces ha venido la Municipal, pero, en cuanto se daban media vuelta, otra vez el escándalo. No me extraña que la pobre tía haya cogido las maletas y haya salido pitando —cotorrea el vigilante.

—¿Socorro? —El portero asiente—. ¿Cuándo ha estado aquí?

Pensaba que se había quedado en el pueblo tras la muerte de su madre. Se ve que no.

—Ha venido un par de días, pero esta mañana bien temprano se ha ido, hartita...

—Pues no se oye nada —dice Belmonte.

Tiene razón. Los ventanales del ático están abiertos de par en par y el silencio es absoluto.

—La juerga ha acabado hace como una hora. Estará durmiendo la mona —explica el portero. Se nota que no siente el menor afecto por Fidel.

—Pues vamos a fastidiarle la siesta —le digo a mi compañero.

Subimos y llamamos al timbre. Esperamos. Nadie nos abre. Insistimos.

—Este debe de estar cocido y no se entera de nada —me dice Belmonte a la vez que empieza a aporrear la puerta.

Llamo a su móvil. Oigo que suena dentro, pero nadie se molesta en contestar.

—Pues de aquí no nos movemos hasta que nos abra —insisto mientras golpeo yo también la

puerta con el puño—. ¡Policía! ¡Abre! ¡Sabemos que estás ahí!

* * *

En el interior del ático se oyen las voces de los inspectores mezcladas con los golpes en la puerta y el sonido insistente del timbre. Pero nadie sale a abrir.

—¡Policía! ¡Abre, Fidel! ¡No puedes escapar! ¡Tenemos bloqueadas todas las salidas! — advierte Vergara a gritos desde el descansillo.

Más puñetazos en la puerta y más timbrazos que atraviesan el salón y se reparten por las habitaciones completamente vacías de gente. Está todo hecho un desastre. Botellas rotas, vasos de plástico por todas partes, ceniceros llenos y alguna colilla que se ha consumido sola en el suelo.

—¡Abre! ¡No empeores las cosas! —La voz del inspector llega hasta el cuarto de baño.

Pero Fidel no puede abrir. Está desnudo, de rodillas, rodeado de vómitos y con la cabeza metida en la taza del váter. Está muerto.

NADA MÁS QUE RUIDO

Mis amigas me tienen frita; no me dejan ni a sol ni a sombra. Cuando no han sacado entradas para el teatro, compran para el cine. Y si no, organizan una quedada para ponernos moradas de chocolate con churros que nos sienta fatal a todas. La última idea peregrina de Rosa es ir a patinar sobre hielo, como cuando teníamos quince años. ¡Ni hablar! A nuestra edad, una caída nos hace candidatas a una lesión de cadera. Mi negativa no las ha desalentado y han maquinado unos cuantos *planazos* más que también he rechazado rotundamente: ir a bailar salsa con unos morenazos previo pago por su compañía —menos mal que Marga también se ha negado—, pasar la tarde con los pies metidos en una piscina para que nos los chupen unos pececillos —¡qué grima, por favor!—, apuntarnos a un crucero, pero conforme está mi economía no me veo flotando más allá del estanque del Retiro... Y así a diario. A la última propuesta de Verónica ya no he podido negarme sin quitarme el sambenito de *chafaplanes*: un karaoke.

—«Y no me importa naaadaaaa, que rías o que sueñes, que digas o que hagaas...». —Rosa, Verónica y Marga destrozan una canción preciosa de Luz Casal mientras me hacen gestos para que me levante y me una al coro. Yo alzo mi *gin- tonic* y brindo por ellas al tiempo que les digo que no con la cabeza.

Estamos aquí metidas desde ni se sabe. He perdido la cuenta de las copas que se han tomado. Llevan un *melocotón* del que mañana se van a arrepentir. Tampoco sé cuántas canciones han barritado hasta conseguir vaciar el local. Un repertorio en el que no han dejado títere con cabeza. Desde Karina y su *Baúl de los recuerdos* hasta *Ojos de gata*, de Los Secretos, pasando por ese *Derroche* de Ana Belén lleno de «beeeesos, ternuuura»... El chino de la barra nos mira con inquina; el pobre hombre debe de estar deseando que nos larguemos.

Por fin terminan de cantar y les aplaudo como una fan entregadísima.

Sé que les hace mucha ilusión verme animada; no saben que, de vez en cuando, me vuelve la rabia. Pero ya no debo ni quiero permitírmelo. Lingotazo de *gin- tonic* y a seguir la marcha.

—Tú verás lo que haces —me dice Verónica estampándome un beso—, pero de aquí no te vas sin cantar algo. Lo que sea.

—Os dije que venía con la condición de no cantar.

—Hija, Lolita, qué siesa te has vuelto. ¡Pero si eras el alma de la fiesta en cuanto Fernando

sacaba la guitarra! —Las otras dos fulminan a Rosa con la mirada. Ella misma se da cuenta antes de acabar la frase, querría que se la tragara la tierra.

Yo prefiero no darme por enterada y miro mi reloj de pulsera.

—¡Uy! ¿Os habéis dado cuenta de que son las dos de la madrugada? Vosotras haced lo que os parezca, pero yo me voy, que tengo a mi madre sola —digo poniéndome de pie. Parece que yo también me he pasado soplando y tengo que volver a sentarme un instante.

—¿No dijiste que le habías contratado el botón ese de asistencia telefónica por si le pasaba algo? —pregunta Verónica.

—Sí.

—¡Pues ya está! Imagínate que estás de guardia. Anda, vamos a tomar la última —dice Marga dirigiéndose a la barra.

El chino le dice mediante gestos que no, que es tarde y que va a cerrar. Marga protesta, pero él no se da por enterado. Apaga el reproductor de música y la pantalla y enciende las luces del local. Hasta este momento no me había dado cuenta de lo feísimo que es, con tanto cuadro de dragones por las paredes.

—¿Pues no nos quiere echar? —nos grita Marga desde la barra—. ¿A que te denuncio por servir alcohol a unos menores? —lo amenaza entre carcajadas alcohólicas.

Al principio de la noche, el local estaba lleno de gente de todas las edades, una familia bastante extensa que había decidido rematar la celebración de una boda a ritmo de Manolo Escobar. Iban todos bastante cargaditos. Mis amigas se pusieron a tono enseguida y acabaron montando una verbena en la que unos pocos cantaban y todos los demás bailaban. Tengo que reconocer que ha sido divertido. Pero cuando la familia se marchó con la música a otra parte, nunca mejor dicho, nos quedamos las cuatro solas bebiendo a todo beber; y ellas tres, también cantando a todo cantar. Hasta que el camarero ha visto que hemos bajado el ritmo de las consumiciones y ha decidido cerrar el chiringuito.

—Oiga —le increpa Marga, que está empezando a mosquearse—, que le dicho que nos ponga otra copichuela, hombre.

No sé si es que el hombre no la entiende y pasa de ella o la entiende y pasa de ella. El caso es que le entrega un papel con la cuenta para que le pague las copas.

—¡Marga! No insistas —intenta convencerla Verónica—. Si queréis vamos a mi casa, que mis hijos están fuera, y allí nos tomamos lo que sea.

—Que no —insiste Marga, más que nada por salirse con la suya—. Quiero otro *gin* y cantar *Capote de grana y oro*, ¡coño!

Supermoderno todo, pienso. Si lo llego a saber, me traigo a mi madre.

Al final conseguimos convencerla y nos vamos. Tenemos que ir agarradas las cuatro para apuntarnos unas a otras. Es lo malo de pasarse con el alcohol, que te afloja las piernas y, sobre todo, la lengua.

—No os lo he dicho hasta ahora porque no tenía ganas de volver al *temita*, pero... gracias por

estar tan pendientes de mí.

—¡Ay! ¡Qué bobita eres! —Verónica me da un abrazo al que las otras dos se suman de inmediato—. Y tú que no querías ni lavarte, ni peinarte, ni ponerte la mantilla, como dice mi madre.

—Todo lleva su tiempo. Que me veáis así no significa que esté como unas castañuelas, ¿eh? Que la procesión va por dentro —contesto.

—¡Toma, claro! —afirma Verónica—. Y lo que te rondaré morena.

No sé qué nos pasa a las mujeres de mi generación que a partir de los cincuenta hablamos con frases hechas, tal cual hablaban nuestras abuelas, que fueron relevadas después por nuestras madres. Debe de ser algo de los estrógenos e inherente a la menopausia: ausencia de menstruación, sofocos, sequedad ahí abajo, principio de osteoporosis y utilización masiva de modismos populares como forma de expresión oral.

—Pero, vamos —continúa—, que no hay mal que cien años dure...

—... ni cuerpo que lo resista —remata Rosa.

—Pues eso. A ver cuándo hemos estado mejor que ahora, sin hombres —dice Verónica, que con el alcohol se convierte en la adalid del feminismo.

A pesar de que, por unas cosas o por otras, todas somos *singles*, como se dice ahora, tampoco solemos renegar del género masculino más de lo que suelen renegar ellos de nosotras. Rosa, porque se casó con su primer amor y no tuvo tiempo de conocer la cara fea del matrimonio. Marga, porque su ex no tiene la culpa de que a ella le tiren más dos tetas que dos carretas. Verónica y yo sí que somos las auténticas damnificadas, con razones más que suficientes para echar por la boca sapos y culebras contra ellos. Mi amiga decidió enterrar el hacha de guerra para seguir con su vida, y yo, de momento, me estoy centrando en mi trabajo y en cuidarme a mí misma, dos actividades que me producen el mismo orgullo que satisfacción.

—Mirad a Marga —continúa Verónica—. Es la más lista de las cuatro. —Le pasa el brazo por el cuello, como hacíamos en el colegio—. A ti ya nunca va a poder dejarte un tío.

—Cierto, pero estoy más sola que la una —contesta ella.

—Pues un día nos vamos a Chueca y hacemos un *casting* —ríe Verónica.

—Como que a mi edad van a hacer cola para salir conmigo... —Marga se ríe también.

—Eso nunca se sabe, Marga. —Rosa trastabilla al hablar. ¡Menuda merluza lleva!—. Que eres bien mona y tienes un tipín que da gloria verte. ¡Y buena gente! Que eso es lo más importante. Si me gustaran las mujeres, me gustarías tú. Sin duda, vamos.

—¡Pero qué rica es mi Rosetón! —Marga la estruja en un abrazo que la deja sin respiración—. Deberíais pasaros todas al lado oscuro. —Marga se troncha de risa.

—No te creas que no lo he pensado, maja, que para lo que ligo... —dice Verónica muy convencida—. Lola, ¿qué? ¿Nos hacemos lesbianas?

—Sí, claro. Mañana mismo después de la manicura. —Me río, entre otras cosas porque no me hago las uñas jamás.

—Mira que estás guapa cuando te ríes, *jodia*. Hasta te quitas años. ¡Menudo gilipollas tu ex! Cambiarte por esa foca con pelo de culo.

El comentario de Verónica me deja helada. La ha descrito tal cual lo haría yo, pero no recuerdo haber hablado del físico de esa tía.

—¿Cuándo has visto tú a esa mujer? —El entrecejo me duele de tan apretado.

—Yo... pues... nunca. Bueno, sí, en el aparcamiento de La Paz, el día que... —Está mintiendo y ella sabe que yo me estoy dando cuenta.

—Aquello estaba oscuro de cojones. Me extraña que te fijaras en su pelo. Y que yo recuerde, nunca me has acompañado a llevar a Diego a su consulta, así que no puedes conocerla —insisto.

—Lola... No me pongas esa cara de poli malo, que me cago toda. —Verónica intenta rebajar la tensión que ella misma ha provocado.

—Chicas, venga —media Rosa—, que lo estamos pasando fenomenal. Dejaos de chorradas, ¿vale?

—Que me digas de qué la conoces. —Estoy realmente cabreada—. Lo único que se me ocurre es que tú ya supieras que Fernando y ella...

—¡Vale! ¡Te lo cuento! —Verónica claudica, consciente de que, si no me dice toda la verdad, nos vamos a tirar allí toda la noche.

—Un día dejé a un pasajero en La Paz y seguí por la Castellana abajo hasta que se puso un semáforo en rojo. Paré y, no sé por qué, me fijé en el coche que había a mi derecha. Fernando estaba al volante morreándose con... la *peloculo*. Te juro que se me revolvió el estómago de la impresión, pero pensé «lo mismo esto no es lo que parece». Y los seguí.

—¿Fueron a mi casa? —pregunto intentando no perder la compostura.

—No, a un hotel de la carretera de Barcelona. Un sitio muy mono, muy discreto y un poco carillo. Sobre todo porque lo que pagas es el anonimato. Llegas, te metes en un garaje que da a la habitación y vuelves a salir sin que te vean ni en recepción. Lo conozco porque alguna vez he recogido allí a algún ejecutivo para llevarlo al aeropuerto y he tenido que meter el taxi en el garaje —explica.

Verónica está perdiéndose en detalles que no me interesan lo más mínimo.

—¿Cuándo pasó eso? —pregunto con ese tono de mala leche que ellas conocen tan bien.

Rosa está incomodísima, porque todo lo que sean discusiones la enferman. Así que permanece callada, con los ojos como platos, mirándonos a una y a otra como en un partido de tenis.

—Lola, ¿no crees que es mejor dejarlo correr? —dice Marga conciliadora.

—No —contesto.

—Pues... —Verónica finge hacer memoria—. Poco antes de que todo saltara por los aires.

—O sea, que lo sabías y no me lo dijiste —digo con resentimiento.

—Porque no quería hacerte daño —se defiende Verónica.

—O porque eres una mala amiga.

—No me digas eso —Verónica acaba de quedarse hecha polvo.

—Claro que te lo digo. Porque, si yo hubiera estado en tu lugar, me habría faltado tiempo para contártelo. ¿Sabes por qué? —Verónica, cabizbaja, niega con la cabeza—. Porque no consiento que nadie se ría de ti. Prefiero que te duela mi sinceridad a que no te enteres de lo que están haciendo a tus espaldas. Por eso.

Nos quedamos las cuatro calladas. Solo se oye el rodar del tráfico y algún que otro grito de un grupo de borrachos.

—Pero, vamos —rompo el silencio—, contigo ya está todo claro.

Me doy media vuelta para irme.

—Tienes razón. —Verónica me agarra del brazo para detenerme y yo la fulmino con la mirada—. Perdóname, ¿vale?

No le contesto. En vez de eso, tiro para que me suelte y me encaro con las otras dos.

—Y vosotras ¿también lo sabíais? —Solo aciertan a contestar moviendo afirmativamente la cabeza.

—¡Bravo, tías! ¡Un fuerte aplauso para las tres! Mis amigas. Mis hermanas. Las únicas personas en las que creía que podía confiar. ¡Bravo! Os habéis cubierto de gloria, guapas. —Les aplaudo despacio y con fuerza, unas palmadas huecas que resuenan en la noche como bofetadas—. Pues por mí —digo sin gritar, masticando cada palabra—, a partir de hoy, os podéis ir las tres a la mierda.

Me doy media vuelta y me marchó dejándolas plantadas en mitad de la acera.

* * *

Cada mañana, desde que decidieron desaparecer, Bolón repasa las noticias en su tableta gráfica sentado en el poyete de piedra adosado a la fachada de la pequeña casa de Torrecilla del Ducado. El pueblo está ubicado en la sierra norte de Guadalajara. En esta casa semiderruida donde ahora malviven Andrea y él nació su madre. Antón recuerda los veranos que pasaba allí, en casa de sus abuelos, cuando era niño. Hace pocos años volvió de visita con su mujer y descubrió, con nostalgia y melancolía, que ya no quedaba nadie. Desde los años sesenta fue perdiendo habitantes hasta quedarse vacío, completamente abandonado; lo que se dice un pueblo fantasma. Sin luz, ni agua corriente, ni por supuesto internet. Antón ha comprado un aparato de wifi inalámbrico, convencido de que la policía puede rastrear la señal de sus móviles, pero no la de una tableta. Y ha acertado. La policía tiene triangulados los teléfonos, pero no ha pensado en que hay otro tipo de dispositivos con los que abrir una ventana al mundo. Mientras mantengan los móviles apagados, estarán a salvo. Sin embargo, necesitan saber cómo va la investigación para tomar otro tipo de decisiones, así que cada mañana, después de desayunar, Antón consulta todo lo que se publica sobre el caso Luz Pavones.

El día que esos dos polis estuvieron en su casa, el matrimonio no tuvo dudas de que la próxima visita sería para detenerlos por el asesinato de «la bicha», como la llama Andrea. En cuanto la

policía descubriera que habían mentido sobre la hora de su regreso, en cuanto supieran de su quiebra económica y alguien les contara la bronca que habían tenido con Luz, irían a por ellos. Otra prueba que los incriminaba era el haber cobrado ese miserable cheque de quinientos cochinos euros. Y para colmo de males, el asunto de la estafa del cuadro podía acarrearles una pena de prisión de entre seis meses y tres años por tratarse de un importe superior a cuatrocientos euros. ¡Ya es mala suerte, caramba!, rumia Bolón mientras espera que se abra la página del periódico digital. ¡Qué lento va internet aquí! Normal, si estamos en medio de la nada, se dice. Una nada en la que decidieron recluirse urgente y desesperadamente. Primero se abastecieron de alimentos y agua como para una guerra nuclear. Y un buen botiquín. En las maletas metieron ropa de invierno y verano; no sabían cuánto tiempo tendrían que estar escondidos. Un camping gas, un par de linternas, ingentes paquetes de pilas, varias baterías externas cargadas a tope para la tableta, sus dispositivos de lectura digital con varios libros con los que matar las horas y dos sacos de dormir. Andrea no podía soportar la idea de dejar atrás su vida en la ciudad a cambio de esa prisión al aire libre. Ni su mente podía asumir que, en menos de veinticuatro horas, el destino la obligaba a despedirse de lo que más le llenaba: subirse a un escenario y recibir los aplausos del público, aunque estos últimos solo fueran dirigidos a la primera actriz, como repetía la difunta de sí misma una y otra vez. Bien muerta está, pensó Andrea con odio. Cuando acabaron de preparar el equipaje, Fullnes y Bolón pusieron rumbo a Torrecilla del Ducado, donde nadie los encontraría.

Cuando por fin se abre la página, Antón no puede creer lo que ven sus ojos. Parece que por fin la suerte se ha puesto de su parte y, muy excitado, llama a su mujer.

—¡Mi amor! ¡Ven, corre!

—¡Qué pasa! —Andrea acude alarmada. Llevan demasiado tiempo en un letargo existencial que la está matando y los gritos han hecho que le dé un vuelco el corazón.

—Lee. —Bolón le entrega la tableta. La cara de Andrea se va iluminando.

—¿Significa que podemos volver a casa? —pregunta esperanzada.

—Creo que sí.

* * *

A la prensa le ha faltado tiempo para publicar en grandes titulares que estamos a punto de finalizar la investigación. No sé quién ha filtrado los detalles, en esta ocasión yo no tengo nada que ver, pero tienen material como para llenar páginas y páginas de prensa escrita y programas de sucesos y de corazón durante meses: Fidel Pavones se ha suicidado en un arrebató de locura por no poder soportar la culpabilidad por el asesinato de su madre ni la presión de la policía que le seguía la pista. Nada más lejos de la realidad en lo que se refiere a nosotros. Jamás le hemos vigilado más que a otros sospechosos y nuestros interrogatorios siempre se han desarrollado dentro de los cauces de la legalidad. Además, un tipo cuyo perfil encajaba perfectamente con el de un psicópata

no se quita la vida si acaba de heredar una fortuna. Nuestra teoría es que la juerga se le fue de las manos y que una sobredosis acabó con él; sin embargo, para la opinión pública Fidel mató a su madre. Fin de la historia. Se baja el telón. Nosotros, de momento, antes de dar carpetazo definitivo al caso, seguimos pendientes de determinar la causa y la hora exactas de su muerte. Huerta está en ello. A mí personalmente me da bastante igual. Vivo con la tranquilidad de saber que hay un depredador sexual menos en este mundo. Ojalá todos se quitaran de en medio con la misma celeridad. Ahorrarían mucho dolor a la sociedad y bastante pasta al Estado.

A pesar de que Belmonte y yo le hemos dicho al comisario que debemos ser cautos, desde la Dirección General de la Policía, presionados por Interior, ya están planeando dar una rueda de prensa con la presencia de sus altos directivos para comunicar el éxito de las investigaciones de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Se emitirá en Telemedia. Con ese broche de oro finalizaría uno de los casos más complicados a los que nos hemos enfrentado. Y todos contentos. Bueno, todos menos yo, que tendré más tiempo libre para ocuparme de mi propia vida. Belmonte, que a veces parece que me lee el pensamiento, me ha llevado hasta la máquina del pasillo para invitarme a una Coca-Cola Light.

—¿Cómo estás? —me pregunta. Desde que volví a la brigada no hemos hablado de nada personal.

—Con resaca. —Es cierto. El karaoke de anoche me ha dejado un considerable dolor de cabeza y un mal sabor de boca tremendo.

—Me refiero a cómo estás de ánimo —insiste.

—Teniendo en cuenta que he perdido a mi familia y, posiblemente, a mis mejores amigas, con resaca.

—¿Y eso? —pregunta para darme la oportunidad de desahogarme con él, como hemos hecho siempre que uno de los dos ha estado jodido.

—Pues que las muy gilipollas sabían lo del cabrón de mi ex y se callaron como putas.

—Una frase, tres tacos. Vas mejorando —me dice riendo para intentar que no me dispare. Si no le quita hierro a la conversación, puedo acabar subiéndome por las paredes. No sería la primera vez—. ¿Y no has pensado que a lo mejor estaban intentando protegerte?

—Pues lo han hecho como el culo. Si tú supieras algo así, ¿no me lo dirías? Porque yo a ti, sí.

—Y yo a ti también, pero tú y yo somos dos bocachanclas. En cualquier caso, estoy convencido de que lo hicieron con la mejor intención. —Belmonte las defiende porque siempre que ha coincidido con ellas le han hecho mucha gracia.

No contesto. Sé que en el fondo tiene razón y que se me acabará pasando el cabreo; entre otras cosas, porque no estoy dispuesta a que me sigan torpedeando con wasaps, más de doscientos ya, con una sola palabra: «Perdónanos». Yo, de momento, las castigo con el látigo de mi indiferencia.

—¿Y tú? ¿Cómo vas con la asturiana? —le pregunto cambiando de tema para evitar ser el centro de conversación como viene siendo habitual últimamente.

—¿Quién te lo ha dicho? —replica sorprendido.

—Nadie. —Estoy tan sorprendida como él—. ¿Es que ha pasado algo que yo no sepa?

—Pues... sí. —Esa media sonrisa lo dice todo—. Más o menos...

No le da tiempo a contarme porque llega Valdés a toda prisa.

—Siento interrumpir, pero traigo noticias de los «Full». Han dado señales de vida.

—¿Cómo? —preguntamos Belmonte y yo a la vez.

—Decidme que es casualidad, pero ha sido publicarse la noticia de lo de Fidel y empezar a haber actividad en los teléfonos de ambos. Los hemos triangulado y están en un pueblo perdido de Guadalajara —nos informa la subinspectora.

—Yo no creo en las casualidades —le digo—. Justo ahora que la prensa señala a un asesino, que además está muerto y no puede defenderse, ¿aparecen? No. No puede ser casualidad. Estos quieren colgarle el mochuelo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Valdés.

—Antes de nada, avisad a la comandancia de la Guardia Civil más próxima para que los retengan. Después, que nuestra gente los traiga a comisaría —ordeno.

—De acuerdo, jefa —me contesta.

Belmonte mira a Valdés en plan bobalicón, está punto de derretirse. Ella tampoco se queda atrás.

—¡Vamos! Que es para hoy —les digo para que regresen de su nube multicolor.

Los veo dirigirse a la sala común para organizar el operativo. Son pura energía; siento una nostalgia tremenda. Ojalá que siempre se quieran y, sobre todo, ojalá que siempre se quieran bien.

* * *

Después de que la muerte visitara a su familia por tercera vez en tan poco tiempo, Socorro no puede estar sola en el pueblo. Tampoco puede vivir sola en el ático a donde regresó tras vaciar la casa de sus padres.

—Te parecerá una tontería —dice Socorro mientras remueve con una cucharilla el café que le acaba de servir Marisa—, pero me da miedo morirme yo también. En mi pueblo se dice que no hay dos sin tres, a lo que mi madre, siempre tan pesimista, añadía «o cuatro». Yo no quiero ser la próxima y morirme sola, porque no tengo a nadie ya, ¿sabes?

Socorro rompe a llorar. Está emocionalmente hecha polvo.

—¿Cómo que no tienes a nadie? Me tienes a mí. Así que ya puedes ir haciéndote a la idea de que te vas a quedar en mi casa hasta que te hartes de mí.

—Me quedaré un par de días nada más. Te lo agradezco, pero esto tengo que digerirlo yo sola —solloza Socorro.

—¡Menuda chorrada! La soledad no sirve más que para comerse el coco. —Marisa se levanta para servirse otra taza de café.

La maquilladora vive en pleno barrio de Lavapiés, el sitio ideal para distraerse, salir de

compras, pasear y estar rodeada de gente por todas partes.

—No quiero molestar. ¿Sabes lo que decía siempre mi madre? Que el huésped y la pesca, a los cuatro días apestan —se resiste Socorro.

—Esto sí que apesta —dice Marisa olisqueando el tetrabrik que acaba de abrir para servirse un poco de leche—. ¿Ves lo que me pasa por no estar en casa? Que se me pudre la leche. Necesito una compañera de piso ya. Además, no me vas a poder molestar, porque me paso el día en la tele.

Socorro acaba aceptando. Su compañía le va a venir bien.

—Vale, pero solo unos días —dice Socorro entre lágrimas—, hasta que se me pase un poco esta sensación horrible que tengo desde que me llamó la policía para decirme que fuera a casa. ¡Si me había ido de allí hacía poco! Estaba harta de tanto desmadre. Fidel tuvo la música altísima toda la noche, había gente drogada por todas partes... Me harté y me largué. Si me hubiera quedado, a lo mejor no se habría muerto.

Socorro rompe a llorar. Entre jipíos describe a Marisa cómo le pareció ver a cámara lenta cuando el equipo forense sacó el cadáver de Fidel envuelto en una tela de aluminio dorada y cómo aún resuena en sus oídos la voz de un policía gordo y colorado comentando, en tono jocosos, que la sociedad de entierro de los Pavones iba a acabar cerrando por quiebra. Socorro tuvo que ser atendida por el SAMUR por un ataque de pánico. Cuando vio aparecer a Marisa en medio de ese caos, vio el cielo abierto. Menos mal que acertó a dar su número a los sanitarios.

—Anda, no le des más vueltas. ¿Quieres una tostadita o un poquito de bizcocho? —pregunta Marisa, que mima a su amiga con esmero fraternal.

—No quiero nada —lloriquea Socorro—. Solo que pase el tiempo deprisa para olvidar todo esto.

Socorro rompe a llorar y Marisa la abraza para consolarla.

—Yo creo que tienes que buscar la ayuda de un especialista. Te han pasado muchas cosas muy malas y tú no eres de piedra.

—Pero ¿cómo se le ha ocurrido a este chico quitarse la vida? —gimotea—. Si lo tenía todo, por Dios.

—A lo mejor no se ha... —Marisa se arrepiente de inmediato de la inconveniencia de opinar sobre un tema tan reciente como privado y se calla.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, cielo. Que desayunes, que tengo que ir a la tele —disimula.

—No. De verdad. ¿Que no se ha... matado? ¿Es lo que ibas a decir?

—No me hagas caso. Perdona por ser tan insensible —insiste Marisa.

—No te preocupes; si yo ya barruntaba que eso podía pasar, que las drogas son muy malas y él llevaba mucho tiempo jugando con fuego. Que se metía cada día más y más. ¡A ver si se creía que yo me chupaba el dedo!

—No pienses ahora en eso. —Marisa intenta cambiar de tema como sea.

—¿Cómo que no? Si era toda la familia que me quedaba. Que tengo diez hermanos y es como si

tuviera diez hienas que nada tienen que ver conmigo. Fidel antes de lo de su madre era un buen chico —trata de justificarlo ante su amiga y ante ella misma.

Marisa escucha y calla. Por la cadena corre el rumor de que era violento con las mujeres y eso lo sacaba de la categoría de «buen chico». También se dice que alguna pudo cargárselo por venganza, alguien que estuvo en su última fiesta. La gente dice muchas cosas, pero quién sabe. Socorro se ha dado cuenta de ese silencio y pregunta.

—¿En qué estás pensando?

La maquilladora está incómoda. Por lealtad, debe consolar a Socorro diciéndole lo que se suele decir de los muertos, aunque sea mentira: que era una buena persona y que siempre se van los mejores. Pero ese rumor se lo impide.

—En nada —dice esquivada—. Anda, come.

—Marisa, tú sabes algo y no me lo quieres decir.

—Que no, de verdad —le dice sin mirarla a los ojos.

Socorro sigue callada esperando una respuesta hasta que Marisa claudica.

—Ya sabes cómo son en Telemedia. A la gente le gusta mucho traer y llevar y comentan que... Fidel le pegó a más de una compañera. Una se fue de la cadena y la otra se cambió a informativos. La tienes que conocer porque es reportera y sale mucho hablando de lo de tu hermana. Pero no hagas caso, seguro que solo es un chismorreo.

Socorro calla porque sabe mejor que nadie que no es un simple rumor, sino la punta de un iceberg contra el que ella misma se dio de bruces.

* * *

—¡Vamos, Vergara! No me vengas con estas ahora, ¿eh? Está más claro que el agua que la ha matado el hijo —protesta el comisario dándole la espalda mientras mira por la ventana—. No me digas que tenéis que cerrar otras líneas, coño.

—Es lo que hay. Pero si lo que quieren en la Dirección General es cargarle el muerto y quedar divinamente, adelante. Dejaremos suelto al verdadero asesino. Entre tú y yo, en este caso me parece de cine, teniendo en cuenta que a ese hombre habría que condecorarle porque ha hecho una labor social.

—¡No seas cínica conmigo, Lola! —Se da media vuelta. Mi comentario le ha molestado, y con toda la razón.

Con la edad, he ido perdiendo la ilusión y la inocencia que tenía cuando él me conoció y la traición de Fernando me ha acabado de rematar.

—Yo solo te pido que no os precipitéis en confirmar la noticia. Aún tenemos que descartar algunos nombres. Dadnos un poco de tiempo y luego que monten la verbena —le digo intentando sonar lo más dulce posible—. Un tiempito, ¿eh?

Le sonrío con una cara que parece la del gatito de Shrek y no le queda más remedio que

echarse a reír.

—Una semana. Ni un día más —me dice.

Suena mi teléfono. Es Huerta. Se lo muestro.

—¡Vicente! ¿Qué pasa? No me digas que ya tienes los resultados de la autopsia de Fidel Pavones.

—No, no, los de Patología aún están con ello, pero... Ya sé que nos vais a matar. A ver cómo te lo digo... —Huerta está muy apurado.

—Vicente, desembucha, que me estás preocupando.

—Pues que se había traspapelado una hoja del informe de patología de Luz —dice—. Y ha aparecido en la carpeta de otro fiambre.

—¡No me jodas! ¿Y qué pone? —El comisario me mira. Su cara es un poema. Sabe que el plazo que me acaba de dar puede dilatarse.

—La escopolamina suele administrarse por vía nasal u oral. Lo acojonante de este caso es que en las mucosas de la nariz de la víctima no había ni rastro y en la boca tampoco —añade.

—¿Significa eso que no le anularon la voluntad? —pregunto sin dar crédito a esta nueva complicación.

—Por supuesto que sí. En sangre había suficiente burundanga como para que hiciera el pino puente en pelotas en medio de la Puerta del Sol si se lo hubieran pedido, pero los patólogos se están volviendo locos para determinar por dónde coño se la metieron. La burundanga, digo.

—Ya, ya te había entendido. Y ya que lo has mencionado, ¿pudo ser por *ahí abajo*?

—No —contesta tajante—. Aquello estaba limpio de cualquier resto que no fueran los fluidos propios de la víctima.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunto mirando fijamente al comisario que está que se sube por las paredes.

—Ni idea. Nosotros ponemos la ciencia; la creatividad os la dejamos a vosotros —responde Huerta.

—Fenomenal, Huerta. Esto me lo dices hace quince días y todavía te habría reído la ocurrencia, pero a estas alturas ya no porque no tenemos tiempo para improvisar hipótesis —le regaño—. Nunca se pierde nada y justo en este caso que tiene a España en vilo, ¡zas!, vuelan los informes. ¡Hay que fastidiarse! Ya es casualidad.

—No es casualidad, jefa. Es que estamos saturados. ¿Sabes que hay un repunte de muertes violentas y que desde la crisis hay más suicidios que nunca? Estamos los mismos en plantilla y, entre pitos y flautas, no damos abasto, y luego pasa lo que pasa —protesta Huerta.

Le entiendo porque en todas partes estamos igual. Además, desde que conozco a Huerta y al equipo forense con el que solemos trabajar, hace más de veinte años, nunca han perdido ni un clip. La fatalidad es que ocurra ahora.

—Está bien. Por lo menos métele caña al informe de Fidel y dame un toque cuando sepas algo. —Cuelgo y miro al comisario—. Me temo que con una semana no tenemos ni para empezar.

* * *

Nada más llegar Fullnes y Bolón, mis chicos los han bajado directamente a distintas salas de interrogatorio. Los hemos tranquilizado diciéndoles que no se los acusa de nada. Mentira; o al menos no es toda la verdad. Sobre ellos planea la sombra de la duda, salvo que su declaración nos demuestre lo contrario.

—Estás viendo lo que grabaron las cámaras de seguridad del metro y del cercanías la noche del 16 de marzo a la hora que se supone que estabas de camino a casa tras acabar la función. — Morales le muestra las imágenes a Fullnes en un ordenador portátil. No le habla de usted. Tutear a los detenidos en los interrogatorios es una táctica muy efectiva para minarles la moral—. Es obvio que no estabas allí.

—No voy a decir nada sin un abogado delante —contesta ella.

Morales me mira a través del cristal pidiéndome permiso para apretarle las tuercas. Lo que él ve es un espejo, pero tenemos un código: si doy con la uña en el cristal una vez significa que no; dos veces es que sí. Tic, tic.

—Verás —dice Morales—, tu marido está en la sala de al lado. Sabemos que aparece en la lista de morosos de ASNEF y que es ludópata. Eso significa que no tiene un carácter, digamos, fuerte. Si le apretamos un poco, estamos convencidos de que nos va a servir tu cabeza en bandeja.

—Se equivoca, agente —dice Andrea.

—Subcomisario. Subcomisario Morales.

—Pues se equivoca, subcomisario Morales. Pero no por el carácter de mi marido, sino porque soy inocente. Yo no he matado a nadie, pero insisto en que no voy a hablar si no es en presencia de un abogado.

* * *

—No te preocupes. El abogado de oficio está de camino; no creo que puedas permitirte un penalista de los buenos —le dice Belmonte a Bolón, que está descompuesto—. ¿Me equivoco?

—No.

—Entonces, si tú me ayudas a mí, yo te ayudo a ti. Ponme las cosas fáciles y dime por qué tu mujer no estaba donde dijo que estaba.

—Porque volvió en taxi.

* * *

—¿En taxi? —pregunta Morales—. ¿Hasta Alcalá de Henares? Perdona que me meta en tus finanzas, pero un taxi desde la plaza de la Cebada hasta Alcalá de Henares, con el suplemento de

tarifa nocturna y tal y cual, no baja de los cincuenta euros. ¿Cuánto cobrabas por función? Si quieres decírmelo, claro, si no ya me enteraré.

—Trescientos cincuenta.

—O sea —Morales echa cuentas en su cabeza—, ¿me estás diciendo que te gastaste casi el quince por ciento de lo que ganaste esa noche en volver a casa?

La actriz calla. Morales no sabe si sus palabras han hecho mella o no. El policía piensa que esta mujer debe ser muy buena en lo suyo; a él no le saldría poner esa cara de póker.

* * *

—¿A dónde fue tu mujer a esas horas? —pregunta Belmonte tratando de hacerse el poli bueno—. Puedes contarme lo que sea, que de aquí no va a salir. ¿Es que tiene un lío?

—¡No! —Bolón golpea con fuerza la mesa—. Mi mujer jamás me sería infiel. —Procura calmarse de nuevo—. Reconozco que no estamos pasando un buen momento con lo de la deuda, pero no. No le permito que hable de ella en ese tono.

Bolón sigue enamorado hasta las trancas. Sin embargo, desde que Andrea descubrió la debilidad de su marido se ha mantenido fría con él. Encima, durante el tiempo que han pasado aislados en medio de la nada se ha dado cuenta de que ya no lo admira; y ella, para estar enamorada de un hombre necesita admirarlo.

* * *

—Vamos a hacer una cosa —dice Morales—. Si no quieres hablar conmigo, lo entiendo, pero te diré algo que siempre he oído decir a mi padre: «Quien no tiene miedo no teme al coco».

—¿Y eso qué significa? —pregunta ella.

—Que si eres inocente, como dices, cuéntame la verdad, porque no te va a pasar nada. Pero si mataste a esa mujer..., no habrá abogado en el mundo que te libre de que te incriminemos por el asesinato de Luz Pavones, que, para tu información, tiene el agravante de premeditación y alevosía. Mira —Morales le enseña en el portátil una presentación con fotografías que tomaron los compañeros de la Científica en el escenario del crimen—. Fíjate cómo quedó el cuerpo después de la paliza. —Señala una foto de Luz tirada en el suelo con los ojos abiertos—. Y esta de aquí... —Le muestra otra imagen del cuerpo desnudo sobre la mesa de autopsias. Se ven perfectamente los hematomas en las costillas—. Parece un cónclave con tanto cardenal, ¿eh? —En la siguiente aparecen las bragas llenas de excrementos—. ¿Sabes que se cagó encima? Ahí tienes una muestra de la ropa interior. Creemos que fue de miedo, aunque también ayudó que iba puesta de burundanga hasta los ojos. ¡Ah! Y si quieres, hablamos un ratito sobre lo que le metiste por el ano. —Le enseña la foto con el libreto sobresaliendo del cuerpo de la víctima.

—¡Basta! —grita Fullnes, y aparta los ojos de la pantalla mientras se cubre la cara con las

manos para espantar el horror—. Pare. Se lo pido por favor. Le juro que yo no le hice esas barbaridades.

—Entonces dime dónde estabas esa noche después de la función.

* * *

—En casa de mi hermano, en el barrio de La Elipa —contesta Bolón después de que Belmonte le haya dicho que van a detener a su mujer por el asesinato de Luz Pavones.

—¿Para eso tanto rollo? ¿No podías haberlo dicho desde el principio? —dice Belmonte, que no se cree nada.

* * *

—Fui a ver a mi cuñado para hacerle un encargo —confiesa Andrea mientras un par de lagrimones le caen por las mejillas.

—¿Qué clase de encargo? —presiona Morales—. Algo chungo, supongo, porque, si no, no entiendo el misterio. Yo voy cada Navidad a casa de mi cuñado a encargarle un jamón de Salamanca y ni voy a escondidas ni lo llevo tan en secreto.

Andrea suspira. Sabe que, llegados a este punto, es mejor decir toda la verdad y apechugar con las consecuencias.

—Mi cuñado es un bala perdida. Ha estado detenido por trapichear con hachís y cosas por el estilo, nada grave, pero ya le digo, un bala. El caso es que se dedica a hacer todo tipo de trabajos —explica la actriz.

—¿Cuáles? —aprieta el subcomisario.

—Cobrar deudas.

—¿Como el cobrador del frac? —ironiza Morales.

—Bueno, en su caso, los que suelen *cobrar* son los morosos.

* * *

—... Cuando mi mujer supo que debíamos un dineral que no teníamos, planeó conseguirlo vendiéndole uno de mis cuadros a Luz —explica Bolón.

—Sí, el de en medio del salón —contesta Belmonte intentando no sonar irónico. El pobre Antón está hundido y tampoco es cuestión de hacer leña del árbol caído.

—Le pedimos una cantidad que se negó a pagarnos y al final nos extendió un cheque por una miseria, así que nos enfadamos y pensamos en cobrárnoslo de otra manera: dándole un... susto.

* * *

—Y ahí es donde entra tu cuñado —remata Morales.

—Sí. Pero cuando llegué a su casa no estaba. Lo esperé por lo menos media hora, pero al final acabé llamando a Antón para que viniera a recogerme con el coche.

—¿Sabes cuál es el problema, Andrea? —pregunta Morales. Ella contesta negando con la cabeza—. Pues que no tenemos a nadie que pueda confirmar tu versión, nadie que te pueda ubicar a esa hora en La Elipa y no en el teatro.

* * *

—Sí que podemos demostrarlo. De vuelta a casa paramos a repostar en una gasolinera. Debo de tener el tique por alguna parte. Seguro que pone la fecha y la hora.

* * *

Al final han acabado imputados por un delito de estafa. Solo son un par de *Pierre Nodoyuna*, dos desgraciados de dibujos animados con malas intenciones y peor suerte. Si solo hubieran cobrado cuatrocientos euros, sería estafa leve y con una multa se hubiesen librado. Pero al haber sido quinientos han pasado a disposición judicial. No obstante, tenemos que comprobar las cámaras de seguridad de la gasolinera o, en caso de que hayan borrado las cintas, confirmar su versión con el empleado del turno de noche.

Después de este bluf, que nos ha llevado más tiempo del deseado, Valdés, Belmonte y yo nos reunimos para hacer balance de la situación. Somos conscientes de que a partir de ahora va a ser una carrera contrarreloj. Al menos, tenemos bastante delimitado el círculo de sospechosos; seguimos trabajando como si Fidel Pavones fuera inocente. Valdés le pinta dos cuernos a una foto suya, como si fuera un demonio. Lo hace con rabia. Le pasa como a mí: les cortaríamos el rabo a todos los asquerosos del planeta.

—¿Y si fue él? —pregunta Belmonte mirando a la subinspectora—. Quiero decir, ¿y si se cargó a su madre? Una joyita así sería capaz de todo.

—Puede —contesta ella—. Pero estoy de acuerdo con la jefa: hay que agotar todas las posibilidades antes de cerrar el caso.

Entra Morales.

—Tengo dos noticias. Una buena y otra mala. ¿Por cuál queréis que empiece?

Belmonte dice la mala al mismo tiempo que Valdés pide la buena.

—Os veo la mar de compenetrados —me río—. Hazlo como quieras, pero, por Dios, que no nos retrase la investigación más de lo necesario.

—Entonces empiezo por la buena y luego os meto el palo. Tengo las cintas del banco que hay al lado del teatro y, en efecto, se ve entrar a alguien sobre las once y treinta y cinco y salir sobre las

doce y diez.

—¡Joder! La estuvo torturando casi media hora —comento—. ¿Y bien? ¿Quién es?

—Esa es la mala. No se ve. La grabación tiene mucho *ruido* —contesta Morales muy técnico—. No se ve nítida —añade mientras nosotros estamos callados esperando que se explique mejor—. ¡Que no se ve un carajo, vamos! Lo que sí se distingue es que es un hombre.

—¡Bueno! Pues ya tenemos algo —celebra Belmonte.

—Algo no, bastante. Los de informática dicen que, si les damos tiempo, pueden tratar las imágenes e intentar ganar calidad. Con un poco de suerte, hasta le vemos los pelos de la nariz —dice Morales triunfal.

No puedo por menos que aplaudir. Tengo un equipo magnífico. El mejor.

—¿Cuánto tiempo necesitan?

—No saben. Se han puesto con ello a saco, así que yo creo que, como mucho, en dos o tres días lo tendrán.

—¡Bravo, muchachos! —aplauo.

En plena fiesta, suena mi móvil. Es Ana Victoria de la Brigada de Investigación Tecnológica. Ana es el nombre. Victoria, el apellido. El Gordo ya ha hecho un par de chistecillos a colación de eso.

—Jefa, tenemos algo que os puede interesar —me dice.

—¡No me digas que hoy todo van a ser alegrías! —exclamo muy animada.

—Bueno, lo que hemos encontrado en el disco externo y en el portátil de Fidel Pavones es más bien para que se te pongan los pelos como escarpas —contesta.

—Espera, que voy a poner el altavoz. Estamos reunidos Belmonte, Valdés, Morales y yo. Adelante, Victoria.

—¡Hola, compañeros! Os cuento. Este pájaro guardaba ni os imagináis la cantidad de vídeos de violaciones. Al violador no se le ve la cara porque lleva una máscara, pero por el tatuaje de la calavera del pectoral sabemos que era él.

—¡Qué cabronazo! —Valdés no puede reprimirse—. Menos mal que se ha muerto porque era para matarlo. Pedazo de hijo de puta.

—¿Sabes si había uno de una chica muy joven con rasgos chinos? —pregunto con miedo de escuchar su respuesta.

—¡Puag!, ese es de los peores, si no el peor. Puso un rótulo anunciando que la chica era virgen, un horror. Pero todavía hay más. Fidel se conectaba en directo a través de la *deep web*.

—¡Joder! —exclama Morales—. Ahí es por donde circula toda la chusma de la red para trapichear con sexo, armas, drogas y todo lo ilegal que quede por inventar. Lo malo es que es prácticamente imposible rastrear la identidad de esa escoria.

—Cierto —aprueba Victoria—. El caso es que el *figura* este cobraba a quienes se conectaban y ese dinero lo tenía en una cuenta opaca. ¡Más de treinta millones de euros!

—Pues sí que es una lástima que se haya muerto. Me habría gustado trincarlo personalmente —

dice Belmonte mirando de reojo a Valdés, a quien se le han puesto las orejas coloradas de pura rabia.

A mí a su edad me pasaba lo mismo. Ahora me duelen estas barbaridades, claro, pero ya no afectan a mi salud.

—Y nos guardaba otra sorpresa. El tipo compraba escopolamina y éxtasis a través de una web, y no en pequeñas cantidades, sino como para colocarse media España.

—¿Algo más? —pregunto.

—¿Te parece poco, jefa?

—En absoluto. Gracias, Victoria —le digo—. Habéis hecho un trabajo magnífico. ¿Os ha dado tiempo a echar un vistazo al portátil de Socorro Pavones?

—Sí. Nos ha llamado la atención una serie de correos que intercambió con un tal Javier Navas; él le pedía cien mil euros por un «material de su interés». Escrito así, entre comillas.

GENTE INESPERADA

Sí, soy una antigua. Mientras todo el mundo ordena sus tareas en los calendarios de sus portátiles y los sincroniza con sus móviles para que los avise en fecha y hora, yo sigo funcionando con la agenda clásica de toda la vida. Una Moleskine de tapas rojas para localizarla al primer golpe de vista entre los mil papeles de mi escritorio. A diario, nada más llegar a la comisaría, repaso mis tareas, tacho los objetivos cumplidos y reorganizo los asuntos pendientes, entre los que se incluye localizar a Socorro Pavones para que venga a explicarme qué se trae entre manos con Navas. Lleva toda la mañana con el teléfono apagado o fuera de cobertura. En cuanto al periodista, en algún momento tendré que hablar también con él, aunque la idea de verlo sentado delante de mí con su sonrisa ultrablanca me pone enferma.

Paso una página y la agenda me chiva con un gran asterisco pintado con rotulador rojo y rodeado con un círculo que aún tengo pendiente algo que me da una pereza infinita, pero ya no me quedan excusas; tengo que resolverlo de una vez por todas: comer con *la Pollo* para presentarle mis más *sinceras* disculpas.

Subo al despacho del comisario para informarle de que por fin sus deseos y los de la jueza Estébanez se van a hacer realidad.

—¡Me alegro, Vergara! Creía que te lo iba a tener que recordar —me dice de muy buen humor.

—Lo que no tiene remedio, para qué retrasarlo más. Pero ya os vale a Estébanez y a ti haber pasado por el aro.

—Sabes que metimos la pata —le agradezco que se incluya— y no podemos dejar que se haga una bola de nieve y que esta mujer ponga el grito en el cielo y se entere hasta el papa. No tienes que ponerte de rodillas, solo le dices que fue un error y le bailas un poco el agua.

—Cosa que se me da fatal —protesto.

—Cierto, pero va a ser un hola y adiós. Y que conste que te entiendo. No es agradable pedir disculpas por haber hecho tu trabajo, pero va en el cargo. Si estás en primera línea de playa, lo normal es que te mojes los pies.

El comisario es muy aficionado a las metáforas. Yo también.

—Ya, pero en este caso el mar está lleno de medusas. Y de las que pican.

—Te voy a hacer el trago un poco menos amargo —me dice abriendo la puerta del despacho y

sacando la cabeza. Fuera está la mesa de su secretaria—. Claudia, hazme el favor de llamar a la señora López Pollo. Que Morales te dé su teléfono. Pregúntale cuándo le viene bien comer con la jefa Vergara. Después reserva una mesa para dos en el Tse Yang. Gracias.

Oigo a la secretaria decir «enseguida». El comisario cierra la puerta y se sienta tras su mesa.

—¡Listo! Verás cómo te gusta. Es el mejor restaurante oriental de Madrid. Está en el Hotel Villamagna. Y no te preocupes por la cuenta; paga y dime qué te debo. ¡Ah! Te sugiero que de entrante pidas los *dim sum* de pato con foie. Una *delicatessen*.

La idea de comer con esa mujer me revienta, sea en un restaurante de lujo, sea en un garito infestado de cucarachas.

—Por cierto, ¿cómo va Diego? Tenía que haberte preguntado antes, pero sé que no te gusta demasiado hablar del tema.

—Parece que está amoldándose bien a la residencia —contesto—. Una vez por semana los llevan a un picadero a cuidar caballos. Dicen que ese tipo de terapias los motiva muchísimo. O sea, que está controlado y mucho más tranquilo, que es lo importante.

—Me alegro —dice con sinceridad—. Y tú ¿cómo estás?

—¿Sinceramente? —El comisario asiente con la cabeza—. Deseando haber digerido ya los *dim sum*.

* * *

Todo lo que hace Javier Navas tiene un propósito. Es de ese tipo de gente que nunca da puntada sin hilo. Aunque ya había obtenido todo el rédito posible de ese material, no pudo resistirse a conseguir un pequeño plus. Introdujo en el ordenador un *pendrive* que acababa de formatear, copió una carpeta con varios archivos *jpg* y lo extrajo. Lo metió en un sobre con su tarjeta de visita, en la que escribió, de su puño y letra, para personalizarlo, una nota: «Jefa, échele un vistazo y, si es de su interés, llámeme. Saludos, J. N.». En el reverso anotó su número de teléfono.

Jamás tuvo noticias de la inspectora. Hoy en su móvil aparece una llamada perdida de un número que no identifica. Al devolver la llamada, ha contestado la inspectora Vergara.

* * *

Mi móvil no deja de sonar anunciando una cascada de wasaps. Piii. Pirripii. Piiii. Ya ni me molesto en mirarlos. Sé que son ellas. Llevan días abrasándome en el grupo con una sola palabra: «Perdónanos», y yo sigo cabreada. Cada día menos, gracias al trabajo de desgaste de Belmonte. Tengo la sensación de que Verónica se ha puesto en contacto con él para que me machaque. Pero soy un hueso duro de roer cuando se trata de deslealtad. Pienso seguir cabreada con ellas, aunque, como son tan cabezotas como yo, me temo que no van a parar de perseguirme hasta conseguir que conteste al grupo, aunque no sea más que con un emoticono con una mierdecita sonriente y con

ojitos redondos. Me resisto. Cada vez que pienso que lo sabían y que no me lo advirtieron, me da una subida de leche. Mi madre también está todos los días dale que te pego para que las perdone. Y no solo a ellas, sino también a Fernando, que últimamente está muy pesadito enviándome mensajes. Con él lo tengo más claro, así que lo he bloqueado. Chao, *pescas*.

Empieza a hacer calor. Sin darnos apenas cuenta, se nos ha echado el verano encima y el aire acondicionado de la comisaría lleva unos días que no acaba de arrancar. Para no asarnos, y de paso evitar que yo muera por la peste a humanidad, tenemos todas las ventanas de la sala común abiertas de par en par con la esperanza de que haya un poco de corriente. De momento, solo hemos conseguido que se cuele una familia de avispas que nos han tenido en jaque toda la tarde.

Abajo se oye algo. Parece un coche que ha decidido deleitarnos el final de la jornada con la música a toda pastilla. El Gordo se asoma a la ventana y se ríe a carcajadas.

—¡Hay cada loca suelta que manda cojones! —dice sin parar de reír.

El resto de la brigada se asoma y también se ríe.

—Jefa, tienes que ver esto —me dice Belmonte—. Y vosotros, menos cachondeo.

Me acerco a la ventana y, justo debajo, está la tuna. Un grupo de unos diez chavales con los trajes negros típicos cantando *Perdóname*, del Dúo Dinámico, a ritmo de bandurrias, guitarras y panderetas. Me pongo las gafas y..., ¡horror! Distingo a Verónica que agita el estandarte a la vez que canta y baila como un saltimbanqui sin dejar de mirar para arriba. A su lado, Marga y Rosa, muy animadas también, cantan marcando el ritmo con la pandereta.

—¡Ay, por favor! Pero ¿qué hacen estas absurdas? —digo en pleno ataque de vergüenza ajena, y salgo pitando hacia las escaleras. Según me voy alejando, oigo las carcajadas de mis chicos a mis espaldas.

Cuando salgo a la calle, ellas siguen cantando a pleno pulmón.

«Peeerdónameee, he sido ingraaatooo. Perdónameee, te quiero taaantooo, que yo sin tiii no sé viviiii, mi amoor...».

Verónica le ha encasquetado el estandarte a Rosa para que lo agite y baila con uno de los tunos a ritmo de tres por cuatro.

«Que yo sin tiii...».

El grupo me rodea sin dejarme escapatoria. El tuno principal se quita la capa y me la echa por los hombros. Un detalle que agradezco con un sofoco, ya que estamos a treinta grados. Me quiero morir aquí mismo al ver las cabecillas de toda la comisaría asomadas a las ventanas.

«Voy a moriir de doloooo. Peeerdónameee...».

—¡Vale, os perdono! Pero, por favor, parad de una vez, por Dios.

Acaba la actuación y mis chicos y la gente que pasa por la calle aplauden a rabiar. Yo no sé dónde meterme. Para aumentar mis sudores, las tres me abrazan haciendo un ovillo a mi alrededor mientras lloran a moco tendido de emoción. Debe de haberles parecido precioso y muy conmovedor el numerito musical. Seguro que les ha costado una pasta que podrían haberse ahorrado; si llegan a esperar unos días más, ya se me habría pasado el cabreo solo. Pero en este

momento lo único que puedo hacer, para que no se pongan a cantar *Clavelitos*, que el Gordo está pidiendo a gritos por la ventana, es dejarme abrazar o no se van a largar en la puñetera vida.

* * *

La calle Abades, en pleno barrio de Lavapiés, estaba tenuemente iluminada y silenciosa en medio de la madrugada estival. Una quietud que se rompió con el rugir de un deportivo que se detuvo a la altura del número 20. Dentro, Camarón de la Isla cantaba *Como el agua* con todo su poderío. Socorro, desde el asiento del copiloto, elevó la mirada hacia la ventana del segundo piso. La luz de Marisa continuaba apagada. Debe de estar durmiendo, pensó, aunque ya no falta mucho para que se levante. Su compañera tenía que estar tempranísimo en los estudios de Telemedia; le tocaba maquillar a los presentadores del informativo de las seis y cuarto de la mañana.

—Teo, ¿te importa bajar la música un poquito? —protestó Socorro—, que me duele la cabeza y vamos a despertar a todo el barrio.

López Pollo, mosqueada, apagó el equipo de sonido.

—Ya está. Bajada. Y ahora, antes de irte, y si no te importa, ¿me puedes explicar a qué ha venido esa cara de pedo que te has gastado toda la noche? —le dijo muy seca.

—Comprenderás que últimamente no tengo motivos para estar como un cascabel, ¿no? —contestó Socorro también con aspereza.

—Tienes razón, perdona —Teo suavizó el tono—. Vamos a hacer una cosa. Hoy al mediodía tengo una comida con la poli esa que parece que se le han bajado los humos, pero si quieres te recojo por la noche y nos vamos a cenar, ¿vale? Así te animas.

—No —contestó la otra con acritud—. Creo que va a ser mejor que no nos veamos en un tiempo.

—¡Anda! ¿Y eso?

Socorro no respondió. Asió la manija de la portezuela y, antes de abrir, se quedó mirándola en silencio unos instantes eternos. Luego abrió y bajó del coche.

* * *

La mesa está reservada para las 14:30. Mi taxi se detiene delante del Villamagna quince minutos antes de la hora fijada. El portero del hotel me abre la portezuela y me dirijo al restaurante deseando ser yo la primera. Perfecto. Aún no ha llegado. Me siento mirando hacia la entrada para saber, al primer golpe de vista, a quién me enfrento. Por lo general, mi instinto me dice si mi acompañante viene en son de paz o blandiendo el hacha de guerra. Cinco minutos antes de nuestra cita, aparece ella. Se ha cortado un poco el pelo y luce más canas. Viste una camisola de color blanco suelta, con bordados de colorines alrededor del cuello, y unos pantalones blancos. Le falta

el poncho para ser la viva imagen de Chavela Vargas. El *maître* acompaña a *la Pollo* hasta mi mesa.

—Hace tiempo que quería probar este sitio —me dice extendiendo la mano para estrechármela—. Ha elegido estupendamente.

—Me alegro de que le guste —respondo con una sonrisa fingida. El *maître* retira la silla para que se siente.

Me deja elegir el menú en el que no faltan los famosos *dim sum* que me ha recomendado el comisario. A cambio, me pide elegir el vino. Sin problema. Mira la carta con detenimiento.

—¿Blanco o tinto? —me pregunta por cortesía.

—En invierno, siempre tinto. Pero con este calor prefiero un blanco fresquito.

—Igual que yo. Veo que nos vamos a entender —me dice desplegando sus encantos como un pavo real. Si no fuera porque la situación es un pelín tensa, diría que está tonteando conmigo. Pide un albariño, el más caro de la carta.

El camarero, ceremonioso, se retira. Al poco regresa con el vino, lo descorcha y nos lo sirve. Primero a ella, que lo huele y lo prueba con aires de gran sumiller. Esta tía es una fantasma de las de sábana blanca y bola con cadena, pienso.

—Muy bueno —le dice al camarero, que asiente, la sirve a ella, después a mí, y mete la botella en un enfriador de hielo—. Si le digo la verdad, empezaba a pensar que este encuentro no se iba a producir.

Me lo dice con su mejor sonrisa, pero yo me lo tomo como una colleja. Trago bilis y disimulo. Está claro que, en lo que a mí respecta, tengo química cero con ella.

—El problema es que en mi trabajo es complicado planificar el tiempo —le digo sin que suene a justificación, pero sin que se sienta excesivamente ninguneada.

—La comprendo. —Esta vez suena conciliadora—. Menos mal que ya tienen resuelto el caso de Luz. Llámeme agorera, pero lo de Fidel yo lo veía venir.

Me sorprende que saque el tema tan rápido, aunque también es cierto que no tenemos nada más en común.

—¿Por qué?

—Por su temperamento. Era una mala bestia que no consentía que le llevaran la contraria. —No se molesta en disimular que no le tenía ningún cariño—. Según tengo entendido, la madre le montó una bronca por un tema de una novia y fijese la reacción. Era un cabestro.

—O sea, que usted cree que ese fue motivo suficiente para matarla.

—Si no fue ese, sería otro parecido.

—Sin embargo, recuerdo que cuando estuve en su casa la mañana siguiente de la muerte de Luz, Socorro me habló maravillas de su sobrino. Yo misma lo vi hecho polvo abrazado a su abuela.

—Otro de sus numeritos. Le encantaba hacerse pasar por lo que no era.

—¿Qué no era?

—Un buen tipo —contesta sin vacilar—. En cuanto a Socorro, tampoco le haga mucho caso. Para ella todo el mundo es bueno; incluso su hermana. Y fíjese cómo la trataba; a ella y a todo bicho viviente. —Ahora sí que intenta disimular el rencor, pero a mí no se me escapa ese leve rictus amargo que se dibuja en sus labios.

El camarero le rellena la copa y ella se la bebe de un trago, como si fuera agua del grifo. Me da la sensación de que mi presencia la incomoda y busca en el alcohol un modo de recuperar la serenidad.

—Debió de ser un mazazo para usted que Luz la despidiera —le suelto.

No esperaba mi comentario. ¿Acaso cree que no hemos investigado a todo el entorno de la víctima? Se sirve de nuevo. En silencio. Creo que está tomándose su tiempo para responder.

—Más que un mazazo, fue una decepción. Yo convertí a Luz Pavones en lo que era: una estrella. —Le da otro trago al vino—. Normalmente, un representante es alguien que negocia el dinero o revisa los contratos de los famosos. Pero yo hago mucho más que eso: dirijo sus carreras. Les aconsejo qué trabajos deben hacer y cuáles no. Les digo a qué saraos deben ir, cómo deben posar o qué decir a la prensa. Yo creo su imagen, su personaje público. —Según habla, se va autocomplaciendo en su papel de Pigmalión—. Si Luz hubiera dado con otro cualquiera al salir de la casa de *Gran cuñado*, posiblemente no habría llegado hasta donde llegó, porque, entre nosotras, era guapa como para detener el tráfico al pasar, pero tenía menos talento que un calamar. A pesar de eso, conseguí que las cadenas la vieran como a un caballo ganador y se mataran por ella. Pero ya le digo: era un bluf. Fíjese que tenía un concurso que era un caramelo y había días que tenía unas audiencias de mierda, perdone la expresión porque estamos en la mesa. ¿Y sabe por qué? Por lo que estamos hablando: falta de talento.

—Entonces, si empleó tanto esfuerzo en convertirla en un personaje exitoso, ahora entiendo menos que ella prescindiera de usted —le digo recordando la grabación en la que Luz le reprochaba que le cobrara comisiones «por no hacer ni el huevo».

—¿Sabe lo que decía Unamuno?: «No des a nadie lo que te pida, sino lo que entiendas que necesita. Y soporta luego la ingratitud». Pues eso —remata y se acaba de un trago el contenido de la copa. La noto más calmada, pero está empezando a hablar pastoso.

—Tengo la sensación de que no sintió demasiado su muerte. —Le doy una vuelta de tuerca a la conversación para ver por dónde sale.

—¡De eso nada! —parece ofendida—. ¿Cómo voy a alegrarme yo de la muerte de nadie? Eso solo lo hace una mala persona. —Ahora me viene el recuerdo de Pilar de la Cal comentando que esta mujer se tiene por la bondad con patas—. No, no me alegré. De hecho, lo sentí de corazón. Y más teniendo en cuenta cómo murió.

Sigue bebiendo. Parece que Socorro tenía razón cuando dijo que había tenido problemas de adicción. Me recrimino haberle dado la oportunidad de pedir vino.

—Y ahora hableme de usted. —Me mira intensamente. Tiene los ojos achispados. Es evidente que está tonteando conmigo—. ¿Cómo es la vida de una mujer policía?

—Vamos a ver, señora López Pollo... —le digo.

Pero no me deja acabar.

—Teo. Llámame Teo. ¿Tu nombre es...?

¡¿Qué?! ¿En qué momento hemos pasado del usted al tuteo? No y no. El alcohol la está llevando por un camino por el que no estoy dispuesta a seguirla.

—Si no le importa —le digo intentando no sonar demasiado áspera—, me gustaría que esto siguiera siendo una comida... formal. Prefiero que nos sigamos hablando de usted.

Se queda cortada y hace lo posible por disimular. No puede. Le acaba de entrar un tic en el ojo derecho.

—De acuerdo. Como prefiera —me dice sonriendo a pesar de todo.

Creo que ha llegado el momento de resolver este almuerzo.

—Le decía, señora López Pollo —continúo como si no hubiera pasado nada—, que quería presentarle mis más sinceras disculpas por lo que pasó. —Ella calla. Sé que después del corte que le he metido no me lo va a poner fácil—. Me refiero a su detención. Me precipité, pero confío en que comprenda que no fue nada personal. —Espero que se lo haya tragado. Si supiera la grima que nos da a toda la brigada, le daría un chungo—. También quiero que sepa que fue una decisión mía como coordinadora de la investigación. Se lo digo para que este asunto quede zanjado aquí y no salpique a nadie más.

Me mira esperando que me humille otro poco, pero considero que ya he hecho más que suficiente con venir hasta aquí a verla beber como un cosaco. Así que me callo y alzo mi copa, a la que solo he dado un par de tragos en toda la comida.

—Por los errores involuntarios. Para que se olviden.

Me aguanta la mirada. Esta tía es dura, pienso. Pero por fin sonrío y alza la suya.

—Amén.

Chocamos las copas. Yo mojo los labios y ella bebe hasta la última gota.

—Por cierto, tiene que dar una colleja a sus chicos. —Vuelve a estar relajada—. No sé qué hicieron, pero me perdieron el sello. —Me muestra el anillo con sus iniciales que tanto me llamó la atención la primera vez que la vi en su página web—. Menos mal que mi abogado se puso como una hidra y lo buscaron como locos hasta encontrarlo; no pensaba marcharme de allí sin él. Eso sí, dejé constancia del incidente en el papel ese que nos dan cuando nos devuelven las pertenencias.

—Normalmente nunca se pierden los objetos de los detenidos, pero no se preocupe, que me enteraré de qué pasó.

Ella asiente complacida.

Por supuesto, no pienso decir nada a mis chicos por esa tontería. Ahora solo me queda pagar y salir corriendo de aquí sin mirar atrás. Después de cargar algo más de ciento cincuenta euros en la tarjeta de débito, que me vienen como el culo aunque me los pague el comisario cuando sea, me levanto; ella me sigue.

—Tengo el coche aquí mismo. La acerco a donde me diga —me ofrece cuando ya casi me veía

liberada de ella.

—Gracias, pero hay una parada de taxi en la puerta.

—Déjeme que la lleve. Es lo menos que puedo hacer después de una comida tan agradable —insiste.

—Como usted quiera —claudico—, pero ¿no preferiría coger un taxi usted también? —le sugiero a tenor de lo que ha bebido.

—¿Lo dice en plan poli porque he tomado un poquito de vino? —pregunta.

—Hombre, un poquito... Lo que se dice un poquito... —le digo recordando que se ha bebido la botella entera.

Rompe a reír. Se ve que mi comentario le ha hecho mucha gracia; o eso o va más cocida que una gamba.

El aparcacoches le entrega las llaves y ella le da una propina. Después *la Pollo*, cual caballero español, me abre la puerta del acompañante y la cierra cuando ya me he sentado. El deportivo no le pega nada. Me ratifica que se resiste a aceptar que tiene la edad que tiene. Conduce ligera por la Castellana. Demasiado para mi gusto. Lleva la capota cerrada y me ofrece abrirla, pero prefiero ir cubiertas; la contaminación en Madrid no invita a respirar a pleno pulmón el tubo de escape del coche de delante. Llegamos a comisaría y nos despedimos con un apretón de manos.

—Ha sido un placer —me dice con la lengua pastosa—. Le debo una, pero la próxima pago yo.

¿Cómo?, pienso, ¡ni loca vuelvo a comer con esta señora! Sin contestar, agarro la manija de la puerta del copiloto para abrir, pero ella me retiene cogiéndome la otra mano. Me siento incomodísima.

—De verdad que no me esperaba que fuera usted tan interesante.

Es curioso, pero la noto mucho más ebria que cuando salimos del restaurante. Se ve que su hígado no logra metabolizar tanto alcohol.

Me deshago de su mano con disimulo. No me molesta que me esté tirando los tejos por ser mujer. Me incomodaría igual si fuera un hombre o un lémur de cola anillada. Lo que me fastidia de verdad es que haya personas que no sepan distinguir cuándo y con quién pueden hacerlo.

—Conduzca con cuidado —le digo como despedida.

Ese coche tiene algo que me da alergia. Además de ella, quiero decir. Menos mal que me da tiempo a taparme la nariz con ambas manos antes de soltar un estornudo que le taladra los tímpanos.

—¡Perdón! —me disculpo. Soy consciente de que estornudo en una frecuencia de onda muy molesta. Me lo decía siempre Fernando; o sea, el mamarracho.

Al tocarme la nariz con la mano derecha se ha disparado mi hiperosmia y he percibido un aroma familiar. Necesito localizar de dónde procede ese olor. Toco de nuevo la manija y vuelvo a oler mi mano. Es fresco, penetrante y persistente. Sí, lo tengo identificado: es el perfume de las hermanas Pavones.

—Señora López Pollo, ¿ha estado últimamente con Socorro Pavones?

Mi pregunta, sin mala intención, la pilla desprevenida. Pone un gesto extraño.
—No —contesta incómoda—. ¿Por qué?

* * *

El plazo del comisario está llegando a su fin. Que las cámaras del banco captaran a un hombre entrando en el teatro minutos después de salir Socorro y Avelino descarta toda posibilidad de que fuera López Pollo. Los informáticos continúan trabajando a toda mecha con las grabaciones como para que el bulto masculino esté lo suficientemente definido como para reconocer al asesino. No les está resultando tan fácil como nos lo pintaron al principio, aunque nos han aportado un dato nuevo: la mancha que aparece sobre la cabeza es un sombrero negro estilo borsalino. Desde arriba insisten en seguir adelante con la rueda de prensa, confirmar que el autor fue Fidel y chimpún. Sin embargo, mi intuición continúa diciéndome que hay algo más detrás de todo esto. ¿Y si el bulto fuera Javier Navas? Por más vueltas que le doy a esa posibilidad, no consigo encontrar un móvil consistente que lo llevara a matarla, salvo uno tan peregrino como que él fuera el amante celoso y secreto, el tal Mr. Big. No. No me encaja. Navas es demasiado simple como para cometer un asesinato e invitar a tomar café a quien está al mando de la investigación. Enseguida me deshago de la idea, pero ¿a dónde nos lleva el intercambio de correos con la gemela de la víctima?

* * *

Socorro está delante de mí. A pesar de la ristra de desgracias personales que ha venido soportando en los últimos meses, la veo bastante cambiada, mejor que la última vez que ocupó esa silla, vestía toda de negro, con los botones de la blusa abrochados hasta el cuello. No es que hoy venga colorida como un jardín en flor, pero al menos lleva un par de botones de la blusa blanca abiertos y está algo bronceada. El verano es lo que tiene. Es la primera vez que me fijo con detenimiento en sus facciones y, a pesar de esa manchita de nacimiento que se le ha oscurecido con el sol, creo que es mucho más guapa que su gemela, una belleza más natural. Posiblemente el hecho de que no lance vitriolo cada vez que abre la boca también ayuda bastante a su buen aspecto.

—Mi relación con ese señor —me explica cuando le pregunto por Navas— es meramente comercial. No sé si sabe que es periodista. —Afirmo con la cabeza y ella continúa—. Usted misma me contó aquello de que mi hermana tenía un..., bueno, que se veía con un hombre muy importante en secreto, ¿se acuerda? —De nuevo asiento. Me entran sudores.

—Fue el señor Navas quien me puso al corriente, sí —le confirmo.

—Entonces no hace falta que entre en más detalles. Navas tenía unas fotos comprometidas de ese... romance —prosigue Socorro—. Mi hermana ya había fallecido y me parecía una falta de

respeto a su memoria que empezaran a sacar trapos sucios en Telemidia o en las revistas del corazón. Así que cuando me dijo que tenía la intención de vendérselas a una revista, pero que antes me las ofrecía por si las quería yo, le dije que me las enseñara y... por supuesto que las quise. Se las pagué, él me las dio y no he vuelto a tener noticias de ese señor. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—En absoluto. Es una mera comprobación —le digo—. Y ¿cuánto ha dicho que le pagó?

* * *

—Cien mil y sin anestesia —contesta Navas—. Estaba claro que le interesaban. Y no me extraña. Bueno, ¿qué le voy a contar a usted? Ya las ha visto.

Cuando el periodista me devolvió la llamada, le pedí que viniera a verme lo antes posible. Y aquí está. Más bronceado que la última vez que lo vi, lo que hace que sus dientes parezcan más blancos y relucientes. Estoy tentada de ponerme las gafas de sol.

—¿Yo? —pregunto extrañada—. No, Socorro no me las enseñó. Me dijo que, según se las dio usted, las borró. Temía que pudieran filtrarse y, ya sabe, quiere preservar la imagen de su hermana. Así que no, no las he visto.

—Entonces, jefa, creo que hay un malentendido —dice Navas—. Cuando me dijo que necesitaba hablar conmigo, pensé que era porque le había echado un vistazo al *pendrive*.

—¿Qué *pendrive*? —No entiendo ni una palabra de lo que me está diciendo.

—El que le traje. Iba metido en un sobre y se lo di a... Creo que me dijo que era subinspectora. No recuerdo el nombre, pero era una chica... bastante guapa.

—Valdés —le digo mosqueada por la definición de «chica bastante guapa» a una oficial.

—¡Eso!

Entonces recuerdo que Belmonte me dijo que Navas me había dejado un sobre. Pero yo estaba en el hospital. Después se me complicó la vida y borré aquello de mi mente. Rebusco en el fondo del archivador que hay sobre mi mesa, donde me dejan los informes. En efecto, debajo de un montón de papeles, veo el sobre, que sigue intacto.

—Aquí está. —Lo cojo y rasgo el papel. Saco la nota y la leo. Miro a Navas. Después extraigo el *pendrive* intentando disimular la rabia que me da haberlo olvidado—. Entonces, ¿aquí tenemos a Mr. Big?

—Ahí mismo —me dice con una sonrisa pícaro, demasiado para mi gusto.

No sé si me siento incómoda por él o por el temor de que Mr. Big vaya a complicarnos la vida. Tengo el corazón a mil pensando en las consecuencias históricas y políticas que hubiera podido tener para este país la publicación de esas imágenes. Introduzco el dispositivo en mi ordenador y pincho en una carpeta que muestra varios pequeños iconos de fotografías. Abro una al azar. Mis ojos no dan crédito a lo que están viendo.

—¡Joder! —exclamo ajena a la presencia de Navas.

Él se sonríe ante mi reacción. Yo no puedo quitar los ojos de la pantalla según van pasando las fotos una tras otra. Se han tomado de noche. Luz camina por la calle de la mano de su amante.

—¡Pero si es Teo López Pollo! —Lo he dicho tan alto que Belmonte, que está sentado en su puesto, me ha oído y se ha acercado a mirar la pantalla.

—¡Anda, coño! ¿Y eso? —pregunta con los ojos como platos.

—Mr. Big —contesto mirando una imagen en la que se están besando apasionadamente.

—Bueno —dice mi inspector—, por lo menos no es ningún financiero, ni un político, ni nadie de ninguna Casa Real.

—Ahora entiendo que Socorro le haya pagado una fortuna —le digo a Navas—. Si esto cayera en manos de la prensa rosa, montarían una tienda de campaña al lado de la tumba de su hermana por si se levanta. —Belmonte se va flipando. Seguramente a cascárselo a Valdés—. No entiendo una cosa... —digo a Navas, a quien le están divirtiendo muchísimo nuestras reacciones—. ¿Por qué me las trajo a mí?

—Fue antes de que descubrieran que la había matado su hijo —me responde. Está claro que la opinión pública ya ha condenado a Fidel—. Recordará que hablamos de que solo se mata por dinero o por celos. Cuando me llegaron estas fotos, me pareció que ambos móviles entraban en juego. López Pollo era su representante, tenían una relación comercial; encima era su amante. Y Luz Pavones era de todo menos fiel. Pero ya da lo mismo, ¿verdad?

—¿Me está diciendo que me las trajo para colaborar con la policía?

—Por eso y porque esperaba que usted a cambio me *regalara* un titular —confiesa sonriendo porque sabe que le he pillado.

Me molesta su descaro. Después de que Bea me contara cómo la enredó para que se acercara a Fidel, lo investigué. Ni está casado ni tiene hijos. Es un pícaro que se inventa una vida familiar para conseguir que los demás le hagan favores por *sus niños*. Pero lo que más me duele es que por su culpa una chica inocente sufriera una violación brutal. Estoy tentada de recriminárselo, pero es mejor para ella dejar las cosas tal y como están. Navas es un caradura, pero en el fondo creo que, de haber sabido que estaba metiendo a Bea en la boca del lobo, no le habría propuesto arrimarse a Fidel.

—Gracias de todas formas —le digo. Inclina la cabeza a modo de despedida y se da media vuelta para irse—. Una cosa más. —Se detiene y me mira—. ¿Cómo consiguió las fotos?

—Un *paparazzi*. En este oficio uno debe tener amigos hasta en el infierno.

—¿Por qué se las ofreció a Socorro en lugar de vendérselas a una revista directamente? Seguro que le habrían pagado mucho más. —Ese gesto de nobleza no parece propio de él.

—Eso creía yo también. Intenté colocarlas, pero Luz Pavones muerta ya no valía tanto. Ninguna revista se regodea con un cadáver. Hay un código no escrito, una línea roja que no traspasa ni la prensa amarilla. No me ofrecieron más de treinta mil, así que pensé que a lo mejor su hermana subía la oferta. Y ya ve, acerté.

—Sí. Le tocó la primitiva —contesto. Me desagrada que se negocie con la vida privada de la

gente—. ¿Y cuánto le pagó usted a su *amigo*? Solo por curiosidad... —pregunto.

—Algo menos de lo que Socorro me pagó a mí —contesta con una sonrisa esquiva.

—¿Cuánto? —insisto.

—Veinte mil.

Me deslumbra con sus dientes, se da media vuelta y se va.

Repaso de nuevo las fotos. Todavía no me lo puedo creer. Luz y *la Pollo*, ¿amantes? Sigo dudando de que lo que ven mis ojos sea verdad. Recuerdo un programa de televisión donde un *paparazzi* explicaba que las fotos se podían trucar para que parecieran lo que no son. ¿Y si han disparado desde un ángulo en el que parece que sus bocas están unidas, pero en realidad no es así?

Me llama la atención una de las imágenes. Se están dando un beso apretado, Luz está de perfil, pero ¿qué es eso? Amplío la foto y ahora sí que me quedo de piedra. En la mejilla izquierda tiene una mancha con forma de estrella. Igual que la de Socorro. Mis neuronas empiezan a funcionar a toda velocidad. Cojo el móvil y marco.

—Si quieres saber si tenemos ya el informe de Fidel, la respuesta es no —contesta Huerta pensando que le estoy metiendo prisa como siempre.

—Escucha. ¿Recuerdas si Luz tenía una mancha de nacimiento con forma de estrella en la mejilla izquierda?

—¿Un angioma? No. El rostro no presentaba ninguna mancha. ¿Por qué?

—Porque su hermana acaba de darme una sorpresa. Ya hablaremos... —Cuelgo—. ¡Morales, ven!

—Dime, jefa. —El subinspector se acerca.

—¡Tráeme el justificante de recogida de objetos personales que firmó *la Pollo*! —le ordeno.

Poco después lo tengo sobre mi mesa. Busco en mi móvil aquella foto que tomé de la nota anónima que Socorro tenía en el fondo de su mesilla de noche junto a una rosa seca. Comparo la letra con la del justificante. Son idénticas. Sin duda, han sido escritas por la misma persona: Teo López Pollo. En la primera, nos recrimina que perdiéramos su anillo: «Hago constar, por si mi abogado considera oportuno emprender acciones legales, que por incompetencia de los funcionarios se ha extraviado una joya de gran valor material y sentimental. Ante mi negativa a irme sin ella, ha acabado apareciendo». La segunda es una declaración de amor a Socorro: «Sabes que es a ti a quien quiero».

FAVORES QUE MATAN

El día que asesinaron a Luz Pavones, Marisa estaba en su camerino de Telemedia, mano sobre mano, esperando para maquillarla. Era la única presentadora que gozaba del privilegio de no pasar, como los demás, por la sala de maquillaje. Tampoco por peluquería. Los de vestuario le llevaban a diario un burro con varios modelos para que eligiera el que más le gustara para el programa. En la cadena todo el mundo le rendía pleitesía, como a una reina, a pesar de que, de manera incomprensible para todos, sus índices de audiencia se habían vuelto tan volubles como su propio carácter. Tan pronto un día arrasaba como al siguiente se hundía hasta cifras de televisión local.

En los despachos empezaba a correr el rumor de que su hermana Socorro era gafe; se basaban en que coincidían unas audiencias extraordinariamente buenas con los días en que ella no aparecía por la cadena acompañando a Luz. Una maldad gratuita, porque, en realidad, Socorro caía bien en todas partes. Si alguien preguntara a los trabajadores qué pensaban de ella, la respuesta general sería que era una mujer amable, educada, cariñosa y discreta hasta el punto de difuminarse si su hermana estaba presente. Pero, sobre todo, dirían que les daba pena por lo que tenía que aguantar. Por el contrario, la mayoría opinaba que Luz era maleducada, caprichosa, histriónica, soberbia y, en definitiva, una persona deleznable. Un mal bicho que trataba como seres inferiores a todos los que no ocupaban un despacho en el edificio de los directivos o no se ponían delante de una cámara.

Aquella mañana, el equipo de producción dedicó gran parte de su tiempo a satisfacer los caprichos de la diva: aprovisionaron la nevera con fruta fresca del día, fiambres bajos en grasa, agua, refrescos..., y se cercioraron de liberar a Marisa en cuanto terminó de maquillar a los presentadores de los informativos del mediodía, para que pudiera dedicarse en exclusiva a Luz. En definitiva, la consigna era hacerle la vida agradable a «la paleta», como la llamaban a sus espaldas.

La maquilladora esperó paciente. Por más vueltas que le daba a la cabeza, no llegaba a entender el porqué de esa insistencia en que la maquillara ella si después la ponía a caldo porque decía que el maquillaje le picaba, o que se había pasado con el colorete y parecía una *muñeca Chochona*, o que no le gustaba nada cómo le había dejado los ojos. «Hasta me haces parecer

bizca», contaba Marisa que le había dicho Luz un día de esos en que estaba especialmente avinagrada. Sin embargo, últimamente algunos días le había dado por venir ya maquillada. A Marisa no le gustaba nada cómo se pintaba, porque se ponía una base oscura, como una plasta, que se le acababa cuarteando con los focos; y del colorete mejor ni hablar, la hacía parecer diez años mayor. Pero allá ella, se decía, eludiendo un enfrentamiento del que acabaría saliendo mal parada. Esos días solo le pedía que le pintara los ojos. Marisa no discutía y hacía su trabajo con el mismo esmero y profesionalidad de siempre. Entonces, para su sorpresa y desconcierto, a Luz le encantaba: «Si parece que los tengo más grandes», le llegó a decir en alguna ocasión. ¡Pero si se los pinto igual todos los días!, pensaba la pobre sin comprender.

Había pocas cosas tan imprevisibles en el mundo como las reacciones de Luz Pavones. Esa fue la razón por la que Marisa declinó su oferta de contratarla bajo cuerda y cobrando en negro para que la maquillara en el teatro durante toda la temporada antes de la función. «Ni hablar. Eso no se paga con nada, vamos», había comentado a sus compañeras de departamento. «Según cómo le da el aire, me pega una coz o me da las gracias. Lo de esta mujer no es normal. O está loca o quiere volverme loca a mí», fue la conclusión a la que llegó. Como también entendió que si la había elegido a ella era porque no había otra capaz de soportar lo que ella le consentía.

Abrió la neverita y vio que habían puesto fresas y piña frescas. Empezó a salivar. Estaba muerta de hambre, nunca le daba tiempo a comer antes de las cuatro de la tarde. Cogió una fresa y se la metió en la boca cuando, de repente, se abrió la puerta y entró Luz. Marisa no sabía qué hacer: ¿escupía la fruta y se exponía a las groserías de la presentadora o se la tragaba entera a riesgo de ahogarse? Visto lo visto, la segunda opción era la más sensata.

—¡Fresas! ¡Qué maravilla, con lo que me gustan! —aplaudió Luz—. Espero que me hayas dejado alguna, rica, que ya veo que te las has apretado casi todas.

Marisa masticaba a toda prisa; quería que se la tragara la tierra. Nunca respondía a sus groserías. Hacerlo habría significado empezar una guerra en la que ella sería la única vencida.

Con Socorro, sin embargo, todo era diferente. Mientras la estrella presentaba el concurso en directo, ellas permanecían en un rincón del plató viéndolo en un pequeño monitor. Pasaron juntas muchos días, muchas horas. Las dos estaban pendientes del más mínimo gesto de la presentadora por si en los cortes de publicidad necesitaba que Marisa le quitara los brillos de la cara o que Socorro le diera agua o le llevara su teléfono móvil, que era como una parte más de su anatomía. Acabaron congeniando. Hablaban de casi todo, aunque su tema favorito era el que les afectaba a las dos: el maltrato sistemático de Luz. Heridas en su amor propio, encontraron la manera de exorcizar sus demonios a través del humor. Socorro se reveló como una gran imitadora, siendo capaz de hablar como su hermana y de adoptar sus mismos gestos cuando esta se proponía hacer fosfatina a alguien. Lejos de la sombra asfixiante de Luz, Socorro era bastante graciosa.

—Marisa, rica, a ver si te cortas las uñas, que me vas a saltar un ojo al ponerme ese rímel asqueroso. Y, por cierto, esmérate un poco, ¡joder!, que me dejas unos pegotes en las pestañas que parecen cagadas de tábano —imitaba Socorro a su hermana.

—Te sale tan bien que hasta me estás dando miedo. —La maquilladora no podía parar de reír. Otro día a Socorro le daba por hacer chistes.

—Tú y yo parecemos las protagonistas de *Poltergeist* —le susurraba a Marisa en el momento en que la presentadora entregaba, con entusiasmo fingido, un premio de doscientos euros a un espectador que había llamado al programa—; en cuanto llega la publicidad, las dos «vamos hacia *la Luz...*».

A pesar del ruido de los aplausos para el afortunado, las carcajadas de ambas captaron la atención de la aludida, que las fulminó con la mirada.

—No sabes cómo me fastidia el desprecio con que nos trata —dijo Marisa en otra ocasión tapándose la boca con una mano para evitar que la oyera alguien ajeno a su conversación—. Bueno, a nosotras y a todo el que se le ponga a tiro, pero sobre todo a nosotras —continuó mientras Socorro asentía—. Seréis gemelas, pero no parecéis hijas de la misma madre, porque, y perdona que te lo diga así, tu hermana es un poquito hija de puta.

Se acababa de abrir la caja de los truenos; las dos empezaron un mano a mano para ver quién soltaba más improperios. Hasta que llegó el momento en que Socorro supo que podía lanzar un órdago con el que sellar su amistad para siempre.

—Lo que voy a decirte no lo sabe nadie, ni siquiera su hijo, así que tienes que prometerme que no se lo vas a contar ni a tu almohada —Socorro susurraba con tono misterioso.

—Ya sabes que soy una tumba —contestó Marisa.

—No. Tienes que decir que me lo prometes —insistió Socorro.

—Que sí. Que te lo prometo. —A Marisa la mataba la curiosidad.

—Creo que Luz se está acostando con alguien muy gordo. Pero que muy gordo —soltó Socorro.

—¿Un directivo de la cadena? —preguntó Marisa intrigadísima. Socorro negó rotunda—. Entonces, ¿con quién? —Le encantaban ese tipo de cotilleos—. ¿Y por qué piensas eso?

—¡Ay, hija mía! Porque conozco a mi hermana y, cuando tiene esa faceta satisfecha —Socorro se señaló con disimulo la zona genital—, es más fácil tratar con ella. ¿No has notado que a veces está un poquito más agradable?

—Ahora que lo dices, puede que sí. No mucho, porque no va en su naturaleza, pero un poquito puede que sí.

—Pues todo es porque tiene un lío. Y te digo más: creo que está casado y que aprovechan la hora de comer para verse. —Marisa seguía el relato con los ojos como platos mientras Socorro, satisfecha por el interés que despertaba en su amiga, desmenuzaba los detalles de sus pesquisas—. Ella lo lleva muy en secreto. Fíjate que, para quitarme de en medio, me dice que no la acompañe a la tele porque antes tiene que hacer gestiones. Tú me dirás qué gestiones, si me ocupo yo de todo.

Así quedó sembrada en Marisa la semilla de la curiosidad. Nada más salir del estudio, su indiscreción pudo más que su sentido de la lealtad. A pesar de su promesa solemne, se lo contó a Tere, su compañera, haciéndole prometer a su vez que no se lo diría a nadie. Y esta acabó mencionándoselo de pasada a Chelo, la jefa, con la misma premisa. Así, poco a poco, la noticia

traspasó la puerta del departamento de maquillaje y peluquería para entrar en el de producción. Ese viaje de boca a oreja convirtió el secreto de Luz en una bola de nieve imparable, un rumor que corrió como la pólvora por todos los pasillos de la cadena y por cada departamento. Si no llegó a oídos de la protagonista fue porque Socorro hizo auténticos malabarismos para poner una barrera de silencio alrededor de su hermana.

Mientras la diva se sentaba en el sillón de maquillaje, Marisa hacía lo imposible por quitarse con disimulo las pequeñas pepitas de fresa que se le habían quedado entre los incisivos.

—¿Socorro no viene hoy? —preguntó cuando por fin consiguió tragarse la fruta sin pasar a mejor vida.

—No. ¿Es que tengo que llevar a mi hermana como un puto grano en el culo todo el día o qué? —contestó la diva con aspereza—. Ya sé que la echas de menos, os habéis hecho muy amiguitas...

Marisa no contestó. Bajó la cabeza y se dispuso a hacer su trabajo. Estaba claro que, a juzgar por su malhumor, hoy no se había visto con el hombre misterioso. O peor, se habían peleado. Nada extraño con el vinagre que corre por las venas de esta mujer, pensó mientras colocaba con esmero los pinceles sobre la mesa del tocador.

—Por cierto, ¿tienes planes para esta tarde noche? —le preguntó Luz. No la dejó contestar—. Pues si los tienes, ya los puedes ir cancelando; te necesito en el teatro y negarte no es una opción. No sé si Soco va a poder ir a maquillarme.

—Es que he quedado en ir a cuidar a mi hermana —balbuceó Marisa, a quien todavía le quedaban restos de fresas entre los dientes.

—Pues *desquedas*. Acércame el bolso —insistió Luz con autoridad. La resistencia de Marisa estaba empezando a sacarla de quicio.

Marisa le dio el bolso y Luz extrajo su cartera.

—Toma, doscientos *pepinos* para ti y otros cincuenta para que contrates a una *panchita* que cuide de tu hermana. Ya está bien por un par de horas de trabajo, ¿no? —La presentadora le dio cinco billetes que Marisa se vio obligada a aceptar por no desairarla más.

—Necesitaría hacer una llamada si no te importa —dijo Marisa.

—Venga, dale, pero date prisa, que quiero relajarme un poco antes del directo —concedió Luz con un gesto faraónico.

Marisa salió del camerino. Luz agarró su móvil y envió un wasap: «Por mí como si no *kieres* ni aparecer por el teatro. Esta noche *k* Avelino se las apañe y coloque a los primos».

Inmediatamente después, recibió la respuesta de Socorro: «¿Y te vas a maquillar tú sola?».

Luz, sonriendo por haberse salido con la suya, le contestó: «Ya lo he *arreglao*. Viene Marisa. *Q* te den».

No hubo más mensajes. De pronto, se abrió la puerta y entró López Pollo.

—¡Pero mira que eres guapa! —dijo dándole un pequeño mordisco en el cuello.

—¿Tú es que no eres más gilipollas porque no ensayas o qué te pasa, subnormal? —le espetó Luz al tiempo que le soltaba una sonora bofetada.

—¡Joder, Luz! Lo siento, tía. No te lo tomes así.

—¿Qué coño haces aquí? ¿No te dije que no quería volver a verte la jeta en tu puta vida? ¿O es que en todo este tiempo no has asimilado que ya no me representas? —Luz sonaba tan desagradable que su exrepresentante parecía bloqueada por primera vez en su vida.

—He venido a... negociar un contrato y... a saludarte.

—Pues no me saludes, que no me hace ni puñetera falta. Y los chupetones te los metes por el culo —respondió la presentadora, más borde que nunca, mientras abría la puerta para obligarla a salir.

Llegó Marisa y López Pollo aprovechó para escabullirse.

—Entonces, te pinto solo los ojos, ¿verdad?

—No, me maquillas como me debes maquillar. ¿Qué os pasa hoy a todo el mundo? —respondió Luz molesta sentándose de nuevo frente al espejo.

Marisa suspiró y se puso manos a la obra mientras pensaba que, definitivamente, Luz estaba como una cabra.

* * *

Me dolían los pies de esperar plantada en la acera frente al teatro. Miré el reloj. ¿Las nueve menos diez? ¡Y estas locas sin venir! Saqué mi móvil del bolso para mandarles un wasap. Busqué mis gafas de cerca, pero me las había dejado en casa. ¡Vaya! Menos mal que me quedaba la opción de enviar un mensaje de voz.

—Pues nada, guapas. Aquí estoy esperando a que os dignéis a aparecer. ¿Dónde estáis? Que sabéis lo que odio levantar a toda la fila por llegar con el tiempo justo. Ya sé que a vosotras os la trae al paio, pero a mí me pone de los nervios. Y ni se os ocurra llamarme pitufó gruñón. Hala. Hasta ahora. Espero...

Entorné los ojos intentando enfocar la pantalla para ver si lo leían. Nada. Como el que oye llover. Debían de ir rajando como cotorras. En su defensa tenía que reconocer que mi casa estaba a doscientos metros del teatro y ellas tenían que llegar desde la otra punta de Madrid. Encima, era viernes, hacía una noche casi primaveral maravillosa y parecía que toda la ciudad se había tirado a la calle.

Me entretuve mirando el cartel que ocupaba toda la fachada del teatro. El título de la obra, *Sin reglas*, destacaba en letras que simulaban llamaradas infernales sobre un fondo oscuro por el que se diseminaban las tres actrices. Luz Pavones, en el centro, con un gesto la mar de simpático, simulaba abanicarse en pleno sofocón. A su derecha, Juanita Fernández Romero se secaba la frente con un pañuelo mientras miraba al cielo implorando paciencia. A la izquierda, y al fondo, Andrea Fullnes. No ubicaba a esa mujer, pero estaba segura de que era graciosísima a juzgar por la postura con la que imitaba a Marilyn Monroe ventilándose *aquello* con el aire que salía de la rejilla del metro. ¿De qué película era eso? No lograba acordarme. ¡Madre mía!, pensé, se me va

a acabar olvidando hasta cómo me llamo. En el cartel también destacaba el nombre del autor y director de la obra: Arnaldo Villafañe. Tampoco tenía ni idea de quién era ese señor. ¡*La tentación vive arriba!* Por fin mi memoria me devolvió el título de la película. Rebusqué de nuevo mis gafas convencida de que las había traído. ¡Y Allí estaban! Se habían colado por un agujero del forro. Tecleé en Google «Arnaño»... «Arnaldp»... ¡Qué dedazos tengo! «Arnaldo Villafañe», conseguí escribir a la tercera. Sí, tenía entrada en Wikipedia. Arnaldo Villafañe, autor y director teatral, leí. «Nació en Madrid el 2 de septiembre de 1955. Bla, bla, bla... En todas sus obras las mujeres son las grandes protagonistas... bla, bla... Títulos destacados: *Las chicas del bloque, Con rulos y a lo loco, Me hago el moño donde me sale...*». Todo topicazos sobre las mujeres, pienso. Cierro Google. No estaba muy segura de que fuera a gustarme la obra, pero me gustaban las actrices y pasaría un rato con mis amigas, que siempre eran como una buena sesión con mi terapeuta y encima gratis.

De pronto, un ruido estridente que se me hacía conocido me devolvió a la plaza de la Cebada. Eran las voces de Verónica, Rosa y Marga, que gritaban a coro como descosidas desde la acera de enfrente. Las oí de milagro, porque se mezclaban con los pitidos de un autobús que se había quedado atascado en la calle Toledo, a la altura de Caramelos Paco.

—Lolaaa. Lolaaa —berreaban las tres a una sin darse cuenta de que estaban molestando a un señor que esperaba en el semáforo tapándose los oídos.

Acompañaban su potencia vocal con gestos para indicarme que cruzara; la luz acababa de ponerse en verde para los peatones. Cuando llegué, no me dio tiempo a montarles el pollo, Marga se me adelantó.

—Te estamos llamando desde hace media hora y tú enfrascada con el teléfono. ¡Que va a empezar la función, mujer! —me dijo llena de razón, como si hubiera sido yo la que se había retrasado.

—¡Tenéis una cara que os la pisáis! —contesté—. Llevo ahí tirada desde hace veinte minutos, más sola que la una.

—¿Quién tiene las entradas? —preguntó Rosa—. Verónica, ¿las llevas tú?

—¡Qué voy a llevar yo! Os las mandé por *email* y os dije que las imprimierais vosotras que a mí se me había acabado la tinta y no tenía tiempo de ir a la papelería a por otro cartucho.

—¡Vamos, no me jodas, Vero! Que te encargabas tú, ¡coño! —dijo Marga sacando el camionero que lleva dentro cuando una situación se le escapa de las manos.

Ya estamos como siempre, pensé al verlas enzarzadas. Las dejé porque, aunque parezca una tontería, momentos como ese me llenan de felicidad. Desde el cáncer, las situaciones cotidianas sin importancia, las que antes me parecían incluso molestas, hacen que me sienta agradecida por estar viva.

—Abre ese bolso y deja que mire yo —insistió Marga mientras Verónica lo protegía contra su pecho como quien lleva un tesoro.

¡Qué manía tenemos las cuatro de revisarnos los bolsos como en un control de aduanas!

—Que te digo que no las tengo y no las tengo, ¡leche! —se zafó Verónica ante la insistencia de Marga.

—Pues a ver qué hacemos ahora, porque ya está casi todo el mundo dentro —se lamentó Rosa.

Las dejé sufrir un poco más para cobrarme la espera. Reconozco que quiero a esas locas como si fueran mis hermanas. A veces nos peleamos, pasamos días sin hablarnos, nos reconciliamos y nos volvemos a pelear. Lo mismo lloramos por tonterías que nos reímos por todo. Pero tenemos claro que juntas somos invencibles y ninguna nos imaginamos la vida sin las otras.

—Pues nada. Nos quedamos sin ver la obra, con la ilusión que me hacía... —se resignó Rosa, que es la que tiene mejor fondo de las cuatro.

—Las he impreso yo, petardas —dije mientras las sacaba del bolso para que se callaran de una vez.

La tres giraron las cabezas al tiempo, como las figuras de Cortylandia.

—Haberlo dicho antes, coño —me regañó Verónica—. ¡Venga, todas *pa* dentro!

Pasamos al vestíbulo. Afortunadamente, aún había algunas personas haciendo cola para entrar.

—¿Nos da tiempo a hacernos un selfi? —Rosa señaló uno de los carteles que flanqueaban la entrada a la sala.

—¡De eso nada! —protesté empujándola en vano hacia dentro—. Si acaso, cuando salgamos. ¡Cómo os gusta apurar el tiempo hasta el último minuto, eh!

—Pues yo tengo que ir al baño, que vengo haciéndome pipí desde que salí de casa —anunció Verónica dirigiéndose a un acomodador joven que miraba las entradas y señalaba a la gente la puerta que le correspondía.

—Perdona, ¿el aseo, por favor?

—Debajo de las escaleras, señora —contestó indicándole la dirección.

—Gracias, majo.

Verónica me lanzó su abrigo y se fue a paso ligero apretándose el bajo vientre con ambas manos. Conozco ese trotar suyo. Si en ese momento hubiera estornudado, habríamos salido en piragua.

—Espérame, que voy contigo —dijo Marga endosándose también el abrigo y siguiendo a Verónica.

—Pues, hija, siento dejarte sola, pero yo también tengo que ir, no vaya a ser que me entren ganas en mitad de la función. —Rosa colocó su abrigo sobre el montón que ya casi me tapaba los ojos y se fue.

Unos minutos después volvieron las tres muy enfadadas porque había una cola enorme y habían tenido que esperar una barbaridad.

—¿Es que la gente no puede ir en otro momento? ¿Tiene que ser justo antes de la función? —protestó Verónica mientras se dirigía a la sala seguida por las otras dos.

—¡Parad un momento! —Mi voz sonó como una orden.

—¿Qué pasa? —contestó Verónica mientras las tres se detenían en seco.

—Que parecéis la novia y las dos damas de honor —dije según tiraba de un trozo de papel higiénico que se le había quedado a Rosa metido, junto con la falda, por dentro de las bragas, dejándole todo el culo al aire.

—¡Ay, por Dios! ¡Qué bochorno! —exclamó la pobre sin saber dónde meterse; las demás soltamos una sonora carcajada. El chaval que nos había recibido en la puerta estaba como un tomate aguantando la risa porque había visto el *estilismo* de nuestra amiga.

Dentro de la sala se oía por los altavoces una voz femenina muy agradable que daba la bienvenida al teatro La Latina. Informaba de que quedaban cinco minutos para que empezara la representación y rogaba a la gente que apagara sus teléfonos móviles.

* * *

Sonaron tres golpecitos en el camerino de Luz.

—Cinco minutos —dijo Avelino al otro lado de la puerta—. Por favor, señoras, vamos bajando.

Dentro, Marisa daba los últimos retoques a Luz, que ya estaba vestida y preparada para la primera escena. Había hecho que pareciera diez años mayor. En efecto, parecía una cincuentona.

—Venga, rica, deja ya de pasarme la esponja por la frente que me van a salir llagas —bufó Luz mientras le apartaba la mano.

Marisa guardó silencio. Seguía sin comprender qué le había pasado ese día a esa mujer antes de ir a la tele, pero ella estaba pagando los platos rotos. Ni siquiera había intentado disimular su ira en el taxi en el que se desplazaron juntas hasta el teatro. Tanto es así que el taxista, compadecido, no paraba de mirar por el retrovisor, pendiente de la reacción de la maquilladora. Tan pronto llegaron, Luz le dio dinero para que le trajera un café de LaLina. Marisa agradeció como nunca esos minutos alejada de esa bruja. La idea de estar un solo minuto a solas con ella en el camerino se le atragantaba. Menos mal que nada más regresar apareció Socorro.

—Buenas noches a todos. Luz, ya están los primos sentados. Avelino, gracias por haber reservado unos asientos tan buenos. Seguro que les va a encantar la obra.

Luz la miró de arriba abajo reprochándole con los ojos lo que no podía con palabras. Todos percibieron un gesto que evidenciaba que entre las gemelas pasaba algo, pero cada cual siguió a lo suyo. Socorro prefirió no darse por aludida. Como le había dicho Avelino en una de sus charlas, «cuando un actor está a punto de salir a escena, hay que procurar que nada lo altere, lo que incluye no llevarle la contraria, diga lo que diga o haga lo que haga».

—Estoy seguro. Pero, por favor, señoras, tenemos que bajar ya —insistió el encargado.

—¡Marisa, guapa! Gracias por haber venido a echarme una mano. —Socorro dejó su bolso sobre el sofá.

Marisa se limitó a sonreírle. Solo con ese gesto, Socorro comprendió que Luz la había obsequiado con una degustación de sus mejores coces.

Instantes después, Luz y su comitiva se dirigieron al camerino de escena, una pequeña zona al lado del escenario habilitada para que las actrices pudieran cambiarse de ropa, ponerse las pelucas o retocarse el maquillaje durante la función. Juanita y Andrea esperaban, desde hacía varios minutos ya, preparadas para salir.

Luz, altiva, se sentó en una silla de tijera que Avelino, como un ritual, desplegaba antes de cada pase; una exigencia que a las otras dos actrices les parecía otra estupidez de esa impresentable. Marisa estaba deseando que se acabara la jornada para marcharse a su casa y perder de vista a Luz. Dejó su neceser en el único rincón libre de la mesita accesoria donde estaban las pelucas y se alejó de ella. Detrás del telón se oía el rumor del público. Socorro notó el estado anímico de su amiga y se acercó.

—¿Qué te pasa?

—Lo de siempre. Tu hermana... Hoy ha estado peor que nunca. Yo creo que ha debido de tener una pelotera con su amante, porque está repartiendo a diestro y siniestro. Y a mí, la que más —se quejó la maquilladora.

—Ya sabes cómo es. Haz como yo, que procuro que me entre por un oído y me salga por el otro.

—Pero es que yo no tengo por qué aguantar esto, Soco. No es mi hermana —protestó Marisa—. Yo estoy aquí para trabajar, no para que me suelte impertinencias.

—No le dejes que te amargue. Te voy a regalar un libro de autoayuda que estoy leyendo y que te va a venir tan bien como a mí. —Marisa ni asintió ni negó—. Y ahora, escucha... —dijo señalando hacia el escenario—. ¿Oyes ese rumor?

—Sí.

—Pues tómate esto como una experiencia nueva. Así tienes algo que contar mañana a las chicas de maquillaje, ¿vale? —Socorro le colocó el pelo en un gesto protector.

—Tienes razón. Me ha amargado el día, no voy a dejar que también me amargue la noche.

—¡Así se habla!

—Es que... Es que... Me da rabia que sea así. Pero ya no se le voy a permitir. —Marisa tomó aire para recomponerse y cambió de tema—. ¡Esto es tan... emocionante! ¡Y qué nervios tener a toda esa gente ahí! Qué diferente a la tele, ¿verdad? Esto es como... mágico —dijo en un susurro haciendo lo posible por rehacerse de su malestar.

—Ven. —Socorro le agarró la mano para llevarla hasta el centro del escenario—. Mira qué lleno está. Y así todos los días desde que estrenamos. —Abrió la tronera, una especie de ventanita que había en el telón, para ver al público que ocupaba la sala.

Marisa se asomó. Afuera, casi todo el mundo estaba ya acomodado. Solo quedaban por sentarse cuatro señoras que estaban haciendo levantar a toda la fila dos porque, en lugar de entrar por el pasillo central para acceder a sus butacas, se habían equivocado y se habían metido por uno de los laterales.

—¡Oye, maquillaje!

Luz, para remarcar la distancia que la separaba de quienes consideraba su equipo, nunca llamaba a nadie por su nombre, sino por su cargo. Las otras dos regresaron volando a su lado.

—¿Qué coño de maquillaje me has puesto que huele a farmacia de pueblo? —gritó mientras se lo quitaba y se olía los dedos.

—¿Cuál va a ser, Luz? El de siempre —intervino Socorro—. El que te pongo yo todos los días. Y no te lo quites.

—Pues hoy huele a mierda, que lo sepas —insistió la actriz mirando a Marisa—. Seguro que es otro que has comprado en el chino para que te salga más barato.

—Que no, que no... —A Marisa le temblaba la voz al intentar ahogar un sollozo—. Te juro que es el mismo que te pone Socorro. Luz, por Dios.

Socorro, extrañada, se lo acercó a la nariz. Era exactamente el mismo. Estaba convencida de que su hermana lo hacía para humillar a Marisa en público. No mandes a quien mandó, ni sirvas a quien sirvió, repetía su padre a menudo. Su hermana, desde que se hizo famosa, se había convertido en la encarnación del refrán.

—A mí me huele como siempre. Anda, déjalo, por favor. Marisa, dale un retoquito, que mira cómo se ha puesto la cara.

La maquilladora, cabizbaja, cogió la caja y la esponjita y le untó de nuevo la crema compacta haciendo de tripas corazón para no salir corriendo; mientras, se repetía mentalmente: «No te lo permito... No te lo permito...».

—¡Joder! ¡Qué pegajoso y qué asco! —siguió protestando Luz.

Juanita y Andrea se alejaron.

—Yo no puedo con esta tensión antes de salir a escena, ¿eh? —se quejó Juanita en voz baja para que la otra no la oyera.

—Ni yo. ¡Qué impresentable! Cuando no es por una cosa, es por otra. El caso es liarla. Presiento que nos va a dar la noche —contestó Andrea en un susurro.

—No lo dudes. Y más con la agarrada que ha tenido con Villafañe por mi culpa. Si es que no sé para qué le he dicho que la pusiera en su sitio —se lamentó Juanita.

—A esta no hace falta que la azucen para que muerda. Pero, tranquila, que a cada cerdo le llega su San Martín...

Juanita asintió con la esperanza de que así fuera.

Mientras las dos actrices se concentraban en repasar mentalmente sus diálogos, Luz seguía enfrascada en humillar a su maquilladora.

—Deja ya de ponerme esta mierda, que de la peste hasta me estoy mareando —bramó—. ¡Qué harta me tienes, de verdad! Soco, mañana sin falta quiero que hables con quien tengas que hablar y que me cambien de maquilladora. Ah... Pero que no me pongan a la china esa, ¿eh? —dijo Luz sin darse cuenta de que Marisa estaba intentando tragarse las lágrimas—. ¡Hala, a tomar por culo!

La maquilladora hizo ademán de irse, pero Socorro se la llevó a un lado y le dio un pañuelo de papel y una botellita de agua.

—Ni caso. Verás como mañana se le ha pasado.

—No puedo más, te lo juro. Si no quiere que la vuelva a maquillar, mejor para mí. Yo tampoco quiero seguir con ella. Es que no entiendo por qué me eligió si no me soporta. —Marisa le dio la espalda a Luz para secarse una lágrima que le caía por la mejilla.

—Porque eres la mejor de la cadena. Te pidió por consejo de su representante, bueno, de su exrepresentante. ¿O es que te crees que cuando alguien hace un buen trabajo la gente no lo comenta? —la consoló Socorro—. Quédate con eso. Y no llores, anda. No le des ese gusto.

Marisa asintió. Además de herida en su amor propio, estaba enfadada consigo misma por no aprender a poner freno a las impertinencias de esa mujer. Sintió una bocanada de rencor acumulado que le hizo cerrar los puños. Jamás había odiado tanto a nadie en su vida como odiaba a Luz Pavones. Después de año y medio de desprecios continuos que la hacían irse a casa llorando, la maquilladora notó que algo se le rompía por dentro. Las últimas palabras de Luz, mucho peores que las que solía dedicarle a diario, habían provocado una reacción en cadena dentro del organismo de Marisa. La boca le sabía amarga y tenía que respirar hondo porque estaba empezando a hiperventilar. Acababa de tomar la firme decisión de que esa cabrona jamás, jamás, iba a volver a humillarla. E iba a hacer todo lo posible para que así fuera.

PECADOS Y PENITENCIAS

La residencia de Diego está situada en un barrio nuevo en la zona norte de Madrid, relativamente cerca de mi comisaría. La tuve que buscar deprisa y corriendo después de negarme a ingresarlo en la que nos había recomendado «la peloculo», como sigue llamando Verónica a la amante de mi ex. Lo único que me faltaba era encontrarme con esa zorra por el pasillo cuando fuera a ver a mi hijo.

El calorcito del verano, el aumento de horas de sol y las sesiones de yoga me van devolviendo poco a poco la energía que necesito para hacerme cargo de mi vida y, lo que es más importante para mí, de la de mi hijo. Las vacaciones de verano están a la vuelta de la esquina. De pasta ando más bien regular. Menos mal que los gastos no han aumentado porque Fernando se ha ido a vivir provisionalmente a casa de sus padres, pero las mensualidades de la residencia son tarascadas a la cuenta corriente que me obligan a gastar lo justito. Además, debo ir pensando en que, antes o después, tendremos que dividir la pasta, vender la casa, los coches... Es decir, convertirnos en dos personas bastante más pobres, aunque un poco más independientes el uno del otro. Digo un poco porque las circunstancias de nuestro hijo nos mantendrán ligados de por vida. El primer daño colateral de mi separación es que ni siquiera puedo plantearme pasar unos días fuera de Madrid con Diego y con mi madre. Marga, mi salvadora, me ha propuesto pasar el tiempo que quiera en su chalé. En San Agustín de Guadalix las noches son fresquitas y para el calor diurno está la piscina. Además, mi amiga tiene un carácter maravilloso y justo las cualidades que hacen falta para ayudarme a manejar cualquier crisis de Diego, que sin duda las habrá. Esta convivencia va a ser, además, un simulacro para dar otro paso de cara al otoño, ya que tengo previsto pedir una excedencia y traer de vuelta a casa a mi niño. Lo malo es que debo contar con el consentimiento de su padre, y hablar con el mamarracho de esto, y de cualquier otra cosa, me apetece cero patatero.

—Buenos días, señoras —nos saluda una de las cuidadoras a Verónica y a mí.

Desde que nos volvimos a hacer amiguitas, las tres han decidido por su cuenta convertirse en mis escuderas. Según ellas, es una forma de compensarme por la traición; según yo, es una manera de cerciorarse de que no voy a volver a caer en el pozo de la desesperación. Las tres se reparten la tarea para que no esté sola ni un solo minuto fuera de las horas de trabajo, y eso que vivimos cada una en una punta de Madrid. Si tengo que ir al híper, ahí está Rosa, que dice que se le ha

olvidado comprar champú. ¿Que voy a pasarme por el banco? Resulta que Marga está interesadísima en acompañarme porque quiere abrir un fondo de inversión en mi entidad. ¿Que vengo a ver a mi hijo? Verónica me recoge con el taxi porque, ¡qué casualidad!, le pilló de paso para llevar después a un cliente fijo. Y ya que estamos, entra conmigo.

—En este momento está en su habitación. Se siente bastante cómodo en su hábitat.

Carol es una cría muy dulce. Tiene asignado a mi hijo y, según me cuenta, con ella se porta bien. No sé cómo lo hace. Nos paramos delante de la habitación, que siempre tiene la puerta abierta.

—Mira quién ha venido a verte: mamá y...

—La tía Verooo —dice mi amiga muy cantarina.

Carol atraviesa el umbral y nosotras la seguimos. Diego está escribiendo algo en un cuadernillo. Forma parte de su rutina diaria. Levanta la cabeza y me mira como quien mira un árbol. No contesta y sigue a lo suyo.

—No se preocupen si no está muy receptivo con ustedes —nos susurra Carol al ver la decepción en mi cara—. También le pasa cuando viene su marido. Es normal.

Me quedo más blanca que la pared. ¿Así que Fernando ha estado visitándolo y yo sin enterarme? La última vez que yo vi a mi hijo fue el día que lo ingresamos. Tuve que tragarme el sapo de venir con su padre, como si no pasara nada, para que Diego no se alterara. El médico nos sugirió que le dejáramos un tiempo de adaptación sin nosotros, lo que implicaba no ir a verlo. En el fondo fue un alivio para mí, que por entonces estaba devastada. He estado tentada de venir, pero lo he respetado. Fernando, por lo visto, no. Siento una rabia que intento disimular por Diego y por la cuidadora que, me temo, no tiene ni idea de que estamos separados.

—Diego, cariño. —Me acerco a él con la intención de abrazarlo. Verónica se queda un poco más atrás junto a Carol—. Enséñame qué estás haciendo —intento normalizar la situación.

Cuando lo voy a abrazar, Diego se levanta y me empuja.

—Déjame en paz. ¡No me toques!

Miro a la cuidadora pidiendo ayuda en silencio. Carol viene en mi auxilio.

—Diego, ya hemos hablado de que no puedes tratar así a la gente. A nadie, pero sobre todo a las personas que te quieren —le dice con cariño, pero con firmeza.

—Que se vaya a tomar por culo. —Diego, iracundo, empuja la mesa con violencia y después a mí para quitarme de su camino, y sale por la puerta dando otro empujón a Verónica.

Carol va corriendo tras él. Menos mal que me he metido un ansiolítico debajo de la lengua nada más bajar del coche.

—Diego, ven, anda... —la oigo decir en el pasillo. Pero es inútil.

Mi amiga y yo nos miramos con una tristeza infinita.

—Tenía que haber venido antes —le digo hundida—. ¿Ves lo que ha hecho su padre? ¡Venir! Y eso que mi hijo le importa un huevo.

—Tú has hecho lo que te dijeron. Punto. —Verónica se acerca y me abraza.

—Da igual. Soy su madre y tendría que haber estado con él. Me he desentendido.

—Por ahí no, ¿eh? ¿Tú quién te crees que eres? ¿Superwoman? —me dice sin contemplaciones —. Que lo que te ha pasado a ti no hay quien lo aguante, mujer. Ahora no te echas más mierda encima porque no, ¿eh?

Carol regresa sola.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—No quiere venir. Está un poco... descontrolado. Va a ser mejor que lo dejemos tranquilizarse. Voy a hablar con él, pero ya sabe que soporta mal la frustración. Verla le ha... descolocado. Es normal en estos chavales.

La cuidadora intenta minimizar el impacto que me produce que mi hijo me rechace después de tanto tiempo sin vernos. No esperaba que me recibiera de otra manera, pero me ha dejado hecha polvo. No sé por qué tenía la esperanza de que al ingresarlo todo mejoraría. Una estupidez por mi parte. Asiento y, después de darle las gracias, nos vamos. Al salir al jardín de la entrada, noto una bofetada de calor. No es la única. La segunda es ver a Fernando, que acaba de entrar por la puerta. Nos miramos. Ni él ni yo esperábamos encontrarnos. Se acerca a nosotras. Verónica, muy discreta, simula interesarse muchísimo por un matorral del jardín.

—¿Cómo estás? —me pregunta. No intenta siquiera acercarse a darme un beso. Menos mal.

—Fascinada contigo. ¡Enhorabuena!

—¿Y eso? —Le sorprenden mi actitud y mi respuesta.

—Acabas de ganar la mención especial al padre del año. Has venido a ver a Diego cuando te ha salido de las pelotas, y eso que el niño te molestaba.

—¡Mi hijo no me ha molestado jamás! —Suena ofendidísimo. No sé si es que está mayor y se ha olvidado de lo que dijo o si siempre ha sido igual de cínico y yo no me había dado cuenta. También cabe la posibilidad de que lo quiera tanto como yo y se le calentara la boca en el fragor de la batalla.

—Fernando, por favor, que todavía me escuece que me echaras en cara que lo adoptamos por un capricho mío. —Va a protestar, pero no le dejo continuar—. Aunque ya da igual. Tu obligación era avisarme de que ibas a venir.

—¿Cómo? Si me has bloqueado en el WhatsApp y en el teléfono. —Está cabreado.

¡Mierda! No me acordaba. Pero no voy a permitir que me pille en un renuncio así.

—Pues se lo dices a mi madre para que me lo diga. ¿O es que te crees que no sé que la llamas todos los días a su móvil?

—Solo quiero que me ayude a convencerte de que olvidemos todo esto —se justifica.

—¿Olvidemos? Querrás decir que me olvide yo de que me pusiste los cuernos.

Me da un ataque de risa floja, de la que aparece en el momento más inoportuno, como en un velatorio o cuando se te acaba de empotrar por detrás un coche. Verónica, desde su matorral, me mira y se da unas palmaditas en la mejilla como diciendo «vaya cara tiene este».

—A ver, Fernando. No me vendas la burra que no tengo estable. Primero, lo nuestro no tiene

remedio, al menos por mi parte. Y segundo, insisto en que cada vez que vengas tienes que informarme, aunque sea por telegrama. —¿Sigue existiendo ese servicio?, pienso.

—Pues «primero», tengo todo el derecho del mundo a venir cuando me dé la gana a ver a mi hijo; tú tampoco me has avisado de que ibas a venir. Y «segundo», solo lo hice en un par de ocasiones y para controlar una crisis. —Fernando se defiende. Tampoco está dispuesto a dar su brazo a torcer—. Les pedí que, ante cualquier contratiempo, me avisaran a mí, para que tú estuvieras tranquila.

—¡Coño! ¡Qué considerado! Ay, no, te lo aconsejó tu concubina, ¿verdad? «Lo que necesita Lola es tranquilidad» —digo imitando la voz de pato gangoso de esa tiparraca.

—Lola, no vayas por ahí.

—Te equivocas, majo. El que se fue por ahí fuiste tú. Pero, vamos, que ya me da lo mismo. Por cierto, ve buscando un abogado porque esto lo tenemos que resolver ya. Si puede ser a la vuelta del verano, mejor.

—No he vuelto a ver a Sonia.

—Peor para ti, que te vas a aburrir como una mona —le digo intentando sonar lo más fría posible.

—¿Y si lo hablamos con calma? No puedes cargarte así veintiséis años de matrimonio. — Fernando contesta con una docilidad que no sé si es fingida para ablandarme o si es que es así de idiota y me toma por idiota a mí también.

—¿Has oído eso? —le pregunto a Verónica, que pone los ojos en blanco. Me encaro de nuevo con él—. O sea, tú te follas a una zorra y soy yo la que se carga nuestro matrimonio. Pero ¿qué te creías que iba a pasar si me enteraba? —Acabo de subir el volumen.

—¿Tenemos que hablar de eso aquí y ahora? —susurra mirando a Verónica.

—No. Claro que no tenemos que hablar de esto ni aquí ni en ninguna parte que no sea el despacho de un abogado. Quiero el divorcio —afirmo tajante—. Vero, ¿me llevas a comisaría?

—¡Claro! —contesta. Luego mira a Fernando, le hace un gesto bastante feo con el dedo corazón y se da media vuelta—. Tú tranquila, ¿eh? —me dice mientras se agarra a mi brazo—. En cuanto lleguemos al coche, llamamos a Marga para que nos dé el teléfono de ese abogado tan bueno que le llevó lo suyo.

Verónica y yo nos vamos caminando muy erguidas, como dos modelos. Parece que nos hemos puesto de acuerdo. Fernando no ha insistido. Sabe que cuando tengo razón no me corto y, si le tengo que montar un escándalo, se lo monto. Estoy segura de que me está mirando según me alejo. Ahora sería muy típico en mí torcerme un tobillo y caerme de bruces; pero no, consigo salir del recinto muy digna hasta desaparecer de su vista.

—No me encuentro bien. Acércame a casa.

—¿Qué te pasa? ¿Vamos a urgencias? —pregunta Verónica, que en todo lo que concierne a mi salud es tan exagerada como mi madre.

—¡Anda ya! Solo necesito meterme en la cama, cerrar los ojos y dormir.

—Ahora sí que me preocupas. Vamos a llamar a las chicas y nos vamos por ahí. ¡A Segovia, a comernos un cochinito!

—Sí, con este calor... De verdad, llévame a casa.

Después de un trayecto de casi una hora con atasco incluido, consigo convencerla de que solo necesito un poco de descanso, entre otras cosas porque el pastillazo que me he tomado me ha dejado noqueada. Acepta y detiene el taxi justo en mi portal. Está dispuesta a esperar hasta que entre, pero una hilera de coches empieza a pitar tras ella. ¡Menos mal! Agita la mano, me lanza mil besos y arranca.

* * *

—Nena. Nena, ¿estás mala?

Me encuentro en medio de una nebulosa en la que noto unos leves empujones en la cadera y algo húmedo en la mano.

—Nena, ¿es que hoy libras?

La voz de mi madre me llega lejana. Me pesan los párpados, tengo la boca espesa y estoy empapada en sudor. Hasta la mano. ¡Ay no! Es Lacuqui que me está lamiendo a todo lamer. A duras penas consigo abrir los ojos y veo a mi madre tan cerca que casi nos rozamos las narices. Me está mirando con cara de búho. Tal cual. Se le pone ese gesto cuando está asustadísima.

—¿Qué hora es? —le pregunto luchando por despegar la lengua del paladar.

—Las seis y media de la tarde. Te ha llamado Albertito. —Así es como llama al inspector Belmonte. Cosas de mi madre—. Que estaba preocupado porque no le cogías el móvil. ¿Es que estás mala?

Nada más llegar, a media mañana, le dije a mi madre que iba a echarme un ratito en la cama. Y aquí sigo.

—No, mamá. Estoy bien. —No tengo ganas de explicarle que he ido a ver al niño y que me he encontrado con el mamarracho—. Lo que pasa es que con este calor estoy aplatanada.

—Pues te hago algo para comer, que no has comido nada, y eso sí que no, y un cafetito con hielo para que te espables, ¿quieres?

—No. Ahora me tomo una Coca Light bien fría.

—Tanta Coca-Cola, tanta Coca-Cola... —protesta—. Se te van a deshacer las tripas —rezonga mientras se va hacia la cocina—. Me han dicho que metes un clavo en un vaso con Coca-Cola y, si lo dejas unos días, desaparece.

—No hagas caso a todo lo que te digan, mamá. Son bulos que corren por ahí. —Me esfuerzo para que mi voz le llegue, aunque me consta que volverá a decírmelo en cuanto se le olvide.

Miro mi teléfono, que lo tengo silenciado en la mesilla. En efecto, tengo unas cuantas llamadas perdidas de Belmonte. ¿Qué demonios pasará? Marco y espero.

—¿Estás bien? —dice nada más descolgar.

—¿Qué le pasa a todo el mundo hoy? —contesto—. Sí, estoy perfecta. ¿Me has llamado?

—Unas mil veces, para decirte que Huerta se ha pasado por aquí a traer el informe de la autopsia de Fidel Pavones.

—¿Y?

—Ninguna novedad. Iba puesto de éxtasis hasta las trancas, así que palmó por sobredosis.

En ese momento mi madre diría: «En el pecado lleva la penitencia». Creo que para todos los pecados que cometió, que para mí son delitos, la penitencia ha sido poca. Yo lo hubiera preferido vivo y en la cárcel por muchos años. No solo por el asesinato de su madre, aunque todavía nos queda demostrar su implicación con pruebas consistentes, sino por las decenas de violaciones que cometió. Sobre todo por la de Beatriz Ji Yie Méndez Albor, como consta en su denuncia. Aunque, bien pensado, muerto ya no puede hacer daño. Si viviera, ¿quién nos asegura que sería condenado por agresión sexual en lugar de *solo* por abuso? ¿Y quién nos asegura que cumpliría la condena íntegra y no saldría antes por buena conducta o por algún retruécano legal? Y si saliera antes, ¿quién nos asegura que no volvería a violar? Porque esta gentuza no se reinserta. No es políticamente correcto que yo lo piense siendo poli, pero la verdad es que está mejor muerto.

—¿Te ha dicho si ha aparecido la parte que faltaba del informe de la autopsia de Luz? Necesitamos saber cómo ingirió esa mujer la escopolamina.

—Están en ello.

—De acuerdo. Pues dame un toque si hay alguna novedad —le digo.

—Lola, estoy aquí para lo que haga falta. —Ese «Lola» significa que me lo dice como amigo porque sabe que me pasa algo. De lo contrario, yo estaría en comisaría en este momento.

—Lo sé. Mañana nos vemos.

* * *

Cuando cae la noche, la ciudad refresca. Hace muchos años, cuando yo era niña, Madrid a estas horas olía a cena. A pimientos fritos y a huevos con patatas. Nada de ensaladas de quinoa, ni canónigos con aceite de oliva virgen extra y vinagre balsámico. La gente tenía unos estómagos a prueba de bomba. Si paseabas por el centro, el único aire acondicionado era el frescor que salía de los portales de los edificios antiguos que estaban abiertos de par en par porque nadie se colaba a hacer sus necesidades. Algunos, los menos, olían a una mezcla de cañerías, humedad y pis de gato. Los porteros apuntalaban el marco del portón de madera con sus sillas de enea para ver pasar la vida y las gentes. El silencio plomizo del verano madrileño se apoderaba de las calles y solo se rompía por el rodar de algún coche conducido por un marido que se había quedado de rodríguez para echar una canita al aire mientras la familia disfrutaba del aire puro del pueblo o, los más afortunados, de la playa.

Salgo a la calle Duque de Alba y no huele más que a calor de asfalto y tubo de escape. Desde la crisis, la gente pasa pocos días fuera y la ciudad no se vacía jamás. Los portales están cerrados

a cal y canto y en las aceras solo hay andamios que dificultan el caminar. Decido acercarme hasta el teatro La Latina a echar un vistazo. Otro más. Me detengo delante de la entrada. Dentro debe de estar acabando la función. Me pongo de espaldas a la puerta y a la izquierda veo las cámaras que captaron la imagen del presunto asesino y de la papelera del semáforo donde arrojó el teléfono de la víctima. Desde donde estoy es casi imposible que se le pueda ver el rostro con el sombrerito de las narices, aunque me queda la esperanza de poder reconocer algún otro detalle que nos lleve hasta Fidel. Al menos me queda claro que lo hizo con premeditación, ya que lo planificó para que no lo pudiéramos identificar. ¡Qué sed tengo! Me apetece tomar algo en LaLina. Entro y el aire acondicionado me hace sentir bien. Pido una Coca Light con mucho hielo y me acomodo en la barra. A mi izquierda queda la mesa que ocuparon Socorro y Avelino aquella noche.

* * *

—Luz, ¿de verdad que no quieres que te traiga nada? —Socorro, a punto de salir por la puerta del camerino, miró a su hermana, que se acababa de recostar en el sofá. Tenía unas ojeras profundas y estaba algo sudorosa—. ¿Ni el cafetito de todas las noches? Algo que te suba un poquito la tensión, que mira qué ojeras tienes —le ofreció.

—No quiero nada. Déjame en paz de una vez, a ver si me relajo un rato, que estoy agotada.

—¿Cómo no vas a estar cansada con la paliza que te has pegado bailando con esas señoras? De todas formas, te traigo un café —insistió Socorro.

—¡Que no! ¡Lárgate! Ya te llamaré cuando te necesite —Luz estaba enfadada con el mundo. Y especialmente con su hermana.

—Bueno, bueno, tú verás...

Luz entornó los ojos dispuesta a echar una cabezada. Socorro salió al pasillo. Avelino la estaba esperando vestido de punta en blanco con su traje oscuro y su corbata. La máxima del anciano era que en días de función había que ir impecable. Socorro echó un último vistazo a Luz y cerró la puerta tras ella con cuidado.

—¿Todo bien? —preguntó el encargado.

—No sé. Yo creo que está incubando algo.

—Seguro —confirmó Avelino—. Es lo malo de los principios de la primavera en Madrid: los cambios de temperatura.

Salieron a la calle y Avelino cerró la puerta de cristal con llave y se la guardó en el bolsillo. Antes de echar a andar, empujó la puerta para cerciorarse de que nadie podía abrirla. Después se dirigieron a LaLina y se sentaron en su mesa de cada noche. A esas horas, el local estaba empezando a vaciarse de señoras que habían ido a tomar un refresco después de ver *Sin reglas*.

—¿Sabes que este sitio se llama así como homenaje a Lina Morgan? —comentó Avelino. Cada noche le contaba una anécdota, un chascarrillo... Siempre algo relacionado con el teatro La Latina.

—Mejor no se lo cuente a mi hermana que, como es una cabra loca, lo mismo le da por invertir en un gastrobar que se llame LaLuz. Y encima me tocaría regentarlo a mí.

Los dos se rieron. Avelino y Socorro se llevaban bien. Apenas hacía unos meses que se conocían, pero parecían amigos de toda la vida. Para Socorro, Avelino era el padre que perdió: un hombre cercano, protector... Para el encargado, ella era la hija que nunca tuvo. De hecho, tampoco tuvo hijos varones con Hortensia, su mujer, de la que enviudó hacía ya siete años, justo los que debería llevar jubilado. Para él, esos ratos de conversación antes de regresar a una casa vacía le sabían a gloria. Socorro miró el reloj. Hablando y hablando se habían hecho las tantas y su hermana seguía sin dar señales de vida.

—Es que le da lo mismo todo. Y mire que le digo que no se recree en sus relajaciones, que usted no puede irse tan tarde.

—Por mí no te preocupes, hija. Si no fuera por este ratito, se me acabarían olvidando las palabras.

Socorro miró de nuevo el reloj, cogió el móvil y buscó el nombre de su hermana entre los contactos.

—Voy a llamarla, no sea que se haya quedado dormida.

Esperó hasta oír que daba tono. Sonaba y sonaba y sonaba... Pero Luz no contestó.

* * *

Jacinto, que iba camino de la plaza Mayor, estaba esperando para cruzar el semáforo de la esquina del teatro cuando vio que un hombre tiraba algo a la papelera. Algo que le llamó la atención. Como también le llamó la atención el sombrero que cubría su cabeza. Lo llevaba calado hasta las cejas. El semáforo se puso en verde para los peatones y Jacinto se cruzó con el tipo. Las noches que hacía buen tiempo, muchos turistas cenaban en las terrazas y, aunque los camareros le solían pedir que los dejara comer en paz, él sabía que, si esperaba pacientemente, alguna monedilla caería. Si no, se acercaba a la calle Botoneras y, si tenía suerte, no faltaba quien le comprara un bocadillo de calamares en La Campana. Pero aquella noche la insistencia de un móvil sonando dentro de la papelera le hizo detenerse. Lo sacó y leyó en la pantalla: «Soco». Miró a ambos lados con la mano extendida, como si se lo ofreciera a los viandantes. No quería que nadie pensara que se lo había robado a un turista. El teléfono paró de sonar. Como nadie lo reclamaba, Jacinto se lo guardó en el bolsillo con la intención de colocárselo a un paquistaní que los reseteaba para revenderlos.

* * *

LaLina se ha vaciado de gente. Soy la última cliente del local. Pago y me voy caminando hasta casa. Ya casi en el portal, noto que alguien se acerca por detrás y me pone una mano en el hombro.

Alarmada me giro y golpeo el brazo del que creo que es mi atacante. Jacinto aúlla de dolor.

—¡Jacinto! Lo siento, hombre... —Me da mucha pena haberlo lastimado de esta forma. Está mucho más demacrado y más flaco que la última vez que lo vi, hará no mucho más de un mes. Con la llegada del verano, ha cambiado las mil capas de ropa por una camiseta de la Real Sociedad. Aunque suene cruel, yo diría que de la *real suciedad*, de tan mugrienta que la lleva. Mañana sin falta le compraré cinco o seis camisetas nuevas—. Es que me has asustado —añado para que comprenda por qué le he atacado de esa forma.

El pobre Jacinto se masajea el brazo.

—Me cago en todo —se queja para sí. Realmente, le he hecho daño.

—Déjame verlo, anda.

—No, jefa, que estoy bien. Yo solo quería decirle una cosa, pero si llego a saber que me iba a dar una hostia... —me dice sin dejar de toquetearse el codo.

—Vamos —le digo—. Te llevo a urgencias para que te hagan una radiografía.

—¡A urgencias no! —Jacinto tiene pánico a los hospitales. Supongo que le recuerdan los meses que pasó ingresado en la unidad de quemados—. Ya va doliendo menos. Pero si me invita a un chupito, seguro que se me pasa del todo.

—¡Ay, Jacinto! —le digo mientras le doy un billete de diez euros. Sé que es reprobable dar dinero a un alcohólico para que beba, pero ¿qué futuro tiene Jacinto? Ninguno. ¿Se va a desintoxicar? No. Pues lo que tenga que vivir, que lo viva anestesiado—. Bueno, entonces dime, ¿qué es eso que casi te cuesta el brazo?

—*Na...* Que cuando me llevaron a la comisaría no dije toda la verdad. Después intenté hablar con usted, pero casi me manda a la mierda.

Tiene razón. Recuerdo que quiso decirme algo el día en que venía toda agobiada tras recibir una llamada angustiosa de mi madre.

—Pues también te pido perdón por eso.

Jacinto asiente y se queda callado.

—Y... ¿Me lo quieres contar ahora? —pregunto para que arranque.

—Pues... que vi al hombre que tiró el móvil a la papelera.

¡Bien!, pienso. Esto nos puede facilitar mucho las cosas. El único problema es ver hasta qué punto la memoria de Jacinto, destrozada por las mierdas que se mete, nos va a aportar los suficientes detalles del individuo.

—¿Puedes describirlo?

—Sí. Era uno de los caros.

—Me refiero al hombre. —En efecto, para hablar con Jacinto hay que echarle tiempo y paciencia.

—Iba *to* de negro. Bien vestido.

—¿Qué quieres decir con «bien vestido»? —le sonsaco.

—Con camisa y traje. Como un señor.

—¿Qué más? Aparte del traje, ¿llevaba algo más que te llamara la atención? —le pregunto sin darle pistas para ver si estamos hablando del hombre del sombrero.

—Ah, sí. Un sombrero que le tapaba los ojos.

—¿Le viste la cara? —insisto.

—No. Andaba con la cabeza *pa'bajo* y los hombros *pa'rrriba*. Como escondiéndose.

Hasta Jacinto se dio cuenta de ese gesto tan típico que adoptamos las personas cuando no queremos que se nos reconozca. No tengo aquí mi libreta, así que anoto mentalmente todo lo que me dice.

—¿Era alto, bajo, gordo...? —Vamos, Jacinto, pienso. Haz memoria.

—Así de alto, como *usté*. O un poco más. Y de cuerpo normal.

—A ver, Jacinto —le digo—. Eso no me ayuda. Intenta recordar algo particular, algo concreto, no sé...

—Creo que era gitano.

—¿Por qué gitano? —pregunto extrañada por esa precisión.

—No sé...

—¿De aquí del Rastro? —insisto.

—No sé. Yo no lo había visto nunca.

Tras mucho preguntar y varios «no sé», no me queda más remedio que dejarlo por imposible.

* * *

—Yo lo de la etnia lo pongo en duda porque conozco a todas las familias gitanas de la zona —le digo a mi gente en la sala de reuniones delante del panel lleno de fotos tachadas—. Son comerciantes de toda la vida que se dedican a las antigüedades y pagan sus impuestos como todo hijo de vecino. Lo demás son estereotipos y mierdas. Además, que sepamos, no tienen ningún tipo de vinculación con la víctima.

Aunque a veces no lo parezca, al final el sol acaba saliendo para todos. Y yo, después de un día de oscuridad, esta mañana he conseguido tomar impulso para seguir adelante y me he levantado con el propósito de no volver a montarme en la montaña rusa emocional en la que se ha convertido mi vida. El trabajo es salud, dicen. Y aunque no lo fuera, al menos me sirve para mantener mi mente alejada de mis últimas ausencias y pérdidas. Lo hablaba con Rosa el otro día, me siento viuda como ella, con la diferencia de que mi amiga hace lo posible para no olvidar ni un solo rasgo de su marido; hasta conserva un frasco de su colonia favorita para tener siempre presente su aroma. Yo, por el contrario, intento borrar de mi cuerpo cualquier rastro de la piel del mío.

—Imaginaos que les hizo *un Bolón*, es decir, un chanchullo —interviene Belmonte—, les compró una antigüedad, les dijo que no valía una mierda y les pagó lo que le dio la gana. Estos no son de los que se andan con tonterías.

—Viven de un negocio que pasa de generación en generación. De haberles intentado tangar, que lo dudo, porque para negociar son más listos que todos nosotros juntos, le habrían dicho que nones y se acabó —arguyo.

—¿Y si se la cargaron por celos? —pregunta Morales.

—No me imagino a ninguno aguantando la mala leche de Luz. Además de que suelen ser bastante endogámicos y lo normal es que no se líen con una paya. Y menos con esa.

—Entonces no lo entiendo. ¿Por qué dijo Jacinto que era gitano? —vuelve a preguntar Morales.

—Prejuicios. Suena raro que precisamente él los tenga, pero, al final, nadie se libra. El sujeto iba vestido impecable y los gitanos del rastro visten que parecen maniqués. Ellos y ellas, ¿eh? Tendríais que verlos cuando salen de paseo los fines de semana. Guapos como para ir de boda. De todas formas, pedid a los informáticos que os hagan una captura del vídeo y os dais una vuelta por las tiendas de antigüedades para ver si lo reconocen. Pero ya os digo que esta gente no tiene nada que ver.

—Puede que tengas razón, jefa —me apoya Belmonte—. Lo de la burundanga, el sadismo con que la mataron... Ni un solo homicidio en el que esté implicado un gitano presenta ese grado de ensañamiento. Los problemas entre clanes suelen ser territoriales, por droga, y se resuelven a balazos o a cuchilladas.

—Yo descartaría este testimonio —insisto.

—O sea, que hasta que acaben los de informática seguimos como al principio —dice Morales.

—Sabemos que es un varón, que ya es algo —digo mientras miro de nuevo el panel con las fotos de los sospechosos. Ellos también lo observan en silencio—. Y que no lo hizo solo. Necesitó un cómplice y seguro que lo tenemos aquí clavado. Pero ¿quién coño es?

—La hermana —dice Valdés señalando la foto de Socorro.

—¿La hermana? —pregunto extrañada—. ¿Cómo?

—No lo tengo claro —responde.

—Estuvo con Avelino desde que acabó la función hasta que se encontró el *pastel* —le recuerdo—. Lo confirmó incluso gente que estaba en LaLina. Así que...

Tecleo en mi móvil mientras mi equipo me mira. Saben que mi cabeza está rindiendo al doscientos por cien.

—¿Qué buscas? —pregunta Belmonte.

—Se me acaba de ocurrir una idea. Estoy mirando cómo va la legislación española en temas de herencias. Sé que todos los bienes pasan directamente a los hijos legítimos, pero ¿qué pasa cuando no hay descendientes? ¿Quién se queda con la pasta? ¿Los hermanos?

—Si quieres llamo a mi cuñada, que es abogada —se ofrece Valdés.

—Sí, dale un toque —asiento.

Belmonte la mira. Se le han puesto los ojos rasgados y una leve sonrisa que se convierte en un escaparate de sus sentimientos.

—¿Qué? —le digo riéndome mientras Valdés marca.

—¿Qué de qué? —me contesta el inspector sin intentar ocultar lo feliz que es.

Mi abuelo decía que hay dos cosas en esta vida que no se pueden disimular: el dinero y los tacones torcidos. Yo creo que el amor tampoco.

—Paloma, ¿cómo estás? ¿Puedes hablar? —Valdés espera—. Necesito que me digas cómo va en España el tema de las herencias. ¿Qué pasa si muere el heredero legal y no hay cónyuge ni ascendientes? —Valdés escucha asintiendo—. Vale. Entiendo, gracias. Sí que vamos a comer el sábado. Tú puedes, ¿verdad? —le pregunta a Belmonte. Él asiente. O sea, que ya conocen a las familias, pienso—. Cuenta con los dos —le dice a su cuñada—. Un besín.

Valdés se guarda el teléfono en el bolsillo y me mira.

—¿Y bien? —le pregunto. Me intriga esa comida familiar a la que está invitado el inspector. Su relación debe de estar más afianzada de lo que yo sé, pero por discreción jamás voy a preguntárselo. Si Belmonte tiene algo que contarme, ya lo hará.

—Primero, heredan los hijos. Si no hay hijos, heredan los padres. Y si tampoco hay padres, heredan los hermanos. Eso es inamovible. Otra cosa es el tercio de libre disposición que se puede dejar a quien sea, como si es al gato. En resumen, toda la pasta de Luz fue para Fidel.

—Y ahora que la han cascado el hijo y la abuela, ¿quién hereda todo eso? Se me ocurren dos opciones. La primera es que a los hermanos Pavones les ha venido de lujo que Fidel matara a su madre, que la abuela muriese y que él acabara palmando también.

—A lo tonto, les ha tocado el Gordo de la primitiva —dice Belmonte.

—Exacto. O... —reflexiono en voz alta— se los cargaron a los tres para repartirse el botín.

—¿Quieres decir un crimen en familia? —pregunta Morales.

—Tiene sentido. Tenemos que averiguar qué hizo la Pavones con el tercio de libre disposición o si todo fue para el hijo.

—Se lo dejó a Socorro —nos aclara el subinspector—. Una pasta gansa, por cierto. Los hermanos están muy mosqueados con ella. Desde la lectura del testamento de Luz no se hablan. Dicen que se aprovechó de tenerla cerca para convencerla de que se lo dejara a ella.

—Solo por soportar a esa mujer, se lo ganó a pulso. En cualquier caso, cobra fuerza mi segunda hipótesis. ¡Qué harta estoy de este caso, cada vez se complica más! —protesto—. Y a todo esto, ¿de dónde has sacado esa información? —A veces Morales me sorprende.

—Pasé un fin de semana en Toledo, en el parador —contesta con esa sonrisa que revela que no fue a hacer turismo—. Aproveché para acercarme a Orgaz, que está a una patada; me di una vuelta y pregunté por ahí.

Estas son las cosas que me hacen sentirme orgullosa de mi equipo. Son policías las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

—¡Muy bien! ¿Algo más?

—Ya sabéis lo que le gusta rajar a la gente, pero dicen que la madre estaba sola con Eusebio, el hijo mayor, cuando se puso a «parir», y que cuando llegaron Socorro y el médico ya estaba

prácticamente muerta.

—Socorro no se pierde una —digo—. Esta mujer es gafe de cojones.

—Sin embargo, todo el pueblo le tiene mucho cariño. Les da mucha pena. Dicen que es la mejor de todos los hermanos —añade Morales.

Me quedo unos instantes en silencio. Reconozco que a mí Socorro también me ha dado mucha lástima desde la primera vez que la vi en el teatro la noche del asesinato.

—¿Alguien ha pedido el certificado de defunción de la abuela? —pregunto.

—Sí. La causa de la muerte fue derrame cerebral y fallo cardíaco. El médico del pueblo lo firmó. Ya he hablado con él y no le pareció extraño porque la mujer tenía últimamente la tensión por las nubes —nos explica Morales que, por lo que veo, le ha dedicado más tiempo al caso que a su fin de semana romántico.

—Belmonte, necesito que te enteres de si Fidel hizo testamento, aunque no es probable. La gente joven no piensa en esas cosas. Pero ese cabronazo tenía una fortuna que te cagas. Entre las cuentas opacas y las inversiones que hacía para blanquear esa pasta mal ganada, estaba forrado; más aún que su madre. Y si no testó, ya sabemos que, por defecto, pasa a manos de los tíos. La clave está ahí.

—No consta que haya hecho testamento. Al menos no ante notario. Ya lo hemos comprobado —dice Belmonte.

—¡Joder! Falto un día y casi resolvéis el caso vosotros solos —me río—. Así da gusto trabajar. Valdés, comprueba los movimientos de las cuentas corrientes de todos los hermanos Pavones. Vamos a hacer caso a la rumorología. Céntrate sobre todo en la de Eusebio.

—Enseguida, jefa.

—Morales, necesito las grabaciones del banco ¡pero ya! Belmonte, date una vuelta por el Rastro para descartar definitivamente el testimonio de Jacinto. ¡Andando! —ordenó.

Los tres se ponen en marcha. Marco el número de la jueza Estébanez.

—¿Qué tal, señorita? Tengo un mal presentimiento. ¿Puedes dictar urgentemente una orden para exhumar el cadáver de Sagrario Pérez-Cejuela? —Escucho—. Sí, la madre de los Pavones.

* * *

Aquel día, Teo acompañó a Luz desde la tele al teatro. Socorro no se encontraba bien. Le dolía la cabeza y se había metido en la cama. Solo durmiendo conseguía remontar esas jaquecas que tenía cuando estaba nerviosa. Últimamente, con el ajetreo de ir y venir con su hermana, organizar su agenda, porque Luz se había empeñado en que Teo no lo hacía a su gusto, y llevar el peso de la casa sobre sus hombros, vivía en un estado de estrés permanente como nunca había experimentado. Como tampoco había experimentado hasta ese momento los celos. Cuando Teo estaba cerca de Luz, la invadía esa sensación de intranquilidad que la ponía de tan mal humor. Socorro sabía que a su gemela las mujeres no le gustaban en absoluto, pero era consciente de que

Teo se había sentido atraída por su hermana desde el primer momento en que cruzaron las miradas en aquella fiesta de *Gran cuñado*. Tan consciente como de la sacudida que sintió ella cuando Teo se le acercó aquel mismo día.

—No sé qué me han echado en este vaso que veo doble —le dijo la representante mientras le tomaba la mano para besársela. Su actitud varonil de caballero trasnochado desconcertó a Socorro, pero a la vez le divirtió—. Eso o eres la gemela de Luz. Soy Teo López Pollo y a partir de esta noche puedes considerarme la representante de tu hermana. Voy a haceros ganar dinero a puñados.

Socorro sintió una especie de pellizco en la boca del estómago. Esa seguridad e intensidad con que la miraba le provocaron una inquietud que hizo que le temblara la mano y derramara su copa sobre el traje de López Pollo. La carcajada de la representante la dejó definitivamente fuera de juego. Hacía años que no se sentía así. En el pueblo se le habían acercado unos cuantos hombres, todos de rebote después de haber sido rechazados por Luz. Aun así, no le habían faltado oportunidades para hacer lo que ella hubiera deseado con toda su alma: llevar una vida normal, como el resto de sus hermanos. Casarse con un hombre que se ocupara de ella, parir unos hijos que la cuidaran en la vejez; «lo normal». Pero para eso antes tenía que enamorarse. O si no, al menos aceptar la idea de tener relaciones sexuales con un hombre. Sin embargo, imaginarse esa situación le daba repelús. Al principio pensó que simplemente no había conocido al hombre adecuado hasta que un día empezó a mirar a la Reme, su amiga desde que iban juntas a párvulos en la escuela del pueblo, de manera diferente. Empezó a gustarle su compañía, su sonrisa, cómo olía o el tacto de su piel cuando se daban un beso al despedirse. Una noche soñó que se besaban apasionadamente en los labios, que estaban desnudas en una cama en medio de un campo de espigas verdes y que acariciaban cada resquicio de su cuerpo. Hasta que se despertó entre convulsiones de placer. Necesitó agarrarse el sexo para que aquella quemazón se calmara y sus hermanas, que dormían en la misma habitación, no se dieran cuenta de lo que le estaba ocurriendo. Al día siguiente, Socorro fue incapaz de mirar de nuevo a la Reme. Ni ese día ni nunca. Cortó toda relación con ella. Su amiga no comprendía qué le había hecho, qué la había ofendido tanto como para que no volviera a dirigirle la palabra. Intentó hablar con ella, preguntó a las hermanas en busca de respuestas, pero todo fue en vano. Socorro había decidido no volver a cruzarse con la mujer de quien no podía decir a nadie que una noche había soñado que hacía el amor con ella, y que se le había quedado prendida en la piel.

Algunos años más tarde, cuando Luz entró en la casa de *Gran cuñado*, Socorro se instaló en Madrid y descubrió que en el mundo de la televisión la gente tenía parejas del mismo sexo con absoluta normalidad. Aquello le pareció una aberración. Si Dios te había creado así, tu obligación era reprimir esos instintos y aguantarte las ganas. Era como nacer sin piernas o con cualquier otra minusvalía, pensaba. Lo suyo era una enfermedad sexual. Se lo había confirmado don Wenceslao el día que se atrevió a confesarle su sueño libidinoso. El cura, con aspereza, le exigió abstinencia. Pero ante el llanto de Socorro, una buena chica que nunca había faltado al cumplimiento de los

preceptos, el sacerdote le explicó que había sido bendecida con una cruz que solo la llevaría al cielo a través de la castidad.

—Lo que tienes que hacer es rezar y rezar y rezar. Encomendarte a Nuestro Señor cada vez que te asalten esos pensamientos libidinosos —le dijo el cura a media voz en el confesionario mientras ella permanecía con la cabeza gacha por la vergüenza—. Por supuesto —continuó don Wenceslao—, debes dejar de comulgar. No me obligues a negarte la Sagrada Forma en público, sería un escándalo para tu familia. Que sea tu propia conciencia la que te impida recibir el Cuerpo de Cristo, puesto que has cometido pecado de lujuria perversa. —Socorro sollozó sintiéndose morir, pero el cura no se arredró ante su dolor y siguió reconviniéndola por su error—. Es una falta gravísima e imperdonable, solo comprensible en los varones que, por naturaleza y por desgracia, no podemos dominar las reacciones físicas con tanta facilidad como las hembras —le dijo mientras se acariciaba por encima de la sotana a la altura del bajo vientre.

A partir de ese día, Socorro no pudo, ni quiso, volver a pisar la iglesia. Total, ya estaba condenada.

Cuando conoció a Teo ya no era una niña. Podía dominar esa atracción sin tener que poner distancia física entre ellas. Al principio le resultó fácil. La representante, aunque tonteaba con ella, centraba sus esfuerzos en conquistar a Luz. Pero luego ocurrió lo mismo que con los chicos que rechazaba en el pueblo: de rebote, se fijó en ella. Socorro nunca tomaba alcohol, rehuía toda posibilidad de no ser dueña de sus actos. Pero un día una copa llevó a otra y las dos acabaron entre las sábanas de Teo. La representante, poco a poco, le fue quitando los miedos y aumentando los deseos. La gemela se enamoró perdidamente de ella, pero impuso una condición para abandonarse a esa relación: nadie lo sabría jamás.

Socorro daba vueltas en la cama. La jaqueca no se iba y el sueño no venía. No estaba segura de los sentimientos de Teo hacia ella y que esa noche estuviera con su hermana a solas le despertaba unos celos que difícilmente conseguía dominar. Abrió el cajón de su mesilla y del fondo sacó la rosa roja que le acababa de regalar a escondidas antes de irse. La olió. Luego miró la nota: «Sabes que es a ti a quien quiero». El despertador luminoso de la mesilla de noche marcaba las diez menos veinte. Acababa de empezar la representación. Faltaban horas hasta que Teo trajera a Luz de vuelta a casa. Decidió levantarse a tomar un analgésico que mitigara ese malestar de cabeza que empezaba a revolverle el estómago. De paso, cogería algún libro de esos que Luz compraba al peso para que pareciera que le gustaba leer y metería la rosa entre sus páginas para que se secara. Al salir de su habitación, oyó ruidos en el dormitorio de Fidel. Sonrió. Debía de estar con alguna chica. Si la había traído, era porque no sabía que su tía se había quedado en casa. Como siempre estamos en el teatro a estas horas, pensó. De repente se abrió la puerta y Fidel salió congestionado y con una joven desmayada en brazos.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Socorro alarmada.

—No te preocupes, tía. Se ha pasado con las copas. La voy a llevar a su casa —contestó Fidel, pero Socorro notó que pasaba algo.

—Deja que te ayude. ¿Llamamos a una ambulancia? —insistió ella.

—¡No! —La respuesta de Fidel sonó tan áspera y tajante que este temió levantar las sospechas de su tía—. Verás... —le explicó suavizando la voz—, es que... no es una amiga. Es una profesional. No creo que le venga bien que se monte tanto lío. Solo está borracha. Yo me ocupo.

Fidel se dirigió a la puerta del ascensor que daba al garaje.

—Anda, tía, ayúdame y mete la llave —le dijo—. Por cierto, ¿no tenías que estar con mi madre en el teatro?

—Sí, pero no me encuentro bien —contestó Socorro intentando parecer natural, mientras le devolvía la llave según se abría el ascensor.

—Entonces acuéstate, yo ya vendré. —Fidel le dedicó una sonrisa y le lanzó un beso cariñoso como despedida.

Se quedó impactada. Fue al dormitorio de su sobrino. Todo estaba en orden, pero algo le hacía presentir que allí acababa de suceder algo raro.

—Lo único raro es que tu sobrino sea un putero siendo tan joven. —López Pollo le había restado importancia—. Aunque, bien pensado, con lo chuleta que es, le pega. Hay muchos tíos que se van de putas. Más de los que parece.

—Mi sobrino no es de esos. Es un chico estupendo. —Socorro estaba realmente abatida—. ¡Qué necesidad tiene de pagar a una prostituta! Está sano, es guapo y tiene dinero. Cualquier chica se volvería loca por él. Anda que no habrá crías en la tele. Pero esto...

—No le des vueltas, Soco. Que ya estás montándote una de tus películas. ¿Tú quieres saber de verdad qué está pasando? —preguntó Teo.

—Sí.

—Entonces es tan fácil como poner una cámara camuflada en algún lugar donde no se dé cuenta. Las venden baratísimas por internet. La conectamos por wifi a tu ordenador y ya veremos.

Así lo hicieron. La instalaron sobre el montante de la persiana enfocando hacia la cama. Desde allí se controlaba la puerta de acceso y el ordenador. Cuando un tiempo después vio la grabación, Socorro se quedó espantada con las aberraciones que Fidel infligía a esas pobres chicas. También descubrió que su sobrino vendía esas violaciones por internet y que compraba escopolamina y éxtasis para doblegarlas.

—¡Qué horror! Es que se me pone la piel de gallina. Este chico está loco, si no, no se explica —le contaba a Teo mientras un escalofrío le recorría la espalda—. Hay que denunciarlo a la policía.

—¡Ni se te ocurra! —la reprendió López Pollo—. ¿Sabes qué pasaría?

—Que lo meterían en la cárcel o en un psiquiátrico, que es donde tiene que estar. Así no volvería a hacer daño.

—No, con la pasta que tiene su madre, pagaría a un buen abogado y en dos días estaría en la calle tan pancho —le explicó Teo.

—Pues por lo menos tengo que contárselo a mi hermana.

—¿Para qué? ¿Crees que Luz va a solucionar algo? Si tiene debilidad por ese imbécil. Aunque viera las grabaciones, ni se inmutaría. Diría que para eso les paga. Y además, tu sobrino es mayor de edad y lo que le diga su madre le va a entrar por un oído y le va a salir por el otro. Lo único que vas a conseguir es que ella se rebote y pague su mal humor contigo. ¿Es eso lo que quieres? —No sabía lo que quería. Solo acertó a negar con la cabeza—. Como esto se sepa, olvídate de la carrera de tu hermana. La opinión pública la va a crucificar, porque tu sobrino es un cabronazo, pero ella, como madre, también tiene su parte de culpa por no haberle enseñado a respetar a las mujeres. —Teo intentó disimular la inquietud que le producía la posibilidad de perder la mayor fuente de ingresos que había tenido en mucho tiempo, así que siguió horadando la voluntad de Socorro, incidiendo en lo que sabía que le podía afectar más—. ¿Quieres volver a vivir en el pueblo para el resto de tu vida? Porque encima volveríais cargando con la vergüenza de lo que ha hecho y tendríais que aguantar las murmuraciones de todo el mundo.

Socorro sintió terror al imaginar ese panorama. Que todos los señalaran se le hacía insoportable. Pensó en su madre y recordó cuánto había sufrido cuando Luz se quedó preñada. No. Eso no podía volver a suceder. Pero tampoco podía dejar que su sobrino siguiera cometiendo esas atrocidades. Su cabeza se llenó de pensamientos funestos. López Pollo continuaba improvisando argumentos para frenar su instinto natural de hacer lo moralmente correcto.

—No entiendo cómo nos ha tenido engañadas tanto tiempo —se lamentaba—. ¿De dónde saca mi sobrino ese gusto por hacer daño?

—De su madre —contestó Teo al instante y sin dudar—. Los dos llevan la maldad en el ADN, ¿o no?

—¡No! Mi familia es muy buena gente. Lo de mi hermana es..., no sé lo que es, soberbia o qué se yo —contestó airada—. Pero mi sobrino es un delincuente y tenemos la obligación de denunciarlo a la policía.

—¡Y dale! ¿Qué denunciar ni qué nada? —dijo Teo llevándola de la mano hacia su dormitorio. La echó sobre la cama y empezó a besarla por todo el cuerpo.

—Estate quieta. —Socorro intentaba apartarla mientras se reía por las cosquillas que le provocaba el roce de los labios en la cintura.

Los lametones de Teo estaban despertando en ella reacciones contradictorias. Quería que parase, pero también que siguiera. Al margen de sus deseos, Teo le abrió la blusa haciendo que los botones saltaran por los aires. Después le quitó el sujetador y se centró en los pezones. Poco a poco fue bajando hasta el vientre, le abrió la cremallera del pantalón y se detuvo.

—¿Estás segura de que quieres que pare?

Socorro no podía contestar. Estaba atrapada en una espiral de deseo. Su amante lo sabía y manejaba la situación a su antojo.

—Si me prometes que vas a dejar correr lo de Fidel, pero ahora mismo —dijo López Pollo mirándola con picardía.

Pero no paró. Teo ejercía tal influencia sobre Socorro que todo cuanto le pedía bajo las

sábanas ella se lo concedía. Acabó cediendo. Guardaría ese secreto toda su vida. Sin embargo, su conciencia no estaba tranquila y empezó a pensar que algo no funcionaba correctamente en esa rama de los Pavones. Su hermana era una puta. Ella, una bollera. Y su sobrino, un violador y un monstruo.

* * *

En la sala de prensa de la Dirección General de la Policía están acabando de montar las cámaras y los focos. Poco a poco van llegando periodistas de todos los medios, desde la televisión pública hasta las privadas y, naturalmente, Telemedia. La cadena intentó hasta el último momento que fuera una rueda de prensa exclusiva para ellos; a cambio, darían mayor cobertura al partido político del Gobierno en las próximas generales, una propaganda que los beneficiaría en votos y les aseguraría una nueva legislatura. Lo harían de manera que nadie de la Junta Electoral pudiera recriminárselo: nada de tiempo extra en los informativos, sino mayor presencia de los candidatos en magazines, programas de corazón, concursos, etc. Es decir, políticos prodigándose y haciéndose los simpáticos sin hablar ni una sola vez de política, como en Estados Unidos. Pero por una simple cuestión de transparencia, la Dirección General de la Policía se negó. Si se abría la sala de prensa, se haría para todos los medios. Y aquí están, ávidos del más mínimo detalle que puedan rascar para acaparar la atención de su público.

—¡Vergara! ¿Qué haces así vestida? Ya puedes ir a casa a ponerte el uniforme, te vienes conmigo —me había dicho el comisario nada más entrar en su despacho apenas un par de horas antes.

—¿Yo? ¡Ni loca! Además, insisto en que os estáis precipitando y al final vamos a acabar haciendo el ridículo.

—No te preocupes, que yo ya sé cómo manejar a los periodistas. Les damos un hueso para que lo vayan royendo y nos dejen en paz. Verás qué bien se lo van a pasar, sobre todo en Telemedia, mareando la perdiz en todos sus programas de cotilleo.

—Estupendo, pero no cuentes conmigo.

—No cuento contigo. Es una orden. Y no pongas esa cara. —El comisario me conoce y, aunque intenté que no se me notara, mi cara debía de decir: «¡Menuda mierda me voy a comer!»—. Nadie mejor que tú sabe los pormenores de la investigación. Además, eres una maestra dando una de cal y otra de arena; lo has demostrado con López Pollo. Su abogado no nos ha vuelto a dar el coñazo. Por cierto, tienes que pasarme la factura. Anda, ve a cambiarte.

Y aquí estoy. Esperando junto al comisario y el director general de la Policía. Los tres de uniforme. El consejero delegado de Telemedia acaba de entrar estrechando manos y desgranando sonrisas. Enzo Penasilico no tiene nada que ver con la imagen que me había hecho de él: un tipo de mediana edad, rasgos duros, mirada implacable y nulos modales. Por el contrario, es un

hombre relativamente joven, ojos claros, pelo oscuro y sonrisa blanca y perfecta. Habla un castellano dulcificado por ese cantarín acento italiano y se muestra exquisitamente educado.

—Buenas tardes —nos saluda a los tres con un apretón de manos mientras nos mira directamente a los ojos—. Antes de que esto empiece, quería agradecerles el esfuerzo que han hecho para aclarar el asesinato o, como dicen aquí, el *presunto* asesinato de nuestra querida Luz. No se trabaja a gusto bajo presión —dice dirigiéndose a mí—. Y sé de lo que hablo.

—Hacemos lo que podemos, pero aún quedan flecos sueltos —contesto.

—Lo sé, pero estoy convencido de que la Policía española lo va a conseguir —me dice.

En ese momento suena mi móvil. Miro la pantalla y veo que es Huerta. Cuando me voy a excusar, Penasilico se me adelanta.

—Conteste, *prego*.

Me aparto un poco del grupo.

—¿Qué hay, Vicente?

—Jefa, después de darle muchas vueltas, creemos que ya sabemos cómo entró la burundanga en el cuerpo de la Pavones: por absorción a través de la piel.

—¿Cómo?! —lo he dicho con demasiada vehemencia. El comisario me mira y alza las cejas, interrogante. Le hago un gesto con la mano para decirle que ahora le cuento—. ¿Por qué parte de la piel?

—Ni puñetera idea. Como ya sabes, administrada a través de las mucosas la burundanga actúa muy rápido, por eso los agresores se la dan a oler a sus víctimas o se la echan en la bebida; pero por la piel, no lo había visto en mi vida. Deja que investigue, a lo mejor se me ocurre algo.

—Eso espero. ¿Qué más? —pregunto.

—Agárrate. El derrame cerebral que mató a la madre de los Pavones fue provocado por una sobredosis de éxtasis. Tal y como sospechabas, a esa pobre mujer se la cargaron.

TRATADO SOBRE LA TRAICIÓN

Eusebio Pavones es un hombre rudo. Curtido por una vida donde nada se le ha dado sin esfuerzo. Al ser el mayor de doce hermanos, empezó a trabajar con apenas catorce años en el campo. Frío en invierno, calor en verano, lluvia en primavera y niebla y humedad en otoño: inclemencias naturales con las que ha forjado un cuerpo duro y un carácter áspero. El color miel de sus ojos, heredados de la madre como el resto de los hermanos, no consigue dulcificar su mirada. Ni las cejas excesivamente pobladas. Ni el entrecejo permanentemente fruncido de tanto mirar al firmamento buscando la lluvia en esos cielos rasos manchegos de los años de sequía. Eusebio es de esos hombres que nunca dejan traslucir lo que piensan ni lo que sienten. Por eso permaneció en silencio cuando dos agentes de la Policía Judicial de la Guardia Civil aparecieron en su casa para detenerle a su regreso de las labores del campo.

—¿Dónde se llevan a mi marido? —lloraba la Nati intentando retenerlos—. Eusebio, por Dios, ¿qué has hecho?

No contestó. Desde que se lo entregaron a la Brigada de Homicidios, ya de madrugada, permanece sentado en la sala de interrogatorios. Morales y Belmonte llevan horas interrogándolo, preguntándole lo mismo una y otra vez. Y recibiendo los mismos silencios. Vergara observa desde el otro lado del espejo.

—Te lo voy a volver a preguntar por... ¿trigésima vez? De dónde ha salido esta mierda —le pregunta Belmonte poniéndole delante de las narices una bolsa zip que contiene un pequeño frasco de cristal transparente no más grande que el vial de un inyectable.

—Y yo se lo vuelvo a repetir —dice con voz cansada—. No he visto eso en mi vida. Se lo juro por la memoria de mi madre.

—Deja a tu madre en paz, que la debes de tener contenta después de haberla mandado al otro barrio —se le encara Morales.

Eusebio se pone de pie.

—¡Que yo no he matado a nadie, cojones! No sé cómo se lo voy a decir. Y que ese frasco no lo he visto en mi puta vida.

Morales se sitúa tras él, lo agarra por los dos hombros y presiona hacia abajo obligándolo a sentarse de nuevo. Eusebio es un hombre fuerte y se resiste, pero acaba dejándose caer en la silla.

—Entonces explícanos por qué tiene tus huellas y cómo ha llegado a la guantera de tu coche. — Belmonte no se altera. Está acostumbrado a que los detenidos se rebelen.

—No lo sé, inspector. —Eusebio asume que de nada va a servir perder los nervios. Más vale que colabore si quiere que esto acabe pronto.

—¿Pero a que sí sabes lo que contenía? —Belmonte lo mira fijamente a los ojos mientras el detenido niega con la cabeza.

Ya no le importa lo que le diga el policía. El secreto está en resistir y esperar a que se cansen y lo dejen un rato en paz. Abandonándose a su suerte, mira hacia el suelo y se distrae observando sus deportivas. Las suelas conservan una costra de barro rojizo, una tierra que ha estado pisando a diario para ganarse el pan desde que la Mariluz compró esas hectáreas. En Orgaz, todo el mundo tiene huertas heredadas de generación en generación. Todos, salvo los Pavones. Eso los convirtió en una especie de parias. Por eso, lo primero que hizo la gemela con el primer millón de euros que ganó fue adquirir una buena porción de terreno que situase a su familia entre las más acaudaladas de un pueblo en el que, como en tantos otros, el estatus social se mide por hectáreas.

El puñetazo del inspector sobre la mesa devuelve a Eusebio a la sala de interrogatorios.

—¿Que si sabes qué mierda había aquí dentro? —Eusebio sigue sin contestar, dejando la pregunta en el aire, pero Belmonte no está dispuesto a darle tregua—. No pasa nada. Si tú no quieres decírmelo, yo te lo recuerdo: ¡éxtasis! ¿Y a que no adivinas de qué murió tu madre? ¿Lo sabes?

—De un derrame cerebral —murmura.

—¡Bingo! Provocado por una sobredosis de esta mierda. Y ahora la pregunta del millón: ¿por qué te vas a comer veinticinco años en chirona? —El inspector no espera respuesta, aunque esta vez Eusebio levanta la cabeza y lo mira a los ojos con actitud desafiante—. Porque después de morir tu hermana, tu madre y tu sobrino, toda la pasta, toda esa fortuna os la vais a embolsar los hermanos. Y de todos, el único que tiene unos pufos que te cagas eres tú.

—Quiero un abogado —es cuanto dice Eusebio.

—¡Ya estamos! —Morales mira a Belmonte—. En cuanto los tenemos pillados, quieren un abogado. Es automático.

Valdés irrumpe en la sala de al lado. Se le nota tan cansada como al resto de sus compañeros; lleva horas en comisaría pendiente de si hay que efectuar más detenciones. Todo depende de la declaración de Eusebio y de si este señala a otro como autor de la muerte de su madre.

—Jefa, Socorro Pavones está arriba. Dice que quiere hablar con su hermano. ¿Qué le digo?

—Tráela. Vamos a dejarlos solos un rato a ver qué se cuentan —contesta Vergara.

Valdés asiente y se marcha. Lola bosteza y mira su móvil. Las nueve y media de la mañana y sin haber tomado su primer bote de Coca-Cola Light. A ver si el interrogatorio avanza, porque, si no, la mañana se les va a hacer eterna, piensa.

—Es verdad que he pedido un crédito para comprar la huerta que linda con la de la Mariluz, que en paz descanse —explica Eusebio—. Y es verdad que el último pedrisco arruinó la cosecha

y me está costando pagar los plazos, pero mi madre me estaba ayudando. La Mariluz le daba un dinero todos los meses; ella no gastaba nada, así que cuando un mes andaba escaso, me ayudaba. Aunque solo fuera por egoísmo, ¿de verdad creen que iba a matar a mi madre? Además... —calla de repente.

—¿Además? —Belmonte lo empuja a soltar lo que está intentando reprimir.

—Yo..., pues... eso, que una madre es una madre. Y eso es sagrado. No saben lo que trabajó esa mujer *pa* sacarnos adelante a los doce hijos. Y mi padre lo mismo. ¿Cómo iba yo a matarla?

Eusebio calla para que no noten que se le quiebra la voz. Se sorprende a sí mismo por esa debilidad. Cree que es por la tensión y la falta de sueño, porque él jamás se ha permitido mostrarse vulnerable ni delante de la Nati. Baja la cabeza mientras, disimuladamente, se limpia la humedad de los ojos. Belmonte y Morales se miran. La roca está empezando a ablandarse. Si le aprietan un poco más, seguro que consiguen que cante. En ese momento se abre la puerta y entra Valdés con Socorro.

—Te traigo una visita —le dice a Eusebio. Después hace un gesto con la cabeza a sus compañeros y otro hacia el espejo. Ambos entienden que la jefa quiere que se queden los hermanos a solas.

Los tres salen y Socorro se queda de pie frente a Eusebio. No dice nada, solo lo mira fijamente a los ojos. Él, orgulloso, le sostiene la mirada. Son unos minutos interminables en que ninguno de los dos mueve ni un músculo. De repente, ella le suelta una bofetada.

—¿Cómo has podido matar a madre?

Eusebio se levanta y se la devuelve. Al otro lado del espejo, Vergara hace ademán de ir en ayuda de la mujer, pero se detiene cuando ve que él se deja caer en la silla. Ese golpe ha sido solo una reacción a la violencia de ella.

—No te lo voy a perdonar jamás —dice Socorro acariciándose la mejilla enrojecida. No se ha amilanado. Está acostumbrada a aguantar los golpes que sea con tal de preservar su lugar en el mundo—. Jamás, ¿me has oído? De lo único que me alegro es de que no viva padre para ver la bandada de buitres en que se ha convertido su familia.

—¡Buitre tú! Que engañaste a la Mariluz para quedarte con parte de su dinero. Vete tú a saber si no la mataste. ¿O qué te crees que pensamos los hermanos? Si la única que estaba cerca de ella esa noche fuiste tú. ¿Cómo te las apañaste, eh? ¿Cómo has *engañao* a la policía? Pues como has hecho toda la vida, haciéndote pasar por lo que no eres, con esa cara de mosquita muerta. Pero todos sabemos que eres un bicho, una amargada y una envidiosa. Envidiabas a la Mariluz porque consiguió entrar en la tele y tú no.

—¡Yo no he envidiado a nadie en mi vida! —le grita Socorro. Su hermano consigue sacarla de quicio.

—¡Anda que no! ¡Envidiosa! La envidiabas a ella y a todos nosotros porque no has encontrado quien cargue contigo. ¡Solterona!

—¡Solterona, no! Soltera, como la Mariluz —se defiende Socorro.

—Ella por lo menos tuvo a su hijo, que es lo que se espera de una mujer. Pero tú... —la mira con desprecio— ni *pa* parir has valido.

Socorro se pone de pie y da un puñetazo en la mesa. Belmonte, Morales y Valdés hacen amago de intervenir, pero Vergara los detiene con un gesto de la mano para que sigan la representación en silencio.

—Pero sí he valido para encargarme de todos vosotros. Que uno estaba enfermo, que venga la Soco. Que padre se moría, quien estuvo a su lado fue la Soco. Quien cuidó de Fidel, quien lo llevaba a la escuela y quien lo crio fue la Soco. ¿Y quién se ocupaba de todo mientras la Mariluz hacía su vida? Yo te lo digo: la Soco. ¿Y quién tuvo que volver al pueblo para cuidar a madre, que estaba muerta en vida? ¡La Soco! ¡Siempre la Soco! ¡Así que no te consiento que me digas que no valgo para nada! ¿Me has oído, Eusebio? ¡No te lo consiento! —Socorro hace auténticos esfuerzos para que no se le quiebre la voz. No está dispuesta a que este zopenco la vea llorar—. Pero, mira, «hermano» —una palabra que acaba de resonar en boca de Socorro como una puñalada—, aunque hayas matado a madre, aunque todos los hermanos me hayáis retirado hasta el saludo, yo soy tan idiota que me he plantado aquí para ver si necesitabas algo y para buscarte un buen abogado. Pero ¿sabes qué te digo? ¡Que te jodan, Eusebio! ¡Que te jodan!

Socorro se dirige a la puerta e intenta, en vano, abrir el picaporte. Golpea con los dos puños. Está furiosa.

—¡Que alguien me abra! ¡Quiero salir de aquí!

* * *

—Vaya tela de familia, ¿no?

Rosa está nadando de espaldas porque dice que es muy bueno para prevenir la osteoporosis. Aunque estamos convencidas de que lo ha sacado de una revista de cotilleo sin ninguna base científica, Marga y yo recorremos la piscina de un lado a otro chapoteando también panza arriba. Verónica prefiere tomar el sol sobre una colchoneta neumática. Dice que no quiere mojarse el pelo. Ha ido a la peluquería porque esta noche tiene una cita. A saber con quién, porque no suelta prenda. Será un horror de señor y prefiere que no nos ensañemos con él.

En Madrid hace un calor que hasta se te pegan las suelas a la acera, así que Verónica nos ha recogido con el taxi y hemos venido al chalé de Marga, que se ha empeñado en que nos demos un bañito y nos comamos una paella antes de volver al trabajo.

—Con lo bien que nos caía Luz Pavones y resulta que era más mala que un dolor de muelas. ¡Cómo nos engaña la tele! —dice Marga sin parar de nadar—. Y ya el remate es que el hermano haya matado a la pobre abuela.

—De esto que os he contado, ni mu a nadie, ¿eh? Que todavía está todo bajo secreto de sumario. —Todas niegan con la cabeza—. ¿Sabéis qué es lo que llevo peor de este caso? —les digo sin dejar de chapotear—. Cuando descubrí que Fidel era un violador.

—¡Qué horror y qué asqueroso! —dice Rosa, que se siente especialmente afectada al pensar que su hija está en edad de ir a las discotecas y pasa las noches en vilo hasta que oye la cerradura de la puerta—. Pues no contaste nada de eso en la rueda de prensa. Claro que si es secreto...

—Por cierto, saliste monísima con el uniforme. Te podías dedicar a la tele —dice Verónica mientras estira y encoge las piernas haciendo abdominales y equilibrios.

—¿Yo? ¡Ni loca!

—Porque eres así de rara, Lolita, pero ¿no dices que hiciste buenas migas con el jefe italiano ese? Pues que te coloque en uno de sus programas de experta de lo que sea. Si ahora cualquier zoquete opina de lo humano y de lo divino sin tener ni puñetera idea de lo que dice. —Marga apenas puede hablar por el esfuerzo para acabar el cuarto largo.

—Cof, cof, cof... —Como estaba previsto, la colchoneta de Verónica acaba de darse la vuelta sobre sí misma y ella se ha bebido media piscina. Las demás paramos de nadar y vamos a socorrerla dándole palmaditas en la espalda.

—Tose. Tose tranquila —le digo mientras me mira como si se estuviera ahogando irremediabilmente—. Que solo has tragado un poquito de agua.

—Cof, sí, cof, un poquito, dice, cof, cof, cof, cof... —La pobre parece la madre de *Lo imposible*, agarrada al colchón neumático para no hundirse. El peinado de peluquería se le acaba de ir a la mierda. Intenta en vano subirse de nuevo a la colchoneta; hasta que todas acabamos empujándola por el culo—. Ay, qué mal rato —consigue decir ya sin toser.

—Ya que Vero está bien, chicas, yo me voy a ir —anuncia Rosa—. Vosotras quedaos, que me bajo en autobús hasta plaza de Castilla.

—¿A qué viene tanta prisa? —le digo.

—Quiero echarme un poco la siesta, que esta noche Paula ha quedado con unas amigas para ir a un cumpleaños o no sé qué y prefiero llevarla y recogerla, y me van a dar las tantas. Si es que con tanto desgraciado suelto estoy que no vivo. Que te agarran a la niña entre cuatro hijos de mala madre, te la drogan y, vamos, no quiero ni pensarlo porque me pongo mala. Si viviera su padre, os digo yo que esta no salía a la puerta de la calle sin llevarlo pegado al culo.

—Pues tampoco es eso, ¿eh? —dice Marga—. Solo falta que las mujeres no podamos ni salir a la calle por culpa de esos cabronazos.

—Tiene razón Marga. Hay que tener precaución, pero no se puede vivir con miedo. Que sí, que últimamente los informativos no paran de hablar de violaciones, pero siempre las ha habido, solo que antes no se denunciaban y ahora sí —intento tranquilizarla, aunque sé que los datos no son muy alentadores. Según las últimas estadísticas del Ministerio del Interior, en España una mujer es violada cada ocho horas. Una situación inasumible.

—¿Sabéis que unos estudiantes de Ingeniería han inventado un esmalte de uñas que detecta si te han metido droga en la bebida? —dice Marga—. A simple vista parece que llevas las uñas pintadas, pero si metes el dedo en el vaso y tiene cualquier mierda, la laca se pone de color negro.

—¡Qué maravilla! ¿Dónde lo venden? —quiere saber Rosa—. Porque yo pago lo que sea, ¿eh?

—De momento, solo en Estados Unidos —explica—. Es que allí es un horror la de violaciones que hay en los campus. Y encima los violadores se van de rositas.

—Pues como aquí, ¡no te jode! —suelta Verónica.

—De eso nada —protesto—. Pues anda que no trincamos cerdos y, aunque penséis lo contrario, acaban en la cárcel.

—Sí, pero cuando salen vuelven a las andadas. Esos tíos mierdas no se rehabilitan. Deberían inventar una pomada que te la des en el chichi que les envenenara la pilila a los violadores e hiciera que se les cayera a cachos. O hacer como en África, que las mujeres llevan un aparato que es como un cepo. Si alguien las viola, queda atrapado. Un cepo *atrapapichas*.

—¡Espera! —me quedo pensando—. ¿Qué acabas de decir?

—¿*Atrapapichas*?

—No. Antes.

—¿Que se envenenen por el pito? Al entrar en contacto con la crema, me refiero. —Verónica no entiende por qué me acabo de quedar con la cara como si tuviera una experiencia mística—. ¿Qué he dicho?

—Una genialidad. Ya sé cómo entró la burundanga en el cuerpo de Luz Pavones.

* * *

Las cinco de la tarde de un mes de julio en Madrid no es la mejor hora para ir de visita. Belmonte y yo nos hemos acercado a la calle Abades con un propósito que nada tiene que ver con la cortesía. En cuanto se me encendió la bombilla, tenía que confirmar urgentemente mis sospechas. Cuando vamos a llamar al telefonillo, una señora mayor abre desde dentro, sale y, sin preguntarnos a dónde vamos, nos deja acceder al inmueble. De nada sirven los consejos que damos desde la policía para mantener los domicilios seguros, sobre todo en los meses de vacaciones. Además, ¿a dónde irá esa buena mujer con la que está cayendo? Los informativos han advertido de que no se salga a la calle en las horas de más calor, especialmente las personas ancianas y los niños. Pues nada. Ni caso. Y la primera, mi madre.

Llegamos a la segunda planta, buscamos la puerta tres, llamamos y esperamos. Alguien nos observa por la mirilla. Oímos que se descorren varios cerrojos. Cuando se abre la puerta, aparece quien menos esperábamos: Socorro Pavones.

—Buenas tardes. Venimos buscando a María Luisa Ojeda. Esta dirección nos consta como su domicilio habitual. —Mi cara de sorpresa la obliga a darnos una explicación.

—Sí, sí. Marisa vive aquí, pero en este momento está trabajando. Yo solo estoy pasando unos días, para no estar sola —contesta sonriente.

Creo que es la primera vez que la veo sonreír desde que la conozco. Me alegra comprobar que ya se le ha pasado el sofocón que le dio en comisaría por culpa del desagradable de su hermano.

Saco mi cuadernillo de notas y busco muchas páginas atrás. Este gesto me hace tomar conciencia del tiempo que llevamos recabando información para este caso.

—A ver... —leo—. En una ocasión me comentó que María Luisa, o sea, Marisa maquillaba siempre a su hermana en la tele, ¿verdad?

—Así es —afirma.

—De acuerdo. Y el día de su... muerte —me parece feo decir la palabra «asesinato» delante de esta mujer, con el sufrimiento que lleva encima—, me confirma que también fue Marisa y no usted quien la maquilló en el teatro.

—Sí, sí.

—Qué raro. ¿Por qué fue justo ese día? —le pregunto remarcando algo que parece que ya despertó mi curiosidad en su momento, pues veo que lo destacué con un asterisco.

—Porque venía familia del pueblo a ver la función y yo debía atenderlos. Así que Luz le pidió el favor de que se ocupara ella. Pagando, ¿eh?

No sé por qué, pero me acaba de dar la impresión de que nos está ocultando algo.

—¿Sabe si tenía Marisa motivos para matar a su hermana? —pregunta Belmonte a saco porque también ha notado que hay algo raro.

Socorro se queda pensando.

—Si considera suficiente motivo que Luz no le dirigiera la palabra más que para humillarla, pues sí. —Se arrepiente enseguida—. Si es que eso se puede considerar un motivo para quitarle la vida a una persona.

El inspector y yo nos miramos. Socorro se da cuenta de que acaba de acusar a su amiga e intenta rectificar.

—Pero Marisa es muy buena chica. Y muy generosa. Me ofreció su casa después de todas las desgracias que están pasando en mi familia. Es que parece que nos ha mirado un tuerto —se lamenta—. Y para colmo de males, mi hermano Eusebio es un asesino, ¿quién se lo iba a figurar? ¡Ay, mi pobre madre! —Socorro se seca un par de lágrimas. Ha pasado de la sonrisa al llanto en un pispás. Vuelvo a verla igual de hundida que la primera vez que hablamos en el ático al día siguiente del asesinato de Luz. No me extraña. Yo en su lugar estaría igual o peor—. Ustedes van a pensar que en mi familia somos todos unos monstruos.

—Nosotros no pensamos nada —miento. En la comisaría hemos comentado que a estos los pilla un guionista de Hollywood y escribe una película de las de Oscar—. Nos limitamos a buscar pruebas para encontrar a los asesinos de su hermana y de su madre.

—Y yo se lo agradezco, inspectores. —Socorro asiente—. Pero, a todo esto, no me han dicho qué tiene que ver Marisa con lo de mi hermana.

—Como sabe, la drogaron con burundanga. No teníamos claro cómo, pero el forense nos ha confirmado que ha sido a través de la piel. Y solo se nos ocurre que la droga estuviera en el maquillaje.

Socorro abre mucho los ojos y se tapa la boca para ahogar una exclamación. O tal vez un taco.

Esta mujer tiene la autodisciplina de un samurái.

—No puede ser... Marisa sería incapaz de hacer una cosa así por mucho que la odiara.

—¿Nos permitiría echar un vistazo? —dice mi compañero señalando con la cabeza al interior de la vivienda.

Socorro duda.

—No creo que a ella le importe, pero debería llamarla para pedirle permiso —responde tan discreta como preocupada.

No hace falta porque en este mismo instante se abre la puerta del ascensor y sale la aludida.

—Hola —saluda extrañada por nuestra presencia—. Usted es la inspectora Vergara, ¿verdad? La vi en la rueda de prensa. Bueno, yo no estaba allí, pero la vi en los informativos de Telemedia. ¿Pasa algo? —Belmonte la mira con esa cara de poli malo que pone cuando sospecha de alguien. A Marisa se le congela la sonrisa. Nota que algo va mal y que tiene que ver con ella.

* * *

—Confirmado. Aquí hay burundanga como para tumbar a un elefante.

Huerta está leyendo el informe de toxicología. El estuche de maquillaje está sobre su mesa de trabajo. Se han dado prisa en analizarlo, menos de veinticuatro horas. Enseguida nos ha llamado y a Belmonte y a mí nos ha faltado tiempo para acercarnos a verlo. La mañana calurosa de julio ha vaciado por completo de estudiantes y profesores la ciudad universitaria. Solo en los alrededores del Instituto Anatómico Forense hay cierta actividad. Un ir y venir de gente que va a encontrarse cara a cara con la muerte. Esa no sabe de vacaciones ni de veraneos. Belmonte abre la cajita y mira su contenido.

—Yo no entiendo de estos potingues, pero a simple vista parece normal y corriente. —Me lo muestra y yo asiento.

—Sí. —Lo olfateo—. Y no huele a nada raro.

—Pues si lo dices tú, con ese olfato de perro que tienes... —Belmonte me entrega la caja.

—Ese es el peligro de esta droga —nos aclara el forense—. Que las víctimas son incapaces de detectarla porque no tiene ni olor ni color.

—Hay que ser muy hijo de puta para utilizar esta mierda. —Me acaban de venir a la cabeza las múltiples violaciones de Fidel y otras tantas que se cometen con esta sustancia.

—¿Y ahora qué? —pregunta Huerta—. Supongo que con esto trincáis a la maquilladora y a otra cosa, mariposa.

—No tengo claro que ella fuera consciente de lo que le estaba untando. Lo digo porque, si no, se habría desecho de una prueba que la incrimina, ¿no os parece? —Los dos asienten—. Sin embargo lo tenía en su maletín de trabajo. Según Socorro, Marisa odiaba a la víctima con todas sus tripas, y la forma en que la mataron tenía toda la pinta de una venganza personal —digo

intentando ordenar las ideas en mi cabeza lo más rápidamente posible—. Una cosa, Huerta. El efecto de la burundanga inhalada ¿es instantáneo?

—Prácticamente. En un par de minutos puedes hacer lo que te dé la gana con la víctima.

—¿Y si te la echan en la bebida? —pregunta Belmonte.

—Un poco más. Tres o cuatro minutos —asegura el forense.

—Pues esos tiempos tan rápidos me plantean una duda. La noche que mataron a Pavones yo estaba en el teatro. Durante la representación no la noté aturdida, ni se tambaleaba, ni nada de nada. Es decir, no había signos de intoxicación por ninguna parte, al menos no de una intoxicación aguda. Si se la administraron a través del maquillaje, debió de ser hacia el final de la obra y, desde luego, tuvieron que calcular muy bien el tiempo de reacción. Según sabemos, Luz se fue a su camerino por su propio pie y estuvo hablando con su hermana antes de que ella se fuera a LaLina.

—Lo que significa que la burundanga tenía que empezar a hacerle efecto entre el final de la obra, que fue... —deduce Belmonte.

—Sobre las once —le recuerdo.

—... y las once y treinta y cinco, cuando entró el asesino en el teatro. Es decir, estamos hablando de un lapso de tiempo de treinta y cinco minutos. O sea, un tiempo once veces mayor que si se la hubiera bebido —concluye el inspector.

—Eso es mucho tiempo para una droga tan rápida —añado.

—Os puedo decir que la crema de lidocaína, que se utiliza para adormecer la piel y que no duelan determinados tratamientos inyectables, lo habitual es que su efecto máximo se alcance entre treinta y sesenta minutos después de su aplicación. No tenemos antecedentes de uso con la burundanga, pero, como el maquillaje también es un medio graso, entiendo que la mezcla funcionaría de manera similar y podría retrasar la reacción.

—O sea, que si la tortura empezó sobre las once y treinta y cinco, se la pudo aplicar a partir de las... ¿nueve y media? Lo digo porque el asesino necesitaba que ya estuviese atontada cuando él llegara. —Miro a Huerta, que está haciendo cálculos mentales.

—Estamos hablando de tiempos relativos. Lo mismo empezó antes de la función, que durante, que al final. Lo único que os puedo asegurar es que cuando entra a través de las mucosas el efecto es rápido, pero por la piel tarda mucho más. Pudo empezar, como dices, con dos horas de antelación y muy poco a poco irsele acumulando en el organismo hasta sedarla completamente.

* * *

Luz estaba sola en el escenario. Habían llegado al tramo final de la representación. Se había reservado para ella un monólogo con el que lucirse a base de improvisaciones, chascarrillos y ordinarieces de su propia cosecha. Juanita y Andrea escuchaban la reacción del público atentas entre cajas a su siguiente aparición en escena. Ninguna comprendía esa entrega del respetable al humor chusco de su compañera.

—A cualquier cosa le llaman «sequedad». ¿Sabéis cuándo supe yo que tenía sequedad ahí abajo? El día que me rasqué y saltaron chispas. Como que acabé limándome las uñas con el mondongo. Eso es sequedad. Sonaba aquello como las maracas de Machín, ¡chas, chas, chas, chas!

Juanita y Fullnes se miraron sin dar crédito a tanta estulticia.

—Menos mal que no está Villafañe, porque le daría un ataque —dijo Andrea.

Juanita no contestó. Pensaba en que solo quedaban un par de escenas para salir corriendo de allí.

Nada más acabar su monólogo, Luz abandonó el escenario entre los aplausos, las carcajadas y los silbidos del público. Estaba sudando.

—Joder, qué calor hace en esta puta sala. ¡Avelino, como mañana no esté el aire acondicionado más fuerte, yo no trabajo! —increpó la diva al encargado.

—Es que, si lo subo, se nos va a congelar el público —le explicó él intentando calmarla.

—¡Pues que se joda el público! Yo no puedo currar chorreando de sudor —insistió Luz.

En realidad, era la primera vez que la temperatura le molestaba. Lo que no sabía en ese momento es que dentro de su cuerpo se estaba produciendo una reacción química imparabile.

—Marisa, mira a ver si puedes hacer algo con ese maquillaje, que lo lleva hecho un asco —le pidió Socorro al ver los churretes que le corrían por las mejillas.

Juanita y Andrea salieron a escena a representar una parodia de dos mujeres asfixiadas por los sofocos en medio de un atasco mientras viajan en transporte público.

—Va a ser mejor que le quite la base y se la ponga de nuevo. ¿Tenemos tiempo? —preguntó la maquilladora a Socorro.

—Sí. Esta escena dura seis minutos.

—Perfecto.

La maquilladora empezó a quitarle a Luz los restos del maquillaje anterior con una esponjita. Le secó bien con un pañuelo de papel y empezó aplicarle la crema otra vez.

—¡Joder, qué asco! Otra vez la esponjita. ¡Me vas a arrancar la piel, coño! —protestó la actriz.

—Luz, por favor, deja de quejarte, que ya queda poco —dijo Socorro, harta de los malos modos de su hermana—. Marisa, dale.

* * *

—Lo siento mucho, Vergara, pero con estas pruebas no puedo imputar a Eusebio Pavones el asesinato de su madre. —La jueza Sanchís mira el informe forense de Sagrario.

—¿Cómo que no, señoría? Murió por sobredosis de éxtasis. Mira la foto. —Le muestro en mi portátil una imagen del frasco—. Ese es el recipiente que contenía el éxtasis que mató a esa pobre mujer. Solo tiene las huellas del presunto homicida y lo encontramos en su coche durante un registro. Estaba solo con su madre justo antes de morir. ¿Qué más necesitas?

—Testigos. ¿Alguien lo vio envenenarla?

—¡Claro que no! —contestó.

—Pues se lo pudo dar cualquiera.

Resoplo y guardo silencio. Presiento que nos va a costar mucho trabajo conseguir que Eusebio Pavones pase a disposición judicial. Aunque sé que, en el fondo, la jueza tiene sus reservas respecto a este hombre.

—En cuanto a María Luisa Ojeda —continúa—, te digo más de lo mismo. No puedo imputarla porque tuviera en su casa una caja de maquillaje con escopolamina, porque eso no implica que lo usara ni ese día ni con la intención de anular la voluntad de la víctima. Ni siquiera demuestra que sea suyo. ¿Y si alguien lo puso ahí para incriminarla?

—En este caso sí que tenemos testigos que vieron cómo se la administró —digo triunfal porque acaba de caer víctima de sus propios remilgos—. La vio Socorro Pavones, las otras dos actrices, el encargado del teatro La Latina... En fin, tienes para elegir.

—¿Eso va con retintín? —pregunta muy seria.

—Por supuesto que no, señoría —me retracto y rebajo el tono, aunque reconozco que sí iba con un poquito de mala leche—. Lo que quiero decir es que tenemos que ir pensando en poner nombres y apellidos a los malos. Y todas las pruebas apuntan a Eusebio Pavones como el presunto autor de la muerte de su madre, y a María Luisa Ojeda como presunta coautora del asesinato de Luz.

La jueza mira de nuevo el informe forense y las imágenes del frasco y del maquillaje.

—¿Tenéis algo más? —pregunta no muy convencida.

—Como sabes, la legislación española sobre herencias estipula que, en ausencia de hijos y padres, y mientras no haya mención expresa de lo contrario, los beneficiarios de todos los bienes son los hermanos. Es decir, la fortuna de Luz pasó a Fidel y, después de la muerte de este, va para los once hermanos que quedan vivos. Tengo entendido que a los Pavones les puede la codicia. Socorro heredó el tercio de libre disposición de su hermana, un buen bocado del botín, motivo por el que los demás no le hablan. Por eso creo que esta mujer puede estar en peligro, ya que, si muere, ellos se quedan con la totalidad de la fortuna.

La jueza y yo nos quedamos calladas. Esa posibilidad nos pone mal cuerpo. A ninguna de las dos nos gustaría acumular más cadáveres en este caso.

—¿Qué sugieres? —Estébanez sabe que le voy a pedir algo.

—Vigilarla de cerca. Que nos des permiso para ponerle cámaras en su casa, GPS en el monedero..., para saber si se le acerca alguien y con qué intención.

—¿En serio crees que la vida de esa mujer corre peligro? ¿Se van a arriesgar a matarla por unos miles de euros?

—Por unos miles, no, pero por unos millones... Piensa que heredó cerca de dos millones de Luz. A eso súmale la parte proporcional que le toca de la fortuna que heredó Fidel de su madre, más la que amasó él de una forma tan... deleznable. O sea, una auténtica millonada. Y a estos, según dicen en su pueblo, todo se les hace poco —le explico.

—Si es así, lo primero que debes hacer es informar a Socorro de ese riesgo. Después te firmaré los permisos que necesites para ponerle micrófonos hasta en la sopa. Por cierto, déjame ver otra vez las cámaras del banco. ¿Cómo es posible que no haya manera de identificar a ese hombre?

Busco en el ordenador el archivo con la grabación, abro el reproductor multimedia y pulso «Play».

—Ahí están. Esos dos que salen son la hermana y el encargado después de la función. Si me dejas avanzar... ¿Ves a ese hombre que llega?

—Pero está abriendo con una llave. Si no es nadie del teatro, ¿cómo demonios la ha conseguido? —pregunta la jueza con todo su sentido común. Pero no sé qué responder. Ni nosotros mismos hemos encontrado la respuesta—. ¡Visto! —dice mientras cierra la tapa—. Habla con Socorro, cuéntale tus sospechas y hablamos.

* * *

Al llegar a casa estoy tan asfixiada que necesito darme una ducha más que nada en el mundo. Mi madre debe de estar dando una vuelta con Lacuqui, así que aprovecho y hago lo que nunca he podido hacer en mi vida: me voy quitando la ropa desde el recibidor y la voy dejando tirada por el suelo. Un detalle tonto que hace que me sienta libre. En pelota picada, abro la nevera y cojo una Coca-Cola Light helada. Me la he ganado. La abro y pego un gran sorbo que me llena el esófago de gas.

—¡Buuurp! —suelto un eructo de camionero mientras me dirijo al salón. Al entrar, pego un grito y me agacho para cubrir mis vergüenzas—. ¡Joder!

Mi madre está sentada en un butacón. En el otro está Fernando.

—Mira quién ha venido a vernos —dice mi madre como si esta visita fuera lo más natural del mundo. A veces pienso que está tan mayor que no se da cuenta de las cosas.

—Quien ha venido a vernos «en pelotas», querrás decir, mamá —le grito muy cabreada—. ¡Y tú mira para otro lado! —le grito también a Fernando—. Que esto ya no lo puedes ver...

Estar gritando en cuclillas en mi salón es una de las situaciones más ridículas que me han pasado en la vida. Estoy que bufo.

—Perdona. Necesitaba el pasaporte. Tu madre me ha dicho que viniera a recogerlo y se ha empeñado en que tomara algo —se excusa Fernando con la cara vuelta hacia el lado contrario al que estoy yo. La verdad es que se ha quedado tan cortado como yo.

—Pues si quieres tomar algo, vete a tomar por culo —le suelto mientras, a gatas, me acerco al sofá y agarro un cojín para ponérmelo por delante y cubrirme.

—Mira que eres malhablada —protesta mi madre—. ¿A quién habrás salido con esa boca? Y no hace falta que le hables así a tu marido.

—Fernando, vete, por favor. —Fulmino a mi madre con la mirada—. Y tú deja de llamarle «mi

marido».

Fernando se levanta.

—Oye, que lo siento, ¿eh? —se disculpa. El muy imbécil está intentando contener la risa—. Bueno, gracias, Inés. —Le da un beso a mi madre y ella lo acompaña a la puerta.

Los oigo despedirse a media voz. Deben de creer que estoy como una tapia y que no puedo oír su conversación. Mi madre le dice que, por ella, puede venir cuando quiera, que esta también es su casa, «pues no faltaba más», y que me dé tiempo, que ya se me pasará, que sabe que lo quiero y que esas cosas se acaban perdonando. Oigo el sonido metálico de la cerradura blindada y mi madre vuelve al salón como si nada. Va a hablarme, pero no le doy tiempo.

—Eres mi madre y eso te libra de oír todas las barbaridades que debería decirte y que me estoy tragando, pero que sea la última vez que te pones de parte de él. Por muy bien que te caiga, por muy divertido que te parezca, por mucho que lo quieras, tu hija soy yo, no él. Y lo menos que puedo esperar de ti es que ¡en esto! estés de mi parte. —Mi madre no se atreve ni a rechistar. Sabe que va a ser peor—. Y si, por lo que sea, no te sientes capaz, por favor, dímelo para buscar la forma de que cada una podamos vivir de manera independiente.

Me doy media vuelta y, muy cabreada, me voy a la ducha. Hasta se me ha olvidado que voy con el culo al aire.

Ni el agua fresca, ni mis ejercicios de respiración, ni siquiera el ansiolítico que me he apretado para que se me pase el sofocón que me he llevado por culpa de mi madre consiguen que me quede dormida. Además, tengo que reconocer que también estoy cabreada porque había puesto todas mis esperanzas en las cámaras del banco para poner cara al asesino de Luz. Me levanto de la cama y enciendo el portátil. Quiero ver de nuevo la secuencia de la llegada de ese hombre, el tiempo que permanece en el teatro y su salida. Quiero ver con detalle cómo tira el teléfono de Luz a la papelera. Estoy convencida de que ningún asesino es tan extremadamente minucioso como para llevar a cabo el crimen perfecto. Ahí entra... Avanzo rápido. Ahí sale... Tira el móvil, se quita los guantes de látex, se los guarda en un bolsillo del pantalón y se cala el sombrero aún más para que no le veamos el rostro. Todo estudiado para no dejar rastro.

—Un momento, chaval. ¿Qué es eso?

Rebobino. El tipo camina marcha atrás hasta la puerta del teatro. De nuevo doy hacia adelante. Cierra la puerta con llave, tira el móvil, se quita los guantes, se los guarda y se cala el sombrero...

—¿Qué es ese brillo? —Detengo la imagen—. ¿Es un efecto óptico o...?

Otra vez rebobino y otra vez lo pongo en marcha. Se quita los guantes y se lleva la mano al sombrero. Otra vez. Adelante y atrás. Mano al sombrero. No. Ese brillo no es un efecto óptico. El tipo lleva un anillo en la mano izquierda. Amplío la imagen más y más y más y...

—¡Joder, joder, joder! —grito, y me pongo a bailotear, a pesar de que el calor hace que me suden hasta las pestañas. Ahí está. Ese anillo. Un sello con tres letras. Tres iniciales: TLP.

—¡¡Te tengo, Teodosia López Pollo!!

TODO SE COLOCA

Me he levantado temprano. Descansada. Creo que, a pesar del calor, esta ha sido la primera noche que he dormido profundamente desde hace meses. Eso o es que estoy muerta, porque no me duele nada. Siento el cuerpo liviano como cuando tenía veinte años. Ya he hablado con el comisario, con la jueza y con Belmonte, a quien estoy esperando para ir juntos a detener a *la Pollo*, un acontecimiento que me llena de satisfacción. No tanto por la manía que le tengo al personaje, que también, como por saber que por fin hemos dado con la asesina de Luz Pavones. Confieso que hubo un momento en que empecé a perder la esperanza de resolver el caso, pero ese pequeño detalle, ese destello fugaz, ese sello que luce con orgullo va a mandar a su representante y a su soberbia a la cárcel. Ya me la imagino convertida en el gallo del gallinero, rodeada de una cohorte de mujeres a las que doblará, humillará y obligará a mantener sexo con ella. O a lo mejor no; a lo mejor se caga de miedo y se convierte en la esclava de una desalmada. En el fondo, lo que me pasa es que soy una peliculera y me he tragado entera esa serie de presas vestidas de amarillo.

La jueza ya ha hecho parte de su trabajo y ha puesto en libertad a los dos detenidos. A Marisa, sin cargos y sin fianza. Y a Eusebio, con cargos, pero sin fianza. Estébarez está convencida de que con esta detención se van a aclarar muchos puntos oscuros que hasta ahora se nos escapaban. Yo estoy de acuerdo con ella.

* * *

—Álex, me voy a desayunar. Si llama alguien, coge el recado, y si vienen a verme, que esperen — ordena López Pollo con su característico tono autoritario y agrio teñido de amargura.

Acaba de contratar a un jovencito como secretario por dos motivos: uno, para pagarle dos céntimos como becario, y dos, para ahorrarse el problema de que la sigan tachando de acosadora. Es consciente de que en la profesión esa fama suya ha corrido como la pólvora y cada vez le resulta más difícil que una mujer joven y guapa, como a ella le gustan, quiera trabajar en su oficina.

El becario asiente y Teo se va. El despacho está situado en la glorieta de Quevedo, en un

edificio comercial en cuyos bajos hay una hamburguesería. Camina Fuencarral abajo, por la acera de la derecha, hasta la primera terraza que encuentra. La de siempre. Solo pide un café. Últimamente no le apetece comer. Debe de ser el calor; o que tiene el digestivo hecho polvo de tanto beber y de tanto fumar. La mala vida le está empezando a pasar factura. Eso y la mala baba que escupe cada vez que abre la boca. Ella antes no era así, piensa, es el legado que le ha dejado Luz Pavones: una cuenta corriente que empieza a hacer aguas y un malhumor enquistado. Mira su móvil y se dispone a contestar la ristra de correos que se han acumulado en su buzón. Lleva varios días sin aparecer por la oficina, no le apetecía, y tiene trabajo atrasado.

—Buenos días —oye una voz familiar. Cuando levanta la cabeza, ve a los inspectores Vergara y Belmonte. Por el gesto de ambos deduce que no vienen a desayunar con ella.

—¿Quieren tomar algo? Yo invito —dice con la mayor dosis de naturalidad que es capaz de proyectar para disimular esa inquietud que anuncia el desastre.

A los policías les habría gustado resolverlo todo con discreción en la oficina, pero cuando han llegado ella acababa de marcharse. Menos mal que el chico les ha dicho dónde podía estar; la idea de esperarla no les apetecía lo más mínimo.

—No —contesta Vergara con la voz lo más grave posible. Una voz que no deja espacio al desacato—. Quedas detenida por el asesinato de Luz Pavones. Tienes derecho a una llamada, a no declarar, a recibir asistencia letrada...

López Pollo se levanta como si la silla le quemara. La está tuteando. Le está faltando al respeto. La está deteniendo por segunda vez.

—¡Un momentito, un momentito! ¿Pero qué me está contando, jefa? —suelta en plan chulo.

—Podemos hacer dos cosas —responde Vergara apoyando ambas manos en la mesa. No se altera, solo la mira sin pestañear—. O te vienes con nosotros sin decir ni mu y como si no pasara nada o te ponemos las esposas aquí mismo y se entera todo el barrio. Tú decides.

No hay más discusión. La representante deja una moneda de dos euros sobre la mesa, señala al camarero para que los recoja y se va caminando Fuencarral arriba escoltada por los dos policías.

* * *

La detenida lleva unas horas encerrada en el calabozo, para que reflexione más que nada. Y para que se relaje. Pero ya va siendo hora de hablar con ella.

—¿Os habéis fijado en que hoy es 16 de julio? —les digo a mis chicos mientras bajamos a la sala de interrogatorios.

—Sí, ¿por? —pregunta Valdés.

—Porque hoy hace cuatro meses del asesinato de Luz Pavones. Y el karma ha querido servirnos en bandeja a su asesina justo hoy —les explico.

—¿Tú crees en el karma? —Belmonte se ríe; es escéptico con todo lo que no pueda probar con sus propios sentidos.

—Yo creo en el karma, en el universo, en la rana cantando debajo del agua y en todo lo que nos ayude a pillar a los malos —respondo.

—Pues yo creo, jefa, que aquí lo que nos ha ayudado ha sido la tecnología —dice Morales.

—Y que, aunque te quejas de que no ves un pijo, has tenido la suficiente agudeza visual como para ver ese destello que a todos se nos pasó —añade Belmonte.

Llegamos a la puerta de la sala donde tenemos a *la Pollo*.

—Si os creéis que porque me hagáis la pelota os vais a ir antes de vacaciones, estáis listos —me río—. Aquí aún tenemos trabajo para rato; espero que esta tía nos lo ponga fácil. ¿Quién quiere tener el honor de inaugurar la sesión conmigo? —pregunto con ironía.

—Yo, yo —dice Valdés mientras le guiña un ojo a Belmonte.

—Pues vamos.

Abro la puerta y entramos. El inspector y el subinspector se dirigen a la sala tras el espejo. *La Pollo* no parece la misma. La última vez que estuvo en esta sala se comportó de forma prepotente. Hoy permanece sentada erguida y seria, sin estridencias. Ni siquiera acusa con una mirada lasciva la presencia de Valdés. Me alegro, empezamos bien. Valdés y yo nos sentamos frente a ella al otro lado de la mesa.

—Ya has visto las cámaras de seguridad. Es evidente que eres tú quien entra y sale del teatro, entre otras cosas porque nadie tiene un sello como el tuyo y con tus mismas siglas. —Escucha sin rechistar—. Estuviste treinta y cinco minutos dentro. El tiempo justo y necesario para torturar y cargarte a esa mujer —la sigo tuteando. Estoy segura de que le jode, porque recordará cómo marqué distancia con ella durante nuestra desafortunada comida—. Espero que colabores con nosotros, porque esa actitud va a beneficiarte de cara a un juez. Así que te aconsejo que no empieces a pedir abogados ni pollas. ¿De acuerdo? —Se cruza de brazos. Acaba de ponerse a la defensiva. No contesta ni sí ni no—. Consideraré ese silencio como un sí. Empecemos por el principio. ¿Por qué mataste a Luz Pavones?

La Pollo permanece callada. Valdés y yo también. Parece que estamos echando un pulso a ver quién aguanta más sin hacer el menor ruido. Al cabo de unos minutos, por fin decide hablar.

—Por desagradecida. Por tratarme como a una mierda cuando yo la convertí en una estrella. Pero, sobre todo, porque la odiaba.

* * *

Socorro la había llamado de parte de su hermana para que fuera a su casa. Quería hablar con ella. Pensó que iba a exigirle que la metiera en tal o cual serie. Se le puso mal cuerpo. Últimamente, los capos de las productoras de televisión no la recibían ni se ponían al teléfono. Los directores de *casting*, tampoco. Ella no entendía qué estaba pasando. O tal vez sí, pero no quería reconocerlo. Había perdido los papeles y las formas tantas veces con todos y cada uno de ellos que le huían como si fuera la peste. Su agenda de representados también estaba acusando su

despotismo. Hasta hacía poco, estaba plagada de nombres de primera línea, pero la habían abandonado en estampida. Son unos ingratos, pensó. Con todo lo que había hecho por ellos cuando no los conocía ni su madre... y ahora que eran populares y no había serie ni película española en la que no aparecieran, la dejaban tirada como a una colilla. Menos mal que sigo teniendo a Luz, se consoló mientras conducía su deportivo por la A-6 muy por encima del límite de velocidad permitido. Facturaba más con ella en seis meses que con los otros en un año. «¡Anda y que se jodan! Ya volverán arrastrándose a mis pies para que los represente», dijo en voz alta, porque lo que no sabían es que en ese mundillo un día estabas de moda y al siguiente no te querían ni para anunciar fibra para cagar.

Aparcó y cerró el coche con el mando a distancia. Ese gesto tan simple como cotidiano le hacía sentirse por encima del bien y del mal, le devolvía la seguridad en sí misma. Lástima que la vida no fuera tan fácil como presionar un botón y que todo el mundo bailara al son que ella marcara.

Subió y pulsó el timbre de la puerta. Nada más abrir, Socorro le plantó un beso de cine.

—¿Y esto? ¿Es que no hay nadie? —preguntó sorprendida por tanta efusividad, pues Socorro seguía empeñada en llevar lo suyo con el mayor secretismo.

—Sí, mi hermana, pero está en la ducha. —Le sonrió—. ¿Quieres tomar algo?

—Un chupito, de lo que sea —pidió Teo. Ya solo bebía en ocasiones especiales, como una comida de negocios o un evento, y sabía que era demasiado pronto para meterse un lingotazo, pero que Luz la citara sin más explicaciones no presagiaba nada bueno.

—¿Seguro que no prefieres algo sin alcohol? —Socorro, con paciencia, intentó hacerla cambiar de opinión.

—Vale —accedió intentando convencerse a sí misma de que seguramente la había llamado para cualquier chorrada de las suyas—. Una infusión o cualquier *aguachirri* de esos que te bebes por cubos.

Socorro preparó una menta poleo para cada una y se sentaron a esperar a que Luz apareciera.

—¿Por qué quiere verme tan temprano?

—Las diez de la mañana no es temprano —rio Socorro—. Yo llevo horas levantada.

—Lo que tú digas, pero ¿no podía esperar a esta tarde?

Socorro no lo sabía. Tampoco tuvo que esforzarse en imaginarlo, porque Luz apareció en el salón en albornoz y con el pelo recogido en una toalla a la que había dado forma de turbante.

Teo se incorporó para darle un beso y ella la esquivó. Hoy se ha levantado torcida, pensó la representante. Luz no se anduvo con rodeos. El motivo por el que la había llamado era porque quería que dejara de representarla. Teo esperaba cualquier cosa menos eso y sintió como si todas y cada una de sus vísceras se congelaran. Luz tuvo que insistir para que la otra asimilara el alcance de sus palabras. Entonces estalló una batalla verbal en la que ninguna se guardó su inquina mutua. Socorro permaneció callada. No daba crédito a lo que estaba ocurriendo y presintió que, al final, las tres acabarían perdiendo algo en esa guerra. No se equivocó. «¡Anda y vete a la

miiiiieeerdaaaa!» fue lo último que gritó Luz mientras Teo se iba dando un portazo con todas sus fuerzas.

Teo no tuvo paciencia para esperar al ascensor y bajó las escaleras saltando los escalones de dos en dos. La boca le sabía tan amarga que pensó que el hígado le iba a estallar en cualquier momento. Cuando llegó al coche, abrió la portezuela, entró y cerró tras ella intentando sentirse a salvo de su propia rabia en el pequeño habitáculo. Trató de calmarse por todos los medios. Respira hondo, Teo, respira, se dijo una y otra vez. Cerró los ojos unos instantes. En ese estado no podía conducir sin provocar un accidente. Entonces la cólera pudo más que su autocontrol y comenzó a dar puñetazos al volante gritando todo tipo de improperios contra su ya exrepresentada. Tardó en recuperar la calma y, cuando consiguió que las manos le dejaran de temblar, le envió un wasap a Socorro: «Necesito verte. A mediodía en mi casa».

A la hora de comer, Socorro dejó a Luz en Telemedia y se fue en taxi a ver a Teo.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —le soltó nada más abrir la puerta.

—¡Yo qué iba a saber! Si no, habría intentado hacerla entrar en razón. Pero a mí me ha pillado tan de sorpresa como a ti. Y encima me ha pedido que la represente yo. ¡Ya ves tú! ¿Cómo? Si no tengo ni idea de estas cosas.

A Teo no le cupo duda de que decía la verdad. Socorro no tenía dobleces ni mala intención. Además, estaba enamorada de ella ciegamente y jamás haría nada que la perjudicara, así que le dijo sin más rodeos la razón por la que le había pedido verla.

—Esto no puede quedar así. Tengo que hablar con ella. Estoy convencida de que no lo ha pensado bien. —Se negaba a admitir que Luz Pavones, una *marca* que convertía en oro todo lo que tocaba, se le escapara sin más. Resultaba imprescindible reconducir la situación—. Organiza una reunión, una comida en el mejor restaurante de Madrid, en el que más le guste. Invito yo.

—Es mejor que esperes. —Socorro estaba convencida de que la decisión de su hermana era irrevocable, pero creyó preferible no mencionarlo siquiera—. Ya sabes lo cabezona que es y, si te ve, lo vas a empeorar. Además, tú tampoco te has mordido la lengua. Déjalo correr, ¿vale?

—Pero es que las cosas no se arreglan si no se hablan —insistió. No entendía que Socorro no se pusiera de su parte—. Solo te pido una reunión. ¡Una! O qué te parece si me paso a verla cualquier día después de la función. Le llevo un ramo de flores de escándalo, le hago la pelota como a ella le gusta...

—Dale tiempo. Que se olvide de la bronca de hoy y ya veremos —le cortó Socorro.

—Échame una mano, coño. Si solo quiero hablar un rato. Una noche de estas, la que tú me digas.

—¿Y cómo piensas entrar? Porque yo a Avelino no lo pongo en el compromiso de que te abra, que luego Luz le monta un escándalo al pobre hombre. ¡Pues menuda es mi hermana!

—Entonces ábreme tú —insistió López Pollo.

—¿Yo? ¡Ni loca! Que no, que no.

—Pues dame la llave y al salir te la devuelvo.

Socorro se echó a reír. Avelino jamás le dejaba sus llaves más que el tiempo justo para atender a Luz. Definitivamente, Teo había perdido la perspectiva de las cosas.

—¿Es que se te ha ido la cabeza? —consiguió decir Socorro cuando se recuperó del ataque de risa.

Teo empezó a besarla.

—Tú eres la que hace que se me vaya la cabeza.

Teo siguió besándola. Socorro se negó a entrar en ese juego. Era consciente de su propia debilidad y sabía cómo acababa lo que empezaba con un beso. Pero Teo continuó. Después de una sesión de sexo memorable, Socorro creyó que el tema se había olvidado; pero no, la representante volvió a la carga.

—Estoy pensando —dijo mientras encendía el primer cigarrillo de la segunda cajetilla del día — que lo más fácil es que me consigas la llave para hacer una copia.

—¡Y dale! Que no. Ya está —contestó Socorro con firmeza mientras se ponía el sujetador. Por su parte, el asunto estaba zanjado.

Sin embargo, aquel despido se convirtió en un acontecimiento cuyas consecuencias trastornarían el destino de las tres. Teo tomó una decisión irrevocable: matar a Luz. La actriz, a su vez, puso en práctica el refrán: cría fama y échate a dormir, y empezó a descuidar sus compromisos profesionales convencida de que podría seguir ganando lo mismo dedicándole la mitad de tiempo. En cuanto a Socorro, la situación la colocó al borde de un precipicio por el que, hiciera lo que hiciera, acabaría despeñándose.

Los primeros síntomas del cambio de actitud de Luz se notaron en su día a día. Se volvió más remolona de lo habitual. Lo que le atrajo del mundo del *show business* era la cara amable de la fama: que la hicieran sentirse una *pretty woman* en las tiendas más exclusivas, que le reservaran las mejores mesas en los restaurantes de moda, que le facilitaran la vida en todas partes, que la cadena se doblegara a sus caprichos, que la reconocieran por la calle y le pidieran selfis a todas horas, aunque últimamente ya empezaba a molestarle hacerse fotos con gente que le importaba un comino. Pero esa fama solo se sostenía a fuerza de perder privacidad copando las portadas de las revistas del corazón, aguantando el asedio de la gente con una sonrisa y, lo más importante, cumpliendo los compromisos profesionales. La exrepresentante tenía solo una cualidad que la hacía excepcional: trabajaba poco, pero cuando se ponía manos a la obra era una maestra en el arte de preservar la imagen pública de sus representados y hacer que tuvieran contentos a los anunciantes, a las productoras y a las cadenas. Al fin y al cabo, de eso dependía la buena salud de su cuenta corriente. Así que, mientras duró su relación comercial, Luz iba a la tele como un reloj, llegaba al teatro cada tarde como un reloj y acudía a las grabaciones de los anuncios como un reloj. Pero al despedir a Teo, ese reloj empezó a retrasarse cada día unos minutos, la disciplina se convirtió en rutina, la rutina en aburrimiento y el aburrimiento en desidia. La cadena, Mendizábal y los anunciantes empezaron a quejarse a Socorro, pero ¿qué podía hacer ella? De nada valía que apremiase a su hermana para que se levantara de la cama y llegara a tiempo de maquillarse,

peinarse y vestirse para el concurso. Tampoco valía de nada que, al acabar el programa, la empujara a un taxi para que le diera tiempo a prepararse para la función de cada noche. Ni siquiera las cifras desorbitadas que cobraba por anunciar servicios de telefonía o productos de belleza eran suficiente acicate para que Luz se presentara con buen ánimo a la hora que la citaban para grabar. Socorro empezó a hartarse de esa situación. Pero lo que peor llevaba eran las broncas constantes que tenía que soportar de su hermana, a quien la obligación de hacer lo que ya no le gustaba le había acentuado sus pésimos modales. En esos momentos, echaba de menos más que nunca el carácter fuerte de Teo para llevar los asuntos de su gemela. Las pocas veces que se veían, por lo general entre las sábanas, Socorro le contaba que su vida se había convertido en un auténtico infierno, hasta el punto de arrepentirse de haber venido a vivir a Madrid. Ojalá nunca se hubieran presentado al casting de *Gran cuñado* y, sobre todo, ojalá nunca hubieran elegido a Luz. Si no fuera su hermana gemela, acabaría odiándola con toda su alma.

—Mátala —le dijo un día Teo entre beso y beso. Socorro estalló en una carcajada. Ese sentido del humor bestia que a veces tenía su amante la descolocaba tanto como la divertía—. Te lo estoy diciendo en serio. Mátala —insistió.

Socorro no podía parar de reír. Teo la miraba muy seria asintiendo.

—Es broma, ¿verdad? —A Socorro enseguida se le congeló la sonrisa.

—No. Tu hermana es una hija de puta. Posiblemente la peor persona con la que me he cruzado en mi vida. Si se muriese, el mundo no la echaría de menos.

—¡No digas tonterías, Teo! Que me estás asustando. —Socorro se sentó en la cama. Se sentía incómoda. Quería pensar que le estaba tomando el pelo, pero el gesto de la otra no dejaba lugar a dudas—. ¿De verdad me estás diciendo que mate a mi hermana?

Teo notó la angustia en su voz y reculó.

—Que no, tontita —dijo sin parar de reír—. ¿Cómo te iba a proponer esa barbaridad? Es broma, pero reconoce que merece que le metan una paliza por gilipollas.

Socorro se levantó. La broma le había sabido a cuerno quemado, así que se vistió y se marchó entre protestas de Teo, que le pedía perdón una y otra vez. Antes de salir, se dio media vuelta:

—¿Qué habría pasado si te hubiera dicho que sí?

Teo no contestó. Socorro se fue y estuvo varios días sin verla ni atender a sus llamadas.

Varias noches después, al acabar la función, Socorro estaba en LaLina tomando su café con Avelino cuando sonó su móvil. Lo miró. Era Teo.

—Es mi hermana —mintió—. A ver qué quiere ahora esta mujer... ¿Sí?

Al otro lado de la línea, Teo le dijo que la esperaba en la calle Toledo esquina con la plaza de la Cebada, justo a la vuelta del teatro, para que nadie la viera. Socorro le había pedido la llave al encargado con la excusa de llevarle a Luz una botella de agua mineral. Este se la dio sin sospechar. Cuando Socorro dobló la esquina del banco, allí estaba Teo.

—Que conste que hago esto para que no me des más el tostón, pero la condición es que entras, hablas con ella y me devuelves la copia. No quiero que haya ninguna llave perdida por ahí. ¡Ah! Y

si te pregunta cómo has entrado, ya puedes ir inventándote lo que quieras. Que te habías quedado encerrada en el váter o lo que te dé la gana, pero no nos metas ni a Avelino ni a mí en esto. ¿De acuerdo?

—Que sí. No seas pesada —le contestó Teo guiñándole un ojo.

Socorro vio cómo su amante incrustaba la llave en un trozo de arcilla.

—Internet es cojonudo. Hay tutoriales para todo. Esto lo saqué de una web de trucos de espías de la Segunda Guerra Mundial. Así es como conseguían copiar las llaves de las cajas de seguridad de los altos mandos del Tercer Reich. Alucinante, ¿eh? Yo creo que, si me pongo a rebuscar, encuentro hasta cómo hacerte un collar con las pelotillas de los pies. —Teo estaba encantada por acaparar la atención de su chica.

López Pollo despegó con cuidado la llave original; un negativo idéntico se había quedado grabado.

—No seas cochina, anda. Y date prisa, que no quiero que Avelino piense que pasa algo —la apremió Socorro.

Tras devolverle la llave y antes de separarse, Teo le dio un breve cachete en las nalgas y le susurró al oído: «Te quiero».

Al llegar a casa, puso el molde sobre la mesa. La arcilla ya estaba casi seca. Con un lápiz óptico repasó, con exquisita precisión, el bajorrelieve de la llave mientras observaba cómo en la pantalla del ordenador se reproducía una imagen exacta y con todo detalle: los dientes, el tamaño, la forma... Después lo imprimió en la impresora 3D. Unos minutos más tarde, tenía una copia perfecta de plástico rígido de la llave de acceso al teatro.

* * *

—Te oye Tom Cruise —digo con ironía— y se curra *Misión imposible 9*. ¿O 10? ¿Cuántas lleva ya ese hombre, Valdés?

—Ni idea, pero como siga así lo imposible va a ser que pase por un agente secreto. Claro que como allí también empiecen a jubilarse a los sesenta y siete...

Nos reímos. Ridiculizar su hazaña es una estrategia para hacerla sentir incómoda que surte efecto inmediatamente. *La Pollo* se revuelve en su silla, pero aguanta el chaparrón.

—Aun así, ¡bravo! —Aplaudo y Valdés se me une. Estamos empezando a divertirnos—. Y nosotros que nos creíamos la leche por imprimir en 3D un dedo de Luz para desbloquear su móvil...

—Para que veas, jefa, que también los malos utilizan la tecnología, aunque sea para joderle la vida a la gente. O para matarla, como en este caso. Resumiendo —presiona Valdés—, que liaste a Socorro para conseguir la llave sin decirle que era para cargarte a su hermana, ¿verdad?

La detenida, ahora sí, la mira de arriba abajo con ese gesto de asquerosa que se le pone cuando descubre a la que, en condiciones normales, consideraría una presa apetecible.

—No. Solo quería hablar con ella. Y si se ponía en plan estúpido... meterle dos sopapos.

—¿A qué llamas tú «dos sopapos»? —la interrumpe la subinspectora—. Porque la reventaste a patadas.

—No lo tenía planeado, pero empecé a emocionarme..., pim... pam... pim... pam... Y se me fue de las manos. —Sonríe al ver el gesto de desprecio que provoca en mi compañera.

—¡Tú! —le grito—. ¡Mírame a mí, no a ella!

La Pollo me clava los ojos. Noto que se está creciendo al ser el centro de atención de ambas. Si el ego fuera un tumor, esta ya estaría muerta.

—Se te fue de las manos... —repito—. ¿Y por qué le metiste el libreto por el ano? ¿Disfrutaste? ¿O es que te va el rollo sado?

—Se equivoca, jefa. Para mí fue muy desagradable. Y muy triste. —También decide jugar al cinismo. Creo que me va a poner a cien—. Que acabara ahí metida una obra tan divertida y que ella interpretaba «tan bien» me dio mucha pena. Pero no fue premeditado, la verdad. Se me ocurrió sobre la marcha. Para despistar y, ya de paso, que pensarán que se la había cargado Villafañe —contesta satisfecha de sentirse dueña de todas las respuestas.

—Pues no estuviste nada fina. Nunca sospechamos de él —miento porque me apetece joderla llevándole la contraria—. Sin embargo, de lo que hemos estado seguros desde el principio es de que quien la mató se ensañó con ella y no le dio la oportunidad de defenderse, porque estaba completamente drogada. No podía mover ni el meñique. ¿Por qué la drogaste si solo querías hablar?

—Sabemos que mezclaste la burundanga con el maquillaje, ¡hija de puta! ¿Cómo convenciste a la maquilladora para que se lo pusiera? —la presiona Valdés.

—¿Y de dónde sacaste esa porquería? —le grito acercando mi cara a la suya.

Oímos varios *tics* en el cristal. El comisario, que también está al otro lado del espejo, usa el mismo código que yo para darnos un toque de atención. El interrogatorio se está grabando. Nada de gritos. Nada de insultos. Nada de humillaciones ni de intimidación. *La Pollo* nota que cambiamos de actitud y que esos toques nos han devuelto a una fingida calma en la que ella está a salvo y nosotras crispadas pero contenidas. Así, vuelve a disfrutar de cada bomba que sale por su boca.

—Yo no habría podido hacer nada sola, como ustedes comprenderán.

Otra vez esa sonrisa y ese tono misterioso que nos da ganas de meterle un tortazo con la mano abierta. ¿Qué tendrá esta mujer que es capaz de sacar lo peor de nosotras? Vuelvo de mis pensamientos cuando dice: «Me ayudó Socorro».

* * *

Hacia un buen rato que había oído las vueltas de la cerradura de la puerta de la calle. Miró el reloj. En efecto, Fidel debía de estar camino de la tele, así que entró en su habitación. A esas

horas, Luz seguía en la cama. Entre lo tarde que volvían del teatro y que se quedaba hasta la mil mirando el móvil, dormía toda la mañana como una marmota. Nadie iba a molestarla para hacer lo que Teo le había encargado.

—Necesito que vayas recogiendo, poco a poco, pequeñas cantidades de la droga que compra tu sobrino por internet y las vayas guardando en estos frascos —le había dicho mientras le entregaba dos pequeños recipientes de cristal transparente.

—¿Para qué? —quiso saber Socorro.

—¿No te emperraste en denunciarlo a la policía? —Socorro, sorprendida por ese repentino cambio de opinión, asintió—. Pues sin pruebas no podemos acusarlo de algo tan grave como una violación.

—¿Una? —protestó Socorro—. ¡Querrás decir muchas!

—Da igual una que muchas. Necesitamos demostrar que drogó a esas chicas y que las relaciones no fueron consentidas; si no, no hay nada que hacer —le explicó Teo.

—¡Pero están las grabaciones!

—¡Olvídate! Un juez nunca las admitiría como pruebas. ¿No ves que se han hecho en su propia habitación y sin que él lo supiera? —insistió López Pollo—. No sirven para nada.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Porque me informo, pequeña —contestó besándola en los labios.

Así que Socorro se dedicó a extraer pacientemente ínfimas cantidades de burundanga en polvo y de éxtasis líquido de los recipientes que guardaba su sobrino en una pequeña caja fuerte. La buena suerte quiso que desde la posición de la cámara se viera la combinación que introducía para desbloquearla. Cuando consiguió reunir una cantidad aceptable de cada sustancia, se las entregó a Teo.

—¡Cuánto vale mi chica! —la felicitó.

—¿Cuándo vamos a ir a la policía? —quiso saber la gemela.

Su sentido del deber la obligaba a entregar a ese monstruo a la justicia, pero por otro lado le provocaba en su interior un desgarramiento infinito. Esa mala bestia, ese depredador sin escrúpulos, un día fue el bebé que había cogido en sus brazos nada más nacer. Recordó cuando le cantaba nanas, cuando se tiraba al suelo para jugar con él, cuando le curaba las heridas de las rodillas cada vez que se caía de la bici... Lo quería con toda su alma, como se debe querer a un hijo, pensaba. La angustia de que le pasara algo malo la despertaba por las noches. Solo quería protegerlo hasta que se hiciera un hombre y siguiera su camino. Pero no ese camino. Cuando descubrió la verdadera esencia de Fidel, fue como si una lanza le atravesara el corazón. Se sintió traicionada y supo que su amor por él se había desvanecido para siempre.

—Pronto. Déjame que hable con mis contactos de la prensa para que no se ensañen con tu hermana. Que ya no sea su representante no significa que quiera que no le vuelvan a dar trabajo en la vida. No por ella, que no se merece ni que la mire a la cara, sino por ti.

A Socorro le pareció razonable y esperó. Pero esa visita a las dependencias policiales nunca

llegó a producirse.

* * *

En cuanto *la Pollo* señaló a Socorro como su cómplice, di orden de que también la detuviesen. De momento, según me han informado mis chicos, parece que la gemela ignoraba que estaba colaborando activamente en la planificación de un asesinato. Ya veremos qué nos cuenta cuando la interroguemos, pero yo quiero creerla. Ya me decía mi intuición que la representante rezumaba algo que no eran, precisamente, buenas intenciones.

Morales y Valdés acaban de traer a Socorro a comisaría. Eso nos da a todos un pequeño descanso. El esfuerzo de hablar con *la Pollo* sin alterarme me tiene agotada, así que he salido en busca de mi dosis de Coca-Cola Light.

—¡Menuda hija de satanás! —exclama Belmonte—. ¡Qué manera de manipular a Socorro! ¿Pero cómo se dejó liar esa mujer así?

—Porque debe de estar enamorada hasta los huesos. El amor te ciega y te impide ver lo que está pasando justo delante de tus narices. —Bebo un trago, esta vez para limpiar mi boca de unas palabras que me acaban de quemar. Nos quedamos callados unos instantes.

Belmonte sabe que me estoy flagelando en silencio por mi propia ingenuidad con Fernando. Por eso decide sacarme de mis pensamientos.

—Si quieres a alguien, tienes que correr riesgos, ¿no? ¿O qué haces? ¿Te quedas solo para que no te hagan daño?

Lo miro y no digo nada. Solo me entran ganas de preguntarle si está hablando de él y de Valdés. Pero esa indiscreción no voy a permitírmela. Además, puede que tenga razón; en la vida hay que arriesgar.

—¿Vamos? —Le da el último trago al café y encesta el vasito en la papelería.

Asiento y acabo yo también mi Coca-Cola. Estrujo la lata pensando que es el cuello de mi ex y la lanzo.

—¡Canasta! —digo.

Belmonte me sonrío y me coge por el hombro para bajar a la sala de interrogatorios.

Cuando abrimos, nos encontramos a las dos sentadas frente a frente. Morales las ha estado vigilando. Por lo que se ve, ambas se han mantenido calladas. Ni se han mirado.

—Parece que no tienen muchas ganas de hablar estas dos. A ver cómo se os da a vosotros —dice mi subinspector, y sale.

Socorro tiene los ojos rojos como tomates. Ha debido de llorar como se llora lo irremediable. No se atreve ni a mirarme. Ahora es cuando yo también me cuestiono cómo es posible que esta mujer haya sido tan inocente como para dejarse embaucar por un bicho como *la Pollo*. Borro ese pensamiento para centrarme en trazar mentalmente la estrategia para continuar con el interrogatorio. Normalmente solemos tener a los detenidos en salas diferentes, pero nos ha

parecido interesante enfrentarlas en un careo. Observar las reacciones de ambas nos dará una idea de la implicación de cada una en los hechos.

Belmonte y yo permanecemos de pie. Nuestra posición las coloca psicológicamente en situación de entender que, sin lugar a dudas, somos nosotros quienes tenemos la sartén por el mango. Una sartén ardiendo con la que, si no tienen cuidado, pueden acabar achicharrándose.

—Te habrán informado de que estás detenida por colaborar en el asesinato de tu hermana —digo mirando a Socorro. Ella apenas alza los ojos, pero se ha dado cuenta de que mi tono nada tiene que ver con el que siempre me he dirigido a ella. Asiente y vuelve a bajar la mirada—. Aquí, tu pareja...

Socorro da un respingo en la silla.

—Esta mujer no es nada mío —contesta con vehemencia, aunque sin atreverse a mirarme.

—A ver, que yo ahí no me meto, pero... —insisto— sabemos que tenéis o que habéis tenido una relación. —Intento que reconozca una dependencia emocional que le pueda servir de atenuante, pero no hay manera.

—No —dice Socorro con un hilo de voz.

La Pollo la mira con desdén, pero ni siquiera se molesta en intervenir.

—Socorro, a nosotros eso nos la trae floja —le digo, y me doy cuenta de lo desagradable que me estoy poniendo con una mujer a quien le han hecho el lío. Decido aflojar—. Puedes negarlo hasta aburrirte, pero tenemos unas fotos que demuestran lo contrario. Porque eres tú, no tu hermana, la que camina abrazada a ella —enfático señalando a la otra— en las imágenes que sabemos que le pagaste a precio de oro a Javier Navas. Así que deja de tomarnos por tontos y no niegues lo que es evidente. —A Socorro se le clavan todas y cada una de mis palabras, pero sigue callada—. Afortunadamente, la homosexualidad ya no es delito en este país —continúo.

—... pero el asesinato, sí —me releva Belmonte—. Y facilitar los medios para que otro pueda cometer ese crimen también, y está penado con catorce años de cárcel.

—La llave para entrar en el teatro la conseguiste tú. La burundanga para drogarla, también. —La expresión de Socorro va cambiando. No tengo claro si no sabe a qué me refiero o es que realmente no tiene ni idea de por dónde van los tiros—. No es algo que yo me esté inventando. Nos lo ha dicho ella, ¿verdad, Teodosia?

La aludida acusa con un gesto de desagrado que la llame por su nombre completo y no por el diminutivo o por el apellido y mira para otro lado. Parece que nada va con ella. Socorro entorna los ojos, lo que no impide que se le escapen las lágrimas; no obstante, decide seguir callada. Algo me dice que acaba de darse cuenta de hasta qué punto su amor y su confianza han sido traicionados.

—Cuando te pregunté si creías a Teodosia capaz de matar a tu hermana, me dijiste que no. Puedo confirmarte que fue ella. Nos lo ha confesado.

Socorro abre los ojos como platos y mira a la representante, que sigue impassible. La cara de la gemela oscila entre la incredulidad y la decepción.

—Te lo voy a preguntar de otra manera —continuó—. ¿Conocías sus planes? ¿Sabías que quería matarla?

—No. —La respuesta de Socorro suena como un susurro—. No lo sabía.

—¿Cómo que no? —estalla la otra dando un golpe con los dos puños sobre la mesa—. Si fuiste tú la que me lo pidió.

—¿Yo? ¡No, por Dios! —Me mira con ojos desvalidos—. ¡Eso es mentira!

—Si te crees que me voy a comer el marrón yo sola, lo llevas claro, churri —le dice *la Pollo* fuera de sí.

—Está loca... Está loca... Está loca. —Socorro llora derrotada. No es capaz de decir nada más.

* * *

Luz continuó eludiendo sus compromisos profesionales y Socorro no sabía cómo gestionar la situación. Algunos anunciantes se habían echado atrás y habían cancelado sus contratos, lo que suponía perder varios cientos de miles de euros. Así que Socorro se comió su orgullo y llamó a Teo para pedirle que le echara una mano sin sospechar el riesgo personal que estaba asumiendo. A cambio de sus servicios, le ofreció un porcentaje de los contratos que lograra recuperar. Luz nunca se enteraría, entre otras cosas porque no se ocupaba de las cifras. Una mañana, mientras Luz dormía, Socorro se citó con Teo en la única cafetería cercana al ático. No quería pasar demasiado tiempo fuera y que su hermana le preguntara.

—Está claro que te toma por el pito de un sereno. —López Pollo veía clara la situación y sabía que tenía mal arreglo—. Y para más inri, como ha nacido con una flor en el culo, sabe que si se acuesta con algún directivo de Telemidia acabará haciendo lo que le dé la gana y cuando le dé la gana, pero le he estado dando vueltas y se me ha ocurrido una solución.

—Menos mal. —Socorro respiró aliviada—. Porque yo ya veía que esto se me estaba yendo de las manos.

—La solución eres tú.

—¿Cómo? No te entiendo —dijo Socorro, que no acertaba a discernir cómo iba a conseguir reconducir a su hermana si no lo había logrado hasta ahora.

—Hazte pasar por ella. Sustitúyela. Ve tú a hacer su trabajo.

—¿Me estás pidiendo que suplante a mi propia hermana? ¡Menuda solución! Yo creía que estábamos hablando en serio —protestó Socorro, que no daba crédito a una idea tan peregrina.

—Y lo estamos haciendo —insistió López Pollo—. Nadie se va a dar cuenta. Al fin y al cabo, salvo esa manchita que a mí me vuelve loca... —acarició la mejilla de Socorro dibujando con sus dedos la estrella de nacimiento—, sois idénticas.

Socorro, incómoda, se retiró y miró alrededor por si alguien había visto ese gesto excesivo de afecto. Seguía empeñada en ocultar al mundo su relación.

—No digas tonterías. ¿Cómo voy yo a hacerme pasar por mi hermana? ¿Te crees que la gente es tonta?

—Pues como en *Gran cuñado*. ¿No estuvieron dos gemelas conviviendo en la casa como si fueran una sola persona y los demás se lo tragaron? —insistió Teo—. Esto es lo mismo, solo que mucho más fácil, porque solo tienes que ir unas horillas a la tele.

—Olvídalo —se negó Socorro.

—Por probar... Un día. Y si ves que te supera, lo olvidamos.

—Mejor olvidarnos ya porque, además, ella no lo permitiría.

—¡Anda que no! Tú le dices que puede quedarse toda la mañana en la cama rascándose el *parrús* ¿y crees que te va a decir que no? ¡Qué poco la conoces! Si te lo digo es porque es muy fácil. Solo tienes que vestirme como ella, pintarte como ella..., bueno, un poco más, para cubrir la manchita. Mejor si ya vas maquillada de casa. ¡Ah! Y si puedes, que lo dudo, tienes que ser tan desagradable como ella.

Socorro le dio muchas vueltas a la cabeza. Unos días creía que esa idea no era más que una locura de Teo; otros, cuando Luz la sacaba de sus casillas, le parecía que podía ser la solución. Al menos provisional. Y escuchó el plan.

—Gánate a Marisa. Haceos amiguitas mientras Luz está presentando el concurso. ¿No dices que la trata fatal? Pues hazle ver que a ti también. Nada une más que un enemigo común. En algún momento, deja caer que desde pequeña tu hermana ha estado un poco del ala. Así, cuando la suplantes, si nota algo raro en tu comportamiento, pensará que es por su chaladura.

Socorro se sabía capaz de imitar la acritud de Luz un rato, pero no tenía claro que pudiera ser tan desagradable como ella y durante tanto tiempo.

—Sabes que Luz no va a ningún sitio sin que yo la acompañe —añadió—. ¿Cómo justifico que vaya sola?

López Pollo lo tenía todo estudiado.

—Unos días antes de sustituirla, le cuentas a Marisa que sospechas que tiene un amante porque no hace más que poner excusas para salir sola. Deja que su imaginación haga el resto.

—Puf... Es un follón —protestó Socorro, que cada vez lo veía menos claro—. No va a funcionar.

—Yo te digo que sí, pero tienes que empezar a sembrar cuanto antes que el supuesto amante es un tío importante y que por eso se ocultan, para que no los descubran los *paparazzi*. Tú díselo como si fuera una confidencia entre amigas; verás cómo se extiende el rumor —le aseguró Teo, que conocía mejor que nadie las intrigas del mundo de la tele; entre otras cosas, porque ella era especialista en difundir bulos sobre sus enemigos.

—Marisa es muy discreta. Si le digo que no lo cuente, no lo hará —adujo Socorro.

—¿Un cotilleo tan jugoso? ¡Olvídalo! Se lo dirá a alguien y le hará prometer que no lo va a propagar. Y ese alguien se lo contará a otro alguien. Y cuando te quieras dar cuenta, lo de tu hermana y ese amante importantísimo y secretísimo será oficial. Fin del cuento.

* * *

—Y tú representaste el papel de tu vida cuanto te dije que posiblemente ese hombre tan importante podría ser el asesino de tu hermana —le reprocho a Socorro con acritud. Estoy más enfadada conmigo misma que con ella. Siempre me he tenido por una mujer sagaz e intuitiva a quien el comisario asignaba los casos donde nada es lo que parece y esta palurda me la ha metido doblada.

—¿Qué iba a hacer? Alguien había matado a mi hermana y yo no había sido. Si le hubiera contado que todo era una representación, ¿qué habría pensado de mí? Pues que la había matado yo, ¿verdad?

Tiene razón, pienso. *La Pollo* está disfrutando. Cada hilo de esta trama enmarañada que poco a poco vamos deshilvanando nos sorprende más. Ha estado jugando al gato y al ratón. Lo que me jode es que, en esta ocasión, el ratón he sido yo.

* * *

Nada más salir del camerino, López Pollo se dirigió al exterior de los estudios a fumarse un cigarrillo para tranquilizarse. No podía comprender qué acababa de pasar ahí dentro. ¿Cómo era posible que estuviera Luz y no Socorro? ¿Y si en lugar de un mordisco travieso en el cuello le hubiera metido la mano por debajo de la blusa? ¿Y si hubiera dicho algo que pusiera al descubierto su relación de pareja? Dio una calada tan honda que empezó a toser como si en sus pulmones no cupiese más nicotina de la acumulada a lo largo de sus cincuenta y ocho años. Tiró el cigarrillo, lo pisó y cuando recuperó el aliento llamó a Socorro.

—¿Hola?

—¿Cómo es que no estás aquí? —soltó Teo sin saludarla siquiera.

—¿Estás en la tele? —preguntó Socorro alarmada—. ¿Te has cruzado con ella?

—Peor. La he mordido en el cuello.

—¡Ay, Dios mío! ¡¿Pero cómo eres tan idiota?! —gritó Socorro descompuesta.

—Primero, a mí no me grites. —López Pollo se puso chula. Su soberbia natural no permitía que nadie le alzara la voz—. Y segundo, estábamos las dos solas en el camerino. Pero a lo que iba, ¿no habíamos quedado en que vendrías tú a diario hasta que espabilara? ¿Qué ha pasado?

—Hemos tenido una bronca que ni te imaginas y se ha ido dando un portazo.

—¿Y eso?

—Se ha enterado de lo de las audiencias. Ha visto que suben cuando yo presento el concurso y le ha dado un ataque de celos. En su línea, ya sabes. Como el perro del hortelano... No imaginas la de burradas que me ha dicho. Que si le propuse sustituirla para quedarme con su puesto, que si no le he perdonado que ella entrara en *Gran cuñado* y yo no... Ya ves tú. De todas formas, me alegro de que esto se haya acabado. Lo estaba pasando fatal.

—Pues sí que estamos bien, joder —resopló López Pollo.

Esa situación no la había previsto. Teo necesitaba a Socorro en Telemedia para manipularla y conseguir que contratara a Marisa para maquillar a Luz en la que sería la última función de su vida. Solo tenía que visitarla en el camerino y sustituir el maquillaje por otro mezclado con una cantidad ingente de burundanga que le había conseguido Socorro en el dormitorio de su sobrino. Pero ya daba lo mismo. Ahora tendría que buscar otra forma de matarla, a lo mejor más invasiva, seguramente más dolorosa.

—Supongo que con el cabreo no irás al teatro esta noche. ¿Quieres que quedemos para cenar? —le propuso López Pollo con cierto desencanto.

—No puedo. Hoy vienen mis primos a ver la función. ¿Recuerdas que te lo dije? Quiero estar allí para atenderlos. Además, prefiero que Marisa no esté sola con mi hermana. Seguro que lo está pagando con ella.

—¿Es que va a ir Marisa? —A Teo se le iluminó la cara. ¿Cómo era posible que tuviera tanta suerte?

—Sí. Luz la ha contratado para darme en las narices. A veces creo que toda la mala leche le viene porque es una inmadura —le explicó Socorro.

López Pollo sintió que el mundo volvía a funcionar. Solo tenía que esperar a que empezase el concurso, entrar en el estudio sin que Luz la viera y, con disimulo, dar el cambiao al maquillaje. Después de eso, aún quedarían unas horas para el final de la función. Tenía tiempo de sobra para ir a su casa, dar de comer al perro, dejar el móvil sobre la mesa del salón, repasar mentalmente las posiciones de las cámaras del banco anexo al teatro, relajarse y, sobre todo, como en la vieja película de Brian de Palma, arreglarse para salir de allí «vestida para matar».

* * *

—Por lo tanto, María Luisa Ojeda era una mera convidada de piedra en todo esto. Daré orden para que se la elimine de la instrucción —dice Estébanez—. Otra cosa. Que sepas que el letrado de López Pollo ha renunciado a su defensa. Según él, la acusada no se puede permitir pagar a un penalista, aunque yo creo que sabe que tiene el caso perdido y ha decidido quitarse de en medio cuanto antes. En lo que a mí se refiere, sigue prevaleciendo la presunción de inocencia de esa mujer. Habrá que ponerle un abogado de oficio, salvo que ella diga lo contrario y proponga otro nombre.

La jueza Estébanez me ha pedido que venga a verla a su despacho. La he puesto al corriente de todo lo que hemos ido descubriendo hasta ahora en los interrogatorios. Aún nos quedan varios aspectos que aclarar, pero, si siguen cooperando, las detenidas pueden pasar a disposición judicial en los próximos días. Su señoría se ha quedado de piedra con todo lo que le he contado. No me extraña. Yo estoy igual de impactada.

—¿Y Socorro? ¿Tiene ya abogado? —pregunto.

—Sí. Ha contratado al mejor penalista de España. Más le vale, porque está de fango hasta las cejas. Por cierto, ¿sabes que López Pollo le ha pedido que asuma los gastos de su defensa y que ella se ha negado?

—No me extraña —contesto—. Hay que tener la cara de hormigón armado para cargarse a su hermana, hacerla cómplice sin que lo sepa y, encima, pedirle dinero.

—Te recuerdo que es imprescindible que no las dejéis a solas en ningún momento. Puede que la integridad física de Pavones esté en peligro. Si López Pollo mató a Luz, ¿quién nos dice que no va a ir a por su gemela?

—Ya me he ocupado de eso —la tranquilizo.

—También necesito que os centréis en la muerte de la madre. Quiero saber de dónde salió el éxtasis, si se lo dio el hijo... En fin, no tengo que explicarte tu trabajo.

—Es lo primero que voy a hacer en cuanto vuelva a comisaría.

* * *

De las tres celdas que tenemos, tres pequeños habitáculos donde no caben más de un par de personas, dos están ocupadas por Socorro y *la Pollo*. Cada una en un extremo del pasillo, para que no se comuniquen, aunque ninguna parece tener ganas de hablar con la otra. Es curioso cómo dos personas que hasta hace poco habían mantenido una relación íntima ahora no quieren ni respirar el mismo aire. Las actitudes de ambas son diametralmente opuestas. Socorro se muestra hundida; va a tardar mucho tiempo en asimilar cómo ha sido tan inocente como para no darse cuenta de la tela de araña que su amante estaba tejiendo en torno a ella. Por el contrario, la otra ha optado por mantenerse fría y distante; diría que incluso se siente orgullosa por haber ejecutado su plan tal y como lo había diseñado.

De vuelta del despacho de la jueza, bajo a los calabozos. Al pasar por la celda de *la Pollo* la veo tumbada, con las piernas cruzadas, la cabeza apoyada en los brazos y la mirada perdida en el techo. Está canturreando como si nada de esto fuera con ella: «Déjame, no juegues más conmigo. Esta vez, en serio te lo digo, tuviste una oportunidad...». La canción me suena. ¿Es de *Los Secretos*? Diría que le está lanzando puyas a Socorro.

Avanzo por el pasillo hasta la celda de la gemela. Está sentada en el catre, con la espalda pegada a la pared y las piernas encogidas en posición fetal. Se le ha venido el mundo encima y ni siquiera le ha dado tiempo a darse cuenta y quitarse de en medio. Cuando el uniformado abre la celda, Socorro levanta la vista.

—Tu hermano está imputado por el homicidio de tu madre. También está detenido —miento—. ¿Se te ocurre cómo consiguió el éxtasis que utilizó para matarla?

—No. Vaya usted a saber si se lo dio Fidel. Yo ya no entiendo nada de lo que está pasando. —Socorro suena sincera. Su voz es apenas audible. Pienso que quizá la otra tenga también esa respuesta.

Pido al guardia que cierre la celda y desando mis pasos.

—Me consta que tu letrado ha renunciado a defenderte. Se te está poniendo todo en contra. Ayúdame a descubrir cómo se cargó Eusebio Pavones a su madre y yo buscaré la forma de atenuar tu condena.

La Pollo se levanta del catre y camina hacia las rejas. Parece como si hubiera asumido cuál va a ser su destino. Se agarra a los barrotes y me mira.

—¿No se lo ha dicho Socorro? —Otra vez ese cinismo en su forma de expresarse.

—¿Qué tiene que decirme?

—Que fue ella la que le dio el éxtasis a la vieja.

* * *

En todas las familias hay alguien sobre quien recae el peso y la responsabilidad de cuidar a los padres. A Socorro le había tocado el número agraciado de los Pavones. No puso objeciones a regresar al pueblo para encargarse de su madre. En Madrid ya no tenía a nadie que la necesitara. Fidel y ella no se hablaban y su relación con Teo se había enfriado, así que decidió que, si el destino quería condenarla a una vida sin amor, mejor no resistirse. Lo contrario sería un puro sufrimiento. Un domingo, a la hora de la siesta, cuando en las calles de Orgaz todo es silencio, sonaron unos golpecitos en su ventana. Creyó que unos chavales estaban lanzando chinas contra el cristal solo por molestar. En el pueblo, esas faltas de respeto se consideraban «cosas de muchachos». Ni se asomó. ¿Para qué? Lo único que iba a conseguir era que lo repitieran una y otra vez. Pero los golpes no cesaron y se hartó. Abrió la ventana y... allí estaba Teo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con aspereza. Lo que menos le apetecía era dar que hablar a los vecinos—. Vamos, entra.

Teo pasó e hizo ademán de besarla, pero Socorro se separó abruptamente.

—Ni se te pase por la cabeza, ¿me oyes? —Miró hacia el dormitorio de su madre. La puerta permanecía entreabierta; dentro estaba completamente a oscuras, pero no confiaba en que estuviera del todo dormida, así que cualquier precaución era poca—. Dime para qué has venido y vete.

—No sé qué coño te pasa conmigo —empezó a decir Teo.

—Chist. Habla más bajo, que te puede oír —le recriminó Socorro. Estaba muy incómoda y deseaba que saliera de su casa, e incluso de su vida. Desde que murió Luz, no se le iban de la cabeza aquellas palabras que ella había pronunciado como una broma: «Mátala».

—¿Me vas a decir por qué no quieres verme? —susurró López Pollo.

—Por nada. Vete y déjame en paz. —Socorro le hablaba con una dureza que la otra no reconocía.

—No pienso moverme de aquí hasta que me digas qué está pasando, así que tú verás —Teo se sentó en una silla de enea que había en el recibidor, la misma en la que Sagrario descansaba en la

puerta de su casa para tomar el fresco en las noches de verano; la misma en la que juró no volver a sentarse tras la muerte de su hija. Desde entonces, la anciana no había vuelto a salir, ni siquiera para enterrarla.

—Te lo voy a preguntar una sola vez y quiero que me digas la verdad. —Teo asintió sin saber a qué venía tanto misterio—. ¿Has matado tú a mi hermana?

—¿Yo? ¡No, por favor! —fingió la representante poniéndose en pie de un salto.

Socorro se quedó callada mientras en su mente la voz de Teo repiqueteaba: «Mátala, mátala». Había leído en alguna parte que para saber si alguien mentía solo había que fijarse en su lenguaje corporal. Teo no se tapaba la boca ni esquivaba su mirada. Al contrario, la miraba fijamente a los ojos con ese brillo parecido a la ternura que la había enamorado.

—No, no la he matado —volvió a mentir Teo—. Parece mentira que pienses eso de mí. Me crees, ¿verdad? —Socorro permaneció callada. Teo la cogió por la barbilla y le aguantó la mirada sin pestañear—. ¿Cómo iba a hacerle daño? Si cuando la miraba, salvo por esa mala leche, me parecía verte a ti...

Teo siguió improvisando argumentos que la exculparan de su crimen, todos vinculados con Socorro. Le dijo que era el centro de su vida y el motor de su corazón y que eso le impedía hacer cualquier cosa que le provocara dolor. Lo que no le dijo es que estaba enamorada de Luz desde la primera vez que la vio y hasta el momento en que la despidió. Tampoco le dijo que el camino que va del amor al odio siempre pasa por el despecho. Ni que el despecho alimenta la locura y la locura puede desembocar en muerte. Tampoco le contó que decidió conquistarla a ella como un placebo, un sucedáneo de Luz al que regaló su mismo perfume para, de esa manera, pensar que la poseía cada vez que se acostaban.

—Mírame a los ojos, Soco —le dijo—. Me crees, ¿verdad?

Por fin Socorro asintió.

—Dime a qué has venido. —El tono de su voz había perdido toda acritud.

—A pedirte que vuelvas a Madrid. Pero, sobre todo, a pedirte que te cases conmigo. —Socorro no supo cómo reaccionar. Lo que menos esperaba es que Teo se desplazara ciento y pico kilómetros para proponerle esa locura—. Sé que te niegas a reconocer lo nuestro. Sé que no soportarías que en el pueblo te señalaran por eso, así que... —Teo, muy peliculera, hincó la rodilla en el suelo, se quitó el sello con sus iniciales y lo colocó en el hueco de sus manos como si fuera un anillo de compromiso— te pido que nos casemos y que no vuelvas por aquí. Que te olvides de todo, del pueblo, de tu pasado, de tus hermanos...

—¿Y de mi madre? Yo no puedo dejar a mi madre.

—No va a vivir eternamente. Además, ¿no ves que la vida que lleva no es vida? ¿Qué quieres? ¿Hacer como los antiguos egipcios y enterrarte viva con ella? Ven conmigo y empieza de cero lejos de aquí.

Socorro negaba con la cabeza, pero tenía el mismo pellizco en el estómago que cuando Teo se le acercó por primera vez.

—Sé que te he pillado desprevenida. No hace falta que contestes ahora. —Teo se levantó y se colocó de nuevo el anillo—. Piénsalo y cuando tomes una decisión, dímelo. Pero que sepas que espero un sí.

Pasaron los días y no tuvo noticias de Socorro. Cuando ya la daba por perdida, el teléfono de Teo sonó: «Sí que quiero casarme contigo». Pero seguía habiendo un escollo insalvable: su madre.

—Pues que venga a vivir con nosotras —le contestó como si esa idea le entusiasmara.

—Si mi madre se entera de que nos casamos, se muere —dijo Socorro.

Sin embargo, Teo también había pergeñado un plan en el que no había espacio para la anciana. Consiguió convencer a Socorro para que la invitara a pasar unos días en el pueblo con la excusa de hacerles compañía. Los hermanos la habían conocido en el velatorio de Luz y sabían que había sido su representante, así que su presencia en la casa no les extrañó. El único inconveniente era Fidel, que no la podía ver ni en pintura. Pero últimamente él solo pensaba en fiestas, sexo y drogas, y hacerle una visita a su abuela y a su tía no estaba en su agenda.

Se instaló en la casa y, poco a poco, empezó a entender el porqué del carácter lánguido de Socorro, de esos ramalazos de tristeza que a veces intentaba esconder tras una sonrisa. El tedio de que un día fuera exactamente igual al siguiente también fue calando en el ánimo de Teo. Necesitaba acabar cuanto antes con esa situación o terminaría muriendo de claustrofobia y aburrimiento.

—Mi madre está fatal —se quejó Socorro un día que salieron a pasear las dos por el campo—. No sé si llevarla al médico.

—Lo que le pasa es que está deprimida. Pero ¡cuidado!, que como le den antidepresivos se va a quedar sentada en un sillón cazando moscas. Si quieres, me acerco a Madrid a ver si mi homeópata tiene algo natural que la anime —se ofreció Teo.

Regresó con un frasquito de cristal con un líquido transparente fingiendo que el homeópata lo había preparado especialmente para Sagrario. Eran hierbas naturales y le había dicho que la animarían muchísimo; y encima no tenían efectos secundarios. Todo falso. En realidad, no había vuelto a esa consulta desde hacía meses y el pequeño recipiente solo contenía agua del grifo. Pero era algo que Socorro ignoraba y empezó a administrar a su madre la dosis supuestamente prescrita: una sola gota con el desayuno.

Eusebio fue a ver a su madre como cada día uno de cada mes. Teo conocía la periodicidad de esas visitas y el motivo, así que aprovechó su presencia para asegurarse un cabeza de turco si algo se torcía.

—Eusebio, hazme el favor de acercarme la medicina de tu madre —señaló al frasquito de cristal que estaba sobre el aparador.

Él lo cogió para entregárselo, pero ella, para evitar tocarlo, salió del comedor camino de la cocina.

—Déjalo en la bandeja, anda, que voy a por un poquito de agua.

Cuando regresó, lo envolvió disimuladamente con un pañuelo y se lo guardó en el bolsillo del

pantalón. De otro bolsillo sacó otro recipiente idéntico y echó una gota. Solo era agua. Se lo dio a Sagrario.

—Bébaselo de un trago. Verá qué bien.

La anciana se lo tomó y Teo se retiró para dejar a la madre y al hijo un poco de intimidad. El terreno ya estaba abonado, ahora solo tenía que dar por acabada su estancia en el pueblo con el pretexto de que el trabajo se le estaba acumulando. Antes de irse, sustituyó el frasco del agua por otro que contenía el éxtasis que Socorro había ido cosechando del arsenal de Fidel. Solo quedaba esperar...

El primer día del mes siguiente Eusebio volvió de visita. Como siempre, fue por la mañana para que le diera tiempo a ingresar en el banco el dinero que le rapiñaba a su madre. Teo llamó a Socorro muy temprano.

—¿Cómo va todo por ahí? —le preguntó—. ¿Qué tal tu madre? ¿Le están sentando bien las gotas?

—No sé qué decirte. Al poquito de dárselas se pone muy agitada, pero después se queda otra vez como un mueble. Yo creo que no le van nada bien. —Socorro ignoraba que su madre estaba ingiriendo una gota diaria de éxtasis.

—Ya... He hablado con el homeópata y me ha dicho que, a pesar de ser inocuo, en dosis tan bajas puede hacerle efecto rebote; de ahí la excitación. Para evitarlo hay que subir la dosis, así que hoy dale cinco gotitas a ver qué tal. —López Pollo tenía que hacer avanzar su plan.

Socorro así lo hizo. Disolvió la dosis indicada en un vasito de agua, se la dio y se fue al centro de salud. Cuando Eusebio la llamó diciéndole que su madre estaba muy mal, lo primero que pensó fue que las gotas no le habían sentado bien. Al morir en sus brazos, se sintió morir con ella. ¿Y si la había matado sin querer con esa porquería que le había dado Teo? Nunca se había fiado de nada que no mandara un médico como Dios manda y, aunque don Justo certificó el fallecimiento por muerte natural, lo primero que hizo fue deshacerse del frasquito de cristal rompiéndolo en mil pedazos que tiró a la basura.

* * *

Belmonte y yo estamos sobrecogidos por el relato de Socorro, una mujer a quien la vida le ha gastado una broma macabra con la traición de la que creía que era el amor de su vida. Aunque mi posición me impide mostrarlo, no puedo evitar empatizar con ella, así que le pongo una mano sobre el hombro, que no solo no mitiga su llanto, sino que hace que se desmorone.

—Entonces tu hermano Eusebio no mató a tu madre. Lo pondré en conocimiento de la jueza para que levante los cargos contra él —la informo mientras pienso que Estébanez llevaba razón al no estar convencida de la implicación de ese hombre—. Ahora necesitamos que nos cuentes todos los detalles que recuerdes de ese día para poder incriminar a López Pollo. Es muy importante que

puedas demostrar que te engañó y que no tenías ni idea de que estabas envenenando a tu madre. Lo entiendes, ¿verdad, Socorro?

Me mira con esos ojos que he visto tantas veces en tantos detenidos cuando la mente está más cerca de la locura que de la realidad.

—A lo mejor convendría que la viera un médico —me susurra Belmonte al oído.

—No necesito un médico —dice—. Necesito acabar con esto de una vez. Es cierto que esa... —Socorro reprime un insulto. Lleva toda su vida reprimiendo las palabras, las miradas y los instintos, pero ha tocado fondo y se ha abierto la compuerta por la que va a dejar salir el dolor, la pena y la culpa—, esa mujer me engañó. No sé cómo he podido ser tan idiota, pero me llevó por donde quería porque... la amaba.

Socorro se rompe. Belmonte y yo aguardamos callados y la dejamos llorar hasta que se recupera. Estamos seguros de que ya no va a parar hasta vaciarse del todo. Cuando no le quedan más lágrimas que derramar, se limpia los mocos con la manga. El inspector le da un pañuelo de papel que ella agradece con la mirada de quien ya no espera nada de nadie.

—Yo tampoco soy ninguna santa, ¿saben? Lo fui. Más que una santa, una persona decente que procuraba hacer siempre lo que había que hacer. Intentaba agradar a todo el mundo. Nunca pensaba en mí misma ni en mis necesidades. Y así era feliz. O eso creía hasta que apareció ella y... fue como una droga. Lo mismito. Sabía que me podía hacer daño, pero estaba enganchada y la necesitaba a todas horas. Vivía obsesionada con el sexo. No sé si eso me convirtió en una mala persona, pero me sentía plena como no me había sentido en toda mi vida. Lo único que me dolía era tener que ocultarlo.

—Lo tiempos han cambiado, Socorro —le digo.

—Yo creo que no. La España profunda sigue siendo la misma. Pero da igual, como les decía, yo así era feliz. Hasta que ella decidió dar un paso adelante y me propuso matrimonio. —Socorro nota el impacto que nos ha producido—. ¡Fíjense! Yo, que me había hecho a la idea de no casarme jamás. ¡Y mucho menos con una mujer! Pero me había enamorado como una cría. Por un lado, me daba muchísimo vértigo, pero, a la vez, me parecía un sueño imaginarme toda mi vida con ella. Y acepté. Me dije que yo también tenía derecho a ser feliz. Hasta entonces me había entregado a mi familia y pensé que había llegado mi momento. De una forma extraña e inesperada, pero había llegado. Eso no me convertía en una mala persona, ¿verdad? —pregunta como esperando nuestra aprobación. Belmonte y yo no reaccionamos y ella sigue con su historia—. Sin embargo, acabé convirtiéndome en un monstruo en el preciso instante en que acabé con la vida de mi sobrino.

* * *

Fidel estaba apoyado en su coche a cierta distancia de la puerta del cementerio. Socorro no entendía por qué no había entrado a enterrar a su abuela. Con lo que la quería... Entonces oyó el motor de un coche y vio el deportivo de Teo, que apareció de alguna parte y se detuvo a su lado.

Cuando Teo se bajó, a Socorro no le pasó desapercibido el gesto de asco y desprecio con que su sobrino miró a la mujer con la que ella quería compartir el resto de su vida. Rechazó imaginar la cara que pondría cuando se enterase de sus planes. Sabía que el chico siempre había tenido problemas con todo lo diferente: otras orientaciones sexuales, otras razas, otras creencias... Además, tenía la absoluta certeza de que odiaba a las mujeres; era ese desprecio el que lo llevaba al extremo de violarlas como si carecieran de la dignidad inherente a su condición de seres humanos. La posibilidad de que él frustrara sus planes con Teo, el asco que le producían sus actos perversos y la absoluta certeza de que había dejado de quererlo como a un hijo la reafirmaron en que debía instar a Teo a poner los delitos de Fidel en conocimiento de la policía de una vez por todas. Tal vez ella misma debía confesar también que había matado a su madre de forma involuntaria.

Cuando se abrazaron, Teo le susurró al oído:

—¿Cómo estás?

—Muy mal. ¿Qué tenían esas gotas que me diste, eh? —Se derrumbó, no podía dejar de llorar—. Que he matado a mi pobre madre...

Teo se dio cuenta de que Fidel no les quitaba ojo y de que estaba apretando los puños tratando de reprimir su violencia.

—Eran gotas de hierbas, ya te lo dije. Y a tu madre la han matado la edad y la pena.

Socorro negaba con la cabeza una y otra vez mientras arreciaba el llanto.

—Escúchame —le dijo López Pollo—. Tú no has matado a tu madre, pero por si a alguien como tu sobrino, que es un gilipollas, le da por pensar cosas raras, yo ya he tomado medidas.

Teo aprovechó que estaban todos en el entierro para abrir el coche de Eusebio y meter el frasco con sus huellas en la guantera. Previamente, había introducido unas gotas de éxtasis líquido esperando que la policía lo encontrara y lo analizara. Estaba convencida de que la muerte de la vieja pasaría desapercibida, pero, por si acaso, planeó que Eusebio se comiera ese marrón. Lo tenía todo medido. Durante los días que pasó en el pueblo, Teo consiguió captar la frecuencia del mando a distancia del coche de Eusebio con un pequeño aparato que había comprado por internet, parecido al que utilizan las mafias del Este para desbloquear y robar vehículos de alta gama. Solo tenía que esperar a que entraran todos al cementerio. Dispondría de al menos quince minutos. Fue entonces cuando vio acercarse el coche de Fidel. ¡Mierda! Creyó que la iba a pillar. Pero no. Se detuvo a cierta distancia, así que ella pudo agacharse entre los coches y hacer lo que tenía que hacer.

—¿Te has dado cuenta de cómo nos mira ese imbécil? —le dijo a Socorro, que seguía llorando sin parar. En parte por la pena y en parte por la culpa—. Este nos va a hacer la vida imposible. Porque nos vamos a casar, ¿verdad? En cuanto te recuperes un poco...

López Pollo le cogió la barbilla para que la mirara a los ojos.

—No lo sé, Teo. Ahora no sé nada. Alguien ha matado a mi hermana, puede que yo haya matado a mi madre y ese... —dijo mirando hacia Fidel— es una mala bestia que no tiene un pelo

de tonto y se está dando cuenta de que entre tú y yo hay algo.

—Ese idiota no se cosca de nada —la cortó—. Además, ¿a ti qué te importa?

—Mucho. No quiero que se lo vaya contando a mis hermanos ni que me mire con asco. No quiero que me desprecie como te desprecia a ti.

—Todo el problema se acabaría si él desapareciera de tu vida —le susurró Teo—. Tarde o temprano acabará muerto por una sobredosis, porque está enganchado a todo tipo de mierdas. Solo habría que adelantar ese momento. ¿Te acuerdas del éxtasis que recogiste para dárselo a la policía? —Socorro asintió—. Todavía lo tengo. —Teo había previsto guardar una buena dosis—. Solo tienes que esperar a que monte la siguiente fiesta y echárselo en la copa.

López Pollo hizo a Fidel un gesto con la cabeza para que supiera que lo había visto, gesto que él ignoró mirando para otro lado. Ella, a su vez, también ignoró el desplante y se centró de nuevo en Socorro.

—¿Lo harás? —le preguntó.

Socorro asintió con la cabeza. Solo entonces, López Pollo se metió en su coche, arrancó y se fue.

Socorro caminó cabizbaja hacia su sobrino recordando lo que este le había escupido la última vez que se habían visto: «Esta es mi casa y haré las fiestas que me salga de los cojones. Así que o te aguantas o te piras». Ella le había dado una bofetada y él se había marchado. Desde entonces, no se habían vuelto a ver.

Cuando llegó a su altura se detuvo. Oyó en algún rincón de su memoria a don Wenceslao explicando cómo Judas había vendido al Maestro por treinta monedas de plata. La diferencia es que ella no iba a vender a su sobrino, sino a matarlo. Y Fidel no era un Maestro, sino un canalla, un sinvergüenza y un golfo que no merecía seguir viviendo.

—Perdóname... —le dijo, y le dio un beso en la mejilla.

* * *

Las dos acusadas ya han pasado a disposición judicial y han declarado delante de la jueza Estébanez. Le han contado hasta los más mínimos detalles de esta historia truculenta en la que todos nos hemos dejado, cada uno a su manera, la piel. ¿Quién nos iba a decir que Socorro también tenía las manos manchadas de sangre? Inducida por su amor incondicional hacia *la Pollo*, va a pagar una condena muy larga por el homicidio involuntario de su madre, por cooperar en el asesinato de su hermana y por ser la autora material del de Fidel.

El sol se está poniendo. En la comisaría solo quedamos mis chicos y yo. Estamos recogiendo la sala de reuniones porque mañana nos vamos de vacaciones para no vernos el careto durante tres semanas. Vamos quitando las fotos de la pared y guardándolas en carpetas. Me siento extraña. Por una parte, satisfecha por haber cumplido con nuestro deber; por otra, vacía. Como cuando le

quitas la válvula a la olla exprés: al principio, sale el vapor a toda pastilla y, poco a poco, va perdiendo fuerza. Ese ha sido mi proceso vital a lo largo de estas últimas semanas.

—Una cosa, jefa —me dice Valdés—. ¿Por qué demonios tiró *la Pollo* el móvil de la Pavones a la papelera?

—Para asegurarse de que, si la víctima no moría en unos minutos, no pudiera pedir auxilio —le explico.

—¡Qué cabrona! Lo calculó todo al milímetro —exclama Morales.

—Absolutamente todo. No dejó un cabo suelto. Incluso el día que mató a Luz dejó su propio móvil en casa para que la ubicáramos allí y no en la escena del crimen.

—Si es que la gente ya sabe un huevo de nuevas tecnologías. —Morales es el primero que se pasa la vida con los de la Brigada de Investigación Tecnológica. Le chiflan los aparatos.

—¿Te acuerdas, jefa, de que ya se lo dije a la jueza? —asiente Belmonte mientras tira un montón de pósits garabateados a la papelera—. Que el móvil estuviera en su casa no implicaba que ella también estuviera allí. ¿Y os acordáis cuando *la Pollo* me contestó que tenía a su perro de testigo porque era muy listo? Pues ahora se va a comer los mocos en la cárcel y va a ver al listo de su perro solo en foto.

—¡Joder, qué mal te cae, Belmonte! —se ríe Morales.

—Como el culo, tío. Como el culo —contesta rompiendo unos papeles que ya no nos van a servir para nada.

Yo sé que tiene un resquemor personal por el comportamiento impropio que la acusada ha tenido con Valdés.

Entre los cuatro seguimos recopilando los informes impresos, los *pendrives* y todos los soportes en los que hemos ido registrando hasta las comas de las confesiones de Socorro y *la Pollo*. Guardamos todo en una caja de cartón etiquetada con el nombre del caso, «Operación Pavones». No, en esta ocasión no hemos sido muy creativos. Tampoco hemos tenido tiempo.

—No entiendo otra cosa —dice Valdés—. ¿Por qué le pidió matrimonio a Socorro? ¿No estaba enamorada de Luz?

—Eso era lo más perverso de todo el plan. Me impactó muchísimo la respuesta que me dio cuando le hice esa misma pregunta —le cuento—. Todo el lío que montó fue para casarse en régimen de gananciales, ¿sabéis para qué? —Belmonte lo sabe, pero me da el gusto de ser yo la que lo cuente—. Para dejar pasar un tiempo prudencial después de la boda y... cargársela también.

—¡No me jodas! —exclama la subinspectora. ¡Vaya puta loca la bicho esa!

—¡Una psicópata de libro! —Morales tampoco da crédito, y eso que ya lleva a sus espaldas unos cuantos casos resueltos.

—¿Nadie me va a preguntar cuál de las dos «bes» era su móvil? —Me miran sabiendo que se lo voy a decir de todas maneras—. La «be» de «bolsillo». Quería quedarse ella con toda la pasta, una hucha que fue engordando con cada nueva muerte. Por eso tenía que cargarse a los tres. Una

vez que Socorro hubiera heredado su parte, más el tercio de libre disposición que ya tenía, bodorrio y ¡al hoyo!

—Entonces también entra en juego la «be» de «bragueta» —añade Belmonte—. Porque eso era un braguetazo en toda regla. Chistes malos aparte, qué tía más retorcida y más materialista.

—¡Anda y que se pudra en la cárcel! —Valdés tampoco la puede ni ver—. Y que le restriegue el jaboncito en la ducha quien más asco le dé.

Me siento un instante. Belmonte, que me conoce tan bien, se da cuenta.

—Jefa, vete a descansar. Que esto ya lo acabamos nosotros.

—¿Seguro? —le agradezco la oferta.

En ese momento solo quiero darme una buena ducha, meterme en la cama y dormir diez horas seguidas. Para mí estos últimos meses han sido agotadores, profesional y personalmente. Me he caído mil veces y otras mil me he vuelto a levantar. He estado a punto de abandonar el caso con la misma pasión con que me he empeñado en resolverlo. Así que, sí, acepto marcharme por fin de vacaciones.

—¡Claro! Y tú, Morales, lárgate también. ¿No tenías que hacer la maleta? —Belmonte parece que está deseando que nos vayamos todos, excepto Valdés.

Nos despedimos con abrazos y deseándonos unos a otros mucho descanso y olvidarnos del trabajo hasta la vuelta.

Cuando salgo de comisaría, ya es completamente de noche. Aunque hace calor, ha empezado a correr una brisa que, si cierro los ojos, me traslada a Benicasim, a un paseo por la orilla del mar. En ese estado de placidez mental llego hasta mi coche. Lo he aparcado a pocos metros de la puerta, es lo bueno de trabajar hasta esas horas y en verano. Antes de abrir la portezuela, me llama la atención la luna. En este 27 de julio de 2018, el cielo me regala una enorme luna rojiza, color sangre, que parece que me va a comer. Me vuelvo para echar un último vistazo al edificio donde paso tantas horas de mi vida. Está prácticamente a oscuras, excepto por las luces de seguridad. En la penumbra del cubo acristalado solo destaca una ventana, la de la sala de reuniones, que permanece encendida. Entonces los veo. Belmonte acaba de tirar al suelo de un manotazo todo lo que había sobre la mesa. En plan *El cartero siempre llama dos veces*. Tumba a Valdés y él se acomoda encima. Muy romántico y un pelín peliculero para mi gusto; claro que hay edades y edades y ellos están en esa... Por un segundo estoy tentada de dejarlos en paz, pero, al fin y al cabo, aunque en la calle no haya ni un alma, están en un edificio oficial. Saco el móvil del bolso y busco el número de Belmonte sin dejar de mirar hacia la ventana. En cuanto da tono, el inspector se incorpora como un relámpago y contesta. Ese sentido del deber es lo que define a un buen policía, pienso.

—¿Qué pasa, jefa? —Se le oye jadeante. Menos mal que aún tiene los pantalones puestos.

—¿Cuándo pensabas decirme que Valdés y tú tenéis una relación? —No le dejo contestar—. Si no querías contármelo, por mí perfecto; pero si es porque queréis llevarlo con discreción, te

recuerdo que la comisaría es acristalada y que de noche y con las luces encendidas desde fuera se ve todo.

Belmonte mira por la ventana y me ve abajo saludando con la mano. Él me devuelve el saludo. Valdés se incorpora y sin parar de reír por el bochorno me saluda también.

—Haced el favor de ir a un hotel. O mejor, llévatela a vivir contigo, anda.

Cuelgo, me meto en el coche, pongo el motor en marcha y abro Spotify en mi móvil. Lo conecto al equipo de audio a través del *bluetooth* y Frank Sinatra empieza a cantar: «Fly me to the moon and let me play among the stars...».

Estoy a gusto. Noto el compás lento de mi respiración y me descubro dueña de mí misma y de mis pensamientos. Por fin, desde no recuerdo cuándo, el tiempo me pertenece. ¿Es esto a lo que llamamos «felicidad»? Si no lo es, se le parece mucho. Quiero que ese momento no se desvanezca, así que me prometo que a partir de ahora voy a vivir sin reglas. O al menos sin las que me hagan infeliz. Frank sigue cantando solo para mí: «...in other words, hold my hand. In other words, baby, kiss me...».

Subo el volumen, arranco y me pierdo camino de la luna.

Epílogo (un año después)

Teodosia López Pollo ha sido condenada a treinta y siete años y seis meses de cárcel por asesinato con alevosía y ensañamiento. Está recluida en la cárcel sevillana de Alcalá de Guadaira. Instantes antes de entrar en prisión, se tragó el sello con sus iniciales. Desde que consiguió expulsarlo, lo utiliza para marcar a sus enemigas como a las reses. Presa que lleve «TLP» en la frente, presa que puede acabar como Luz Pavones. Todas procuran evitarla.

A Socorro Pavones le cayeron catorce años por facilitar el asesinato de su hermana, otros ocho por el homicidio involuntario de su madre y otros veinticinco por el asesinato con premeditación de su sobrino. Cumplía condena en la cárcel de mujeres de Alcalá Meco (Madrid) hasta que una mañana la encontraron ahorcada en su celda. Dejó una nota manuscrita: «Que Dios perdone todos mis pecados y me permita reunirme con aquellos a los que, directa o indirectamente, quité la vida».

Eusebio Pavones ha salido libre de todos los cargos. Sus hermanos y él han heredado la fortuna que dejó su hermana Luz, más los bienes de Fidel. Tras el suicidio de Socorro, también han heredado todo su patrimonio.

Cassandra Valdés y Alberto Belmonte están liados con los preparativos de su boda, que se celebrará en Mieres (Asturias).

Eduardo Morales se ha tomado un año sabático y está dando la vuelta al mundo tras haber ganado doscientos cincuenta mil euros en el sorteo de la primitiva.

Luis Sanz (el Gordo) ha sido suspendido seis meses de empleo y sueldo por revelación de secretos policiales al periodista Javier Navas.

Ignacio Mendizábal ha conseguido poner *Sin reglas* de nuevo en escena. El papel protagonista lo interpreta Juanita Fernández Romero. En la taquilla llevan meses colgando el cartel de «No hay localidades». Pepito Alhaja interpreta uno de los papeles secundarios. Nadie de la compañía ni del público echa de menos a Luz Pavones.

Jacinto (el yonqui) apareció muerto una mañana de invierno acurrucado en *su* banco de la plaza de Tirso de Molina. Alguien puso allí un ramo de flores y desde entonces los vecinos del barrio se turnan para que nunca falten en su memoria.

Fernando ha pedido el traslado del Hospital Universitario La Paz al Ramón y Cajal. Ambos centros solo están separados por una carretera, pero esos metros de distancia le libran de cruzarse con Sonia en el ascensor, aunque solo sea por accidente. No pierde la esperanza de reconquistar a Lola.

Marga se afilió al COGAM (colectivo LGTB de Madrid), donde ha conocido a una mujer con la que está aprendiendo a amar de otra manera. Se siente libre y a gusto en su propia piel.

Rosa participó con su hija Paula en la gran recogida anual del banco de alimentos. Allí conoció a un hombre unos años mayor que ella, viudo. Todo un caballero a la antigua usanza que la corteja desde entonces, aunque ella no tiene intención de empezar ninguna relación. El hombre de su vida ha sido y siempre será Mateo.

Verónica lleva unos meses saliendo con un guapetón diez años menor que ella. Sin ataduras. Lo conoció en el taxi durante un traslado desde el aeropuerto a su domicilio, un casoplón en Boadilla del Monte. Se dedican a viajar los fines de semana. Por fin es feliz.

Lola continúa viviendo con su madre, su perra Lacuqui y sus dos gatas, Pequi y Luna. Ha pedido una excedencia en la Policía. Actualmente colabora como experta en un programa de Telemédica sobre personas desaparecidas. Este nuevo trabajo le permite tener más tiempo libre para dedicar a su hijo, a quien visita a diario en la residencia donde continúa ingresado. También acaba de terminar su novela policiaca. En principio, no piensa publicarla jamás, pero quién sabe...

EN MADRID, A 7 DE FEBRERO DE 2019

Agradecimientos

Querida lectora, querido lector:

puede que no me crea si le digo que me está resultando mucho más difícil escribir los agradecimientos que la novela en sí. Tengo la sensación de que, con los nervios y las prisas de la primera vez, voy a olvidarme de alguien. Si es así, seas quien seas, por favor no me lo tomes en cuenta.

Y ahora sí.

A Mireia Acosta, mi agente (y además amiga), que me empujó a escribir *Sin reglas*, sin descanso y sin excusas.

A Raquel Gisbert, que solo con leer el primer capítulo ya se hizo una idea. Y decidió apostar por mí.

A Lola Gulias, que me cuida, me orienta y me lo pone todo tan fácil para que la novela se convierta en libro.

A Nines Mínguez, por su paciencia y su talento para conseguir retratar una sonrisa en mis ojos.

A Jesús Cimarro, por *prestar*me el teatro La Latina para que mis personajes se muevan por él libremente. Y a su magnífico equipo de Pentación. ¡Viva el Teatro!

A Pepa Caravantes e Isabel Gomis, porque la protagonista no podría vivir sin su Coca-Cola Light. Ni yo tampoco.

A la Policía Nacional, por perseguir a los malos, y a su departamento de audiovisuales por resolverme tantas dudas.

A Paloma Gorostidi, por explicarme los vericuetos de las herencias, lo que me ayudó a crear parte de la trama.

A mi *amigui* Teresa Osuna, por descubrirme el maravilloso mundo de los actores.

A Mafer, por presentarme a Patricia y a esta por enseñarme tanto sobre el síndrome de abstinencia neonatal.

A la doctora Verdera, por mantenerme a raya desde hace tantos años.

A mis dos incondicionales durante la escritura: Iciar, por la paciencia de leer esta historia por entregas y decirme cuánto le gustaba. Y a Carmen, por no dejarme pasar ni una y así poder mejorarla.

A los *Gorostodoncios*, por añadir cariño y risas a mi vida. Y a las *cincuentañeras* que me rodean (mis amigas del cole y las de la *primada*), por lo mismo.

A mi sobrino Eduardo, por cederme su nombre, su aspecto y por llamarme «tita» (que me

encanta).

A Casandra y a mi *otro* Alberto, por regalarme sus nombres y, lo más importante, su amistad.

A toda mi familia, a los que siguen conmigo y a los que se fueron al otro lado del espejo, por lo importantes que son todos para mí.

A mi padre, ¡qué pena que no estés para leerla, papá! Y a mi madre, que cuenta las horas para presumir de «hija novelista». ¡Qué cosas tienes, mamá!

A las dos personas de *mi otro libro*, el de familia: Carmen y Alberto, por comprender que mis ausencias en nuestras conversaciones se debían a que mi cabeza andaba enredada en esta historia.

También quiero darle las gracias a usted, que tiene esta humilde novela entre sus manos. Si está leyendo estos agradecimientos significa que se la ha leído hasta el final. Espero que la haya disfrutado tanto como yo escribiéndola.

Sin reglas
Isabel Arranz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, monsieur Garcia

© Isabel Arranz, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22508-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

